LOS MISTERIOS

DE PARIS.

ANTONIO LUQUE QUILARTE
PROCURADOR
CASTRO DEL RIO

17296

LOS MISTERIOS

DE PARIS.

POR

EUGENIO SUE.

TOMO IV.

CADIZ: 1843.

Imprenta de El Comercio, calle del Vestuario, número 97.

LOS MISTERIOS

DE PARIS.

PARTE SESTA.

LA DUQUESA DE LUCENAY.

CAPITULO I.

LA ISLA DE LOS MARISCADORES.

Las escenas siguientes van á pasar durante la noche del dia en que Mad. Seraphin, segun las órdenes del escribano Santiago Ferrand, fué á casa de los Martial, piratas de agua dulce, establecidos en la punta de una pequeña isla del Sena, no léjos del puente de Asnieres.

El tio Martial, muerto en el patibulo como su padre, dejó una viuda, cuatro hijos y dos hijas.....

El segundo de los hijos estaba ya sentenciado á presidio perpetuo..... De esta numerosa familia

quedaban en la isla del *Mariscador* (nombre que en el pais se daba á esta guarida, diremos porque), quedaba, decimos:

La tia Martial.

Tres hijos: el mayor... (el amante de la Loba) tenia veinte y cinco años, el otro veinte, y el mas chico doce.

Dos hijas: la primera de diez y ocho años, la segunda de nueve.

Los ejemplos de las familias, en que se perpetúa una especie de espantosa herencia en el crimen, son demasiado frecuentes.

Debe ser asi.

.....

La sombra del cuadro que va á seguir: *Los Piratas de agua dulce*, tiene por objeto mostrar lo que puede ser, en una familia, *la herencia del mal*, cuando la sociedad no acude, ya legalmente, ya oficiosamente, á preservar á los desgraciados huérfanos de la ley de las terribles consecuencias de la sentencia fulminada contra su padre.....

.....

El primero de la familia Martial que se estableció en aquella isla pagando un corto alquiler era *mariscador*.

Los mariscadores, así como los descargadores y destrozadores de bateles, están todo el dia metidos en el agua hasta la cintura para ejercer su oficio.

Los descargadores desembarcan la leña á flote.

Los *destrozadores* desbaratan las balsas que han traido la leña.

Tan acuatica como las industrias precedentes es la de los *mariscadores*, pero tiene un objeto diferente.

Entrando en el agua lo mas léjos que se puede ir, el mariscador saca con ayuda de una larga pala, la arena del rio debajo del fango; luego, recogiéndola en grandes artesones de madera, la lava como un mineral ó como una arena de oro, y saca de ella una grande cantidad de particulas metálicas de todas especies, hierro, cobre, bronce, plomo, y estaño, provenientes de los destrozos de una multitud de utensilios.

Tambien muchas veces los mariscadores encuentran en la arena fragmentos de alhajas de oro ó de plata traidos al Sena ya por los albañales donde desaguan los arroyos, ya por las masas de nieve ó de hielo amontonadas en las calles y que el invierno echa al rio.

No sabemos en virtud de que tradicion ó de que uso estos industriales, generalmente honrados, pacíficos y laboriosos, estan bautizados tan formidablemente.

El tio Martial, primer habitante de la isla hasta entonces no ocupada, fué *mariscador*, y los ribereños del rio la nombraron la *isla del mariscador*.

La habitacion de los piratas de agua dulce está pues situada en la parte meridional de aquella tierra.

En el dia, se puede leer en una muestra que está sobre la puerta:

REUNION DE LOS MARISCADORES,

BUEN VINO, BUENA CALDEDERA Y PESCADO FRITO.

Se alquilan barquillas para paseo.

Se ve muy bien que la cabeza de esta fami-

lia maldita habia reunido los oficios de tabernero, de pescador y de alquilador de barquillas.

La viuda de este ajusticiado continuaba viviendo en la casa: los vagos, los pregonados, los que enseñan animales, los saltimbancos ambulantes, iban á pasar allí el domingo y otros dias no *feriados*, en partida de diversion.

Martial (el amante de la Loba), hijo mayor de la familia, el menos culpable de todos, pescaba fraudulentamente, y en caso necesario tomaba, como verdadero *guapeton*, y pagándoselo, el partido de los débiles contra los fuertes.

Uno de sus hermanos, Nicolas, el futuro cómplice de Barbillon para el asesinato de la corredora en diamantes, era en las apariencias *mariscador*, pero de hecho se dedicaba á la piratería de agua dulce en el Sena y en sus orillas.

En fin, Francisco, el mas jóven de los hijos del ajusticiado, conducia á los curiosos que querian pasearse en la barquilla. Ambrosio Martial habia sido condenado á presidio por robo de noche con fractura y tentativa de asesinato.

La hija mayor tenia por sobrenombre *Calabaza*, y ayudaba á su madre en la cocina y en servir á los huéspedes; su hermana Armandina, de edad de nueve años, se ocupaba tambien en las haciendas de la casa segun sus fuerzas.

Una parte de la familia estaba reunida en la cocina de la casa.

Esta pieza es vasta y baja; enfrente de la puerta hay dos ventanas, debajo de las cuales se estiende un largo fogon; á la izquierda, una chimenea alta; á la derecha, una escalera que sube al piso alto; al lado de esta escalera, está la entrada de una sala grande con muchas mesas destinadas para los concurrentes de la taberna.

La luz de un velon, unida á las llamas del fogon, hacia relucir un gran número de caserolas y otros útiles de cobre colgados en las paredes ó colocados en un vasar con diferentes platos y vasijas; una mesa grande ocupaba el centro de esta cocina.

La viuda del ajusticiado, rodeada de sus hijos, está sentada junto al fuego.

Esta muger, grande y flaca, parecia tener cuarenta y cinco años. Estaba vestida de negro: un pañuelo de luto, puesto como toca, ocultándo sus cabellos rodeaba su cara descolorida, surcada ya de arrugas; su nariz era larga, derecha y puntiaguda; sus juanetes salientes, sus mejillas hundidas; su cara biliosa morena, tenia muchas picadas de viruelas; los estremos de su boca, siempre caidos, hacian aun mas dura la espresion de su cara fria, siniestra, impasible como una máscara de mármol. Unas cejas canosas superaban sus ojos de un azul deslucido.

La viuda del ajusticiado estaba cosiendo, como tambien sus dos hijas.

La mayor, seca y alta, se parecia mucho á su madre. Su fisonomia era sosegada, dura y maligna, su nariz delgada, su boca severa, su *mirada macilenta*. Tan solo su color terroso, amarillo como un membrillo, le habia valido el sobrenombre de *Calabaza*. No tenia luto; su trage era oscuro; su gorro de tul negro dejaba ver dos vendas de cabellos raros, de un rubio soso y sin brillo.

Francisco, el mas chico de los hijos de Martial, acurrucado sobre un banquillo, componia las mallas de una red para pescar, severamente prohibida en el Sena.

A pesar de estar tostado, el color de este ni-

ño era floreciente; un bosque de cabello rójo cubria su cabeza; sus facciones eran rollizas; sus labios gruesos, su frente saliente; sus ojos vivos, penetrantes; no se parecia ni á su madre, ni á su hermana mayor; tenia el aire socarron, tímido: de cuando en cuando, por en medio de las melenas que caian sobre su frente, dirigió á su madre una mirada de recelo, ó cambiaba con su hermana pequeña Armandina una de inteligencia y de afecto....

Esta, sentada al lado de su hermano, se ocupaba, no en marcar, sino en quitar la marca de la ropa blanca robada el dia anterior. Tenia nueve años; se parecia tanto á su hermano como su hermana á su madre; sus facciones, sin ser mas regulares, eran menos toscas que las de Francisco; aunque cubierta de pecas, su color era de una hermosura brillante: sus labios gruesos, pero encarnados: sus cabellos bermejos, pero finos, suaves, brillantes; sus ojos chicos, pero de un azul puro y dulce.

Cuando la mirada de Armandina encontraba la de su hermano, le mostraba la puerta. A esta señal, Francisco respondia con un suspiro; luego, llamándo la atencion de su hermana con un gesto rápido, contaba distintamente desde el cabo de su mallero diez mallas de la red....

Esto queria decir en el lenguage simbólico de los niños, que su hermano Martial no debia volver hasta las diez.

Viendo á estas dos mugeres con mala apariencia, y á los dos pobres niños inquietos, mudos, temerosos, se descubren dos verdugos y dos víctimas.

Calabaza notando que Armandina dejaba de trabajar un momento, le dijo con vos áspera:

—Acabarás pronto de quitar la marca á esa camisa?

La niña bajó la cabeza sin responder; con ayuda de sus dedos y de sus tijeras, acabó de quitar precipitadamente el hilo de algoden encarnado con que estaban formadas las letras en el lienzo.

Al cabo de algunos instantes, Armandina, dirigiéndose timidamente á la viuda, le presentó su obra:

—Madre, he acabado, le dijo.

La viuda, sin responderle, le tiró otra pieza de lienzo.

La niña no pudo recibirla á tiempo y la dejó caer. Su hermana le dió con su mano dura un fuerte golpe en el brazo, gritando:

—Bestia!!!

Armandina se volvió á su sitio y se puso activamente á trabajar, despues de haber cambiado con su hermano una mirada, cayéndosele una lágrima.

El mismo silencio continuó reinando en la cocina.

Por la parte de afuera el viento seguia sonando y movia la muestra de la taberna.

Este triste sonido y el sordo hervidero de una olla colocada delante del fuego era el solo ruido que se oia.

Los dos niños observaban con un secreto espanto que su madre no hablaba.

Aunque fuese habitualmente silenciosa, esta mudez completa y cierto movimiento de sus labios les anunciaban que la viuda estaba en lo que ellos llamaban *sus cóleras blancas*, es decir era víctima de una irritacion concentrada.

El fuego amenazaba apagarse, por falta de leña.

---Francisco, un tronco! dijo Calabaza.

El jóven remendon de redes prohibidas miró detrás de la chimenea y respondió:

---No hay mas....

---Ve á la leñera, repuso Calabaza.

Francisco murmuró algunas palabres ininteligibles y no se movió.

---Ola! Francisco, me oyes? dijo agriamente Calabaza.

La viuda del ajusticiado puso sobre sus piernas una servilleta de donde estaba tambien quitando la marca, y fijó los ojos en su hijo.

Este tenia la cabeza baja, pero adivinó, pero sintió, por decirlo asi, la terrible mirada de su madre pesar sobre él..... Temiendo encontrar esta temible mirada, permanecia inmoble.

---Vaya! estás sordo, Francisco? dijo Calabaza irritada.---Madre..... ves.....

La hermana mayor parecia tener el cargo de acusar á los dos niños y pedir el castigo que la viuda aplicaba cruelmente.

Armandina, sin que se pudiese notar su movimiento, dió suavemente con el codo á su hermano para inducirlo á que obedeciese á Calabaza.

Francisco no se movió.

La hermana mayor miró á su madre para pedirle el castigo del culpable; la viuda la entendió.

Con su largo dedo descarnado le mostró una vara de sauco fuerte y flexible colocada en el rincon de la chimenea.

Calabaza se echó atras, tomó este instrumento de correccion y lo entregó á su madre.

Francisco habia perfectamente seguido el ademan de su madre; se levantó de pronto, y de

un salto se puso fuera del alcance de la amenazante vara.

---Quieres pues que madre te apalee el cuerpo? gritó Calabaza.

La viuda, siempre con la vara en la mano, encogiendo cada vez mas sus labios pálidos, miraba á Francisco de hito en hito sin pronunciar una palabra.

Por el ligero temblor de las manos de Armandina, cuya cabeza estaba baja, por el color que cubrió súbitamente su cuello, se veia que la niña, aunque habituada á semejantes escenas, se asustaba de la suerte que esperaba á su hermano.

Este, refugiado en un rincon de la cocina, parecia temeroso é irritado.

Ten cuidado, madre va á levantarse, y no será ya tiempo! dijo su hermana mayor.

---Me es indiferente, replicó Francisco perdiendo el color.---Mejor quiero que me peguen como antier..... que ir á la leñera.... y de noche... ademas....

---Y por qué? repuso Calabaza con impaciencia.

---Tengo miedo en la leñera.... respondió el niño temblando á pesar suyo.

---Tienes miedo..... mentecato..... y de qué?

Francisco meneó la cabeza sin responder.

---Hablarás?.... de que tienes miedo?

---No sé..... pero tengo miedo.....

---Has ido allá cien veces, y ayer noche?

---No quiero ir ya mas....

---Mira que madre se levanta....

---Tanto peor! esclamó el niño, que me pegue, que me mate, no me hará ir á la leñera..... de noche..... sobre todo....

---Pero te lo vuelvo á preguntar, por qué? repuso Calabaza.

---Y bien, porque.....

---Por qué?....

---Porque hay alguno....

---Hay alguno?

---Enterrado allí..... mormuró Francisco temblando.

La viuda del ajusticiado, á pesar de su impasibilidad, no pudo contener un repentino estremecimiento; su hija la imitó, se hubiera dicho que estas dos mugeres habian sido heridas de un mismo sacudimiento eléctrico.

---Hay alguno enterrado en la leñera? dijo Calabaza encogiéndose de hombros.

---Sí, dijo Francisco con voz tan baja que apenas se le oyó.

---Embustero! gritó Calabaza.

---Te digo que, arreglando la leña, vi en el rincon oscuro de la leñera un hueso de muerto... salia un poco de la tierra que estaba húmeda.... en las inmediaciones..... replicó Francisco.

---Lo oyes, madre? No es un bestia? dijo Calabaza haciendo una seña de inteligencia á la viuda, son huesos de carnero que pongo allí para la legia....

---No era hueso de carnero, replicó el niño con espanto, era..... hueso enterrado..... hueso de muerto..... un pié que salia de tierra..... lo vi bien.

---Y en seguida has contado este hermoso hallazgo..... á tu hermano..... á tu buen amigo Martial, no es así?... dijo Calabaza con una ironia feroz.

Francisco no respondió.

---Malvado soplon! gritó Calabaza enfurecida, es collon como una vaca, y será capaz de hacernos guillotinar como á nuestro padre!

---Pues me llaman soplon, dijo Francisco exasperado, lo diré todo á mi hermano Martial. No se lo he dicho todavia, porque no le he visto despues..... Pero cuando venga esta noche..... yo.....

El niño no se atrevió á acabar. Su madre se adelantaba hacia él, tranquila, pero inexorable.

Aunque estaba habitualmente un poco encorbada, su cuerpo era muy alto para muger; tenia la vara en una mano, con la otra cogió á su hijo por el brazo, y, no obstante el terror, la resistencia, las súplicas y el llanto del niño, arrastrándolo á si, lo obligó á subir la escalera que estaba en el estremo de la cocina.

Al cabo de un instante, se oyó encima del techo un pataleo sordo, mezclado con gritos y sollozos.

Algunos minutos despues cesó este ruido.

Se cerró violentamente una puerta.

Y la viuda del ajusticiado bajó.

Despues, siempre impasible, puso la vara en su sitio, se sentó al fuego, y volvió á su trabajo de costura sin pronunciar una palabra.

CAPITULO II.

EL PIRATA DE AGUA DULCE.

Despues de algunos momentos de silencio, la viuda del ajusticiado dijo á su hija:

---Ve á buscar leña; esta noche arreglarémos la leñera... cuando vengan Nicolas y Martial.

---Martial? Quereis decirle tambien que...?

---Leña... repuso la viuda iterrumpiendo ásperamente á su hija.

Esta, habituada á sufrir aquella voluntad de hierro, encendió una linterna y se fué.

En el momento en que abrió la puerta se vió en la parte de afuera la noche oscura, se oyó el crujido de los altos álamos movidos por el viento, el chis chas de las barquillas, los silbidos del viento, el bramido del rio....

Este ruido era muy triste.

Durante la escena precedente, Armandina, penosamente conmovida por la suerte de Francisco, á quien amaba tiernamente, no se habia atrevido á alzar los ojos, ni á enjugarse las lágrimas, que caian gota á gota sobre sus rodillas. Su llanto contenido la sofocaba, procuraba reprimir hasta los latidos de su corazon que palpitaba de miedo.

Las lágrimas empañaban su vista; dándose prisa á quitar la marca de la camisa que le habian dado, se habia herido en la mano con sus tijeras, la herida echába mucha sangre, pero la pobre niña pensaba menos en su dolor que en el castigo que le esperaba por haber manchado la camisa. Afortunadamente, la viuda, embebida en una reflexion profunda, no advirtió nada.

Calabaza entró trayendo un canasto lleno de leña. A una mirada de su madre, respondió con una señal afirmativa de cabeza.

Esto queria decir que en efecto el pié del muerto salia de la tierra....

La viuda plegó sus labios y siguió trabajando; tan solo parecia que movia mas precipitadamente su aguja.

Calabaza reanimó el fuego, miró la olla, y luego se sentó junto á su madre.

---No llega Nicolas? le dijo:—Vaya que la vieja de esta mañana, dándole una cita con un paisano de parte de Bradamanti, lo ha metido en un mal negocio. Tenia tan malas apariencias, no quiso ni esplicarse, ni decirme su nombre, ni de donde venia.

La viuda se encogió de hombros.

---Nicolas no corre peligro, madre?..... quizá teneis razon..... La vieja le pedia que se hallase á las siete de la noche en el muelle de Billy, en frente del remanso, y esperase allí á un hombre que queria hablarle y que le diria por seña *Bradamanti*... En efecto esto no es muy peligroso... Si Nicolas vuelve tarde, es porque quizá ha encontrado alguna cosa en el camino.... como antes de ayer.... esta ropa.... que orondó en una barquilla de lavandera. Y señaló á una de las piezas á que Armandina quitaba la marca; luego di-

rigiéndose á la niña:—Que es lo que quiere decir, orondar?

---Quiere decir.... tomar.... respondió la niña sin alzar los ojos.

---Eso quiere decir robar, tontilla, entiendes?... robar.....

---Si, hermana.....

---Y cuando se sabe orondar bien como Nicolas, hay siempre algo que ganar... La ropa blanca que robó ayer nos ha pertrechado y no nos costará mas trabajo que quitarle la marca..... no es así; madre? añadió Calabaza con una carcajada que dejó ver unos dientes tan descarnados y amarillos como su color.

La viuda permaneció fria á esta chanza.

---A propósito de pertrechar nuestro ajuar, prosiguió Calabaza, podremos quizá proveernos en otro tiempo. Sabeis que un hombre viejo ha venido á vivir, hace algunos dias, la casa de campo de Mr. Griffon, médico del hospicio de París... la casa aislada, á cien pasos de la orilla del agua, en frente del horno de yeso?

---La viuda bajó la cabeza.

—Nicolas decia ayer que ahora quizá habria que dar allí un gran golpe, prosiguió Calabaza.—Y yo sé desde esta mañana que hay un botin muy seguro: será menester enviar á Armandina á corretear al rededor de la casa, no se pondrá atencion en ella; parecerá que está jugando, mirará bien por todas partes, y vendrá á referirnos lo que hubiese visto. Entiendes lo que te digo, añadió con aspereza, dirigiéndose á Armandina.

---Si, hermana, iré, respondió la niña temblando.

---Dices siempre haré y no lo haces, socarrona. Una vez te mandé que tomases cien sueldos del

montrador del especiero de Asnieres, mientras que yo lo ocupaba por otro lado de su tienda; era fácil, no desconfiaba de un niño. Por qué no me obedeciste?

---Hermana.... me faltó valor.... no me atreví.

---El otro dia, te atreviste bien á robar un pañuelo del fardo del buhonero, mientras que vendia en la taberna....Notó alguna cosa, estúpida?

---Hermana, me forzasteis á ello.... el pañuelo era para vos, no era dinero....

---Que le hace eso?

---Vaya!.... tomar un pañuelo, no es tan malo como tomar el dinero.....

Calabaza repuso con ironia:

—¿Es Martial quien te enseña esas chilindrinas, es verdad? vas á contárselo todo, soplonicita!.... crees que tenemos miedo de que tu Martial nos coma?....—Luego, dirigiendose á la viuda, añadió:—Ves, madre, esto ha de ser malo para él... quiere poner aquí la ley..... Nicolas está furioso contra él....yo tambien.... Escita á Armandina y á Francisco contra nosotros....contra ti.....Puede durar esto?....

—No, dijo la madre con tono breve y duro.

—Sobre todo desde que su Loba está en San Lázaro está como ensañado contra todo el mundo....Es culpa nuestra que esté presa....su querida?...cuando salga, no tiene mas que venir aquí... y la serviré...con buena disposicion.... aunque la eche de mala....

La viuda, despues de un momento de reflexion, dijo á su hija:

—Crees que se debe dar un golpe á ese viejo que habita la casa del médico?

—Si....madre....

—Parece un mendigo!

—Eso no impide que sea un noble.

—Un noble?

—Si, y que tenga oro en su bolsa.....aunque vaya á Paris á pié todos los dias y vuelva lo mismo, con su grueso baston que le sirve de coche.

—Que sabes tú si tiene oro?

—Estuve en el correo de Asnieres, para ver si habia carta de Tolon.....

A estas palabras, que le recordaban que su hijo estaba en presidio, la viuda del ajusticiado frunció las cejas y ahogó un suspiro.

Calabaza continuó:

—Esperaba mi turno, cuando entró el viejo que vive en casa del médico; lo conocí inmediatamente por su barba blanca como sus cabellos....por su cara color de box.....y sus cejas negras....No parece muy dócil....A pesar de su edad, debe ser un viejo determinado.....Dijo al oficinista: «Teneis cartas de Angers para el conde de Saint-Remy.— Si, le respondió, aqui hay una. Es para mi, dijo, ved mi pasaporte.» Mientras el oficinista lo examinaba, el viejo, para pagar el porte, sacó su bolsa de seda verde. En una punta vi relucir el oro por medio de las mallas; habia mucho.....á lo menos cuarenta ó cincuenta luises! esclamó Calabaza brillándole los ojos de codicia....y sin embargo está vestido como un miserable.... Vamos, madre, sabemos su nombre.....esto podrá quizá servir ... para introducirse en su casa.....cuando Armandina nos hubiere dicho si tiene criados.

Unos ladridos violentos interrumpieron á Calabaza.

—Ah!...los perros ladran, dijo ella ; oyen un barquillo.....Es Martial ó Nicolas.....

Al nombre de Martial, las facciones de Armandina espresaron una alegria comprimida.

Despues de algunos minutos de espera, durante los cuales miraba impaciente é inquieta á la puerta, la niña vió, con gran pena suya, entrar á Nicolas, el futuro cómplice de Barbillon.

La fisonomía de Nicolas Martial era á la vez innoble y feroz; pequeño, delgado, mezquino, no se concebia que pudiese ejercer su arriesgado y criminal oficio. Por desgracia una agreste energia moral suplía en este miserable á la fuerza física que le faltaba.

Encima de su chaqueton azul llevaba Nicolas una especie de sobretodo sin mangas, hecho de piel de cabra con largos pelos negros; al entrar echó en el suelo un galápago de cobre que habia traido con mucho trabajo sobre su hombro.

—Buenas noches y buen botin, madre! gritó con voz hueca y ronca, despues de haberse desembarazado de su carga—hay tres galápagos como este en mi barquilla, un lio de ropa y una caja llena no sé de que, porque no me he entretenido en abrirla. Quizá sea yo robado!....se verá!

—Y el hombre del muelle de Billy? preguntó Calabaza mientras que la viuda miraba silenciosamente á su hijo.

Este, por toda respuesta, metió la mano en la faltriquera de su pantalon, y, meneandola, hizo sonar en ella un gran número de monedas de plata.

—Le has tomado todo eso?.... Esclamó Calabaza.

—No, ha arriado por si mismo doscientos francos; y arriará todavia ochocientos, cuando yo hubiere.....pero basta!....Primero alijemos mi barquilla, despues charlarémos.....No está ahí Martial?

—No, dijo su hermana.

—Tanto mejor, guardarémos el botin sin él.... Con tal que no sepa.....

—Le tienes miedo, collon? dijo agriamente Calabaza.

—Miedo á él?.....yo!...se encogió de hombros, tengo miedo de que nos venda...nada mas. En cuanto á temerle,...*Corta gaznates* (mi cuchillo) tiene la lengua muy afilada....

—Oh! cuando no está ahí....echas fanfarronadas.....pero llega y cierras el pico.

Nicolas pareció insensible, y dijo:

—Vamos, pronto, pronto....á la barquilla...donde está Francisco, madre? Nos ayudará.

—Madre lo ha encerrado arriba, despues de haberle enjuagado: se acostará sin cenar, dijo Calabaza.

—Bueno; pero que venga ahora á ayudarme á alijar la barquilla, no es asi, madre? Yo, él y Calabaza, en un viage lo traerémos todo aquí...

La viuda levantó su dedo señalando el techo. Calabaza comprendió, y salió á buscar á Francisco.

La cara sombria de la tia Martial se habia desarrugado un poco despues de la llegada de Nicolas; le amaba mas que á Calabaza, menos aun sin embargo que á su hijo de Tolon, como ella decia.., porque el amor maternal de esta criatura feroz se elevaba en proporcion de la criminalidad de los suyos.

Esta preferencia perversa esplica suficientemente el despego de la viuda respecto á sus dos hijos chicos que no anunciaban malas disposiciones, y su ódio profundo á Martial, su hijo mayor, que, sin tener una vida intachable, podia pasar por un hombre muy honrado, si se le comparaba con Nicolas, con Calabaza y con su hermano, el presidiario de Tolon.

—Donde has pecoreado esta noche? dijo la viuda á Nicolas.

—Volviendo del muelle de Billy, donde encontré al paisano con quien estaba citado para esta noche, vi cerca del puente de los Inválidos una galeota amarrada al muelle. Estaba muy oscuro, dije: No hay luz en la cámara... los marineros están en tierra... la abordo... Si encuentro algun curioso, le pido un pedazo de cuerda inutil, para componer mi remo... Entro en la bodega..., nadie... Entonces arrebaño allí lo que puedo, ropa, una caja grande, y, sobre cubierta, cuatro galapágos de cobre y de hierro, Pero ahí estan Francisco y Calabaza: Pronto á la barquilla..... Vamos, anda tú tambien, eh?... Armandina, traeras la ropa..., Antes de sacar... es menester traer...

La viuda, que se quedó sola, se ocupó de los preparativos de la cena de la familia, puso en la mesa los vasos, las botellas, platos de pedernal y cubiertos de plata.

En el momento en que concluía sus preparativos, entraron sus hijos bien cargados.

El peso de los dos galápagos de cobre que llevaba sobre sus hombros parecia que incomodaba mucho al pequeño Francisco; Armandina venia medio tapada con un monton de ropa robada que traia sobre la cabeza; en fin Nicolas, ayudado de Calabaza, traia una caja de madera blanca, sobre la cual estaba puesto el otro galápago de cobre.

—La caja, la caja!..... despanzurremos la caja! gritó Calabaza con agreste impaciencia.

Los galápagos de cobre fueron echados al suelo.

Nicolas tomó la hachuela que llevaba en la cintura, y la introdujo por debajo de la tapa de la caja, colocada en medio de la cocina, á fin de levantarla.

La débil luz rogiza y vacilante del hogar iluminaba aquella escena de pillage: por la parte esterior, los silbidos del viento aumentaban su violencia.

Nicolas, vestido con piel de cabra, agachado delante de la caja, procuraba romperla, y proferia horribles blafemias viendo á la gruesa tapa resistir á sus vigorosas fuerzas.

Los ojos relumbrando de codicia, las mejillas encarnadas por la furia de la rapiña, Calabaza, de rodillas sobre la caja, le hacia sostener todo el peso de su cuerpo á fin de dar un punto de apoyo mas fijo á la accion de la palanca de Nicolas.

La viuda, separada de este grupo por la anchura de la mesa donde estiraba su largo cuerpo, se inclinaba tambien hácia el objeto robado, lo miraba con un ansia febril.

En fin, cosa cruel y desgraciadamente *humana* los dos niños cuyos buenos instintos naturales habian á menudo triunfado de la influencia maldita de aquella abominable corrupcion doméstica; los dos niños, olvidando sus escrúpulos y sus temores, cedian al atractivo de una curiosidad fatal.

Arrimados uno á otro, con ojos brillantes y la respiracion oprimida, Francisco y Armandina no eran los menos solícitos en saber el contenido de la caja, ni los menos irritados por la lentitud de la fractura de Nicolas.

En fin la tapa saltó en pedazos.

—Ah! gritó la familia con una sola voz, jadeante y alegre.

Y todos, desde la madre hasta los niños, se abalanzaron y precipitaron sobre la caja desfondada.....Sin duda despachada de Paris para algun mercader de un barrio ribereño, contenia una gran

cantidad de piezas de telas para mugeres.

—Nicolas no ha sido robado! gritó Calabaza desliando una pieza de muselina de lana.

—No, respondió el ladron desliando á su vez un paquete de tegido de seda de la Indja, he sacado mis gastos.....

—Levantina.....esto viene como el pan....dijo la viuda sacando tambien de la caja.

—La encubridora de Brazo-rojo, que vive en la calle del Temple, comprará las telas, añadió Nicolas, y el tio Micou, que alquila viviendas amuebladas en el barrio de San Honorato, se compondrá con el cobre.

—Armandina, dijo Francisco en voz baja á su hermanita, como haria yo una linda corbata de uno de esos hermosos pañuelos de seda..... que tiene Nicolas en la mano?....

—Tambien haria yo una marmota muy linda, respondió la niña con admiracion.

—Es menester confesar que has tenido suerte en subir á esa galeota, Nicolas, dijo Calabaza; mira, famoso,...ahora, vé aqui dos pañolones..... hay tres....legítima borra de seda. -Ves, madre...

—La tia Burette dará á lo menos 500 francos por todo, dijo la viuda despues de un maduro exámen.

—Entonces debe esto valer al menos 1500, dijo Nicolas; pero, como dicen, todo encubridor... es ladron.....Vaya, tanto peor, no sé enredar.... seré tambien bastante tonto esta vez para pasar por lo que quisieren la tia Burette, y el tio Micou; pero este, es un amigo.

—No le hace, es tan ladron como los otros, esta canalla de encubridores sabe que se les necesita, dijo Calabaza poniéndose uno de los pañolones, y abusan de ello.

Nicolas, llegando ya al fondo de la caja, dijo:

—No hay mas.

—Ahora es menester guardarlo todo, dijo la viuda.

—Yo guardaré este pañolon, repuso Calabaza.

—Tú guardas... tú guardas... esclamó precipitadamente Nicolas, lo guardarás... si te lo doy... Tú tomas siempre..... madama *Voluntariosa*.....

—Toma!... y tú, te privas.... de tomar?

—Yo..... *orondo* arriesgando mi pellejo, no es á ti á quien le hubiera dolido, si me hubisen pelliscado en la galeota.

—Pues bien! ahí tienes tu pañolon, le dijo agriamente Calabaza, tirándolo en la caja,

—No es por el pañolon por lo que hablo; no soy tan cicatero que ande con roñerias por un pañolon; mas ó menos, la tia Burette no variará su precio; compra al monton, repuso Nicolas.—Pero en vez de decir que tomas el pañolon, puedes preguntarme que te doy... Vamos, vaya, guárdalo.... Guárdalo, te digo... ó si no lo tiro al fuego para que haga hervir la olla!

Estas palabras calmaron el mal humor de Calabaza; tomó el pañolon sin rencor.

Nicolas estaba sin duda en vena de generosidad; porque desgarró con sus dientes dos pañuelos de borra de seda y los tiró á Armandina y á Francisco que no habian dejado de contemplarlos con envidia

—Ahi hay para todos, muchachos! Este bocado os meterá ganas de orondar... El apetito viene comiendo... Ahora idos á acostar... tengo que hablar con madre, se os llevará la cena arriba.

Los dos niños palmotearon alegremente, y agitaron triunfalmente los pañuelos robados que acababan de darle.

—Y bien zamacucos, dijo Calabaza, escucharéis todavia á Martial? os ha dado alguna vez unos pañuelos tan hermosos como estos?

Francisco y Armandina se miraron, luego bajaron la cabeza sin responder.

—Hablad, repuso duramente Calabaza, os ha hecho Martial algun regalo?

—Vaya!...no....no nos lo ha hecho nunca, dijo Francisco, mirando su pañuelo de seda carmesí con satisfaccion.

Armandina añadió en voz baja.

—Nuestro hermano Martial no nos ha hecho regalos...,porque no tiene con que....

—Si robase, tendria, dijo duramente Nicolas, no es asi, Francisco?

—Si, hermano, respondió Francisco, despues añadió:—Oh! qué hermoso pañuelo!..... que linda corbata para el Domingo!

—Y yo, qué bonita marmota! repuso Armandina?

—Sin contar con que los hijos del calero rabiarán lindamente al veros pasar, dijo Calabaza, y examinó la cara de los niños, para ver si comprendian el maligno alcance de estas palabras. La abominable criatura llamaba á la vanidad en su ayuda para sofocar los últimos escrúpulos de estos desgraciados.—Los hijos del calero, prosiguió, parecerán mendigos, reventarán de celos, porque vosotros.....con vuestros hermosos pañuelos de seda parecereis personas de la ciudad.

—Es verdad, replicó Francisco; estoy muy contento con mi hermosa corbata, pues los caleritos rabiarán porque no tienen otra lo mismo.... no es asi, Armandina?

—Yo, estoy contenta con tener mi hermosa marmota....nada mas.....

—Tambien tù no serás nunca mas que una tonta, dijo desdeñosamente Calabaza; luego, tomando de la mesa pan y un pedazo de queso, le dió á los niños, y les dijo:

—Subid á acostaros...Aquí teneis una linterna, tened cuidado con el fuego, y apagadla antes de dormiros.

—Vaya, añadió Nicolas, acordaos bien que si teneis la desgracia de hablar á Martial de la caja, de los galápagos de cobre y de la ropa, tendreis que rascar, sin contar con que os quitaré los pañuelos.

Despues que se fueron los niños, Nicolas y su hermana escondieron la ropa, la caja de géneros y los galápagos en el fondo de un sótano pequeño, á que se bajaba por algunos escalones, que tenia la entrada por la cocina, no léjos de la chimenea.

—Vaya! madre, á beber, y que nieve!....esclamó el bandido; aguardiente....He ganado mi jornal....Sirve la sopa, Calabaza; Martial roerá nuestros huesos; eso es bueno para él...Hablemos ahora del paisano del muelle de Billy, porque mañana ó pasado mañana es menester que se concluya, si quiero embolsar el dinero que ha prometido....Te lo voy á contar, madre....pero de beber, fuego!....de beber....yo soy el que festejo...

Y Nicolas hizo de nuevo sonar las monedas de cien sueldos que tenia en su faltriquera; luego, tirando su piel de cabra, y su gorra de lana negra, se sentó á la mesa delante de un enorme plato de guisado de carnero, un pedazo de ternera fiambre y una ensalada.

Cuando Calabaza trajo el vino y el aguardiente, la viuda, siempre impasible y sombría, se sentó á un lado de la mesa, teniendo á Nicolas á la

derecha y á su hija á la izquierda; en frente de ellos estaban los sitios desocupados de Martial y de los dos niños.

El bandido sacó de la faltriquera un ancho y largo cuchillo catalan con el cabo de cuerno y aguda punta. Contemplando esta arma mortífera con una especie de satisfaccion feroz, dijo la viuda:

—*Corta gaznates* trincha siempre bien... dadme el pan, madre....

—A proposito de cuchillos, dijo Calabaza, Francisco ha notado una cosa... en la leñera.

—Qué? dijo Nicolas sin comprenderla.

—Ha visto uno de los piés.....

—Del hombre? esclamó Nicolas.

—Si, dijo la viuda poniendo una tajada de carne en el plato de su hijo.

—Eso es gracioso.....la hoya era sin embargo muy profunda, dijo el bandido; pero, con el tiempo....la tierra se habrá apilado.....

—Será menester esta noche echarlo todo al rio, dijo la viuda.

—Eso es mas seguro, respondió Nicolas.

—Se le amarrará una piedra con un pedazo de cadena vieja, dijo Calabaza.

—No seas tonta....respondió Nicolas echando de beber; luego dirigiéndose á la viuda, teniendo la botella en alto: Vamos, brindad con nosotros, esto os alegrará, madre.

La viuda meneó la cabeza, retiró su vaso, y dijo á su hijo.

—Y el hombre del muelle de Billy?

—He aquí la cosa....dijo Nicolas, sin dejar de comer y de beber....Al llegar al remanso atraqué mi barquilla y subí al muelle; daban las siete en la panaderia militar de Chaillot; no se veia á los cuatro pasos. Me paseaba á lo largo del pretil,

hacia un cuarto de hora, cuando oigo andar pausadamente detras de mí; me detuve; un hombre embozado en una capa se acerca á mí tosiendo; me paro, él se para....Todo lo que sé de su figura, es que su capa le tapaba hasta la nariz, y el sombrero hasta los ojos.

(Recordarémos al lector que este personage misterioso era Santiago Ferrand el escribano que, queriendo deshacerse de Flor-celestial, habia, aquella misma mañana, enviado á Mad. Seraphin á casa de los Martial, á quienes esperaba hacer instrumentos de este nuevo crimen.)

—«Bradamanti, me dijo el paisano, prosiguió Nicolas, esta era la seña convenida con la vieja para darme á conocer con el particular. *Mariscador*, le respondo, segun estaba tambien convenido.

—«Os llamais Martial? me dijo.

—«Si, paisano.

—«Fué esta mañana una muger á vuestra isla; que os dijo?

—«Qué teniais que hablarme de parte de Mr. Bradamanti.

—«Quereis ganar dinero?

—«Si, paisano....mucho.

—«Teneis una barquilla?

—«Tenemos cuatro, es nuestro ejercicio: bar-«queros y mariscadores de padres á hijos, á vues-«tro servicio.

—«Ved pues lo que será menester hacer.....si «no teneis miedo....

—«Miedo...de qué?

—«De ver á alguno *ahogarse por casualidad*; «solo se trata de ayudar á la casualidad.....com-«prendeis?

—«Ah! ya, es preciso hacer beber á pechos á un particular en el Sena como por casualidad?...

«no está malo.....pero como este es un guisado «delicado, cuesta caro el aderezo....

—«Cuanto....por dos....

—«Por dos....habrá dos personas que poner á «cocer en el rio?

—«Si.....

—«Quinientos francos por cabeza....no es caro.

—«Vienen á ser mil francos....

—«Pagados adelantados.

—«Doscientos francos adelantados, el resto des- «pues....

—«Desconfiais de mí?

—«No; podeis embolsaros mis doscientos fran- «cos sin cumplir nuestros pactos.

—«Y vos, paisano, una vez dado el golpe, «cuando os pida los ochocientos francos, podeis «responderme: Gracias, no os debo nada.

—«Esto es un juego; os conviene, sí ó nó? «doscientos francos al contado, y pasado mañana «á la noche, aquí, á las nueve, os entregaré ocho- «cientos francos.

—«Y quien os dirá que he hecho beber á las «dos personas?

—«Yo lo sabré, eso me toca á mí..... está «dicho?

—«Está dicho, paisano.

—«Aquí están doscientos francos.....ahora, es- «cuchadme. Conoceis bien á la vieja que fué á «buscaros esta mañana?

—«Si, paisano.

—«Mañana ó pasado mañana lo mas tarde, la «vereis ir, á eso de las cuatro de la tarde, por «la orilla en frente de vuestra isla con una jó- «ven rubia, la vieja os hará una señal meneando «un pañuelo.

—«Si, paisano.

—«Cuanto tiempo se necesita para ir desde la «orilla á vuestra isla?

—«Veinte minutos largos.

—«Vuestras barquillas tienen el fondo chato?-

—«Lisos como la mano.

—«Hareis diestramente una especie de válvula «ancha en el fondo de una de esas barquillas, á «fin de poder, abriendo esta válvula, hacerle ir «á fondo en un abrir y cerrar de ojos.... Com-«prendeis?

—«Muy bien, paisano, sois maligno!....Justa-«mente tengo una barquilla medio podrida; que-«ria desbaratarla.....será bueno para este último «viage.

—«Partis pues de vuestra isla con esa barqui-«lla de válvula; os sigue una buena, conducida «por alguno de vuestra familia. Atracais, tomais; «á la vieja y á la jóven rubia á bordo de la bar-«quilla agujereada, y volveis para vuestra isla; «pero á una distancia razonable de la orilla, fin-«gis bajaros para acomodar cualquier cosa, abrir «la válvula y saltais prontamente á la otra bar-«quilla, mientras que la vieja y la jóven rubia...

—«Beben en la misma tasa....es eso...paisano?

—«Pero estais seguro de no alteraros?...Si fue-«sen parroquianos á vuestra taberna?....

—«No hay temor, paisano. A esa hora y en «invierno sobre todo, no van allí nunca...es nues-«tra mala estacion; y si fuesen, no nos incomo-«darian....por el contrario...todos son amigos.

—«Muy bien! Ademas no os comprometeis en «nada; la barquilla se pensará que se ha ido á «pique por vejez, y la vieja que os llevará la jó-«ven desaparecerá con ella. En fin, para asegura-«ros bien de que las dos se han ahogado (siem-«pre por casualidad) podreis, si salen encima del

«agua, ó si se agarran á la barquilla, hacer al pa-
«recer todos los mayores esfuerzos para socor-
«rerlas, y.....

—«Y ayudarlas....á sumergirse. Bien, paisano!...

—«Será tambien menester que el paseo se ha-
«ga despues de puesto el sol, á fin que esté os-
«curo cuando caigan al agua.

—«No, paisano; porque si no se vé claro co-
«mo se sabrá si las dos mugeres han bebido bas-
«tante ó si pueden beber mas todavia?

—«Es exacto; entonces el accidente tendrá lu-
«gar antes de ponerse el sol.

—«En hora buena, pero la vieja no sospecha-
«rá nada?

—«No....Al llegar, os dirá al oido: «Es me-
«nester ahogar á esta muchacha; un poco antes
«de hacer sumergir la barquilla, hacedme una se-
«ña para que esté pronta para salvarme con vos.»
«Respondereis á la vieja de manera que devanez-
«ca sus sospechas.

—«De modo que ella creerá que lleva á la
«rubita á beber?

—«Y beberá con la rubita.

—«Perfectamente arreglado.

—«Y sobre todo que la vieja no sospeche
«nada!.

—«Estad tranquilo, paisano, tragará este dul-
ce como miel.

—«Vamos, buena suerte, muchacho! Si quedo
contento, quizá os emplee otra vez!

—«A vuestro servicio, paisano!»

—Allá arriba, dijo el bandido terminando su
relacion, dejé al hombre de la capa, volví á mi
barquilla, y, al pasar por delante de la galeota,
vendimié el botin que habeis visto.

Se vé, por la relacion de Nicolas, que el es-

cribano queria, por medio de un doble crímen, desembarazarse á la vez de Flor-celestial y de Mad. Seraphin, haciendo caer á esta en el lazo que creia tendido solamente á la Guillabaora.

—Tenemos necesidad de repetir que, temiendo que el Mochuelo dijese de un momento á otro á Flor-celestial que habia sido abandonada por Mad. Seraphin, Santiago Ferrand tenia un poderoso interes en hacer desaparecer á esta jóven, cuyas reclamaciones podian herirle mortalmente en sus bienes y en su reputacion?

En cuanto á Mad. Seraphin, el escribano, sacrificándola, se deshacia de uno de los dos cómplices (Bradamanti era el otro) que podian perderle perdiéndose ellos mismos, es verdad; pero Santiago Ferrand creia sus secretos mejor guardados por la tumba que por el interes personal.

La viuda del ajusticiado y Calabaza habian escuchado atentamente á Nicolas, que no se habia interrumpido sino para beber con esceso.

—Hay mas, prosiguió; he echado el mango á otro negocio con el Mochuelo y Barbillon, de la calle de Feves. Es un famoso lance, perfectamente montado; y si no nos falta, habrá con que freir, me jacto de ello. Se trata de despojar á una corredora en diamantes, que tiene algunas veces por valor de 50,000 francos en piedras en su canastillo.

—Cincuenta mil francos! esclamaron la madre y la hija, cuyos ojos brillaron de codicia.

—Si....nada mas que eso..... Brazo-rojo andará en ello. Ayer ha engañado ya á la corredora con una carta que le llevamos Barbillon y yo, al baluarte de San Dionisio. Es un famoso hombre el tal Brazo-rojo! embaucar á la corredora, le ha vendido un diamante de 400 francos. No descon-

fiará ella en ir, á su taberna en los Campos-Elíseos. Estarémos allí ocultos. Calabaza vendrá tambien, guardará mi barquilla en el Sena. Si fuese preciso enfardar á la corredora muerta ó viva, habrá un coche cómodo y que no deja huellas. Este es el plan..... Bribon de Brazo-rojo, que talento!

—Siempre desconfio de Brazo-rojo, dijo la viuda. Por el asunto de la calle de Mortmartre, tu hermano Ambrosio está en Tolon, y Brazo-rojo fué puesto en libertad.

—Porque no habia pruebas contra él; es tan travieso....Pero vender á los demas....nunca.

—La viuda meneó la cabeza, como si no estuviese mas que medio convencida de la *probidad* de Brazo-rojo.

Despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—Mejor quiero el negocio del muelle de Billy para mañana ó pasado mañana á la tarde.... ahogar dos mugeres....Pero Martial nos incomodará....como siempre.....

—No nos desembarazará de él un rayo del diablo....gritó Nicolas medio borracho, clavando con furor en la mesa su largo cuchillo.

—He dicho á madre que esto no podia durar, repuso Calabaza.—Mientras que esté aquí, no se podrá hacer nada de los niños....

—Os he dicho que es capaz de denunciarnos un dia ú otro, el ladron, dijo Nicolas, lo ves, madre....si me hubieras creido, añadió con aire feroz y significativo, mirando á su madre, todo estaria dicho.....

—Hay otros medios.

—Este es el mejor, dijo el bandido.

—Ahora....no, respondió la viuda con tono tan

absoluto que Nicolas se calló, dominado por la influencia de su madre, que él sabia era tan criminal, tan malvada, y aun mas determinada que él.

La viuda añadió:

—Mañana por la mañana dejará la isla para siempre.

—Como? dijeron á un tiempo Calabaza y Nicolas.

—Va á venir, travad riña con él...pero resueltamente, en su cara...como nunca habeis osado hacerlo....Pegaos si es preciso....El es fuerte.... vosotros sois dos, y yo os ayudaré...Sobre todo, nada de cuchillos.... nada de sangre.... que se le pegue, y no se le hiera.

—Y despues, madre? preguntó Nicolas.

—Despues....se esplicará....Le diremos que deje la isla mañana....si no que todos los dias se repetirá la escena de esta noche...Le conozco, estas pendencias continuas le disgustarán. Hasta ahora se le ha dejado tranquilo....

—Pero es testarudo como un mulo, es capaz de querer quedarse aunque no sea mas que por causa de los niños....dijo Calabaza.

—Es un bribon rematado..... una soba no le mete miedo, dijo Nicolas.

—Una ...si, dijo la viuda, pero todos los dias, todos los dias....eso es el infierno....cederá...

—Y si no cediese?

—Entonces tengo otro medio seguro de forzarlo á partir esta noche, ó mañana por la mañana lo mas tarde, repuso la viuda con una sonrisa estraña.

—De veras madre?

—Si, pero mejor querria asustarle con las sobas; si no lo consigo, entonces.....al otro medio.

—Y si con el otro medio no se logra tampoco,

madre? dijo Nicolas.

—Hay el último con el cual siempre se logra, respondiò la viuda.

De repente se abrió la puerta, y entró Martial.

El viento soplaba tan fuerte afuera, que no se habian oido los ladridos de los perros anunciar la vuelta del hijo mayor de la viuda del ajusticiado.

CAPITULO III.

LA MADRE Y EL HIJO.

Ignorando los malos designios de su familia, entró Martial lentamente en la cocina.

Algunas palabras de la Loba, en su conversacion con Flor-celestial, han hecho ya conocer la singular existencia de este hombre.

Dotado de buenos instintos naturales, incapaz de una accion positivamente baja ó ruin, Martial sacaba de esto una conducta poco regular. Pescaba fraudulentamente, y su fuerza, su audacia, inspiraban bastante miedo á los guardas de pesca para que cerrasen los ojos á la que él hacia en el rio.

A esta industria ya muy poco legal, Martial reunia otra muy ilicita.

Valenton temido, se encargaba voluntariamente, mas aun por esceso de valor, por *calaverada*, que por codicia, de vengar en las riñas á puñadas ó á palos á las víctimas de los adversarios de una fuerza muy desigual; es menester decir que Martial escogia con bastante rectitud las *causas* que defendia á puñadas; generalmente tomaba el partido del débil contra el fuerte.

El amante de la Loba se parecia mucho á Francisco y á Armandina; era de estatura mediana, pero robusto, ancho de hombros; sus cabellos espesos bermejos, cortados al cepillo, formaban circo sobre su cara bien ingenua; su barba poblada, espesa y corta, sus anchas mejillas, su nariz saliente, sus ojos azules y animosos, daban á su cara varonil una espresion singularmente resuelta.

Tenia en la cabeza un sombrero viejo charolado; á pesar del brio no llevaba mas que una mala blusa azul sobre su chaqueta y su pantalon de pana muy usado. Traia en la mano un enorme palo nudoso, que puso á su lado.

Un perro podenco grueso, de piernas torcidas, de pelo negro, entró con Martial, pero se quedó junto á la puerta, no atreviéndose á acercarse ni al fuego, ni á los que estaban en la mesa, habiendo probado la esperiencia al viejo *Miraut* (este era el nombre del podenco, antiguo compañero de Martial) que era, como su amo, muy poco simpático á la familia.

—Donde están los niños?

Estas fueron las primeras palabras de Martial cuando se sentó á la mesa.

—Están donde están, respondió agriamente Calabaza.

—Donde están los niños, madre? repuso Martial sin inquietarse por la respuesta de su hermana.

—Están acostados, replicó secamente la viuda.

—Y no han cenado, madre?

—Que te importa eso? gritó brutalmente Nicolas, despues de haber bebido un gran vaso de vino para aumentar su audacia, porque el carácter y la fuerza de su hermano le imponian mucho.

Martial tan indiferente á los ataques de Nicolas como á los de Calabaza, dijo de nuevo á su madre.

—Siento que los niños estén ya acostados.

—Tanto peor...respondió la viuda.

—Sí, tanto peor!....porque quiero tenerlos á mi lado cuando ceno.

—Y nosotros, como nos incomodan, los hemos despachado, gritó Nicolas.—Si esto no te agrada, vé á buscarlos!

Martial, admirado, miró fijamente á su hermano.

Luego, como si hubiese reflexionado en la inutilidad de una riña, se encogió de hombros, cortó un pedazo de pan, y se sirvió una tajada de carne.

El perro se habia acercado á Nicolas, aunque á distancia muy respetuosa; el bandido, irritado con la despreciativa indiferencia de su hermano, y esperando hacerle perder la paciencia pegándole á su perro, dió una furiosa patada á Miraut que dió ladridos lamentables.

Martial se puso muy encarnado, apretó en sus manos contraidas el cuchillo, y dió violentamente un golpe sobre la mesa; pero, conteniendose todavia, llamó á su perro y le dijo suavemente:

---Ven acá, Miraut.

---El perro fué á echarse á los pies de su amo.

---Esta moderacion contrariaba los proyectos de Nicolas: queria impacientar á su hermano para que hubiese una pendencia

Añadió pues:

---No me gustan los perros.... no quiero que tu perro esté aqui!....

Por toda repuesta, Martial se echó un vaso de vino, y bebió lentamente.

Cambiando una mirada rápida con Nicolas, la viuda lo animó con una seña para que continuases sus hostilidades contra Martial, esperando, lo hemos dicho, que una violenta riña produciria un rompimiento y una separacion completa.

Nicolas fué á tomar la vara de sauce que le habia servido á la viuda para pegarle á Francisco, y, acercándose al perro, le pegó cruelmente diciéndole:

---Fuera de aquí, eh, Miraut!

Hasta entonces Nicolas se habia mostrado muchas veces disimuladamente agresor contra Martial; pero nunca se habia atrevido á provocarle con tanta audacia y persistencia.

El amante de la Loba, pensando que se le queria impacientar, por algun fin oculto, redobló su moderacion.

Al quejido de su perro, cuando le pegó Nicolas, se levantó Martial, abrió la puerta de la cocina, echó al perro fuera, y volvió á continuar su cena.

Esta increible paciencia, tan poco en harmonia con el caracter ordinariamente colérico de Martial, confundió á sus agresores.... se miraron profundamente sorprendidos.

El, pareciendo completamente estraño á lo que pasaba, comia ufanamente y guardaba un profundo silencio.

---Calabaza, quita el vino, dijo la viuda á su hija.

Esta se dió priesa á obedecer, cuando Martial dijo:

---Espera.... no he acabado de cenar.

---Tanto peor! dijo la viuda quitando ella misma la botella.

---Ah!.... eso es diferente.... repuso el amante

de la Loba, y echándose un gran vaso de agua lo bebió, hizo castañetear su lengua contra su paladar, y dijo:

---Vaya una hermosa agua!

Esta imperturbable sangre fria irritaba la cólera rencorosa de Nicolas, ya muy exaltado por numerosas libaciones; sin embargo no se atrevia todavia á un ataque directo, conociendo la fuerza poco comun de su hermano; de repente gritó, enagenado de su inspiracion:

---Has hecho bien en ceder respecto á tu perro, Martial; es un buen hábito que debes tomar, porque es menester que nos veas echar á tu querida á patadas, como hemos echado á tu perro.

---Oh! si.... porque si la Loba tiene la desgracia de venir á la isla cuando salga de la cárcel, dijo Calabaza que comprendió la intencion de Nicolas, yo soy quien la abofetea con gracia.

---Y yo le haré dar una zambullida en el fango, junto á la barraca de la punta de la isla, añadió Nicolas.—Y si salia de alli, la volveria á meter á zapatazos....

Este insulto dirigido á la Loba, á quien amaba con una pasion agreste, triunfó de las pacíficas resoluciones de Martial; frunció las cejas, la sangre le subió á la cara, las venas de su frente se inflamaron, y se estiraron como cuerdas; no obstante tuvo bastante imperio para decir á Nicolas con una voz ligeramente alterada por la cólera contenida:

---Ten cuidado.... buscas una pendencia y hallarás una soba que no buscas.

---Una soba... á mi?

---Si.... mejor que la última.

---Qué? Nicolas, dijo Calabaza con una admiracion sardónica.—Martial te ha pegado.... Ma-

dre, escuchais... Así no me admiro ya que Nicolas le tenga tanto miedo.

---Me pegó porque me cogió á traicion, gritó Nicolas poniéndose pálido de furor.

---Mientes; tu me atacastes con disimulo, jugué á la pelota contigo y te tuve lástima; pero si vuelves á hablarme de mi querida... oyes, de mi querida... no habrá perdon... te señalaré para largo tiempo.

---Y si yo quiero hablar de la Loba? dijo Calabaza....

---Te daré un par de pescozones para avisarte, y si vuelves á hablar te volveré á avisar:

---Y si hablo yo? dijo lentamente la viuda.

---Vos?

---Sí.... yo!

---Vos? dijo Martial haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo, vos?

---Me pegarás tambien, no es así?

---No! pero si hablais de la Loba, apalearé á Nicolas; ahora andad.... á vos os toca.... y á él tambien...

---Tú, gritó el bandido furioso levantando su peligroso cuchillo catalan, tú me apalearás!!

---Nicolas... nada de cuchillo! gritó la viuda lévantándose prontamente para coger el brazo de su hijo: pero este, embriagado con el vino y con la cólera, se levantó, empujó asperamente á su madre y se precipitó sobre su hermano.

Martial se retiró con viveza, cogió el grueso palo nudoso que habia puesto á un lado, y se puso en defensa.

---Nicolas, nada de cuchillo! repitio la viuda.

---Dejadlo hacer! gritó Calabaza arrimándose á la pala de mariscar.

Nicolas, sin dejar de blandir su formidable cu-

chillo, acechaba el momento de arrojarse sobre su hermano.

---Te digo, gritó, que á ti, y á la canalla de tu Loba, os he de sacar los ojos, y comienzo... Aca, madre mia!.... á mi, Calabaza!.... refresquemole; hace mucho tiempo que dura.

Y creyendo el momento favorable á su ataque, el bandido se abalanzó á su hermano con el cuchillo levantado.

Martial, jugador esperto del palo, huyó repentinamente el cuerpo, alzó su palo que, rápido como el rayo, describió silvando un 8 y lo dejó caer tan pesadamente sobre el antebrazo derecho de Nicolas, que este, herido de un adormecimiento súbito, y doloroso, dejo caer su cuchillo.

---Ladron.... me has roto el brazo! gritó cogiendo con su mano izquierda su brazo derecho que colgaba como muerto en su lado.

---No, he sentido rebotar mi palo.... respondió Martial tirando con el pié el cuchillo debajo del armario.

Luego, aprovechándose del dolor de Nicolas, lo cogió por el pescuezo, lo empujó duramente para adelante, hasta la puerta del sótano de que hemos hablado, la abrió con una mano, con la otra echó y encerró allí á su hermano, todavia aturdido con tan brusco ataque.

Volviendo en seguida á las dos mugeres, cogió á Calabaza por los hombros, y no obstante su resistencia, sus gritos y un palazo que le hirió levemente en la mano, la encerró en la sala baja de la taberna que comunicaba con la cocina.

---Entonces, dirigiéndose á la viuda todavia pasmada de una maniobra tan hábil como inesperada, le dijo con frialdad:

---Ahora, madre.... nosotros dos.....

---Pues bien, sí, nosotros dos.... gritó la viuda, y su cara impasible se animó, su tez pálida se coloró, un fuego sombrío animó su pupila hasta entonces apagada, la cólera, el odio dieron á sus facciones un carácter terrible; sí.... nosotros dos.... repuso con voz amenazante, esperaba este momento, vas en fin á saber lo que tengo sobre el corazon.

---Y yo tambien, voy á deciros lo que tengo sobre el corazon.

---Aunque vivas cien años, te acordarás de esta noche....

---Me acordaré de ella..... Mi hermano y mi hermana han querido asesinarme, vos no habeis hecho nada para impedirselo. Pero veamos.... hablad.... que teneis contra mí?

---Que es lo que tengo?

---Sí....

---Desde la muerte de tu padre.... no has hecho mas que cobardías.

---Yo?

---Sí, cobarde.... En vez de estar con nosotros para sostenernos, te retiraste á Rambouillet, á cazar furtivamente en los bosques con el recobero que conociste en Bercy.

---Si hubiera quedado aquí, ahora estaria en presidio como Ambrosio, ó próximo á ir como Nicolas, no he querido robar como vosotros.... por eso es vuestro odio.

---Y que oficio ejerces. Robabas caza, robas pescado, robo sin peligro, robo de cobarde.....

---El pescado, lo mismo que la caza, no pertenece á nadie, hoy está en casa de uno, mañana en la de otro, es de quien sabe cogerlo..... Yo no robo.... En cuanto á ser cobarde....

---Pegas, por el dinero, á los hombres mas débiles que tú.

---Porque han pegado á otros mas débiles que ellos.

---Oficio de cobarde... . oficio de cobarde.. ....

---Los hay mas honrados, es verdad, pero no os toca á vos el decirmelo!

---Por qué no has tomado entonces esos oficios honrados, en lugar de venir aqui á haraganear y á vivir á mis costillas?

---Os doy el pescado que cojo y el dinero que tengo..... no es mucho, pero es bastante.... no os cuesto nada. Traté de ser cerrajero para ganar mas.... pero como desde mi infancia he sido vagamundo en el rio y en el bosque, no se puede uno aficionar; es cosa concluida.... se tiene que ser asi toda la vida.... y luego.... añadió Martial con aire sombrio, siempre he querido mejor vivir solo sobre el agua ó en el bosque.... donde nadie me pregunta. En vez que en otra parte, si me hablan de mi padre, es menester que responda..... guillotinado! de mi hermano.... presidiario! de mi hermana.... ladrona.

---Y de tu madre, que dices?

---Digo....

—Qué?

—Digo que ha muerto.....

---Y haces bien..... es cierto..... Te desconozco, cobarde. Tu hermano está en presidio. Tu abuelo y tu padre concluyeron valerosamente en el patibulo, mofándose del sacerdote y del verdugo. En vez de vengarlos, tiemblas.....

---Vengarlos?....

---Si, mostrarte *verdadero Martial*, escupir sobre la cuchilla de Charlot y sobre la casaca encarnada, y concluir como padre y madre, hermano y hermana.....

Por habituado que estubiese Martial á las fe-

roces exaltaciones de su madre, no pudo dejar de temblar de horror.

La fisonomía de la viuda del ajusticiado, cuando prorrumpió en estas últimas palabras, estaba espantosa.

Prosiguió con un furor creciente:

---Oh! cobarde, aun mas pícaro que cobarde! Quieres ser honrado! Honrado? siempre serás despreciado, rechazado, como hijo de un asesino, hermano de un presidiario; pero en vez de alimentar la venganza y la rabia, alimentas el miedo! te salvas; cuando han guillotinado á tu padre..... nos dejas cobarde! Y sabes que no podemos salir de la isla sin que nos echen como á perros rabiosos.... oh! nos la pagarán, sábelo! nos la pagarán!

---Un hombre, diez hombres no me causan miedo! pero ser bucheado por todo el mundo como hijo y hermano de sentenciados.... Pues bien, no! no he podido.... mejor he querido irme á los bosques á cazar con Pedro, el recobero.

---Te podias estar..... en tus bosques.

---Volví á causa de mi encuentro con un guarda, y sobre todo por los niños.... porque estaban en edad de hacerse malos.

---Y que te importa eso?

---Me importa.... no quiero que sean tunantes como Ambrosio, Nicolas y Calabaza.....

---No es posible!

---Y solos, con todos vosotros, no dejarán de serlo. Me puse de aprendiz para procurar ganar con que llevármelos conmigo.... y dejar la isla... pero en Paris todo se sabe, era siempre hijo del guillotinado..... hermano del presidiario.... tenia pendencias todos los dias..... esto me cansó....

---Y no te has cansado de ser honrado..... te ha ido tan bien!.... en vez de pensar en volver

con nosotros.... como harán los niños.... á pesar tuyo.... sí, á pesar tuyo.... Crees engaitarlos con tus sermones..... pero estamos aquí nosotros..... Francisco es nuestro.... una ocasion, y será de la banda....

---Os digo que no....

---Verás que sí... lo conozco..... En el fondo hay vicios, pero tu lo sujetas..... En cuanto á Armandina, cuando tenga quince años, andará sola.... Ah! nos han tirado piedras.... nos han perseguido como á perros rabiosos.... se verá lo que es nuestra familia.... escepto tú.... cobarde... porque aquí no hay sino tú que nos avergüenze.

---Es una lástima....

---Y para que no te eches á perder con nosotros..... mañana saldrás de aquí para no volver nunca.

Martial miró á su madre con sorpresa; despues de un momento de silencio, le dijo:

---Habeis buscado una riña cuando cenaba para venir á parar á eso?

---Sí, para monstrar lo que te espera, si quieres quedarte aquí á pesar nuestro, un infierno, un infierno.... entiendes?..... un infierno.... todos los dias una pendencia, porrazos, alborotos, y no estarémos solos como esta noche; tendremos amigos que nos ayudarán.... no te mantendras aquí ocho dias.

---Creeis meterme miedo?

---Te digo lo que te sucederá.....

---No le hace.... me quedo.....

—Te quedarás?

---Sí.

---A pesar nuestro?

---A pesar vuestro, á pesar de Calabaza, á pesar de Nicolas, á pesar de todos los picaros de su temple....

---Mira.... me haces reir.

En boca de esta muger de figura fatal y feroz estas palabras eran horribles.

--Os digo que me quedaré hasta que encuentre medio de ganar mi vida en otra parte con los niños; solo, no tendria embarazo alguno, volveria á los bosques, pero por causa de ellos, me será preciso mas tiempo.... para encontrar lo que busco.... Entretanto, me quedo.

---Ah! te quedas... hasta el momento en que te lleves los niños?

---Como decis.

---Llevarte los niños?

—Cuando les diga venid, vendrán.... corriendo, os respondo de ello.

La viuda se encogió de hombros, y repuso:

—Escucha, te he dicho que, aunque vivas cien años, te acordarás de esta noche; voy á esplicarte porqué; pero estás muy decidido á no irte de aquí?

—Sí, sí, mil veces sí.

—Ahora dirás no, mil veces no. Escúchame bien..... sabes que oficio ejerce tu hermano?

—Lo temo, pero no quiero saberlo.....

—Lo sabrás.... roba....

---Tanto peor para él.

---Y para tí....

---Para mí?

--Roba por la noche con fractura, caso de presidio; encubrimos sus robos, y estamos condenadas á la misma pena que él como encubridores, y tu tambien; pescan á la familia, y los niños quedarán en la calle donde sabrán el estado de tu padre y de tu abuelo tan bien como aquí.

---Yo, preso, como encubridor, como cómplice vuestro, con qué pruebas?

---No se sabe como vives, vagamundeas sobre el agua, estas reputado por mal hombre, habitas con nosotros; á quien harás creer que ignoras nuestros robos y nuestros encubrimientos?

---Probaré que no.

---Te acusarémos como cómplice nuestro.

---Acusarme, por qué?

---Para recompensarte de haber querido quedarte aquí á pesar nuestro.

---Ya quereis meterme miedo de una manera, ya de otra; eso no le hace, probaré que no he robado nunca... Me quedo.

---Ah! te quedas? Escucha aun: te acuerdas, el año último..... lo que pasó aquí la noche de Navidad?

---La noche de Navidad? dijo Martial procurando recoger sus recuerdos.

---Busca bien..... busca bien....

---No me acuerdo....

---No te acuerdas que Brazo-rojo trajo aquí, por la noche, un hombre bien puesto, que necesitaba ocultarse?....

---Sí, ahora me acuerdo; subí á acostarme, y le dejé cenando con vos... Pasó la noche en casa; antes del dia, Nicolas lo condujo á Saint-Ouen.

---Estas seguro que Nicolas lo condujo á Saint-Ouen?

---Vos me lo dijisteis la mañana siguiente.

---La noche de Navidad, estabas aquí?

---Sí.... y bien?

---Aquella noche... ese hombre que traía mucho dinero... fué asesinado en esta casa.

---El... aquí?...

---Y robado... y enterrado en la leñera.

---Eso no es verdad, esclamó Martial poniéndose pálido de terror, y no queriendo creer este

nuevo crímen de su familia.—Quereis asustarme. Os lo repito, eso no es verdad.

---Pregunta á tu protegido Francisco que es lo que vió esta mañana en la leñera.

---Francisco, y que vió?

---Uno de los piés de aquel hombre que salia de la tierra.... Toma la linterna, ve, te asegurarás de ello.

---No, dijo Martial, limpiándose la frente bañada de un sudor frio, no os creo.... decis esto para.....

---Para probarte que, si te quedas aquí á pesar nuestro, te arriesgas á cada instante á ser preso como cómplice de robo y de asesinato; estabas aqui la noche de Navidad; dirémos que nos ayudastes á dar el golpe. Como probarás lo contrario?

---Dios mio! Dios mio! dijo Martial cubriéndose la cara con las manos.

---Ahora te irás: dijo la viuda con una sonrisa sardónica.

Martial estaba aterrado; no dudaba por desgracia lo que acababa de decirle su madre; la vida vagamunda que llevaba, vivir con una familia tan criminal, debian hacer pesar sobre él terribles sospechas, y estas sospechas podian cambiarse en certidumbre á los ojos de la justicia, si su madre, su hermano, su hermana le designaban como cómplice suyo.

La viuda se gozaba con el abatimiento de su hijo.

---Tienes un medio de salir del lance; denúncianos.

---Debia.... Pero no lo haré.... bien lo sabeis.

---Por eso es por lo que te dije..... Ahora te irás.

Martial quiso tratar de enternecer á aquella fu-

ria, y con voz menos áspera le dijo:

---Madre, no os creo capaz de ese asesinato....

---Como quieras, pero vete....

---Me iré, con una condicion.

---Nada de condiciones.

---Pondreis los niños de aprendices.... léjos de aquí... en una provincia....

---Quedarán aquí....

---Vamos, madre... cuando les hubiereis hecho semejantes á Nicolas, á Calabaza, á Ambrosio, á mi padre... de que os servirán?

---Para dar buenos golpes con su ayuda.... No somos muchos.... Calabaza queda aquí conmigo para mantener la taberna... Nicolas es solo... ya diestros, Francisco y Armandina le ayudarán; tambien les han tirado piedras á ellos.... es menester que se venguen!...

---Madre, amais á Calabaza y á Nicolas, no es así?

---Que mas?

---Que los niños los imiten.... que vuestros crímenes y los suyos se descubran....

---Y despues?

---Irán al patíbulo como su padre....

---Qué mas, qué mas?

---Y su suerte no os hace temblar?

---Su suerte será la mia, ni mejor ni peor.... Yo robo.... ellos roban; mato.... matan; el que cogiere á la madre cogerá á los chicos.... No nos separarémos. Si nuestras cabezas caen, caerán en la misma canasta.... donde se despedirán. No retrocederémos; no hay mas cobarde que tú en la familia, te echamos.... vete....

---Pero los niños? los niños?

---Los niños llegarán á ser grandes; te digo que sin tí estarian ya formados. Francisco casi es-

tá listo ; cuando te vayas , Armandina recobrará el tiempo perdido....

---Madre , os lo suplico , consentid en enviar los niños á aprendizage léjos de aquí.

---Cuantas veces es preciso decir que están en aprendizage aquí?

La viuda del ajusticiado articuló estas últimas palabras de una manera tan inexorable , que Martial perdió toda esperanza de ablandar aquel alma de bronce.

---Puesto que es así , repuso con tono breve y resuelto ; escuchadme ahora , madre.... Me quedo.

---Ah! ah!

Martial, no obstante la ironia de su madre, prosiguió.

—No en esta casa.... seria asesinado por Nicolas ó envenenado por Calabaza; pero como no tengo con que alojarme en otra, yo y los niños habitarémos la barraca que está al fin de la isla; la puerta es sólida; la reforzaré mas..... Ya allí, bien parapetado, con mi fusil, mi palo y mi perro, no temo á nadie. Mañana por la mañana me llevaré los niños, de dia, vendrán conmigo, bien en mi barquilla, bien fuera; por la noche dormirán junto á mí, en la barraca; vivirémos de mi pesca: esto durará hasta que encuentre donde acomodarlos, y lo encontraré.

—Ah! es así?

—Ni vos, ni mi hermano, ni Calabaza podeis impedir que se haga esto, no es así?..... Si se descubren vuestros robos ó vuestros asesinatos durante mi permanencia en la isla..... manifestaré que he venido ha poco, que me he quedado, por causa de los niños, para impedir que se echasen á perder.... se juzgará..... Pero máteme un rayo si dejo la isla, y si los niños quedan un dia mas

en esta casa!....Sí, os desafio, á vos y á los vuestros, á que me echen de la isla.

La viuda conocia la resolucion de Martial; los niños querian á su hermano mayor tanto como le temian á ella, lo seguirian pues sin vacilar cuando él quisiese. En cuanto á él, bien armado, muy resuelto, siempre vigilante en su barquilla durante el dia, atrincherado y parapetado en la barraca por la noche, no tenia nada que temer de los malos designios de su familia.

El proyecto de Martial podia realizarse....Pero la viuda tenia muchas razones para impedir su ejecucion.

Primeramente, asi como los artesanos honrados consideran algunas veces el número de sus hijos como una riqueza, en razon de los provechos que sacan de ellos, la viuda contaba con Armandina y Francisco para que le asistiesen en sus crímenes.

Luego, lo que habia dicho acerca del deseo de vengar á su marido y á su hijo, era verdadero. Ciertos seres, nutridos, envejecidos, avezados al crímen, entran en abierta resistencia, en guerra encarnizada contra la sociedad, y creen con nuevos crímenes vengarse del justo castigo que ha caido sobre ellos ó los suyos.

En fin los fatales designios de Nicolas contra Flor-celestial, y mas tarde contra la corredora, podian ser contrariados por la presencia de Martial. La viuda habia esperado una separacion inmediata entre ella y Martial; bien suscitándole la riña de Nicolas, bien relevándole que, si se obstinaba en quedar en la isla, se esponia á pasar por cómplice de muchos crímenes.

Tan astuta como penetrante, la viuda, advirtiendo que se habia engañado, conoció que era

preciso recurrir á la perfidia para hacer caer á su hijo en un lazo cruel....Repuso pues, despues de un largo silencio, y con una pesadumbre afectada:

—Veo tu plan; no quieres denunciarte á tí mismo: quieres hacernos denunciar por los niños.

—Yo!

—Saben que hay aquí un hombre enterrado; saben que Nicolas ha robado.....Ya en aprendizage, hablarán, se nos prenderá y todos padeceremos....tú y nosotros; esto es lo que sucederia si te escuchase, si te dejase buscar donde acomodar á los niños....Y sin embargo dices que no nos deseas mal....No te pido que me ames; pero no apresures el momento de que nos prendan.

El tono templado de la viuda hizo creer á Martial que sus amenazas habian producido en ella un efecto saludable; cayó en un lazo horroroso.

—Conozco á los niños, replicó, estoy seguro de que encargándoles que no digan nada no lo dirán....Ademas, de una manera ú otra siempre estaré con ellos y responderé de su silencio

—Se puede responder de las palabras de un niño....en Paris sobre todo donde hay tanto curioso y tanto charlantin!.... Tanto para que puedan ayudarnos á dar nuestros golpes como para que no puedan vendernos, es por lo que quiero guardarlos aquí.

—Pues no van algunas veces al barrio y á Paris? quién les impediria el hablar....si tienen que hablar?..... Si estuvieran léjos de aquí, en hora buena....lo que pudieran decir no tendria ningun riesgo.

—Léjos de aquí? y donde? dijo la viuda mirando fijamente á su hijo.

—Dejadmelos llevar.....poco os importa.....

—Como vivirás tú, y ellos?

—Mi antiguo maestro cerrajero es un buen hombre; le diré lo que fuere menester decirle, y quizá él me prestará alguna cosa por causa de los niños; con ello iré á ponerlos en aprendizage léjos de aquí. Partimos dentro de dos dias y no oireis hablar mas de nosotros....

—No, quiero que queden aquí conmigo, estaré mas segura de ellos.

—Entonces me establezco mañana en la punta de la isla, esperando mejor ocasion. Tengo tambien la cabeza dura, lo sabeis?....

—Sí, lo sé....oh, te querria ver léjos de aquí... Por qué no te has quedado en tus bosques?

—Os ofrezco desembarazaros de mí y de los niños.....

—Dejarás aquí á la Loba que tanto amas?.... dijo de repente la viuda.

—Eso me toca á mí: sé lo que he de hacer, tengo formada mi idea.....

—Si te dejase llevar á Armandina y á Francisco no pondriais nunca los pies en Paris?

—Antes de tres dias nos iriamos y como muertos para vos.

—Mejor quiero eso que tenerte aquí y estar siempre sospechosa de ellos....Vamos, pues es preciso conformarse, llévatelos....é idos lo mas pronto posible....que no os vuelva á ver nunca....

—Está dicho?....

—Está dicho. Dame la llave del sótano, para abrir á Nicolas.

—No, ahí dormirá la zorra; os daré la llave mañana por la mañana.

—Y Calabaza?

—Eso es diferente, abridle despues que yo suba, me repugna verla.

---Anda.....confúndate el infierno.

---Son esas vuestrrs buenas noches, madre?

---Sí.....

---Serán las últimas, afortunadamente, dijo Martial.

—Las últimas, replicó la viuda.

---Su hijo encendió una vela, luego abrió la puerta de la cocina, silvó á su perro, que acudió muy contento y siguió á su amo al piso alto de la casa.

Anda... tu cuenta es buena, murmuró la madre amenazando con el puño á su hijo que acababa de subir la escalera; tu eres el que lo has querido.

Luego, ayudada por Calabaza que trajo un manojo de llaves falsas, la viuda abrió el sótano en donde estaba Nicolas, y lo puso en libertad.

CAPITULO IV.

FRANCISCO Y ARMANDINA.

Francisco y Armandina dormian en una pieza situada precisamente sobre la cocina, en la estremidad del corredor al cual daban otros muchos cuartos que servian de *gabinete sociedad* á los concurrentes de la taberna.

Despues de haber partido su cena frugal, en vez de apagar su linterna, segun las órdenes de la viuda, los dos niños se habian quedado en vela, dejando la puerta entreabierta para acechar cuando pasase su hermano Martial, al ir á acostarse.

Armandina, sentada en el borde de su cama estudiaba como ponerse el pañuelo robado, regalo de su hermano Nicolas.

Francisco arrodillado presentaba un pedazo de espejo á su hermana que, la cabeza medio vuelta, se ocupaba entonces de abrir el grueso lazo que habia hecho anudando las dos puntas del pañuelo.

Muy atento y muy maravillado con este prendido, Francisco se descuidó un momento en tener el pedazo de espejo de modo que su hermana pudiese verse bien en él.

—Levanta mas el espejo, dijo Armandina; aho-

ra no veo ...Asi....bien.... espera todavia un poco.....ya he acabado.....Mira! que te parece este tocado?

—Oh! muy bien! Dios! que hermoso lazo!...Me harás uno igual en mi corbata, no es así?

—Si, ahora.... pero déjame pasear un poco. Iras delante de mi....andando para atras, teniendo siempre el espejo alto....para que yo pueda verme andando.....

Francisco ejecutó lo mejor que pudo esta dificil maniobra, con grande satisfaccion de Armandina, que se pavoneaba, triunfante y presumida, con su pañuelo puesto grotescamente.

—Que bien te sienta ese pañuelo encarnado, hermana, dijo Francisco, está muy bonito! Cuando vayamos á jugar á la playa delante del horno del yesero, será menester que te lo pongas asi, para hacer rabiar á sus hijos, que están siempre tirándonos piedras y llamándonos *guillotinados*. Yo, me pondré tambien mi hermosa corbata encarnada, y les diremos: No le hace, no teneis tan hermosos pañuelos de seda como nosotros dos.

—Dime, Francisco, te acuerdas el año pasado, el dia de Corpus, cuando desde aqui vimos pasar por el puente todos los niños comulgantes con sus velos blancos.

---Que tenian hermosos ramilletes?

---Que cantaban con una voz tan dulce, llevando las cintas de su pendon?

---Y como relumbraban al sol los bordados de plata de su pendon?...Eso debia costar caro!

---Por Dios que estaba bonito, eh, Francisco?

---Lo creo muy bien, y los comulgantes con sus borlas de raso blanco en el brazo.....y sus cirios con empuñadura de terciopelo carmesi y oro?

---Tenian tambien su pendon los muchachos, no

es asi, Francisco?...Ah! Dios mio! tambien me pegaron aquel dia por haber preguntado á madre porque no ibamos á la procesion como los demas niños.

—Entonces nos prohibió que entrásemos en la iglesia, cuando fuésemos al barrio ó á Paris, á menos que no fuese para robar el cepillo de los pobres.

---Oh! robar en una iglesia, antes me mataria... no es asi, Francisco?

---Allí ó en otra parte, que mas da, una vez que se está decidido?

---Vaya! no sé....tendria mucho mas miedo.... nunca podria.....

---Por los sacerdotes?

---No....por la imágen de la Vírgen, que parece tan afectuosa, tan buena.

---Qué importa eso, aquella imágen, no te comeria....gran tonta!.....

---Es verdad....pero en fin, yo no podria..... Esto no es culpa mia....

—A propósito de sacerdotes, Armandina, te acuerdas de aquel dia....en que Nicolas me dió dos grandes bofetones, porque saludé al cura que pasaba por la playa; ví que lo saludaban, lo saludé; yo no creia hacer mal....

---Sí, pero esa vez nuestro hermano Martial dijo, como Nicolas, que no tenemos necesidad de saludar á los sacerdotes.

En este momento Francisco y Armandina oyeron pasos en el corredor.

Martial iba á su cuarto sin recelo, despues de su conversacion con su madre, creyendo á Nicolas encerrado hasta la mañana siguiente.

Viendo que salia un rayo de luz del cuarto de los niños por la puerta á medio cerrar, Martial entró.

Los dos corrieron á él, que los abrazó cariñosamente.

---Qué, no os habeis acostado todavia, picoterillos?

---No, hermano, esperábamos veros venir á vuestro cuarto y daros las buenas noches, dijo Armandina.

---Y luego habiamos oido hablar muy alto abajo...como si se estubeise disputando, añadió Francisco.

---Sí, dijo Martial; he tenido unas razones con Nicolas....pero no es nada.....por lo demas, me alegro de hallaros todavia levantados, tengo una buena noticia que daros.

—A nosotros, hermano?

---Os alegrareis de salir de aquí y veniros á otra parte? muy léjos, muy léjos.

---Oh! sí, hermano!..

---Sí, hermano.

---Pues bien! dentro de dos ó tres dias dejarémos esta isla todos tres.

---Qué dicha! esclamó Armandina palmoteando alegremente.

---Y dónde iremos? preguntó Francisco.

---Tu lo veras, curioso....pero no importa; donde vayamos, aprenderás un buen oficio....que te pondrá en estado de ganar tu vida....esto es lo que hay seguro.

---No iré mas á la pesca contigo, hermano?

---No, niño mio, iras de aprendiz á casa de un carpintero ó de un cerragero; tu eres fuerte, eres hábil, con ánimo y trabajando constantemente, al cabo de un año podrás ganar alguna cosa; pero hola!...que es lo que tienes....parece que no estás contento?

---Es que....hermano....yo...

---Veamos, habla.

---Es que mejor querria no dejarte, estar contigo en la pesca....componer tus redes, que aprender un oficio.

—De veras?

---Vaya! estar encerrado en un taller todo el dia....es triste....y ser aprendiz, es fastidioso.....

Martial se encogió de hombros.

---Vale mejor ser perezoso, vagamundo, holgazan, no es asi? lo dijo con severidad, mientras que se llega á ser ladron....

---No, hermano, pero querria vivir contigo en otra parte como vivimos aqui; esto es todo...

---Si, eso es, beber, comer, dormir y divertirse en pescar como un hombre que no tiene que hacer, no es asi?

—Mejor quisiera eso...

---Es posible, pero querrás otra cosa... Mira, mi pobre Francisco, es tiempo de que te saque de aquí; sin advertirlo llegarás á ser tan bribon como los demás..... Mi madre tenia razon...temo que tengas el *vicio*. Y á ti, Armandina, no te agradaria aprender un oficio?

---Oh! si hermano, mejor querria aprender, mejor quiero cualquier cosa que quedarme aquí.

—Pero que es eso que tienes en la cabeza, hija? dijo Martial notando el triunfante tocado de Armandina.

---Un pañuelo que me ha dado Nicolas.

---A mí tambien me ha dado otro, dijo orgullosamente Francisco.

---Y de donde han venido estos pañuelos? Me admiraria de que Nicolas los hubiese comprado para haceros un regalo con ellos.

Los dos niños bajaron la cabeza sin responder.

Al cabo de un segundo Francisco dijo resueltamente:

---Nicolas nos los ha dado; no sabemos de donde los ha habido, no es así, Armandina?

---No....no...hermano...añadió Armandina tartamudeando y poniéndose encarnada, sin atreverse á alzar los ojos á Martial.

---No mintais, dijo severamente Martial.

---No mentimos, añadió resueltamente Francisco.

---Armandina, hija mia...di la verdad, repuso Martial con dulzura.

---Pues bien! para decir la pura verdad, dijo timidamente Armandina, estos hermosos pañuelos son de una caja de géneros que Nicolas ha traido esta noche en su barquilla.

---Y que robó.

---Creo que sí, hermano...en una galeota.

---Ves Francisco! mentias, dijo Martial.

El niño bajó la cabeza sin responder.

---Dame ese pañuelo, Armandina; dame tu tambien el tuyo, Francisco.

La niña se destocó, miró por última vez el enorme lazo que no se habia deshecho, y entregó el pañuelo á Martial ahogando un suspiro de sentimiento.

Francisco sacó lentamente el pañuelo de su faltriquera, y, como su hermana, se lo dió á Martial.

---Mañana por la mañana, dijo este, volveré estos pañuelos á Nicolas; no debisteis haberlos tomado; aprovecharse de un robo, es como si uno mismo robase.

---Es una lástima, son tan bonitos estos pañuelos, dijo Francisco.

---Cuando tengas un oficio y ganes dinero trabajando, los comprarás tan hermosos como estos. Vamos, acostaos, es tarde, hijos mios.

---Estais enfadado, hermano? dijo timidamente Armandina.

---No, no, hija mia, esto no es culpa vuestra. Vivis con tunantes, haceis lo que ellos ....Cuando esteis con gente buena, hareis como la buena gente; y lo estareis pronto.....ó el diablo me lleva; vamos, buenas noches.

---Buenas noches, hermano.

Martial abrazó á los niños.

Quedaron solos.

---Que tienes, Francisco? Parece que estás triste, dijo Armandina.

---Mi hermano se ha llevado mi hermoso pañuelo; y luego, no lo has oido?

---Qué?

---Quiere llevarnos para ponernos de aprendices.....

---No te gusta eso?

---A fé mia, no.....

---Quieres mejor quedarte aquí para que te peguen todos los dias?

---Me pegan; pero al menos no trabajo; estoy todo el dia en la barquilla ó pescando, ó jugando, ó sirviendo á los parroquianos, que algunas veces me dan para beber, como el cojo gordo; esto es mucho mas divertido que estar desde por la mañana hasta la noche encerrado en un taller trabajando como un perro.

---Pero no has oido?....Mi hermano nos ha dicho que si nos quedamos aquí mas tiempo, vendremos á ser bribones!

---Ah bah! eso no le hace.....pues los otros muchachos nos llaman ya ladroncitos.... guillotinaditos....Y trabajar....es muy fastidioso....

---Pero aquí siempre nos están pegando, hermano mio!

---Si nos pegan es porque escuchamos mas bien á Martial que á los demas....

---Es tan bueno para nosotros!

---Es bueno, es bueno, no digo.. tambien le quiero mucho..... No se atreven á hacernos mal delante de él.....nos lleva á pasear...es verdad... pero esto es todo.....no nos da nunca nada...

---No tiene nada....lo que gana se lo da á madre para su alimento....

---Nicolas tiene....A buen seguro que si lo escuchamos, y á madre tambien no nos darian mala vida....nos regalarían buenas cosas como hoy, no desconfiarian de nosotros....tendriamos dinero como Jorobeta.

---Pero, por Dios, para eso era menester robar! y eso apesadumbraria mucho á nuestro hermano Martial!

---Pues bien! tanto peor.

---Oh! Francisco....y luego si nos cogian, iriamos á la cárcel....

---Estar en la cárcel ó estar encerrado en un taller....es lo mismo.....Ademas el cojo gordo dijo que se divertian en la cárcel.

---Pero y la pesadumbre que dariamos á Martial....no piensas en ello? Por nosotros es por lo que ha vuelto aquí y por eso está; para él solo no le seria molesto volver á ser cazador en los bosques que tanto ama.

---Pues bien! que nos lleve consigo á los bosques, dijo Francisco, mejor querria eso que otra cosa. Estaria con él á quien amo mucho, y no trabajaria en oficios que me incomodan....

La conversacion de Francisco y Armandina fué interrumpida.

Por fuera le cerraron la puerta con llave.

---Nos encierran! gritó Francisco.

---Ah! Dios mio...y por qué, hermano? Qué nos van á hacer?

---Es Martial!...

---Escucha....Escucha...como ladra su perro!.... dijo Armandina, aplicando el oido.

Al cabo de algunos instantes, añadió Francisco:

---Parece que pegan á su puerta con un martillo....quieren quizá echarla abajo.

---Si, si, su perro no deja de ladrar....

---Escucha, Francisco....ahora es como si clavasen alguna cosa....Dios mio, Dios mio, tengo miedo....Qué es lo que ha hecho nuestro hermano? mira como aulla ahora su perro!....

---Armandina....ya no se oye nada.....repuso Francisco acercándose á la puerta.

Los dos niños, conteniendo la respiracion, escuchaban con ansiedad.

---Ya vuelven del cuarto de mi hermano, dijo Francisco en voz baja; oigo andar en el corredor.

---Escuchemonos en la cama, madre nos mataria si nos hallase levantados, dijo Armandina con terror.

---No....replicó Francisco siempre escuchando, acaban de pasar por delante de nuestra puerta.... bajan la escalera corriendo....

---Dios mio, Dios mio, que es esto?...

---Ah! abren la puerta de la cocina.....

---Crees?.....

---Si. si.....he reconocido su sonido....

---El perro de Martial no deja de aullar....., dijo Armandina escuchando.

De pronto gritó:

---Francisco, mi hermano nos llama...

---Martial?

---Si...oyes?..,..oyes?..

En efecto, á pesar de lo grueso de las dos puertas cerradas, la voz retumbante de Martial, que desde su habitacion llamaba á los niños, llegó hasta ellos.

---Dios mio! no podemos ir á él....estamos encerrados, dijo Armandina, quieren hacerle mal, pues nos llama....

--Oh! si pudiese impedirlo, gritó resueltamente Francisco, lo impediria, aunque me hiciesen pedazos....

--Pero nuestro hermano no sabe que nos han echado la llave, va á creer que no queremos ir á socorrerle; grítale que estamos encerrados, Francisco.

Este último iba á seguir el consejo de su hermana, cuando un golpe violento meneó por fuera la persiana de la ventana del cuarto de los dos niños.

--Vienen por la ventana para matarnos....dijo Armandina, y asustada se echó sobre la cama, y se tapó la cabeza con las manos.

Francisco quedó inmóvil, aunque participaba del terror de su hermana.

Sin embargo, despues del choque violento de que se ha hablado, la persiana no se abrió, el mas profundo silencio reinó en la casa.

Martial habia dejado de llamar á los niños.

Francisco sosegado un poco, y escitado por una viva curiosidad, se aventuró á entreabrir poco á poco su ventana, y procuró mirar á fuera por las tablillas de la persiana.

---Cuidado! hermano, dijo muy bajo Armandina, que, oyendo á Francisco abrir la ventana, se habia incorporado.-- Ves alguna cosa? añadió.

---No...la noche está muy oscura.

---No oyes nada?

--No, hace mucho viento.

--Vente...vente entonces.

---Ah! ahora veo alguna cosa,

---Que es?

---La luz de una linterna...va y viene.

---Quien la lleva?

--No veo mas que la luz..... Ah se acerca..... hablan.

---Acá?

---Escucha...escucha...es Calabaza.

---Que dice?

---Dice que ponga bien el pié en la escala.

---Ah! al tomar la escala grande que estaba apoyada contra nuestra persiana, es como han hecho el ruido de ahora.

---No oigo ya nada.

---Que hacen con la escala?

---No puedo verlo...

---No oyes nada mas?

---No.....

---Dios mio! Francisco, quizá para subir al cuarto de nuestro hermano Martial por la ventana... han tomado la escala.

---Puede ser muy bien.

—Si abrieses un poquito la celosia, para ver...

—No me atrevo....

—Nada mas que un poco....

—Oh! no, no. Si madre lo advirtiese...

—Está tan oscuro, no hay peligro....

Francisco cedió, aunque con pesar, al deseo de su hermana, entreabrió la persiana y miró.

---Y bien, hermano? dijo Armandina venciendo sus temores y acercandose á Francisco de puntillas.

---A la claridad de la linterna, dijo este, veo á Calabaza que tiene el pié de la escala.....la

han apoyado en la ventana de Martial.

---Y luego?

---Nicolas sube á la escala, lleva su pico en la mano, lo ves relucir?...

—Ah! no estais acostados...y nos espiais..., gritó de repente la viuda, dirigiéndose desde fuera á Francisco y á su hermana. Cuando iba á entrar en la cocina, acababa de ver la luz que salia por la persiana entreabierta.

Los infelices niños no habian apagado su luz.

---Subo, añadió la viuda con una voz terrible, subo á buscaros.

Tales eran los acontecimientos que pasaron en la isla del Mariscador, el dia antes al en que Mad. Seraphin debia llevar allí á Flor-Celestial.

CAPITULO V.

UNA CASA DE HUESPEDES.

El *pasadizo de la Cervecería*; pasadizo tenebroso y muy poco conocido, aunque situado en el centro de Paris, confinaba por un lado con la calle de San Honorato y por el otro con la de San Guillermo.

Hácia el medio de esta callejuela, húmeda, cenagosa, sombría y triste, donde casi nunca penetra el sol, se veia una casa de huespedes (vulgarmente *posada oculta*, en razon del precio bajo de sus alquileres).

Sobre una muestra ruin se leia: *Habitaciones y gabinetes amueblados*; á la derecha de un portal oscuro daba la puerta de un almacen no menos oscuro donde estaba habitualmente el dueño de la posada.

Este hombre, cuyo nombre ha sido muchas veces pronunciado en la *isla del Mariscador*, se llama Micou, es tratante en hierro viejo, pero en secreto compra y encubre los metales robados, como hierro, plomo, cobre y estaño.

Decir que el tio Micou estaba en relacion de negocios y de amistad con los Martial, es apreciar suficientemente su moralidad.

Es, por lo demas un hecho á la vez curioso y espantoso: la especie de afiliacion, de comunion misteriosa que liga á casi todos los malhechores de Paris. Las cárceles en comun son los grandes centros donde afluyen y de donde refluyen incesantemente las olas de corrupcion que invaden poco á poco la capital y dejan en ella tan sangrientas producciones.

El tio Micou es un hombre gordo, de cincuenta años, de fisonomia grosera, astuta, nariz granujienta, carrillos envinados; tiene puesta una gorra de nutria y se envuelve en un carrick verde.

Encima de la pequeña estufa de metal junto la cual estaba Micou calentándose, se veia una tabla numerada, colocada en la pared: allí estaban colgadas las llaves de las habitaciones cuyos inquilinos estaban ausentes. Los cristales de la ventana que daba á la calle estaban pintados de modo que desde fuera no se pudiese ver nada (y con razon) de lo que pasaba en la tienda.

Reina en este vasto almacen una oscuridad muy grande; en las paredes negruscas y húmedas estan colgadas cadenas mohosas de todos gruesos y de todas longitudes: el suelo desaparecia casi enteramente bajo los montones de pedazos de hierro y de metal.

Tres golpes dados á la puerta, de una manera particular, llamaron la atencion del posadero-revendon-encubridor.

—¡Entrad! gritó.

Entraron.

Era Nicolas, el hijo de la viuda del ajusticiado.

Estaba muy descolorido; su cara parecia aun mas siniestra que el dia anterior, y sin embargo se le veia fingir una especie de alegria estrepito-

sa durante la conversacion siguiente. (Esta escena pasaba el dia siguiente á la riña de este bandido con su hermano Martial.)

---Ah! estas ahí, buena alhaja! le dijo cordialmente el posadero.

---Sí, tio Micou; vengo á hacer un negocio con vos.

---Cierra la puerta, entonces.... cierra la puerta... Que es lo que necesitas? cadenas ó lañas de hierro para tus barquillas?

---Necesitaria cuatro ó cinco planchas muy fuertes como quien dijese para forrar las puertas.....

---Sé lo que quieres.... cuatro lineas de grueso..... que no las pase una bala de pistola.

---Eso es lo que quiero..... justamente!....

---Y de que tamaño?

---Siete á ocho pies cuadrados.

---Bueno! Que es lo que necesitas ademas?

---Tres barras de hierro, de tres á cuatro varas de largo y de dos pulgadas, cuadradas.

---El otro dia desbaraté una reja de ventana, te vendrá pintada.... Y luego?

---Dos fuertes bisagras y un pestillo, para sugetar y cerrar cuando se quiera una válvula de dos pies cuadrados.

---Una trampa, quieres decir?

---No, una válvula.

---No comprendo para que te pueda servir una válvula.

---Es posible, yo lo comprendo.

---En hora buena, no tendrás sino escoger, ahí tienes un monton de bisagras. Y que es lo que necesitas ademas?

---Nada mas.

---Quieres beber un traguito.

---Sí me lo debeis muy bien!

El tio Micou tomó de un armario viejo una botella de aguardiente, un vaso rajado, una tasa sin asas y las llenó de vino.

—Por la vuestra, tio Micou!

—Por la tuya, muchacho, y por los señores de tu casa!

—Gracias.... y sigue siempre bien vuestra casa de huéspedes?

—Asi, asi.... siempre tengo algunos por quienes temo las visitas del comisario.... pero pagan por consiguiente.

—Por qué pues?

—Eres tonto!.... algunas veces alquilo como compro.... á personas á quienes no pido el pasaporte como no te pido á ti la factura de venta.

—Lo entiendo!..... pero á esos les alquilareis tan caro como barato me comprais á mi.

—Es menester afianzarse bien.... Hago como un primo mio que tiene una hermosa casa de huespedes, en la calle de San Honorato; su muger es una gran costurera que emplea hasta veinte oficiales, ya en sus casas, ya en la de ella.

—Debe haber allí muchachas muy lindas!

—Sí, hay dos ó tres que he visto algunas veces llevar su obra.... Cáspita! que guapas. Sobre todo una chiquita que trabaja en su casa, que siempre está riendo, y que se llama Rigolette.... Dios de los dioses! que moza.... que lástima no tener sus veinte años....

—Vamos, papá.... apagad ó grito á fuego.....

—Pero es honrada.... muchacho.... es honrada.

—Tonta.... vaya...y decis que vuestro primo....

—Mantiene muy bien su casa, y, como es del mismo número que la chiquita Rigolette....

—Honrado?

—Justamente.

---Tonto....

---No quiere sino inquilinos con pasaporte ó con documento.... pero si se presenta alguno que no lo tenga, como sabe que yo no reparo en eso me envia los parroquianos....

---Y pagan por consiguiente?

---Siempre.

---Pero serán *choros* los que no traen papeles...

---Pues no! mira, justamente á propósito de esto, mi primo me envió, hace algunos dias, una parroquiana.... que el diablo me queme si la comprendo.... Vaya otro viage!

---Vaya.... el líquido es bueno.... por la vuestra, tio Micou....

---Por la tuya, muchacho. Te decia que el otro dia me envió mi primo una parroquiana que no comprendo. Figurate una madre y su hija de buena apariencia, es verdad; traian su ajuar en un pañuelo; pues bien, aunque esto deba ser nada pues no tienen papeles y alquilan por quincena, desde que estan aqui parecen marmotas; nunca vienen hombres á verlas.... nunca!.... y sin embargo si no estuviesen tan flacas y tan pálidas, serian dos famosos trozos de mozas, la hija principalmente... tendrá á lo mas quince ó diez y seis años.... es blanca como un conejo blanco, ojos negros y grandes..... cáscaras!... que ojos.... que ojos....

---Vais á incendiaros otra vez... y que es lo que hacen esas dos mugeres?

---Te digo que no lo comprendo... es preciso que sean honradas, y sin embargo, no tienen papeles... Sin contar con que reciben cartas sin dirección..... su nombre será poco bueno para escrito.

---Como?

---Enviaron, esta mañana, á mi sobrino Andres, á la oficina del correo, para reclamar una carta dirigida á Mad. X. Z. La carta debia venir de Normandia... de un pueblo llamado Aubiers. Lo escribieron en un papel, á fin que Andres pudiese reclamar la carta dando estas señas... Ves que esto no parece grande cosa, mugeres que toman el nombre de una X y de una Z. Pues sin embargo nunca hombres!

---No os pagarán?

---No es á un viejo como yo á quien se engaña con muecas. Han tomado una vivienda sin chimenea, por la cual les he hecho pagar veinte francos por la quincena, adelantados. Puede ser que esten malas, porque hace dos dias que no bajan.... Siempre estarán malas de indigestion porque creo que desde que estan aqui no han encendido una vez el fuego para guisar su comida. Pero vuelvo á lo mismo.... ni un hombre, ni papeles....

---Si no tuvieseis mas que parroquianos por ese estilo, tio Micou....

—Hay de todo, si alquilo á personas sin pasaportes, tambien alquilo á personas seguras; en este momento hay aqui dos comisionistas viajantes, un cartero del correo, el director de la orquesta del café de los Ciegos, y una censualista, todas personas honradas; estas son las que salvarian la reputacion de la casa, si el comisario quisiese examinarla.... estos no son inquilinos de noche, sino de dia claro.

---Cuando lo hace en vuestra callejuela, tio Micou.

—Farsante.... vaya otro viage....

---Pero el último, me es preciso largarme... Apropósito, Robin el cojo gordo vive todavia aqui?

—Arriba, la puerta al lado de la madre y de la hija. Acaba de comerse su dinero de la cárcel.... y creo que le queda muy poco.

—Cuidado! está arrancado.

—Lo sé; pero no puedo librarme de él. Creo que prepara algun lance: el pequeño Jorobeta, el hijo de Brazo-rojo, vino aquí la otra tarde con Barbillon á buscarle... Temo que ese condenado cojo haga alguna de las suyas con mis buenos inquilinos; asi, concluida su quincena, lo echo, diciéndole que su cuarto está reservado para un embajador ó para el marido de Mad. Saint-Ildefonso, mi censualista.

—Una censualista?

—Si, tiene tres habitaciones y un gabinete, con muebles nuevos, sin contar una guardilla, para su criada.... ochenta francos al mes.... y pagados adelantados por su tio á quien ella da una habitacion para apeadero.... cuando viene del campo. Fuera de esto, creo que su campo es como quien dice calle Vivienne, calle de San Honorato ó en las inmediaciones de estos paises.

—Lo entiendo.... Es censualista, porque el viejo le forma los censos.

—Calla, justamente viene aquí su criada.

Una muger de bastante edad, con delantal blanco, de un aseo dudoso, entró en el almacen del revendedor.

—En qué se os puede servir, Mad. Charles?

—Tio Micou, está ahi vuestro sobrino?

—Fue de carrera á la oficina principal del correo; viene al instante.

—Mr. Badinot quiere que lleve inmediatamente esta carta á donde dice, no tiene respuesta..... pero es muy urgente.

—Dentro de un cuarto de hora irá, Madama Charles.

—Y que se dé prisa....

La criada se fué.

—Es esta criada de alguno de vuestros inquilinos, tio Micou?

—Ah! no tonto, es la criada de mi censualista, Mad. Saint-Ildefonso. Mr. Badinot es su tio; vino ayer del campo, dijo el posadero que examinaba la carta; luego añadió leyendo el sobre: Ves pues que buenos conocimientos. Cuando te digo que son personas de pro; escribe á un vizconde.

—Ah bah!

—Mira: "Al señor vizconde de Saint-Remy, calle de Chaillot....» Muy urgente..... En mano propia.... Creo que cuando se hospeda á censualistas que tienen tios que escriben á vizcondes, se puede muy bien no hacer caso de los pasaportes de algunos inquilinos del cuerpo alto, eh?

—Si... Vamos, ahora, tio Micou. Voy á arrimar mi carrito á vuestra puerta, traeré de él lo que hay que conducir.... Preparad mis géneros que no tenga mas que largarme.

—Tranquilizate: cuatro planchas buenas de dos pies cuadrados cada una, tres barras de hierro de tres pies y dos visagras para la válvula. Esta válvula me parece cosa graciosa; en fin, no le hace.... es esto todo?

—Si.

—Pero, oye, antes que te vayas, tengo que decirte...desde que viniste.... te examino.

—Y bien.

—No sé.... pero parece que tienes alguna cosa.

—Yo!

—Si.

—Estais loco... Si tengo alguna cosa.... es.... tengo hambre.

—Tienes hambre.... tienes hambre... es posible

pero se diria que quieres parecer alegre, y que en el fondo tienes cualquier cosa que te punza y que te da que sentir..... en la conciencia, como dice el otro..... y te hace cosquillas, es menester que te pique mucho..... porque tú no eres loco.

—Os digo que estais loco, tio Micou, dijo Nicolas estremeciéndose á pesar suyo.

—Se diria que estabais temblando.

—Es mi brazo el que me incomoda.

—Entonces, no olvides mi receta, con ella te curarás.

—Gracias, tio Micoû... ahora....

El bandido salió.

El encubridor se ocupaba en reunir los diferentes objetos que le habia pedido Nicolas, cuando entró un nuevo personage en su tienda.

Era este un hombre de unos cincuenta años, de figura fina y sagaz, con una barba espesa, patillas entrecanas, y gafas de oro; estaba vestido con bastante esmero; las mangas anchas de su paletó oscuro, con botas de terciopelo negro, dejaban ver sus manos con guantes color de paja; su brillante calzado debia haber sido barnizado el dia anterior.

Tal era Mr. Badinot, el tío de la censualista, Mad. Saint-Ildefonso, cuya posicion social constituia el orgullo y la seguridad del tio Micou.

Se recordará quizá que Mr. Badinot, antiguo procurador, echado de su corporacion, entonces caballero de industria y agente de negocios equívocos, servia de espía al baron de Graün y le habia dado noticias numerosas y muy exactas acerca de muchos personages de esta historia.

—Mad. Charles acaba de daros una carta para que la lleven, dijo Mr. Badinot al posadero.

—Sí, señor..... mi sobrino debe volver..... al momento irá.

---No, dadme la carta.... he mudado de parecer, yo mismo la llevaré á casa del vizconde de Saint-Remy, dijo Mr. Badinot, apoyándose con intencion y fatuidad sobre este título aristocrático.

—Aquí está la carta, caballero..... no teneis otro encargo?

—No, tio Micou, dijo Mr. Badinot con aire protector, pero tengo que haceros algunas reconvenciones.

—A mi?

—Muy graves reconvenciones.

—Como? caballero.

—Ciertamente.... Mad. de Saint-Ildefonso paga bastante caro vuestro primer piso: mi sobrina es un inquilino con quien se deben tener muchas consideraciones; ha venido á esta casa temiendo el ruido de los coches y esperaba estar aquí como en el campo.

—Y lo está; se halla aquí como en una aldea... debeis conocerlo, caballero, vos que habitais en el campo.... aquí se está como en una verdadera aldea!...

—Una aldea!.... Es gracioso!... siempre un cipizape infernal....

—Sin embargo, es imposible encontrar una casa mas tranquila; encima de madama vive el director de orquesta del café de los Ciegos y un comisionista viajante.... debajo otro comisionista.... mas arriba hay...

—No se trata de estas personas, son muy sosegadas y muy honradas, mi sobrina conviene en ello, pero hay en el cuarto piso un cojo gordo á quien Mad. de Saint-Ildefonso encontró ayer borracho en la escalera; daba gritos feroces, casi se puso mala del susto... Si creis que con tales inqui-

linos se parezca vuestra casa á una aldea....

—Caballero, os juro que no espero mas que una ocasion para echar á ese cojo gordo; me ha pagado adelantada su última quincena, sin lo cual estaria ya fuera.

—Era menester no haberle recibido.

—Pero, escepto él, creo que la señora no tiene de qué quejarse? hay un cartero del correo, que es la nata de las personas honradas; y arriba, junto á la habitacion del cojo gordo, una muger y su hija que no se menean mas que las marmotas.

—Os lo repito, Mad. de Saint-Ildefonso no se queja mas que del cojo gordo: este bribon es la pesadilla de la casa!.... Os lo prevengo, si no lo echais hará que se vayan todas las personas decentes.

—Lo despediré, estad seguro de ello...no tengo nada con él.

—Y hareis bien..... porque no convendria á vuestra casa.

—Caballero, contad ya por ido al cojo gordo, porque no tiene que estar aqui mas que cuatro dias.

—Es demasiado..... A la primer bulla, mi sobrina abandona esta casa.

—Estad tranquilo.

—Todo esto está en vuestros intereses, querido mio..... aprovechaos..... porque no tengo mas que una palabra, dijo Mr. Badinot, con aire de proteccion.

Y se fué.

¿Necesitamos decir que la señora y la jóven, que vivian tan retiradas, eran las dos víctimas de la codicia del escribano?

Conduciremos al lector al triste aposento que habitaban.

CAPITULO VI.

LAS VICTIMAS DE UN ABUSO DE CONFIANZA.

Figúrese el lector un aposento situado en el cuarto piso de la triste casa del *pasadizo de la Cerbeceria*.

Una luz pálida y triste penetra apenas en esta estrecha habitacion, por una ventanilla de una sola puerta, con tres vidrios rotos, sucios; un papel muy estropeado, de color amarillento, cubre las paredes: en los ángulos del techo lleno de rendijas penden gruesas telas de araña. El suelo, desenladrillado en muchos sitios, deja ver por todas partes la madera de las vigas y de las alfagias, que sostienen el techo.

Una mesa de madera blanca, una silla, un baul viejo sin cerradura y una cama de cordeles con respaldo de madera, compuesta de un colchon muy delgado, sábanas de género basto y moreno y un cobertor viejo de lana oscuro, era todo el ajuar de aquella vivienda.

En la silla estaba sentada la señora baronesa de Fermont.

En la cama descansa la señorita Clara de Fermont (estos eran los nombres de las dos víctimas de Santiago Ferrand).

No teniendo mas que una cama, la madre y la hija se acostaban sucesivamente, dividiendo así las horas de la noche.

Muchas inquietudes, muchas angustias atormentaban á la madre para que siempre pudiese ceder al sueño; pero su hija hallaba en él algunos instantes de reposo y de olvido.

En este momento dormia.

Nada mas interesante, mas doloroso, que el cuadro de tal miseria impuesta por la codicia del escribano á dos mugeres hasta entonces habituadas á las modestas dulzuras de la comodidad, y rodeadas en su ciudad natal de la consideracion que inspira siempre una familia respetable y honrada.

Mad. de Fermont tendria unos treinta y seis años; su fisonomia estaba á la vez llena de dulzura y de nobleza; sus facciones, en otro tiempo de una belleza notable, estan descoloridas y muy alteradas; sus cabellos negros, separados en la frente, se tuercen detras de su cabeza; la pena ha mezclado ya en ellos algunas mechas argentinas. Vestida con un trage de luto remendado en muchas partes, Mad. de Fermont, con la frente apoyada en su mano, tiene puesto el codo en la miserable cabecera de su hija, y la mira con una afliccion inesplicable.

Clara no tiene mas que diez y seis años; el cándido y dulce perfil de su cara, flaca como la de su madre, se diseña sobre el color oscuro de las sábanas con que está cubierta su almohada, rellena de hirutas.

La tez de la jóven ha perdido su brillante pureza; sus grandes ojos cerrados trazan hasta sobre sus mejillas hundidas su doble franja de largas pestañas negras. En otro tiempo sonrosados y hú-

medos, pero ahora secos y pálidos, sus labios medio abiertos dejan vislumbrar el blanco esmalte de sus dientes, el áspero contacto de las bastas sábanas y de la cubierta de lana habia puesto encarnado, jaspeado en muchos lugares el cútis delicado del cuello, de los hombros y de los brazos de la jóven.

De cuando en cuando, un ligero estremecimiento unia sus cejas finas y aterciopeladas, como si fuese molestada por algun sueño penoso. La cara, ya marcada con una espresion mórbida, está triste; se descubren en ella los funestos síntomas de una enfermedad que se encubre y amenaza.

Hacia mucho tiempo que Mad. de Fermont no tenia ya lágrimas; fijaba sobre su hija sus ojos secos é inflamados por el ardor de una fiebre lenta que la minaba sordamente. Cada dia, Mad. de Fermont se encontraba mas débil; lo mismo que su hija, sentia aquella incomodidad, aquel decaecimiento, precursores ciertos de un mal grave y lento; pero, temiendo asustar á Clara, y no queriendo, si puede decirse, asustarse á si misma, luchaba con todas sus fuerzas contra los primeros ataques de su enfermedad.

Por motivos de igual generosidad, su hija, á fin de no inquietar á su madre, procuraba disimular sus padecimientos. Estas dos desgraciadas criaturas, heridas de las mismas penas, debian serlo tambien de los mismos males.

Llega un momento supremo en el infortunio en que el porvenir se muestra bajo un aspecto tan espantoso, que los carácteres mas enérgicos, no atreviéndose á mirarlo de frente, cierran los ojos y procuran engañarse con necias ilusiones.

Tal era la posicion de Mad. y de Madlle. de Fermont.

Espresar los tormentos de esta muger, durante las largas horas en que contemplaba así á su hija dormida, pensando en lo pasado, en lo presente, en lo venidero, seria pintar lo que los augustos y santos dolores de una madre tienen de mas punzante, de mas desesperado, de mas insensato: recuerdos deliciosos, temores siniestros, previsiones terribles, penas amargas, abatimiento mortal, rasgos de furor impotente contra el autor de tantos males, súplicas vanas, ruegos violentos, y en fin.....dudas espantosas acerca de la omnipotente justicia del que permanece inexorable al grito que sale de las entrañas maternas.....á este grito sagrado cuyo eco debe sin embargo llegar hasta el cielo: Piedad para mi hija!

—„Que frio tiene ahora, decia la pobre madre "tocando ligeramente con su mano helada los "yertos brazos de su hija, tiene mucho frio.... "una hora ha, estaba ardiendo....es la calentura!.. "afortunadamente ella no sabe que la tiene.... "Dios mio, que frio tiene!... esta cubierta es tan "fina!!...Echaré mi pañolon viejo en la cama.... "pero si lo quito de la puerta donde lo he col- "gado....vendrán como ayer estos hombres borra- "chos á mirar por el agujero de la cerradura ó "por las junturas de los tableros....

"Que casa tan horrible, Dios mio!

"Si hubiese sabido como estaba habitada no nos "hubieramos quedado aquí....pero no sabia.... "Cuando se está sin documento, no admiten en otras "posadas ocultas....Podia yo adivinar que habia de "necesitar el pasaporte?... Cuando salí de Angers "en mi coche....porque no creia conveniente que "mi hija viajase en un carruage público.... podia "creer que....

Luego interrumpiéndose con un arrebato de cólera:

"Pero esto es infame.... porque ese escribano "ha querido despojarme, estoi reducida á los mas "horrorosos estremos, y no puedo nada contra él!.. "nada!....Si....en el caso de que tuviese dinero "podria pleitear; pleitear..... para oir arrastrar "por el cieno la memoria de mi bueno y noble "hermano.... para oir decir que su ruina puso "fin á sus dias, despues de haber disipado mi cau- "dal y el de mi hija....Pleitear.... para oir decir "que nos ha reducido á la última miseria....Oh! "nunca, nunca....

"No obstante.....si la memoria de mi hermano "es sagrada....la vida....el porvenir de mi hija... "me son tambien sagrados....pero no tengo prue- "bas contra el escribano! y es escitar un escán- "dalo inútil....

"No! no! esclamó Mad. de Fermont exaltada, no "quiero.... no puedo morir....dejar á Clara....de "diez y seis años...sin recursos, sola, abandona- "da en medio de Paris....es esto posible? no es- "toy mala, ademas.... que es lo que siento? un po- "co de calor en el pecho, alguna cargazon en "la cabeza; es el resultado de la pena, de las vi- "gilias, del frio, de las inquietudes; cualquiera en "mi lugar sentiria este abatimiento....pero esto no "tiene nada de serio.

Despues de un momento de silencio, Mad. de Fermont añadió con indignacion:

"Oh! esto es abominable...poner ese trabajo á "precio de la honra de Clara... retirarnos cruel- "mente ese ruin medio de existencia, porque no "he querido que mi hija fuese á trabajar sola por "la noche á su casa....Quizá hallarémos trabajo en "otra parte, de costura ó de bordado...Pero cuan- "do no se conoce á nadie, es tan difícil...Ultima- "mente, he intentado en vano....Cuando se está

"tan miserablemente alojada, no se inspira con-
"fianza; y sin embargo, agotada una vez la cor-
"ta cantidad, qué nos queda que hacer?... que se-
"rá de nosotras?...No nos quedará nada...nada...
"sobre la tierra....ni un óbolo...y era rica, sin
"embargo.....

"No pensemos en eso... estos pensamientos me
"producen vértigos....me vuelven loca..... Esta
"es culpa mia, es recargar mucho sobre estas ideas
"en vez de procurar distraerme de ellas....Esto es
"lo que me ha puesto mala...no, no, no estoy ma-
"la...creo aun que tengo menos calentura, añadió
"la infeliz madre tomandose el pulso."

Pero ay.... las pulsaciones precipitadas, duras, irregulares que sentia latir bajo su piel á un tiempo seca y fria no le dejaron ilusion.

Despues de un momento de triste y sombria desesperacion, dijo con pesar:

"Dios mio! por qué me abrumais asi, que mal
"hemos hecho? Mi hija no era un modelo de can-
"dor y piedad, su padre el honor mismo? No he
"cumplido siempre mis deberes de esposa y de
"madre?...Por qué permitir que un miserable nos
"haga víctimas suyas!....esta pobre niña princi-
"palmente!...

"Cuando pienso que á no ser por el robo de
"ese escribano, no tendria temor alguno acerca
"de la suerte de mi hija....Estariámos ahora en
"nuestra casa, sin inquietud para lo venidero;
"dentro de dos ó tres años, hubiera pensado en
"casar á Clara, y hubiera hallado un hombre dig-
"no de ella, tan buena, tan hechicera, tan be-
"lla!...Quien no hubiera sido feliz en obtener su
"mano?.... Queria ademas, reservandome una cor-
"ta pension para vivir á su lado, abandonarle
"cuando se casase todo lo que poseia, cien mil

"escudos á lo menos... porque hubiera podido a-
"horrar algo, y cuando una jóven tan linda, tan
"bien criada como mi querida hija, lleva en dote
"mas de cien mil escudos.....

Luego, volviendo por un doloroso contraste á la triste realidad de su posicion, Mad. de Fermont esclamó en una especie de delirio:

"Pero es imposible que porque el escribano lo
"quiera....vea yo pacientemente á mi hija redu-
"cida á la mas horrorosa miseria...ella que tenia de-
"recho á tanta felicidad....

"Si las leyes dejan este crimen impune, yo no
"lo dejaré; porque, si la suerte me apura.... si no
"hallo medio de salir de la atroz posicion á que
"este miserable me ha lanzado con mi hija, no
"se lo que haré..... seré capaz de matarlo, des-
"pues harán de mí lo que quieran.....tendré á
"mi favor todas las madres.

"Si....pero mi hija?....mi hija?

"Dejarla sola, abandonada, esto es mi terror,
"por esto no quiero morir....por esto es por lo
"que no quiero matar á ese hombre. Qué seria
"de ella? tiene diez y seis años....es jóven y san-
"ta como un ángel, pero es tan bella!...Pero la
"miseria, pero la hambre....que espantoso desa-
"liento, todas estas desgracias reunidas no pue-
"den causar á una niña de esa edad....y entonces
"en que abismo no puede caer?....

"Oh! esto es horrible....á medida que profun-
"dizo esta palabra: miseria, hallo en ella cosas
"espantosas.

"La miseria....la miseria atroz para todos, qui-
"zá mas atroz todavia para los que han pasado
"toda su vida cómodamente....lo que no me per-
"dono, es, en presencia de tantos males, no po-
"der vencer un desgraciado sentimiento de orgu-

"llo. Será preciso ver que á mi hija le falta ab-
"solutamente el pan para resignarme á mendigar...
"que cobarde soy...sin embargo.....

Y añadió con una pena sombría:

Este escribano me ha reducido á pedir limosna.

Dos ó tres golpes violentos dados á la puerta hicieron estremecer á Mad. de Fermont y despertar á su hija sobresaltada.

—Dios mio! mamá, que hay? gritó Clara, incorporándose de pronto: luego, por un movimiento maquinal, echó los brazos al cuello de su madre, que, tambien asustada, se estrechó contra su hija mirando la puerta con terror.

—Mamá, quien es? repitió Clara.

—No sé, hija mia....Sosiegate....no es nada... han llamado á la puerta.....es quizá la respuesta que nos traen del correo.....

En este instante la puerta apolillada se estremeció de nuevo por el choque de muchos vigorosos puñetazos.

—Quien está ahí? dijo Mad. de Fermont con voz trémula.

Una voz innoble, ronca, respondió:

—Vaya! estais sordas, vecinas? hola....vecinas, hola.....

—Que quereis?.....no os conozco, dijo Mad. de Fermont procurando disimular lo alterado de su voz.

—Soy Robin vuestro vecino...dadme fuego para encender mi pipa.... vamos, arriba..... y mas vivo....

—Dios mio!...es el cojo que siempre está borracho, dijo en voz baja la madre á su hija.

—Vaya....dadme fuego ó echo la puerta abajo por vida de.....

—No tengo fuego.....

—Debeis tener fósforos..... todo el mundo los tiene....abrid...vamos!

—Retiraos.....

—No quereis abrir, una....dos?.....

—Os suplico que os retireis ó llamo....

—Una...dos....tres....no....no quereis? Entonces lo derribo todo...vaya pues.....

Y el miserable dió tan furioso golpe á la puerta que cedió, habiendose roto la endeble cerradura con que estaba cerrada.

Las dos mugeres dieron un gran grito de espanto.

Mad. de Fermont, á pesar de su debilidad, se puso precipitadamente delante del bandido en el momento en que ponia un pié en la habitacion, y le atajó el paso.

—Esto es indigno, no entrareis, gritó la infeliz madre reteniendo con todas sus fuerzas la puerta á medio abrir.—Voy á gritar pidiendo socorro.

Y temblaba al aspecto de este hombre de figura horrible y vinosa.

—De que, de que?....repuso él, no se favorecen los vecinos?....si se me hubiera abierto, no hubiera echado nada abajo.

Luego con la obstinacion estúpida de la embriaguez, añadió, tambaleándose sobre sus desiguales piernas.

—Quiero entrar, entraré..., y no saldré hasta que haya encendido mi pipa.

—No tengo ni fuego ni fósforos....En nombre del cielo....retiraos....

—En verdad, decis eso para que no vea la chiquita que está acostada...Ayer tapasteis los agujeros de la puerta. Es guapa, quiero verla....tened cuidado con vos...os rompo la cara, si no me dejais entrar....os digo que veré la niña en su

cama y encenderé mi pipa....ó bien lo demuelo todo!....y á vos con ello!

—Socorro, por Dios! ...socorro,...gritó Mad. de Fermont que sintió que la puerta cedia á un empujon del cojo gordo.

Intimidado con estos gritos, el hombre dió un paso atras, y amenazó con el puño á Mad. de Fermont, diciéndole:

—Me la pagarás, anda....Volveré esta noche, te cogeré la lengua y no podrás gritar....

Y el *cojo gordo*, como le llamaban en la isla del Mariscador, bajo la escalera profiriendo horribles amenazas.

Mad. de Fermont, temiendo que volviese, y viendo la cerradura rota, puso la mesa contra la puerta á fin de parapetarla.

Clara habia estado tan conmovida, tan trastornada con esta horrible escena, que volvió á caer sobre su cama casi sin movimiento, víctima de un ataque nervioso.

Mad. de Fermont, olvidando su propio temor, corrió á su hija, la estrechó en sus brazos, le hizo beber un poco de agua, y á fuerza de diligencias y de caricias, logró reanimarla.

La vió recobrar poco á poco sus sentidos, y le dijo:

—Cálmate...sosiégate, pobre niña mia....Ese pícaro se ha ido....—Luego la infeliz madre esclamó con acento de indignacion y de dolor indecible: ese escribano es la causa primera de todos nuestros tormentos.

Clara miraba en rededor suyo con tanto asombro como temor.

—Tranquilizate, hija mia, prosiguió Mad. de Fermont, abrazando tiernamente á su hija, ese miserable se ha ido....

—Dios mio! mamá, si volverá á subir? Lo has visto bien, has pedido auxilio, y nadie ha acudido...Oh! te lo suplico, dejemos esta casa..... me moriria en ella de miedo....

—Como tiemblas....tienes calentura?

—No, no, dijo la jóven, para tranquilizar á su madre, no es nada, es el susto...,esto pasa... Y tú,...como estas? Dame tus manos. Ves, tú eres la que padeces, quieres ocultarmelo.

—No lo creas, me encuentro mejor que nunca, es la agitacion que me ha causado ese hombre, la que me pone asi; dormia muy profundamente en la silla, y me desperté al mismo tiempo que tú..,

—Sin embargo, mamá, tus ojos estan muy rojos....muy inflamados!

—Ah! bien sabes, hija mia, que en una silla no se duerme con descanso.....

—Es verdad, no estas mala?

—No, no, te lo aseguro...Y tu?

—Ni yo tampoco; pero todavia estoy temblando de miedo. Te lo suplico, mamá, dejemos esta casa....

—Y donde iremos? Sabes con cuanto trabajo hemos encontrado esta infeliz habitacion...porque estamos por desgracia sin documentos, y hemos pagado quince dias adelantados; no nos volverian nuestro dinero....y nos queda tan poco, tan poco.....que debemos arreglarnos lo mas que podamos.

—Quizá Mr. de Saint-Remy te responderá un dia ú otro.

—No lo espero ya....Hace tanto tiempo que le escribí.

—No habrá recibido la carta....Por qué no le vuelves á escribir? De aqui á Angers no hay tanta distancia, recibirémos pronto su respuesta.

—Pobre hija mia, sabes cuanto me ha costado eso... ya.

—Que arriesgas? es tan bueno á pesar de su viveza! No era uno de los amigos mas antiguos de mi padre?.....Y en fin, es pariente nuestro...

—Pero es pobre tambien; su caudal es muy moles'o....Quizá no nos ha respondido para evitarse la pena de no darnos nada....

—Pero si no ha recibido tu carta, mamá?

—Y si la ha recibido, hija mia,...Una de dos: ó se halla en una mala posicion para socorrernos...,ó no toma ningun interes por nosotras; entonces de que sirve esponernos á una negativa ó á una humillacion?

—Vamos, ánimo, mamá, nos queda todavia una esperanza.... Quizá esta mañana nos traigan una buena respuesta....

—De Mr. de Orbigny?

—Sin duda....Aquella carta cuyo borrador hiciste en otro tiempo, era tan sencilla, tan interesante nuestra desgracia, que se compadecerá de nosotras...,..verdaderamente, no sé que me dice que haceis mal en desesperar de él.

—Hay tan poca razon para interesarse por nosotras; conoció, es verdad, en otro tiempo á tu padre, y oí muchas veces á mi pobre hermano hablar de Mr. de Orbigny como de un hombre con quien habia tenido muy buenas relaciones antes que dejase á Paris para retirarse á Normandia con su jóven esposa.,...

—Eso justamente es lo que hace esperar; tiene una esposa jóven, será compasiva....Y en el campo, se puede hacer tanto bien! Os tomará, por ama de llaves, yo trabajaré en la ropa blanca....Mr. de Orbigny es muy rico; en una casa grande siempre hay en que emplearse.

—Si, pero tenemos tan poco derecho á que se interese por nosotras.....

—Somos tan desgraciadas!....

—Este es un título á los ojos de las personas muy caritativas, es verdad.

—Creemos que Mr. de Orbigny y su esposa lo son....

—En fin, en el caso en que no debiesemos esperar nada de él venceré aun mas mi falsa vergüenza, y escribiré á la duquesa de Lucenay.

—Aquella señora de quien Mr. de Saint-Remy nos hablaba tan á menudo y cuyo buen corazon, y generosidad alaba sin cesar?

—Si, la hija del príncipe de Noirmont, la trataba casi como á una hija, porque estaba íntimamente unido con el príncipe....Mad. de Lucenay debe tener numerosos amigos, podrá quizá hallar donde acomodarnos.

—Sin duda, mamá, pero comprendo tu reserva; no la conoces mientras mi padre y mi pobre tio conocian bastante á Mr. de Orbigny.

—En fin, en el caso en que Mad. de Lucenay no pudiese hacer nada por nosotras, acudiria á un último recurso.

—Cual, mamá?

—Es una muy endeble...una muy necia esperanza, quizá; pero por qué no probarla?....El hijo de Mr. de Saint-Remy es....

—Mr. de Saint-Remy tiene un hijo? esclamó Clara interrumpiendo á su madre como admirada.....

—Si, hija mia, tiene un hijo....

—Y no hablaba nunca de él; nunca fue á Angers....

—En efecto, y por razones que tu no puedes saber, Mr. de Saint-Remy, habiendo dejado á Pa-

ris hace quince años, no ha vuelto á ver á su hijo desde aquella época.

—Quince años sin ver á su padre....es posible Dios mio!...

—Ay! sí, el hijo de Mr. de Saint-Remy está muy metido en el mundo, y siendo muy rico....

—Muy rico...y su padre está pobre?

—Todos los bienes de Mr. de Saint-Remy proceden de su madre....

—Pero no importa...como deja á su padre?

—Su padre no hubiera aceptado nada de él.

—Por qué?

—Esta es una cuestion á que no puedo responder, querida hija. Pero oí decir á mi pobre hermano que se ponderaba mucho la generosidad de ese mozo....Jóven y generoso, debe ser bueno...Sabiendo por mi que mi marido era amigo intimo de su padre quizá querrá interesarse por nosotras buscándonos trabajo ó colocacion....tiene relaciones tan brillantes, tan numerosas, que le será fácil.....

—Y se sabria quizá por él si Mr. de Saint-Remy, su padre, ha dejado á Angers, antes que le hubiesemos escrito; esto esplicará entonces su silencio.

—Creo que Mr. de Saint-Remy, hija mia, no ha conservado ninguna relacion....En fin, siempre es probar....

—A menos que Mr. de Orbigny no os responda de una manera favorable....y, os lo repito, no sé porque, á pesar mio, tengo esperanza.

—Pero hace muchos dias que le escribí, hija mia, esponiéndole las causas de nuestra desgracia, y nada. ...todavia....Una carta echada en el correo antes de las cuatro de la tarde llega al dia siguiente por la mañana á la posesion de Au-

biers...á los cinco dias, podiamos haber recibido su respuesta.....

—Quizá buscará antes de escribirte de que manera podrá sernos útil.

—Dios te oiga, hija mia!

—Esto me parece muy sencillo, mamá....Si no pudiese hacer nada por nosotras, te lo hubiera dicho inmediatamente.

—A menos que no quiera hacer nada.....

—Ah! mamá..... es posible? no respondernos y dejarnos esperar cuatro dias, ocho dias, quizá.... porque el que es desgraciado, siempre espera....

—Ay! hija mia: hay algunas veces tanta indiferencia para los males que no se conocen.....

—Pero vuestra carta....

—Mi carta no puede darle una idea de nuestras inquietudes, de nuestros padecimientos de cada minuto; mi carta le pintará nuestra vida tan infeliz, nuestras humillaciones de todas especies, nuestra existencia en esta horrible casa, el susto que tenemos á todas horas....mi carta le pintará en fin el horroroso porvenir que nos aguarda, si... Pero, mira... .hija mia, no hablemos de esto..... Dios mio!..tiemblas.....tienes frio....

—No, mamá....pero dime, supongamos que todo nos falta, que el poco dinero que nos queda ahí, en esa maleta, se gaste....será posible que en una ciudad rica como Paris...nos muriesemos las dos de hambre y de miseria...por falta de trabajo, y porque un malvado te ha robado lo que teniais?...

—Cállate, hija desgraciada...

—Pero mamá, esto es posible?....

—Ay!....

—Pero Dios que lo sabe todo, que lo puede todo...como nos abandona asi, él á quien nunca hemos ofendido?

—Te lo suplico, hija mia, no tengas esas ideas tan tristes....mejor quiero verte esperar, sin gran razon, quizá....Vamos, tranquilízame con tus caras ilusiones; estoy mas espuesta al desaliento... bien lo sabes.

—Sí, sí, esperemos....esto es mejor. El sobrino del portero vendrá hoy del correo con una carta....Otro viage que pagar..... de vuestro pequeño caudal.....y por culpa mia...Si no hubiese estado tal débil ayer y hoy, hubieramos ido al correo nosotras mismas, como antes de ayer....pero no quisisteis dejarme aquí sola é ir vos.

—Lo podia....hija mia?....Recuerda el miserable que ha forzado esta puerta, si te hubieses hallado sola aquí, entonces?

—Oh! mamá, cállate....no pensemos en eso.... me da miedo...

En este momento llamaron con bastante viveza á la puerta.

—Cielos....es él, esclamó Mad. de Fermont todavía bajo la primera impresion de terror..... y arrimó con todas sus fuerzas la mesa contra la puerta.

Sus temores cesaron cuando oyó la voz del tio Micou.

—Señora, mi sobrino Andres viene del correo....Aquí hay una carta con una X y una Z por sobre....viene de léjos...Tiene ocho sueldos de porte y el mandado.....que vienen á ser veinte sueldos.

—Mamá, una carta de provincia, nos salvamos....es de Mr. de Saint-Remy ó de Mr. de Orbigny. Pobre madre, no padeceras mas, no te inquietarás mas por mí, serás feliz..Dios es justo, Dios es bueno...esclamó la jóven, y un rayo de esperanza iluminó su amable y agraciada cara.

—Oh! caballero, gracias....dadme...dadme pronto! dijo Mad. de Fermont quitando de prisa la mesa y entreabriendo la puerta.

—Son veinte sueldos, señora, dijo el encubridor mostrando la carta tan impacientemente deseada.

—Voy á pagaros.

—Ah! señora....no hay prisa.....voy al último piso, bajaré de aquí á diez minutos, tomaré el dinero cuando pase.

El revendedor entregó la carta á Mad. de Fermot y se fué.

—La carta es de Normandia....En el sello se lee *Aubieres*....es de Mr. Orbigny, esclamó Mad. de Fermont examinando el sobre *A Madama X y Z, Paris* (1)

—Y bien, mamá, tenia yo razon?....Dios mio! como me late el corazon.

—Nuestra buena y mala suerte está aquí sin embargo....dijo Mad. de Fermont con voz alterada señalando á la carta.

Dos veces su mano tremula se acercó al sello para romperlo.

No tuvo ánimo para ello.

Se puede pintar la terrible angustia de que son victimas los que, como Mad. de Fermont, esperan de una carta la esperanza ó la desesperacion!

La ardiente y febril agitacion del jugador cuyas últimas monedas de oro están aventuradas so-

(1) Mad. de Fermont habiendo escrito la carta en su último domicilio é ignorando entonces donde iria á vivir, suplicó á Mr. de Orbigny le respondiese sin poner señas; pero, por no tener pasaporte, para sacar su carta del correo, indicó un sobre de iniciales que basta designar para que se entregue la carta.

bre una carta, y que, jadeando, con los ojos inflamados, espera de un golpe decisivo su ruina ó su salvacion, esta agitacion tan violenta daria apenas una idea de la terrible angustia de que hablamos.

En un segundo el alma se eleva hasta la mas radiosa esperanza, ó cae en un desaliento mortal, segun cree ser socorrida ó rechazada. La desgracia pasa sucesivamente por las agitaciones mas violentamente contrarias, rasgos inefables de felicidad y de reconocimiento hácia el corazon generoso que se ha compadecido de una suerte miserable, y amargos y dolorosos resentimientos contra la egoista indiferencia.

Cuando se trata de desgracias merecidas, los que dan muchas veces darian siempre....y los que siempre se niegan....darian quizás alguna vez si supiesen ó si viesen lo que la esperanza de un apoyo benéfico ó el temor de una negativa desdeñosa...lo que *su voluntad* en fin...puede escitar de inefable ó de horrible en el corazon de aquellos que los imploran.

—Que debilidad! díjo Mad. de Fermont, dando un triste suspiro y sentandose en la cama de su hija: lo repito, pobre Clara mia, nuestra suerte está ahí...—Señalaba á la carta.—Si es una negativa, ay! siempre será demasiado pronto....

—Y si es una promesa de socorrernos? dí, mamá? si esta carta contiene buenas y consoladoras palabras que nos tranquilicen acerca del porvenir prometiendonos un modesto acomodo en la casa de Mr. de Orbigny, cada minuto no es un momento de felicidad perdida?

—Si, hija mia, pero si al contrario....

—No, mamá, os engañais, estoy segura de ello. Cuando os decia que Mr. de Orbigny no habia

ta. Solo en responderos sino para poder daros alguna certidumbre favorable..... Permitidme que vea la carta, mamá, estoy segura de penetrar, solamente por la letra, si la noticia es buena ó mala. Mirad, estoy ahora cierta de ello, dijo Clara tomando la carta; no hay mas que ver esta buena letra sencilla, derecha y firme, se conoce una mano honrada y generosa habituada á sufrir por los que padecen.....

—Te lo suplico, Clara, nada de esperanzas infundadas, si no me atreveré menos abrir esta carta...

—Por Dios! mi buena mamá, sin abrirla puedo decirte con corta diferencia lo que contiene; escuchame: Señora, vuestra suerte y la de vuestra hija es tan digna de interes, que os pido tengais á bien venir acá en el caso en que quisiereis encargaros del cuidado de mi casa...

—Por favor, hija, te lo vuelvo á suplicar..... nada de esperanzas insensatas....el despertar será horroroso....Vamos, ánimo, dijo Mad. de Fermont tomando la carta de las manos de su hija...y disponiendose á abrirla.

—Animo? Para vos, en hora buena! dijo Clara sonriendose, y arrastrada por uno de aquellos accesos de confianza tan naturales en su edad:— Yo, no lo necesito; estoy cierta de lo que digo. Mirad, quereis que abra la carta? que la lea?.... dádmela, perezosa....

—Si...mejor quiero eso, lee...Pero no; no, mas vale que sea yo.

—Y Mad. de Fermont rompió el sello, con una terrible opresion de corazon.

—Su hija, profundamente conmovida, á pesar de su aparente confianza, apenas respiraba.

—Lee en alto, mamá, dijo.

—La carta no es larga; es de la condesa de Or-

bigny, dijo Mad. de Fermont mirando la firma.

—Tanto mejor, esa es buena señal...ves, mamá, esa escelente jóven ha querido responderte.

—Vamos á ver.

Y Mad. de Fermont leyó lo que sigue con voz trémula:

«Señora:

"El conde de Orbigny, muy enfermo hace algun "tiempo, no ha podido responderos durante mi "ausencia.

—Ves tú, mamá, no es culpa suya.

—Escucha, escucha....

"Llegada esta mañana de Paris, me apresuro "á escribiros, señora, despues de haber conferen- "ciado acerca de vuestra carta con Mr. de Or- "bigny. Se acuerda muy confusamente de las re- "laciones que suponeis haber existido entre él y "vuestro hermano. En cuanto al nombre de vues- "tro marido, señora, no es desconocido á Mr. "de Orbigny; pero no puede acordarse en que "circunstancias lo ha oido pronunciar. El preten- "dido despojo de que acusais tan ligeramente á "Mr. Santiago Ferrand, que nosotros tenemos la "fortuna de que sea nuestro escribano, es, á los "ojos de Mr. de Orbigny, una cruel calumnia cu- "yo alcance no habeis sin duda calculado. Mi ma- "rido, lo mismo que yo, señora, conoce y admira "la brillante probidad del hombre respetable y "piadoso que atacais tan ciegamente. Esto es de- "ciros, señora, que Mr. de Orbigny, tomando par- "te en la penosa situacion en que decis os hallais "y cuya verdadera causa no le toca indagar, se "ve en la imposibilidad de socorreros.

"Recibid, señora, con la espresion de todos los "pesares de Mr. de Orbigny, la seguridad de mis "sentimientos mas distinguidos.

"LA CONDESA DE ORBIGNY.„

La madre y la hija se miraron con un estupor doloroso, incapaces de pronunciar una palabra.

El tio Micou llamó á la puerta y dijo:

—Señora, puedo entrar por el porte y por el mandado de la carta? Son veinte sueldos

—Ah! es justo, una noticia tan buena....bien vale que gastemos lo que nos basta en dos dias para nuestra subsistencia..... dijo Mad. de Fermont con amarga sonrisa; y dejando la carta sobre la cama de su hija, fué hácia un baul viejo sin cerradura, se bajó y lo abrió.

—Nos han robado!...gritó la desgraciada muger con espanto.....nada.....nada! añadió con voz triste,

Y, anonadada, se apoyó sobre el baul.

—Que dices, mamá?..., el saquillo de dinero?...

Pero Mad. de Fermont, levantandose vivamente, salió de la habitacion dirigiendose al revendedor que se hallaba como ella en la meseta.

—Señor mio, le dijo con los ojos centellando, las mejillas coloradas por la indignacion y por el susto, tenia un saquillo de dinero en este baul.., y me le han robado antes de ayer sin duda, porque sali con mi hija.... Es preciso que este dinero se encuentre....entendeis? vos sois responsable de él.

—Os han robado! no es verdad; mi casa es honrada, dijo insolente y brutalmente el encubridor, decis eso por no pagarme el porte de la carta y mi mandado.

—Os digo que siendo ese dinero todo lo que poseia en el mundo, me lo han robado; es menester que se encuentre, ó me querello. Oh! no ahorraré nada, no respetaré nada...os lo advierto...

—Seria gracioso, vos que no teneis ni aun do-

cumentos,....ir á llevar vuestra querella,...id inmediatamente.....os provoco.....

La desgraciada muger estaba alterada.

No podia salir y dejar á su hija sola, en cama, de miedo al cojo gordo; le habia causado por la mañana tan gran susto y principalmente las amenazas que le dirigia el revendedor.

Este replicó:

—Es una invencion, no teniais saquillo de plata ni de oro, quereis no pagarme el porte de la carta, no es asi? Bueno....no le hace.....cuando paseis por delante de mi puerta, os quitaré vuestro viejo pañolon negro.... de los hombros; está muy usado, pero vale siempre á lo menos veinte sueldos.

—Ah! esclamó Mad. de Fermont deshecha en lágrimas. Por favor, tened piedad de nosotras..... esa corta cantidad es todo lo que poseemos, mi hija y yo; robada esta, no nos queda nada...nada, lo entendeis?....nada...

—Que quereis que le haga,...yo? si es verdad que os han robado.....y dinero ademas (lo que me parece oscuro), hace largo tiempo que está frito...el dinero!

—Dios mio! Dios mio!....

—El chusco que ha dado el golpe no habrá sido tan buen muchacho que haya marcado las monedas y las guarde aquí para hacerse citar, si es alguno de la casa, y no lo creo: porque, como decia esta mañana al tio de la señora del primer piso, esta es una verdadera aldea; si os lo han robado,...es una desgracia. Presentariais cien mil querellas y no sacariais un céntimo...no adelantariais nada....os lo digo....creedme....Y bien! gritó el encubridor interrumpiéndose y viendo á Mad. de Fermont vacilar, que teneis?... perdeis

el color? Tened cuidado!....señorita, vuestra madre se ha puesto mala....añadió el revendedor adelantándose á tiempo para sostener á la desgraciada madre, que, herida por este último golpe, se sentia desfallecer, la energía factícia que la sostenia tan largo tiempo cedió á este nuevo ataque.

---Madre mia...por Dios, que teneis? gritó Clara todavia acostada.

El encubridor aun vigoroso á pesar de sus cincuenta años, por un movimiento de compasion pasagera, cogió á Mad. de Fermont en sus brazos, dió con la rodilla á la puerta para entrar en la habitacion y dijo:

---Señorita, perdonad que entre estando acostada, pero es sin embargo preciso que os traiga á vuestra madre...se ha desmayado....esto no puede durar.....

Y Clara, viendo entrar al hombre, dió un grito de espanto, y la infeliz niña se ocultó lo mejor que pudo bajo la cubierta de su cama.

El revendedor sentó á Mad. de Fermont en la silla al lado de la cama, y se retiró, dejando la puerta medio abierta, pues el cojo gordo habia roto la cerradura.

.....

Una hora despues de esta última agitacion, la violenta enfermedad que desde largo tiempo estaba oculta y amenazaba á Mad. de Fermont, habia estallado.

Victima de una fiebre ardiente, de un horroroso delirio, la infeliz estaba acostada en la cama de su hija, desatinada, asustada, que, sola, casi tan mala como su madre, no tenia ni dinero, ni recursos, temia á cada instante ver entrar al bandido que vivia en la misma meseta.

.....

CAPITULO VII.

LA CALLE DE CHAILLOT

Precederemos algunas horas á Mr. Badinot que, desde la callejuela de la Cerbeceria se dirigia á toda prisa á casa del vizconde de Saint-Remy.

Este último vivia en la calle de Chaillot, y ocupaba solo una casa chica y muy bonita, labrada entre patio y jardin, en aquel barrio solitario, aunque muy inmediato á los Campos-Elíseos, el paseo mas á la moda de Paris.

Es inútil numerar las ventajas que Mr. de Saint-Remy, solo diremos que cualquiera muger podia entrar muy secretamente en su casa, por una puerta pequeña de su vasto jardin que daba á una callejuela enteramente desierta, comunicando de la calle de Marbeuf á la de Chaillot.

Por un acaso milagroso, uno de los mas bellos establecimientos de horticularia de Paris tenia tambien, en aquella callejuela escusada, una salida muy poco frecuentada; las misteriosas visitadoras de Mr. de Saint-Remy, en caso de sorpresa ó de encuentro imprevisto, estaban armadas de un pretesto plausible y bucólico para aventurarse en la callejuela fatal.

Iban (podian decir) á escoger flores raras á casa de un jardinero afamado por la hermosura de sus invernáculos.

Estas bellas visitadoras no hubieran mentido sino á medias: el vizconde, ampliamente dotado de todos los gustos de un lujo distinguido, tenia un escelente invernáculo que se estendia en parte á lo largo de la callejuela de que hemos hablado; la puerta escusada daba á aquel delicioso jardin de invierno, por el cual se entraba en un retrete (perdónesenos esta espresion añeja) situado en el piso bajo de la casa.

Se permitirá pues decir sin metáfora que cualquier muger que pasase aquel umbral peligroso para entrar en casa de Mr. de Saint-Remy corria á su pérdida por una vereda florida; porque en invierno principalmente, aquella calle elegante estaba guarnecida de bosquecillos de hermosas y odoriferas flores.

Mad. de Lucenay, celosa como una muger apasionada, habia exigido una llave de aquella puertecita.

Si insistimos un poco sobre el carácter general de esta habitacion singular, es porque reflejaba, por decirlo así, una de aquellas existencias degradantes que, cada dia, llegan á ser felizmente mas raras, pero que es bueno señalar como una de las estravagancias de la época; por falta de una espresion mas peculiar, llamariamos á estas personas hombres cortesanos, si así pudiese decirse.

El interior de la casa de Mr. de Saint-Remy ofrecia un aspecto curioso, ó mas bien esta casa estaba separada por dos zonas distintas.

El piso bajo donde recibia á las mugeres.

El primer piso donde recibia á sus compañeros

de juego, de mesa, de caza, lo que se llama en fin los amigos....

Asi, en el piso bajo habia una alcoba que no era mas que oro, espejos, flores, raso y encajes, un salon pequeño de música donde se veia un arpa y un piano (Mr. de Saint-Remy era escelente músico), un gabinete de pinturas y de curiosidades, el retrete que comunicaba con el invernáculo, un comedor para dos personas, servido por un torno, una sala de baños, modelo acabado del lujo y del esmero oriental, y una biblioteca formada en parte segun el catálogo de la que La Mettrie escogió para el gran Federico.

Es inútil decir que todas estas piezas, amuebladas con un gusto esquisito, con un esmero verdaderamente *sardanapalesco* tenian adornos de Watteau poco conocidos, de Bouchet ineditos, grupos de barro de Cradion, y sobre sus zócalos de jaspe de mármol antiguo algunas preciosas copias de los mas lindos grupos del Museo en mármol blanco. Júntese á esto, el verano, por perspectiva, las verdes profundidades de un jardin frondoso, solitario, lleno de flores, poblado de pájaros, bañado por un arroyuelo de agua pura, que antes de estenderse sobre el fresco prado, cae de lo alto de una roca parda y agreste, y brilla como un pliegue de gasa de plata, y cae como una hoja de nácar en un estanque cristalino donde juegan con gracia hermosos cisnes blancos.

Y cuando llegaba la noche templada y serena, cuanta sombra, cuanta fragancia, cuanto silencio en los bosquecillos olorosos cuyo espeso ramage servia de pabellon á sofas rústicos hechos de juncos y de esterillas indianas!

Durante el invierno, por el contrario, escepto la puerta de espejo del invernáculo, todo es-

taba bien cerrado ; la seda transparente de las cortinas, las randas de encage hacian el dia aun mas misterioso ; sobre todos los muebles masas de vegetales exóticos parecian salir de grandes copas brillantes de oro y de esmalte.

En este retiro silencioso, lleno de flores olorosas, de pinturas voluptuosas, se aspiraba una especie de atmósfera amorosa, embriagante que sumergia el cuerpo y los sentidos en ardientes languideces....

En fin, para hacer los honores de este templo que parecia erigido al amor antiguo ó á las divinidades desnudas de la Grecia, un hombre, jóven y bello, elegante y distinguido, sucesivamente espiritual ó tierno, romancesco ó libertino, ya burlon y alegre hasta la locura, ya lleno de encanto y de gracia, escelente músico, dotado de una de aquellas voces vibrantes, apasionadas, que las mugeres no pueden oir cantar sin sentir una impresion profunda..... casi física, en fin un hombre enamorado sobre todo,.. enamorado siempre... tal era el vizconde.

En Atenas hubiera sido sin duda admirado, exaltado, deificado tanto como Alcibiades ; en nuestros dias y en la época de que hablamos, el vizconde no era mas que un innoble falsario, un miserable petardista.

El primer piso de la casa de Mr. de Saint-Remy tenia por el contrario un aspecto enteramente varonil.

Allí es donde recibia á sus numerosos amigos, todos de la mejor sociedad.

Allí, nada de pisaverde, nada de afeminado, un *omenage* sencillo y severo, por adornos hermosas armas, retratos de caballos de carrera, que habian ganado al vizconde buen número de mag-

nificos vasos de oro y de plata colocados sobre los muebles; el fumadero y la sala de juego confinaban con un comedor alegre, donde ocho personas (número de convidados estrictamente limitado cuando se trata de una comida sabia) habian bastantes veces apreciado la escelencia del cocinero y el no menos escelente mérito de la bodega del vizconde antes de mantener contra él alguna fuerte partida de whist de quinientos á seiscientos luises.

Espuestos estos dos matices asi partidos de la habitacion de Mr. de Saint-Remy, el lector tendrá á bien seguirnos á las regiones mas infimas, entrar en el patio de la cochera y subir la escalerita que conducia á la muy confortable habitacion de Eduardo Patterson, gefe de caballeriza de Mr. de Saint-Remy.

Este ilustre *coachman* habia convidado á almorzar á Mr. Boyer, ayuda de cámara de confianza del vizconde. Una criada inglesa muy linda se retiró despues de haber llevado la tetera de plata y nuestros dos personages quedaron solos.

Eduardo tenia unos cuarenta años; nunca cochero mas hábil y mas gordo habia ocupado el pescante con una rotundidad mas imponente, ni encuadró en su peluca blanca una cara mas rubicunda, y reunió mas elegantemente en su mano izquierda las cuadruples riendas de un coche de cuatro caballos; tan fino perito en caballos que habiendo sido en su juventud tan buen conductor como el viejo y célebre Chiffney, el vizconde halló en Eduardo, cosa rara, un escelente cochero y un hombre muy capaz de dirigir la asistencia de algunos caballos de carrera que tenia para hacer apuestas.

Mr. Boyer, su convidado, ayuda de cámara de

confianza del vizconde, era un hombre alto, delgado, cabellos canosos y lacios, la frente calva, mirada fina, fisonomia fria, discreta y reservada, se espreseba en términos escogidos, tenia modales cultos y desembarazados, un poco de letras, opiniones políticas conservadoras, y podia honoríficamente desempeñar su parte de primer violin en un cuarteto de aficionados; de cuando en cuando, tomaba con el mejor aire del mundo un polvo de tabaco en una caja de oro guarnecida de perlas finas.... despues de lo cual sacudia negligentemente con el reves de su mano, tan cuidada como la de su amo, los pliegues de su camisa de rico lienzo de Holanda.

---Sabed, mi querido Eduardo, dijo Boyer, que vuestra criada Betty es una cocinera muy regular.

---A fé mia es buena muchacha, dijo Eduardo que hablaba perfectamente el frances, y la llevaré conmigo á mi establecimiento, si me decido á tomarlo; y á este propósito, pues estamos solos, mi querido Boyer, hablemos de negocios.

---Si, dijo Boyer, tomando un polvo de tabaco.

—Tengo pues que pediros un consejo muy importante; para esto es para lo que os supliqué vinieseis á tomar una tasa de té conmigo.

—Estoy á vuestro servicio, mi querido Eduardo.

—Sabed que fuera de los caballos de carrera, tenia un ajuste con el señor vizconde, para el gasto completo de su caballeriza, bestias y personas, es decir ocho caballos, y cinco ó seis mozos y muchachos á razon de 24.000 francos al año comprendido mi salario.

—Era razonable....

—Durante cuatro años, el señor vizconde me pagó corriente; pero hácia mediados del año pa-

sado, me dijo: "Eduardo, os debo unos 24.000 francos. En cuanto estimais al precio mas bajo, mis caballos y mis coches.—Señor vizconde, los ocho caballos no pueden venderse en menos de 3,000 uno con otro, y todavia esto es dado (y es verdad, Boyer; porque el par de caballos de faeton fué pagado en 500 guineas), esto hará pues 24,000 francos por los caballos. En cuanto á los coches, hay cuatro, pagándoles á 12,000 francos; lo cual, unido á los 24,000 de los caballos, hace 36.000 francos.—Y bien, repuso el señor vizconde, compradmelo todo por ese precio, con condicion de que por los 12,000 francos que me quedareis á deber, mantendreis y dejareis á mi disposicion caballos, personas y coches durante seis meses.

—Y vos aceptásteis sabiamente la compra, Eduardo? Era un negocio de oro.

—Sin duda; dentro de quince dias concluyen los seis meses, y entro en la propiedad de los caballos y de los coches.

—Nada mas sencillo. El contrato fué estendido por Mr. Badinot, el agente del señor vizconde. Y para que teneis necesidad de mis consejos?

—Que debo hacer? Vender los caballos y los coches, ó bien establecerme de tratante en caballos con mi cuadra, que tendria un buen principio? Que me aconsejais?

—Os aconsejo que hagais lo que yo mismo haria.

—Qué?

—Me hallo en la misma posicion que vos.

—Vos?

—El señor vizconde detesta los pormenores; cuando entré aqui tenia de ahorros y de patri-

monio unos sesenta mil francos. Hice los gastos de la casa como vos los de la caballeriza; en la misma época que vos, me hallé en descubierto, para mí en unos veinte mil francos, y para los proveedores, en unos sesenta mil: entonces el señor vizconde me propuso como á vos, para reembolsarme, venderme los muebles de esta casa comprendida la plata que es muy bella, los buenos cuadros etc.; todo fué apreciado en el precio mas bajo: 140 mil francos. Habia que pagar 80 mil francos, restaban 60 mil que yo debia aplicar, hasta su completo consumo, á los gastos de la mesa, á los salarios de los criados, y no á otras cosas; esta era una condicion de la venta.

---Los muebles son vuestros como los caballos y los coches mios.

---Evidentemente.

---Segun eso, el vizconde se habia arruinado?

---En cinco años.....

---Y el señor vizconde habia heredado?

---Mas de un millon contante, dijo bastante desdeñosamente Mr. Boyer tomando un polvo de tabaco.

---No espera ninguna herencia?

---Ninguna, porque su padre no tiene mas que lo preciso para pasar.

---Su padre?

---Ciertamente....

---El padre del señor vizconde no ha muerto?...

---No, á lo menos, hace cinco ó seis meses, el señor vizconde le escribió para ciertos papeles de familia....

---Pero nunca se le vé aquí....

---Por una razon poderosa; hace quince años que vive en provincia, en Angers.

---Y el señor vizconde no va á visitarlo?

---Nunca.... nunca.... por cierto!

---Están reñidos?

---Lo que voy á deciros no es un secreto, porque lo sé por el antiguo confidente del príncipe de Noirmont.

---El padre de Mad. de Lucenay?

Dijo Eduardo con una mirada maligna y significativa que Mr. Boyer, fiel á sus hábitos de reserva y de discrecion, aparentó no comprender, y repuso con frialdad.

---La señora duquesa de Lucenay es en efecto hija del príncipe de Noirmont; el padre del señor vizconde estaba íntimamente unido al príncipe; la duquesa era entonces muy jóven, y Mr. de Saint-Remy, padre, que la amaba mucho, la trataba tan familiarmente como si fuese su hija. Sé estos pormenores por Simon el hombre de confianza del príncipe, puedo hablar sin escrúpulo porque la aventura que os voy á contar fué en su tiempo la fábula de todo Paris. Apesar de sus sesenta años, el padre del señor vizconde es un hombre de un carácter de hierro, de un valor de leon, de una probidad que me permitiré llamar fabulosa; no poseia casi nada, y se casó, por amor, con la madre del señor vizconde, jóven, bastante rica, que poseia el millon á cuya fundicion acabamos de tener el honor de asistir.

Y Mr. Boyer hizo una inclinacion de cabeza.

Eduardo lo imitó.

---El casamiento fué muy feliz hasta el momento en que el padre del señor vizconde halló, se dice que por casualidad, unas endemoniadas cartas que probaban evidentemente que durante una de sus ausencias, tres ó cuatro años despues de casado, su muger habia tenido cierta debilidad con un conde polaco.

---Eso sucede á menudo á los polacos. Cuando yo estaba en casa del señor marques de Senneval la señora marquesa.... una rabiosa....

Mr. Boyer interrumpió á su compañero.

---Sigo.... El padre del señor vizconde descubrió, pues, á los doce ó quince años de un matrimonio hasta entonces feliz, que tenia que quejarse de un conde polaco. Desgraciado ó felizmente el señor vizconde habia nacido nueve meses despues que su padre.... ó mas bien que el señor conde de Saint-Remy habia vuelto de aquel fatal viage, de suerte que no podia estar cierto, no obstante las grandes probabilidades, de que el señor.... vizconde fuese el fruto del adulterio. Sin embargo, el señor conde se separó al instante de su muger, no quiso tocar á un sueldo de los bienes que le habia traido, y se retiró á una provincia con unos ochenta mil francos que poseia; pero vais á ver el rencor de aquel carácter diabólico. Aunque el ultrage tenia de fecha quince años cuando lo descubrió, y que debia haber prescripto, el padre del señor vizconde, acompañado de Mr. de Fermont, pariente suyo, se puso á seguir los alcances al seductor polaco, y lo encontro en Venecia, despues de haberlo buscado por espacio de diez y ocho meses en casi todas las ciudades de Europa.

---Que obstinado!

---Un rencor de demonio, os digo, mi querido Eduardo!... En Venecia se verificó un duelo terrible, en el cual el polaco fué muerto. Todo pasó legalmente: pero el padre del señor vizconde mostró, se dice, una alegria tan feroz de ver al polaco herido de muerte, que su pariente, Mr. de Fermont, se vió obligado á apartarlo del lugar del combate.. pues el conde queria ver espirar á su enemigo.

---Que hombre! que hombre!. ...

---El conde volvió á Paris, fué á casa de su muger, le anunció que venia de matar al polaco, y se volvió á ir. Despues, no volvió á ver ni á ella ni á su hijo, y se retiro á Angers; alli vive, como un verdadero lobo, con lo que le queda de sus ochenta mil francos, bien desmochados por sus carreras detras del polaco, como podeis pensar. En Angers, no ve á nadie, á no ser á la muger y á la hija de su pariente, Mr. de Fermont, que murió hace algunos años. Por lo demas, esta familia ha sido desgraciada, porque el hermano de Mad. de Fermont sa saltó la tapa de los sesos hace algunos meses.

---Y la madre del señor vizconde?

---La perdió hace mucho tiempo. Por eso el señor vizconde, á su mayoria, gozó del caudal de su madre.... Veis pues, mi querido Eduardo, que en cuanto á herencia, el señor vizconde no tiene casi nada que esperar de su padre....

---Que fuera de esto debe detestarlo!

---Y no ha querido verlo nunca despues del descubrimiento en cuestion, persuadido sin duda de que es hijo del polaco.

La conversacion de los dos personagos fué interrumpida por un lacayo gigantesco, muy bien empolvado, aunque apenas eran las once.

---Mr. Boyer, el señor vizconde ha llamado dos veces; dijo.

Boyer sintió al parecer haber faltado á su servicio, se levantó precipitadamente y siguió al criado con tanta diligencia y respeto como si no fuese el dueño de la casa de su amo.

CAPITULO VIII.

EL CONDE DE SAINT-REMY.

Un mes, eso es muy largo... ..
(Goethe, el gran Cophto, acto I.°, escena 2.ª)

Habia cerca de dos horas, que Boyer, dejando á Eduardo, habia ido á ver á Mr. de Saint-Remy, cuando el padre de este último llamó á la puerta cochera de la casa de la calle de Chaillot.

El conde de Saint-Remy era un hombre de alta estatura, todavia vivo y vigoroso á pesar de su edad; el color bronceado de su tez contrastaba estrañamente con la blancura de su barba y de sus cabellos; sus cejas pobladas, todavia negras, medio cubrian sus ojos penetrantes profundamente hundidos en su órbita. Aunque llevaba, por una especie de mania misantrópica, vestido casi indecente, habia en toda su persona alguna cosa de sosiego, de orgullo, que imponia respeto.

Se abrió la puerta de la casa de su hijo y entró. Un portero de gran librea oscura y plata, perfectamente empolvado, y con medias de seda, se presentó en el umbral de un cuarto elegante, que

tenia tanta relacion con el abumado de los Pipelet como la accesoria de una remendona puede tener con la suntuosa tienda de una costurera á la moda.

—Mr. de Saint-Remy? preguntó el conde con tono breve.

El portero, en lugar de responder, examinaba, con una desdeñosa sorpresa, la barba blanca, el redingote raido y el sombrero viejo del desconocido que tenia en la mano un baston grueso.

—Mr. de Saint-Remy? repitió impacientemente el conde, picado del exámen impertinente del portero.

—El señor vizconde no está ahí.

Al decir esto, el compañero de Mr. Pipelet tiró del cordon, y con un gesto significativo, invitó al desconocido á que se retirase.

—Esperaré, dijo el conde.

Y pasó mas adelante.

—Eh! amigo! asi no se entra en las casas! gritó el portero corriendo detras del conde, y cogiéndole por el brazo.

—Como, bellaco!... respondió el viejo con aire amenazante, alzando su baston, te atreves á tocarme!....

—Me atreveré á otra cosa si no os vaís inmediatamente. Os digo que el señor vizconde no está ahí, por lo tanto, idos.

En este momento, Boyer atraido por las voces, apareció en la escalera de la casa.

—Que ruido es ese? preguntó.

—Mr. Boyer, es este hombre que quiere absolutamente entrar, aunque le he dicho que el señor vizconde no está en casa.

—Concluyamos, repuso el conde, dirigiéndose á Boyer, que se habia acercado; quiero ver á mi hijo.... si ha salido.... esperaré....

Ya lo hemos dicho, Boyer no ignoraba ni la existencia ni la misantropia del padre de su amo; bastante fisonomista ademas, no dudo un momento de la identidad del conde, lo saludó respetuosamente, y respondió:

—Si el señor conde tiene á bien seguirme, estoy á sus órdenes.....

—Andad ... dijo Mr. de Saint-Remy, que acompañó Boyer, con profundo aturdimiento del portero.

Siempre precedido del ayuda de cámara, el conde llegó al primer piso, y siguió á su guia, que, haciéndole atravesar el gabinete donde trabajaba Florestan de Saint-Remy (designarémos de aqui adelante al vizconde con el nombre de bautismo para distinguirlo de su padre), lo introdujo en un salon pequeño que comunicaba con esta pieza, situado precisamente encima del retrete del piso bajo.

—El señor vizconde ha tenido precision de salir esta mañana, dijo Boyer; si el señor conde quiere tomarse el trabajo de esperarle, no tardará en volver.

—Y se fué el ayuda de cámara.

Quedado solo, el conde miró á su alrededor con bastante indiferencia; pero de pronto hizo un movimiento repentino, su cara se animó, sus mejillas se enrojecieron, la cólera contrajo sus facciones.

Acababa de descubrir el retrato de su muger.... de la madre de Florestan de Saint-Remy.

Cruzó sus brazos sobre el pecho, bajó la cabeza como para librarse de aquella vision y se puso á dar paseos.

—"Esto es estraño! decia el conde, esta mu-"ger ha muerto; maté á su amante, y mi he-"rida está tan fresca, tan dolorosa como el pri-

"mer dia.... mi sed de venganza aun no está sa-
"ciada, mi feroz misantropia, aislandome casi ab-
"solutamente del mundo, me ha dejado cara á
"cara con el pensamiento de mi baldon..... si,
"porque la muerte del cómplice de aquella infa-
"me vengó mi ultrage!!! pero no lo ha borrado
"de mi memoria.

"Oh! lo conozco, lo que hace incurable mi odio,
"es pensar que por espacio de quince años fui
"engañado; que por espacio de quince años col-
"mé de estimacion, de respetos, á una misera-
"ble que me habia engañado indignamente,..que
"amé á su hijo.... el hijo de su crimen..... como
"si hubiese sido mio..... porque la aversion que
"me inspira ahora este Florestan me prueba bien
"que es el fruto del adulterio!

"Y sin embargo no tengo una certidumbre ab-
"soluta de su ilegitimidad; es posible en fin que
"sea hijo mio.... á veces esta duda me horroriza...

"Si con todo fuese mi hijo, entonces el aban-
"dono en que le he dejado, el despego que siem-
"pre le he manifestado, mi repugnancia á verlo
"serian imperdonables.... Pero, él es rico, jóven,
"afortunado.... para que le seria yo útil?.... si, pe-
"ro su cariño hubiera quizá endulzado las penas
"que me ha causado su madre!..»

Despues de un momento de profunda reflexion, el conde prosiguió, encogiéndose de hombros:

—"Todavia estas suposiciones insensatas....sin
"fin.... que reviven todas mis penas..... seamos
"hombre, y venzámos la estúpida y penosa com-
"mocion que esperimento al pensar que voy á vol-
"ver á ver al que, por espacio de diez años,
"amé con la mas loca idolatria, que amé,... como
"á hijo mio....á él....á él.... hijo de aquel hom-
"bre cuya sangre vi correr con tanto placer....

"y que me impidieron asistir á su agonía....á su "muerte.... Oh! no sabian lo que es haber sido "herido tan cruelmente como yo.... Y luego, pen- "sar que mi nombre, siempre respetado, honra- "do, debió ser tan á menudo pronunciado con "insolencia é irrision..... como se pronuncia el de "un marido chasqueado!.... Pensar que mi nom- "bre..... mi nombre de que tanto me he envane- "cido siempre, pertenece ahora al hijo del hom- "dre cuyo corazon hubiera yo querido arrancar... "Oh! no sé como no me vuelvo loco cuando pien- "so en esto.»

Y Mr. de Saint-Remy continuaba dando pa- seos con agitacion, abrió maquinalmente la mam- para que separaba el salon del gabinete donde tra- bajaba Florestan, y dió algunos pasos en esta úl- tima pieza.

Se habia quitado un momento de la vista cuan- do se abrió suavemente una puerta oculta en la tapicería, y Mad. de Lucenay, envuelta en un gran pañolon de cachemira verde, con un som- brero de terciopelo negro muy sencillo, entró en el salon que acababa de dejar por un momento.

Espliquemos la causa de esta aparicion ines- perada.

Florestan de Saint-Remy habia citado el dia an- tes á la duquesa para la mañana siguiente. Tenien- do esta, como lo hemos dicho, una llave de la puerta de la callejuela, habia, como de costum- bre, entrado por el invernáculo, contando con hallar á Florestan en el departamento del piso ba- jo; no encontrándole allí, creyó (como habia acon- tecido algunas veces) que el vizconde estaria ocu- pado escribiendo en su gabinete..... Una escalera secreta conducia desde el retrete al primer piso. Mad. de Lucenay subió sin temor, suponiendo

que Mr. de Saint-Remy habia, como siempre, mandado que no entrase nadie.

Por desgracia, una visita bastante terrible de Mr. Badinot, habiendo obligado á Florestan á salir precipitadamente, olvidó la cita de Mad. de Lucenay.

Esta, no viendo á nadie, iba á entrar en el gabinete, cuando se abrieron las cortinas de la mampara del salon, y la duquesa se halló de frente con el padre de Florestan.

No pudo contener un grito de espanto:

—Clotilde! esclamó el conde atónito.

Intimamente unido con el príncipe de Noirmont, padre de Mad. de Lucenay, Mr. de Saint-Remy la habia conocido desde niña, la habia en otro tiempo llamado asi familiarmente por su nombre de bautismo.

La duquesa quedó inmoble, contemplando con sorpresa á aquel viejo de barba blanca y mal vestido cuyas facciones sin embargo recordaba confusamente.

—Vos, Clotilde!... repitió el conde con un acento de reconvencion dolorosa, vos..... aquí,.... en casa de mi hijo!

Estas últimas palabras fijaron los recuerdos indecisos de Mad. de Lucenay; reconoció en fin al padre de Florestan y gritó:

—Mr. de Saint-Remy!

La posicion era tan clara y significativa, que la duquesa, cuyo carácter escéntrico y resuelto se sabe ya, desdeñó recurrir á una mentira para esplicar el motivo de su presencia en casa de Florestan; contando con el afecto enteramente paternal que el conde le habia en otro tiempo manifestado, le dió la mano, y le dijo con un tono á la vez gracioso, cordial y osado que no pertenecia mas que á ella:

—Vamos.... no me riñais.... sois mi amigo mas antiguo, acordaos que ahora veinte años me llamabais vuestra querida Clotilde....

—Si.... os llamaba de ese modo.... pero....

—Sé de antemano lo que vais á decirme; conoceis mi divisa. Lo que es, es..... lo que será, será.....

—Ah! Clotilde!....

—Ahorradme vuestras reconvenciones, dejadme antes hablaros de mi alegria al volveros á ver: vuestra presencia me recuerda tantas cosas; mi pobre padre.... en primer lugar, y luego quince años.... Ah! quince años, que bello es.

—Porque vuestro padre era mi amigo, es por lo que....

—Oh! sí, repuso la duquesa interrumpiendo á Mr. de Saint-Remy, os amaba tanto. Os acordais, os llamaba riéndose el *hombre de las cintas verdes*: vos le deciais siempre: Consentis á Clotilde.... tened cuidado, y os respondia abrazándome: Creo muy bien que la consiento y es preciso que me dé priesa y que la consienta mas, porque pronto el mundo me la llevará para mimarla á su vez.—Escelente padre, que amigo he perdido.... Una lágrima brilló en los ojos de Mad. de Lucenay; luego, dando la mano á Mr. de Saint-Remy, le dijo con voz conmovida: —Es verdad, soy afortunado, muy afortunado en volveros á ver; despertais memorias tan preciosas, tan caras á mi corazon....

El conde, aunque conociese desde largo tiempo este carácter original y resuelto, quedó confundido de la facilidad con que Clotilde aceptaba esta posicion tan delicada: encontrar en casa de su amante al padre de su amante.

—Si estais en Paris hace algun tiempo, pro-

siguió Mad. de Lucenay, habeis hecho mal en no haber ido á verme antes; hubiéramos hablado tanto de lo pasado.... porque sabeis que comienzo á llegar á la edad en que hay un estremado deleite en decir á los amigos antiguos:—Os acordais?

Mr. de Saint-Remy no pudo menos de decirle con severidad.

—En lugar de hablar de lo pasado, seria mas del caso hablar de lo presente..... mi hijo puede volver de un momento á otro, y....

—No, dijo Clotilde interrumpiéndole, tengo la llave del invernáculo, y se anuncia siempre su llegada con un campanillazo cuando entra por la puerta cochera; cuando se oiga me iré tan misteriosamente como he venido, y os dejaré disfrutar solo de la alegria de ver á Florestan. Que dulce sorpresa vais á causarle!.... despues de tan largo tiempo como hace que lo abandonasteis... Mirad, yo soy la que tengo que reconveniros.

—A mi? á mi?....

—Ciertamente.... Que guia, que apoyo ha tenido al entrar en el mundo? y para mil cosas positivas son indispensables los consejos de un padre.... Asi, francamente, habeis hecho muy mal en...

Aquí Mad. de Lucenay, cediendo á lo raro de su carácter, no pudo menos de interrumpirse riéndose como una loca, y decir al conde:

—Confesad que la posicion es al menos singular.... que es muy picante que sea yo la que os reprehenda.

—Es estraño, en efecto; pero yo no merezco ni vuestras reprehenciones ni vuestras alabanzas, vengo á casa de mi hijo..... pero no es por mi hijo....

—Que quereis decir?

---Debeis saber porque razones tengo horror al mundo y á Paris, dijo el conde con una espresion penosa y contenida.=Han sido precisas circunstancias muy importantes para obligarme á dejar á Angers, y sobre todo á venir aqui.... á esta casa.... He debido arrostrar mis repugnancias y recurrir á todas las personas que pueden ayudarme ó darme noticias respecto á indagaciones de un gran interés para mí.

---Oh! entonces, dijo Mad. de Lucenay con el celo mas afectuoso, os lo suplico, disponed de mí si puedo seros útil para alguna cosa. Se necesita introduccion? Mr. de Lucenay debe tener algun crédito, porque los dias que voy á comer á casa de mi tia de Montbrison, comen allí diputados; este inconveniente debe ser rescatado probablemente con algunas ventajas..... como quien dijese cierta influencia sobre las personas que tienen mucha en este tiempo. Os lo repito, si podemos serviros.... Hay ademas mi jóven primo el duquesito de Montbrison, que, siendo par, está relacionado con todos los pares jóvenes..... Podrá tambien alguna cosa! En este caso, os lo ofrezco.... En una palabra, disponed de mí y de los mios, sabeis si puedo tenerme por amiga valiente y afectuosa.

---Lo se.... y no rehuso vuestro apoyo.... aunque sin embargo.....

---Vamos, mi querido Alceste, somos personas de mundo, obremos pues como personas de mundo; estemos aqui ó en otra parte eso importa poco, supongo, al asunto que os interesa y que ahora me interesa en estremo, pues es vuestro. Hablemos de él, y muy á fondo.... lo exijo....

Diciendo esto, la duquesa se acercó á la chimenea, se apoyó en ella, puso cerca del fuego el mas lindo y pequeño pié del mundo, que estaba helado en aquel momento.

Con un tacto perfecto, Mad. de Lucenay se aprovechaba de la ocasion de no hablar mas del vizconde, y de entretener á Mr. de Saint-Remy de un asunto á que este último daba mucha importancia.....

La conducta de Clotilde hubiera sido diferente en presencia de la madre de Florestan; con placer, con envanecimiento hubiera largamente confesado cuan querido le era.

.....

A pesar de su rigorismo y de su aspereza, Mr. de Saint-Remy sufrió la influencia de la gracia desusada y cordial de aquella muger que habia visto y amado cuando niña, y olvidó casi que hablaba á la querida de su hijo.

Cómo, ademas, resistir el contagio del ejemplo cuando el héroe de una posicion sumamente embarazosa no parece sospechar ó ver sospechar lo dificultoso de las circunstancias en que se halla?

---Ignorais quizá, Clotilde, dijo el conde, que hace mucho tiempo vivo en Angers?

---No lo sabia.

---A pesar de la especie de aislamiento que buscaba, escogí aquella ciudad, porque vivia en ella un pariente mio, Mr. de Fermont, que, cuando la horrorosa desgracia que me aconteció, se condujo conmigo como un hermano.... despues de haberme acompañado á todas las ciudades de Europa donde esperaba encontrar..... un hombre que queria matar, me sirvió de testigo en un duelo...

---Si, un duelo terrible, mi padre me lo dijo todo en otro tiempo, repuso tristemente Mad. de Lucenay; pero por fortuna Florestan ignora ese duelo.... y tambien la causa que lo motivó...

---He querido dejarle respetar á su madre, respondió el conde; y, ahogando un suspiro, continuó:

---Al cabo de algunos años, Mr. de Fermont murió en Angers en mis brazos, dejando una hija y una muger que, á pesar de mi misantropía, habia sido obligado á amar, porque no habia nada en el mundo mas puro, mas noble que aquellas dos escelentes criaturas. Vivia yo solo en un arrabal separado de la ciudad; pero cuando los accesos de mi negra tristeza me dejaban algun descanso, iba á casa de Mad. de Fermont á hablar con ella y con su hija de aquel que habiamos perdido.... Como cuando vivia, iba á templarme, calmarme en aquella dulce intimidad en que habia en adelante concentrado todos mis afectos. El hermano de Mad. de Fermont habitaba en Paris; se encargó de todos los asuntos de su hermana despues de la muerte de su marido, y colocó en casa de un escribano unos cien mil escudos que componian todo el caudal de la viuda. Al cabo de algun tiempo, una nueva y horrible desgracia aconteció á Mad. de Fermont; su hermano, Mr. de Renneville, se suicidó, habrá unos ocho meses. La consolé lo mejor que pude. Calmado su primer dolor, partió para Paris, á fin de arreglar sus negocios. Al cabo de algun tiempo, supe que se vendia por órden suya el modesto ajuar de la casa que vivia en Angers, y que esta suma se habia empleado en pagar algunas deudas contraidas por Mad. de Fermont.... Inquieto, me informé y supe vagamente que aquella desgraciada muger y su hija se hallaban apuradas, víctimas sin duda de una bancarota.... Si Mad. de Fermont podia, en semejante estremo, contar con alguien era conmigo..... sin embargo, no recibí de ella noticia ninguna.... Perdiendo esta intimidad tan dulce reconocí todo su valor. No podeis figuraros mis penas, mis inquietudes despues de la partida de Mad.

de Fermont y de su hija.... Su padre y su marido habian sido para mí hermanos..... me faltaba pues absolutamente saber porque en su ruina no se dirigian á mí, por pobre que fuese; partí para venir aquí, dejando en Angers una persona que, si por casualidad llegaba á saber alguna cosa, debia instruírme de ella.

---Y bien?

---Ayer recibí una carta de Anjou....no se sabia nada.... Conforme llegué á Paris empecé mis pesquisas... fuí desde luego al antiguo domicilio del hermano de Mad. de Fermont.... Allí me dijeron que esta vivia en el malecon del canal de San Martin.

---Y esas señas?....

---Habian sido las suyas, pero se ignoraba su nuevo alojamiento.... Por desgracia, hasta el presente, mis investigaciones han sido inútiles....despues de mil vanas tentativas, antes de desesperar del todo, me decidí á venir aquí; quizá Mad. de Fermont, que, por un motivo inesplicable, no me ha pedido ni ayuda ni apoyo, habrá recurrido á mi hijo como al hijo del mejor amigo de su marido..... Sin duda esta última esperanza es muy poco fundada.... pero no quiero omitir nada á fin de hallar á esa pobre muger y á su hija.

Despues de algunos minutos, Mad. de Lucenay escuchaba al conde con doble atencion; de repente dijo:

—En verdad, seria muy singular que se tratase de las mismas personas.....por quienes se interesa Mad. de Harville....

—Que personas? preguntó el conde.

—La viuda de que hablais es todavia jóven, no es así? su figura es muy noble?

—Sin duda.....pero como sabeis....

—Su hija, bella como un ángel, tiene á lo mas diez y seis años?

—Sí.....sí....

—Y se llama Clara?

—Oh! por favor! decid....donde están?

—Ay! lo ignoro....

—Lo ignorais?

—Lo que ha sucedido es lo siguiente: Una señora de mi sociedad, Mad. de Harville, vino á mi casa á preguntarme si conocia una señora viuda, cuya hija se llamaba Clara, y cuyo hermano se habia suicidado; Mad. de Harville se dirigia á mi, porque habia visto estas palabras *Escribir á Mad. de Lucenay* trazadas al pié de un borrador de carta que aquella infeliz escribia á una persona desconocida, cuyo apoyo reclamaba.

—Queria escribiros.....á vos....y por qué?

—Lo ignoro...no la conozco....

—Pero ella os conocia! esclamó Mr. de Saint-Remy, inspirado de una idea repentina.

—Qué decis?

—Cien veces me habia oido hablar de vuestro padre, de vos, de vuestro generoso y escelente corazon....en su infortunio, habrá pensado en recurrir á vos.....

—En efecto, esto puede esplicarse asi....

—Y Mad. de Harville...como tuvo ese borrador de carta en su poder?

—Lo ignoro, todo lo que sé, es que, sin saber aun donde estaban refugiadas la pobre madre y la hija, andaba, segun creo, en su busca.....

—Entonces cuento con vos, Clotilde, para presentarme á Mad. de Harville; es menester que la vea hoy....

—Imposible!... Su marido acaba de ser víctima de un espantoso accidente; un arma que creia es-

taba descargada se disparó en sus manos, y quedó muerto del tiro.

—Ah! eso es horrible....

—La marquesa partió al instante para ir á pasar el primer tiempo de su luto en casa de su padre, en Normandia.....

—Clotilde...os lo pido encarecidamente, escribidle hoy, pedidle las noticias que tenga ya, pues se interesa por esas pobres mugeres, decidle que no habrá un auxiliar mas poderoso que yo; mi único deseo es encontrar á la viuda de mi amigo y partir con ella y con su hija lo poco que poseo: Ahora esa es mi sola familia.

—Siempre el mismo, siempre generoso y rendido, contad conmigo, escribiré hoy mismo á Mad. de Harville. Donde he de dirigir mi respuesta?

—A Asnieres.

—Que estravagancia, porque alojaros allí y no en Paris.

—Abomino á Paris, á causa de las memorias que me recuerda, dijo Mr. de Saint-Remy con aire triste; mi antiguo médico, el doctor Griffon, con quien he estado en correspondencia, posee una casita de campo á la orilla del Sena, junto á Asnieres; no la habita en el invierno, me la propuso; era casi un arrabal de Paris, podia, despues de entregarme á mis investigaciones, hallar allí el aislamiento que me agrada....acepté.

—Os escribiré pues á Asnieres; puedo ademas daros ya una noticia que podrá serviros quizá... y que la debo á Mad. de Harville...La ruina de Mad. de Fermont ha sido causada por una picardia del escribano en cuya casa estaba colocado todo el caudal de vuestra parienta....El escribano negó el depósito.

—Pícaro!....Y se llama?

—Mr. Santiago Ferrand, dijo la duquesa, sin poder disimular la gana de reir.

—Que rara sois, Clotilde! Todo lo que se está tratando aqui es serio y triste, y os reis! dijo el conde sorprendido y descontento.

En efecto Mad. de Lucenay, al acordarse de la declaracion amorosa del escribano, no habia podido reprimir un impulso de risa.

—Perdonad, amigo, repuso esta; ese escribano es un hombre muy singular...y se cuentan de él cosas muy ridículas...Pero con seriedad, si su reputacion de hombre honrado no es mas merecida que su reputacion de santo... (y yo declaro está usurpada) es un gran pícaro!

—Y vive.

—Calle de Sentier.

—Le visitaré....Lo que me decis coincide mucho con ciertas sospechas...

—Que sospechas?

—Segun muchas noticias adquiridas acerca de la muerte del hermano de mi pobre amiga, casi estoy dispuesto á creer que aquel infeliz, en vez de suicidarse.... fué víctima de un asesinato.

—Gran Dios! y que os haria suponer?....

—Muchas razones que seria largo de contar; os dejo....No olvideis las ofertas que me habeis hecho en vuestro nombre y en el de Mr. de Lucenay....

—Que os vais...sin ver á Florestan?

—Esta entrevista me seria muy penosa, debeis comprenderlo....La arrostraba con la sola esperanza de encontrar algunas noticias acerca de Mad. de Fermont, queriendo no haber omitido nada para hallarla; ahora, adios...

—Ah! sois cruel!

—No sabeis?...

—Sí, que vuestro hijo nunca ha necesitado mas de vuestros consejos....

—Que? No es rico, feliz?....

—Sí, pero no conoce los hombres. Ciegamente pródigo, porque es confiado y generoso, es en todo, por todo y siempre muy gran señor, temo que se abuse de su bondad. Si supieseis cuanta nobleza hay en su corazon!....Nunca me he atrevido á reprehenderle acerca de sus gastos y de su desorden, primero porque soy á lo menos tan loca como él, y segundo....por otras razones; pero vos, por el contrario, podriais.....

Mad. de Lucenay no acabó.

De repente se oyó la voz de Florestan de Saint-Remy.

Entró precipitadamente en el gabinete inmediato al salon; despues de haber bruscamente cerrado la puerta, dijo con voz alterada á alguno que le acompañaba:

—Pero eso es imposible!....

—Os repito, respondió la voz clara y penetrante de Mr. Badinot, os repito que, sin eso, antes de las cuatro sereis arrestado....Porque sino tiene el dinero de aquí á poco, nuestro hombre va á presentar su demanda al procurador del rey, y sabeis lo que merece una FALSIFICACION como esa: presidio, mi pobre vizconde!.....

Es imposible pintar la mirada que se echaron Mad. de Lucenay y el padre de Florestan cuando oyeron estas terribles palabras.

CAPITULO IX.

La conversacion.

Al oir las palabras terribles dirigidas á su hijo por Mr. Badinot *Para vos.... presidio!* el conde se puso cárdeno; se apoyó en el respaldo de un sillon, porque sus rodillas flaquearon.

Su nombre venerable y respetado...su nombre deshonrado por un hombre á quien él acusaba de ser fruto de un adulterio!

Pasado este primer descaecimiento, las facciones airadas del anciano y gesto amenazante que hizo dirigiéndose hácia el gabinete, revelaron una resolucion tan espantosa, que Mad. de Lucenay lo cogió por la mano y le dijo en voz baja, con el acento de la mas profunda conviccion:

---Está inocente.....os lo juro!....Escuchad en silencio.....

El conde se detuvo.

Queria creer lo que le decia la duquesa.

Esta estaba en efecto persuadida de la honradez de Florestan.

Para obtener nuevos sacrificios de esta muger tan ciegamente generosa, sacrificios que habian podido solo ponerlo al abrigo de un arresto, y de

las persecuciones de Santiago Ferrand, el vizconde habia afirmado á Mad. de Lucenay, que, burlado por un pícaro de quien habia recibido en pago una letra falsa arriesgaba ser tenido por cómplice del falsificador, por haber puesto en circulacion la letra.

Mad. de Lucenay sabia que el vizconde era imprudente, pródigo, desordenado; pero nunca lo hubiera supuesto capaz, no de una bajeza ó de una infamia, sino solamente de la mas leve falta de delicadeza.

Prestándole por dos veces sumas considerables, en circunstancias muy difíciles, habia querido prestarle un servicio de *amigo*, no aceptando el vizconde nunca estos adelantos sino con la espresa condicion de reembolsarselos; porque le debian, decia él, mas del doble de aquellas cantidades.

Su lujo aparente permitia creerlo. Por otra parte Mad. de Lucenay, cediendo al impulso de su bondad natural, no habia pensado mas que en ser útil á Florestan, y de ninguna manera en asegurarse de si podria pagarle. Respondiendo del honor de Florestan y suplicando al anciano conde que escuchase la conversacion de su hijo, la duquesa pensaba que se iba á tratar del abuso de confianza de que el vizconde queria pasar por víctima, y que seria declarado completamente inocente á los ojos de su padre.

---Os lo repito, repuso Florestan con voz alterada, ese Petit-Jean es un infame; me aseguró no tener mas letras que las que recogí ayer y hace tres dias.... Creia esta en circulacion y no era pagable hasta los otros tres meses, en Londres, en casa de Adams y compañia.

---Si, si, dijo la voz clara y mordaz de Badinot, sé, mi querido vizconde, que habeis combi-

nado hábilmente vuestro negocio; vuestras falsificaciones no debian descubrirse hasta que estuvieseis ya léjos....Pero habeis querido coger en la trampa á uno mas fino que vos.

---Hola! es ahora tiempo de decirme eso, infeliz....esclamó Florestan lleno de furia, no sois vos quien me ha puesto en relaciones con el que me ha negociado esas letras?

---Vamos, mi querido aristócrata, respondió con frialdad Badinot, calma!.....Vos falsificais habilmente las firmas de comercio; eso á la última perfeccion, pero no es una razon para tratar á vuestros amigos con una familiaridad incómoda. Si os enfadais mas....os dejo, arreglaos como quisiereis...

---Ah! creeis que se pueda conservar sangre fria en semejante posicion?...Si lo que me decis es verdad, si la demanda debe presentarse hoy en el juzgado del procurador del rey, estoy perdido...

---Eso es justamente lo que os digo, á menos que,.....recurrais á vuestra hechicera Providencia de ojos azules...

---Eso es imposible.

---Entonces, conformaos. Es una lástima, era la última letra....y por tristes 25.000 francos.... ir á tomar los aires del mediodia á Tolon.... es torpe, es absurdo, es bestial! Como un hombre hábil como vos puede dejarse estrechar asi?

—Por Dios, que he de hacer? que he de hacer?.... nada de lo que hay aquí me pertenece, no tengo veinte luises mios....

—Vuestros amigos?

—Ah! debo á todos los que podrian prestarme; me creeis tan tonto que hubiera esperado á hoy para dirigirme á ellos?

—En verdad, perdonadme...vaya, hablemos tranquilamente, es el mejor modo de llegar á una

solucion razonable. Ahora mismo quería esplicaros como os habiais atrevido á uno mas fino que vos....No me habeis escuchado.

—Vamos, hablad si eso puede ser bueno para cualquier cosa.

—Recapitulemos: me dijisteis hace dos meses: „Tengo por valor de 113,000 francos en letras sobre diferentes casas de banco á plazos largos...mi querido Badinot, buscad medio de negociarmelas..,

—Y bien!...despues?....,

—Esperad ..os dije que queria ver esos valores.... Un cierto no sé que me dijo que las letras eran falsas, aunque perfectamente imitadas. No sospechaba en vos, en verdad, un talento caligráfico tan avanzado; pero ocupándome del cuidado de vuestros bienes desde que no los teneis, sabia que estabais arruinado completamente. Yo hice otorgar el instrumento por el que vuestros caballos, vuestros coches, el ajuar de esta casa pertenecia á Boyer y á Eduardo...no era pues una indiscrecion en mí admirarme de veros poseedor de valores de comercio tan considerables, eh?

—Dejad á un lado vuestras admiraciones y vamos al caso.

—En él estoy...Tengo bastante esperiencia ó timidez...para procurar no mezclarme directamente en negocios de esta especie; os dirigí pues á un tercero que, no menos perspicaz, sospechó la mala pasada que queriais jugarle.

—Eso es imposible, no hubiera descontado esos valores si los hubiera creido falsos.

—Cuanto dinero os dió al contado por vuestros 113,000 francos?

—Veinte y cinco mil al contado y el resto en créditos por cobrar.

—Y que habeis cogido de esos créditos?..

---Nada; vos lo sabeis; eran ilusorios... pero él aventuraba siempre 25,000 francos.

—Que niño sois, mi querido vizconde! Teniendo que recibir de vos mi comision de 100 luises, si se hacia el negocio, me guardé muy bien de decir á esa tercera persona el estado real de vuestros asuntos....os creia todavía bastante rico, y sabia principalmente que érais adorado por una gran señora muy rica que no os dejaria en apuro; estaba pues casi seguro de cobrar sus fondos, por transacion; arriesgaba sin duda perder; pero arriesgaba tambien ganar mucho, y su cálculo era bueno; porque el otro dia, le disteis bellamente 100.000 francos para retirar la letra falsa de 58.000, y ayer 30.000 por la segunda... en cuanto á esto está contento, es verdad, con el reembolso íntegro. Como habeis buscado esos 30.000 francos de ayer? Lléveme el diablo si lo sé! porque sois un hombre único....Veis que á fin de cuenta si Petit-Jean os obliga á pagar la última letra de 25.000 francos, recibirá de vos 155.000 por los 25.000 que os adelantó: luego tenia yo razon en decir que habiais dado con uno mas fino que vos.

—Pero por qué me dijo que esta última letra, que me presenta hoy, estaba negociada?

—Para no asustaros; os dijo tambien que escepto la de 58.000 francos, las demas estaban en circulacion; pagada ya la primera, vino ayer la segunda y hoy la tercera.

—Ruin!

—Hablemos con sangre fria: esto es prueba que Petit-Jean (y entre nosotros no me admiraré de que, á pesar de su fama de santo, Santiago Ferrant estuviese á mitad en las especulaciones), esto os prueba, digo, que Petit-Jean, engolosinado

con vuestros primeros pagos, especula sobre esta última letra, como ha especulado con las otras, bien cierto que *vuestros amigos* no os dejarán llevar ante el tribunal....A vos os toca ver si estas amistades están esplotadas, aprensadas hasta el estremo, y si quedan todavía algunas gotas de oro que esprimir; porque si de aquí á tres horas no teneis los 25.000 francos, mi noble vizconde, sereis encerrado.

—Siempre me estais repitiendo eso...

—A fuerza de oirme consentireis quizá en buscar un medio de sacar la última pluma del ala de esa generosa duquesa...

---Os repito que no se debe pensar en ello... En tres horas hallar todavía 25.000 francos, despues de los sacrificios que ha hecho ya, seria una locura esperar

---Por complaceros, mortal afortunado, se intenta lo imposible.

---Ah! ya he intentado lo imposible...,pedir prestado 100.000 francos á su marido, y conseguirlo, es un fenómeno que no se reproduce dos veces. Veamos, mi querido Badinot, hasta ahora no os podeis quejar de mí....siempre he sido generoso,... procurad obtener alguna próroga de ese miserable Petit-Jean,....Lo saheis, siempre encuentro medio de recompensar al que me sirve; una vez concluido este asunto, tomo un nuevo método...estareis contento de mí.

—Petit-Jean es tan inflexible como vos poco razonable.

—Yo!

—Procurad interesar otra vez á vuestra generosa amiga en vuestra *funesta suerte*.....Que demonio! decidle claramente lo que hay: no, como antes, que érais juguete de falsarios, sino que vos mismo lo sois.

—Nunca le haré semejante declaracion, seria una vergüenza sin ventaja.

—Quereis mejor que sepa mañana la cosa por la *Gaceta de los tribunales*?

—Tengo tres horas, puedo huir.

—Y donde ireis sin dinero? por el contrario; recogida esta última letra falsa, os hallareis en una posicion soberbia, no tendreis mas que las deudas. Veamos, prometedme hablar otra vez á la duquesa. Sois tan corrido, sabreis haceros interesante, no obstante, vuestros errores; á mal andar se os estimará quizá un poco menos ó nada, pero se os sacará del apuro. Vamos, prometedme ver á vuestra bella amiga; corro á casa de Petit-Jean, me prometo obtener una hora ó dos de próroga....

—Que infierno! es preciso beber el caliz hasta las heces,....

—Vamos, buena suerte, sed tierno, apasionado, encantador, corro á casa de Petit-Jean, allí me hallareis hasta las tres...mas tarde no será ya tiempo...el juzgado del procurador del rey está abierto hasta las cuatro.....

Y se fué Mr. Badinot.

Así que estubo cerrada la puerta, se oyó á Florestan gritar con una profunda desesperacion:

—Dios mio!...Dios mio!...Dios mio!...

Durante esta conversacion, que descubrió al conde la infamia de su hijo y á Mad. de Lucenay la vileza del hombre á quien habia amado ciegamente, los dos quedaron inmobles, respirando apenas, con esta espantosa revelacion.

Seria imposible espresar la elocuencia muda de la escena dolorosa que pasó entre esta jóven y el conde, cuando no hubo ya duda posible acerca del

crímen de Florestan. Estendiendo el brazo hácia la pieza donde se hallaba su hijo, el anciano se sonrió con una ironía amarga, lanzó una mirada destructora sobre Mad. de Lucenay, y pareció decirle:

—He aquí por el que habeis arrostrado todas especies de afrentas, consumado todos los sacrificios! he aquí el que me échabais en cara haber abandonado!...

La duquesa comprendió la reconvencion: por un momento inclinó la cabeza bajo el peso de su vergüenza.

La leccion era terrible.....

Pero, poco á poco, á la ansiedad cruel que habia contraido las facciones de Mad. de Lucenay sucedió una especie de indignacion altiva. Las faltas inescusables de esta muger estaban al menos paliadas por la buena fé de su amor, por la osadia de su sacrificio, por la franqueza de su carácter y por su inexorable aversion á todo lo que era bajo ó ruin.

Demasiado jóven todavia, muy hermosa, muy delicada, para sentir humillacion por haber sido *esplotada*; desvanecido una vez súbitamente en ella el prestigio del amor, esta muger altiva y decidida no sintió ni odio ni cólera; en un instante, sin transicion ninguna, una aversion mortal, un desprecio helado, mató su inclinacion hasta entonces tan viva; no fué una querida indignamente engañada por su amante, fué una señora de clase superior que descubre que un hombre de su sociedad era un petardista y un falsario, y lo echa de su casa.

A haber algunas circunstancias que hubiesen podido atenuar la ignominia de Florestan, Mad. de Lucenay no las hubiera admitido; segun ella, el

hombre que traspasaba ciertos límites del honor, sea por vicio, por seduccion y por flaqueza, *no existia ya á sus ojos*; siendo para ella la probidad una cuestion de ser ó de no ser.

El solo resentimiento doloroso que esperimentó la duquesa fué por el efecto terrible que esta relacion inesperada produjo en el conde, antiguo amigo suyo.

Durante algunos momentos parecia no ver, no oir; sus ojos estaban fijos, su cabeza baja, sus brazos caidos, su palidez cárdena; de cuando en cuando un suspiro convulsivo levantaba su pecho.

En un hombre tan resuelto como enérgico semejante abatimiento era mas espantoso que los raptos de cólera.

Mad. de Lucenay lo miraba con inquietud.

—Valor, amigo mio le dijo en voz baja—En cuanto á vos....en cuanto á mi.....sé lo que me queda que hacer.....

El anciano la miró atentamente; luego, como si hubiese sido sacado de su estupor por una conmocion violenta, alzó la cabeza, sus facciones se pusieron amenazantes, y, olvidando que su hijo podia oirle, gritó:

—Y yo tambien, en cuanto á vos, en cuanto á mí, en cuanto á ese hombre, sé lo que me resta que hacer.....

—Quien está ahí? preguntó Florestan sorprendido.

Mad. de Lucenay, temiendo hallarse con el vizconde, se fué por la puertecita, y bajó por la escalera secreta.

Florestan, habiendo vuelto á preguntar quien estaba allí, y no recibiendo respuesta, entró en el salon.—Se encontró solo con el conde.

La barba larga del anciano lo desfiguraba mu-

cho, estaba vestido tan pobremente, que su hijo, que no lo habia visto hacia muchos años, no conociendolo en un principio se fué hácia él con aire de amenaza.

—Que haceis aqui?...Quien sois?

—Soy el marido de esta muger! respondio el conde señalando al retrato de Mad. de Saint-Remy,

—Mi padre! gritó Florestan retrocediendo con espanto, y recordó las facciones del conde, olvidadas hacia mucho tiempo.

En pié, formidable, con la cara purpúrea de cólera, los canos cabellos echados atras, sus brazos cruzados sobre el pecho, el conde dominaba, destruia á su hijo, que, bajada la cabeza, no se atrevia á alzar los ojos á él.

Sin embargo Mr. de Saint-Remy hizo un violento esfuerzo para estar sosegado y para disimular sus terribles resentimientos.

—Padre mio! repuso con voz alterada, estabais aqui?.....

—Estaba aqui.....

—Habeis escuchado?

—Todo.....

—Ah! esclamó dolorosamente el vizconde tapandose la cara con las manos.

Hubo un momento de silencio.

Florestan en un principio tan atónito como desazonado por la aparicion inesperada de su padre, pensó, como hombre de recursos, en el partido que podia sacar de este incidente.

—No está perdido todo, dijo para si. La presencia de mi padre es un golpe de la suerte. Lo sabe todo, no querrá deshonrar su nombre; no es rico, pero debe poseer mas de 25.000 francos. Jueguemos fuerte....maña, atractivo, agitacion.... dejo descansar á la duquesa, y me salvo!

Despues, dando á sus graciosas facciones una espresion de abatimiento dóloroso, humedeciendo sus miradas con lágrimas de arrepentimiento, tomando la voz mas vibrante, el acento mas patético, esclamó juntando las manos con ademan de desesperacion:

—Ah! padre mio..... soy muy desgraciado..... despues de tantos años..... volveros á ver..... y en semejante momento!..... debo pareceros tan culpable! Pero dignaos escucharme, os lo suplico, permitidme, no que me justifique, sino que os esplique mi conducta..... Lo quereis, padre mio?.....

Mr. de Saint-Remy no respondió una palabra; sus facciones quedaron impasibles; se sentó en un sillon, donde se echó de codos, y allí, con la barba apoyada en la palma de su mano, contempló al vizconde en silencio.

Si Florestan hubiese conocido los motivos de odio, de furor y de venganza que ocupaban el alma de su padre, espantado de la calma aparente del conde, no hubiera sin duda procurado engañarlo como á un simple.

Pero ignorando las funestas sospechas que tenia acerca de la legitimidad de su nacimiento, é ignorando tambien la culpa de su madre, Florestan no dudó del buen éxito de su fullería, creyendo no tener mas que enternecer á un padre, que, á la vez muy misantropo, y muy envanecido de su nombre, seria capaz, antes que dejarlo deshonrar, de decidirse á los últimos sacrificios.

—Padre, dijo timidamente Florestan, me permitis que procure, no disculparme, sino deciros, de resultas de que seducciones involuntarias....he llegado casi á pesar mio, hasta á acciones.....infames.....lo confieso.....

El vizconde tomó el silencio de su padre por un consentimiento tácito y continuó:

—Cuando tuve la desgracia de perder á mi madre.....mi pobre madre que tanto me amaba.... no tenia veinte años...Me encontré solo...sin consejo...sin apoyo.....dueño de un caudal considerable....habituado al lujo desde mi infancia..... me habia hecho de él una costumbre.....una necesidad....Ignorando cuan difícil era ganar el dinero, le prodigaba sin medida....Desgraciadamente.....y digo desgraciadamente porque este me ha perdido, mis gastos, aunque fatuos, fueron notables por su elegancia.....A fuerza de gusto, eclipsaba á personas diez veces mas ricas que yo....Este primer suceso me infatuó; llegué á ser hombre de lujo como se llega á ser militar, hombre de estado; si, amaba el lujo, no por una ostentacion bulgar, sino como el pintor ama la pintura, como el poeta ama la poesia; como todo artista, era celoso de mi obra...y mi obra era mi lujo. Lo sacrificaba todo á su perfeccion. Lo quise bello, grande, completo, esplendidamente armonioso en todas cosas....desde mi caballeriza hasta mi mesa; desde mi vestido hasta mi casa..... Quise que mi vida fuese como una leccion de gusto y de elegancia. Como un artista en fin, era al mismo tiempo codicioso de los aplausos de la muchedumbre y de la adoracion de las personas escogidas; este suceso tan raro, lo obtuve....

Al hablar asi, las facciones de Florestan perdian poco á poco su espresion hipócrita, sus ojos brillaban con una especie de entusiasmo, decia la verdad; habia sido en un principio seducido por su manera muy poco comun de comprender el lujo.

El vizconde examinó con una mirada la fi-

sonomía de su padre, le pareció que se serenaba un poco.

Repuso con una exaltacion creciente:

—Oráculo y regulador de la moda, mi reprobacion ó mi alabanza hacía ley; era citado, copiado, enzalzado, admirado, y esto por las mejores tertulias de Paris, es decir de Europa, del mundo....Las mugeres participaron de la infatuacion general, las mas lindas se disputaban el placer de venir á algunas fiestas muy reducidas que yo daba, y en todas partes y siempre se arrobaban con la elegancia incomparable, con el gusto esquisito de estas fiestas....que los millonarios no podian igualar, ni eclipsar; en fin fuí lo que se llama *el Rey da la moda*....Esta palabra os lo dirá todo, padre mio, si lo comprendeis.

—Lo comprendo...y estoy seguro de que en presidio inventariais alguna elegancia refinada en la manera de llevar vuestra cadena...eso llegaría á estar de moda entre la chusma y se llamaría..... *á la Saint-Remy*, dijo el anciano con una cruel ironía.....luego añadió:—Saint Remy..... ese es MI NOMBRE!...

Se calló, y continuó echado de codos, con la barba sobre la palma de la mano.

Fué preciso á Florestan mucho imperio sobre sí mismo para ocultar la herida que le hizo este sarcasmo acerado.

Repuso con un tono mas humilde:

---Ay! padre mio, no es por orgullo por lo que evoco las memorias de estos sucesos....porque, os lo repito, estos sucesos me han perdido... Solicitado, envidiado, adulado, lisonjeado, no por parasitos interesados, sino por personas cuya posicion era superior en mucho á la mia, sobre las cuales tenia solamente la ventaja que da la ele-

gancia....que es respecto al lujo lo que el gusto respecto á las artes.....me se trastornó la cabeza. No calculé ya, mi caudal debia quedar disipado en algunos años, me importaba poco ¿Podia yo renunciar á esta vida febril, deslumbrante, en la cual los placeres sucedian á los placeres. los goces á los goces, las fiestas á las fiestas, los alborozos de todas especies á los encantos de todas clases?....Oh! si supieseis, padre, lo que es ser señalado en todas partes como el héroe del dia... oir el mormullo que acoge vuestra entrada en un salon.....oir á las mugeres decirse: El es!.... ahi está! ..Oh! si supieseis....

---Sé...dijo el anciano interrumpiendo á su hijo y sin cambiar de actitud, sé...si, el otro dia, en una plaza pública, habia mucha gente: de pronto se oyó un mormullo....igual á ese que os acoge cuando entrais en alguna parte, luego las miradas de las mugeres se fijaron sobre un bello jóven...como se fijan sobre vos... y se lo mostraban unas á otras, diciendose: El es!....ahi está!.. lo mismo que si se hubiera tratado de vos....

---Pero ese hombre, padre mio?....

---Era un falsario que ponian en la argolla.

---Ah! gritó Florestan con una rabia concentrada; luego, fingiendo una afeccion profunda, añadió:---Padre, no teneis piedad....no trato de negar mis faltas....quiero solo esplicaros el atractivo fatal que las ha causado. Y bien, si, aunque me abrumeis con sarcasmos crueles, procuraré llegar hasta el fin de esta confesion, trataré de haceros comprender la exaltacion febril que me ha perdido, porque entonces quizá me compadecereis....Sí, porque se tiene compasion de un loco...y yo estaba loco....Me deslumbraba el relumbrante torbellino que arrastraba las mugeres mas

hechiceras, los hombres mas amables. Contenerme? lo podia? Decid al poeta que se aniquila, y que el genio le devora la salud: Conteneos en medio de la inspiracion que os arrebata....no, no podia....abdicar la soberania que egercia, y volver avergonzado, arruinado, burlado á la plebe desconocida; dar este triunfo á mis émulos que hasta entonces habia desafiado, dominado, destruido....no, no, no podia...voluntariamente, al menos. Llegó el dia fatal en que por primera vez me faltó dinero. Me sorprendí como si este momento no hubiese debido llegar nunca. No obstante, tenia aun mis caballos, mis coches, los muebles de esta casa....Pagadas mis deudas, me hubieran quedado 60.000 francos....quizá....Que hubiera hecho con esta miseria? Entonces, padre, dí el primer paso en un infame camino...Era todavia honrado...no habia gastado mas que lo mio; pero entonces comencé á contraer deudas que no podia pagar..... Vendí todo lo que poseia á dos criados, á fin de desempeñarme con ellos, y poder, durante seis meses aun, á pesar de mis acreedores, disfrutar de aquel lujo que me embriagaba.....Para subvenir á mis necesidades de juego y de gastos necios, tomé prestado primeramente á usureros; luego, para pagar á los usureros, á mis amigos, y para pagar á mis amigos, á mis queridas. Agotados estos recursos, hubo un nuevo tiempo de parada en mi vida...de hombre honrado vine á ser caballero de industria....pero no era aun criminal....Sin embargo titubeaba.... quise tomar una resolucion violenta.....Habia probado en muchos duelos que no temia la muerte... quise matarme!....

—Ah!....de veras? dijo el conde con una ironia feroz.

—No me creeis, padre mio?

—Eso era muy temprano ó muy tarde! añadió el anciano siempre impasible y en la misma actitud.

Florestan, pensando haber conmovido á su padre hablándole de su proyecto de suicidio, creyó necesario levantar la escena con un golpe de teatro.

Abrió una gabeta, tomó un frasco de cristal verdoso, y dijo al conde poniendolo sobre la chimenea:

—Un herbolario italiano me vendió este veneno.

—Y....era para vos.... ese veneno? dijo el anciano siempre en la misma postura.

Florestan comprendió el alcance de las palabras de su padre.

Sus facciones espresaron esta vez una indignacion efectiva, porque decia la verdad.....

Un dia, habia tenido el capricho de matarse, capricho efimero: las personas de su calaña son demasiado cobardes para resolverse friamente y sin testigos á la muerte que arrostran por punto de honor en un duelo.

Esclamó pues con el acento de la verdad:.

—He caido muy bajo, pero al menos no hasta ahí, padre! Para mi es para quien reservaba este veneno!

—Y tubisteis miedo, dijo el conde sin cambiar de posicion.

—Lo confieso, retrocedí ante este estremo horrible; aun no estaba desesperado; las personas á quienes debia eran ricas y podian esperarme..... En mi edad, con mis relaciones, esperaba si no rehacer mi caudal, al menos asegurarme una posicion honrosa, independiente, que hubiese equivalido....Muchos amigos mios, quizá menos dotados que yo, habian hecho una carrera rápida en la diplomacia. Tube una velcidad de ambicion... No me fué preciso mas que querer, y fui agregado á la legacion de Gerolstein.....Por desgra-

cia, algunos dias despues de este nombramiento, una deuda de juego contraida con un hombre á quien aborrecia me puso en un apuro cruel..... Habia agotado mis últimos recursos.....Me ocurrió una idea fatal. Creyéndome cierto de la impunidad, cometí una accion infame.....Lo veis, padre....no os he ocultado nada....confieso la infamia de mi conducta, no procuro atenuarla....Me quedan dos partidos que tomar....el primero es matarme.....y dejar vuestro nombre deshonrado, porque si no pago hoy mismo 25.000 francos, se presenta la querella, se da el escándalo, y, muerto ó vivo, quedo tachado. El segundo medio es echarme en vuestros brazos, padre mio....deciros: salvad á vuestro hijo, salvad vuestro nombre de la infamia.....y os juro partir mañana para Africa, alistarme de soldado y hacerme matar ó volver un dia briosamente rehabilitado..... Esto que os digo, padre, ved que es la verdad...A la vista del estremo que me oprime, no tengo otro partido....Decidid...ó moriré cubierto de afrenta, ó, gracias á vos...viviré para reparar mi falta... Estas no son amenazas y palabras de jóven, padre mio.....Tengo veinte y cinco años, llevo vuestro nombre, tengo bastante valor ó para matarme....ó para hacerme soldado, porque no quiero ir á presidio.....

El conde se levantó.

—No quiero que mi nombre sea deshonrado, dijo friamente á Florestan.

—Ah, padre mio!...mi salvador, esclamó con calor el vizconde, é iba á echarse en los brazos de su padre, cuando este con un gesto glacial, calmó este arrebato.

—Os esperan hasta las tres....en casa del hombre que tiene la letra falsa?

—Sí, padre mio...y son las dos.

—Pasemos á vuestro gabinete...dadme recado de escribir.

—Aquí está, padre.

El conde se sentó en el bufete de Florestan y escribió con mano firme.

"Me obligo á pagar, esta noche, á las diez, "los 25,000 francos que debe mi hijo.

"El conde de SAINT-REMY.,,

—Vuestro acreedor no quiere sino dinero; á pesar de sus amenazas, esta obligacion mia le hará consentir en un nuevo plazo, irá á casa de Mr. Dupont, banquero, calle de Richelieu, número 7, que le responderá del valor de esta obligacion.

—Oh padre mio!....que nunca...

—Vos me esperais esta noche... á las diez os traeré el dinero....que se halle aquí vuestro acreedor....

—Sí, padre mio, y pasado mañana salgo para Africa.... Vereis que no soy ingrato!...Entonces, quizá cuando estubiere rehabilitado, aceptareis mis gracias.

—No me debeis nada; he dicho que mi nombre no seria deshonrado, no lo será, dijo sencillamente Mr. de Saint-Remy, tomando su baston que habia puesto sobre el bufete, y se encaminó hacia la puerta.

—Padre, vuestra mano al menos?...repuso Florestan en tono de súplica.

—Aquí, esta noche, á las diez, dijo el conde negando su mano.

Y se fué.

—Salvado! esclamó Florestan respirando alegría. Salvado!—Luego prosiguió, despues de un momento de reflexion:—Salvado, poco mas ó menos... No importa, siempre es esto... Quizá esta noche le confesaré *la otra cosa*, está de humor...No

querrá pararse en tan buen camino, y que su primer sacrificio quede inutil por falta de otro segundo....Y tambien por qué no decirlo?...Quien lo sabrá nunca?....si nada se descubre, guardaré el dinero que me diere para pagar esta última *deuda*...Me ha costado trabajo conmover á este diablo de hombre! Lo amargo de sus sarcasmos me hizo dudar de su buena resolucion; pero mi amenaza de suicidio, el temor de ver su nombre manchado le decidieron; era precisamente allí donde se le debia herir.....Sin duda es mucho menos pobre de lo que afecta ser...si posee cien mil francos, debe haber ahorrado viviendo como vive...Lo repito, su venida ha sido un golpe de la fortuna...Parece huraño, pero en el fondo lo creo un buen hombre....corramos á casa del alguacil.

Tiró de la campanilla, y entró Boyer.

—Como no me advertisteis que estaba aquí mi padre? Sois descuidado.....

—Por dos veces quise dirigir la palabra al señor vizconde cuando entraba con Mr. Badinot por el jardin, pero el señor vizconde, ocupado de su conversacion con Mr. Badinot, me hizo seña con la mano de que no lo interrumpiese..... no me atreví á insistir....Sentiria que el señor vizconde pudiese creerme capaz de un descuido....

—Está bien....decid á Eduardo que haga poner inmediatamente á *Orion* no á *Plovver* en el birlocho....

Mr. Boyer se inclinó respetuosamente.

En el momento en que iba á salir, llaman á la puerta.

Boyer miró al vizconde como preguntándole.

—Entrad, dijo Florestan.

Otro ayuda de cámara se presentó, teniendo en la mano un platito de plata sobredorada.

Mr. Boyer tomó el plato con una espresion de prevencion envidiosa, de respetuosa diligencia, y fué á presentarlo al vizconde.

Este tomó un voluminoso paquete, sellado con lacre negro.

Los dos criados se retiraron discretamente.

Florestan abrió el paquete. Contenia 25,000 francos en bonos del tesoro....sin otro aviso.

—Indudablemente, esclamó con alegria, el dia es bueno....salvado!...esta vez completamente salvado...corro á casa del joyero....y todavia, se dijo, quizá...No, esperemos...no puede tener ninguna sospecha de mi...25,000 francos son buenos para guardados....Pardiez...soy demasiado necio en dudar de mi estrella...en el momento en que parece oscurecida, no vuelve á presentarse mas brillante todavia?...Pero de donde procede este dinero?...la letra del sobre me es desconocida...veamos el sello...la cifra...pero...si, si,...no me engaño....una N y una L...es Clotilde!....Como ha sabido?,...y ni una palabra...esto es raro!...Que á propósito!....ah! Dios mio...ya caigo...la habia citado para esta mañana.....Las amenazas de Badinot me desconcertaron....Olvidé á Clotilde....despues de haberme esperado en el piso bajo...no se iria...Sin duda esta remesa es un medio delicado de hacerme entender que teme verse olvidada por causa del dinero.....Si, es una acusacion indirecta.... de no haberme dirigido á ella, como siempre...Buena Clotilde,...siempre la misma!....generosa como una reina!....Qué lástima de ser así como ella....todavia tan linda!....Algunas veces lo he sentido...,pero no he acudido á ella sino en el último estremo.... he sido forzado á ello.

Boyer vino á decir:

—El birlocho del señor vizconde está ya listo.

—Quién ha traido esta carta? le preguntó Florestan.

—Lo ignoro, señor vizconde....para enterarme lo preguntaré abajo.

—Pero, dime, no hay *nadie* en el piso bajo? añadió el vizconde mirando á Boyer con aire significativo.

—No hay *nadie*, señor vizconde.

—No me he engañado, pensó Florestan, Clotilde me esperó y se fué.

—Tendrá el señor vizconde la bondad de concederme dos minutos? dijo Boyer

—Decid.....y abreviad.....

—Eduardo y yo hemos sabido que el señor duque de Montbrison desea poner casa....si el señor vizconde quisiese tener la bondad de proponerle la suya alhajada del todo.....como tambien su caballeriza enteramente montada....esto seria para mí y para Eduardo una muy buena ocasion de deshacernos de todo, y para el señor vizconde quizá un buen pretesto de motivar la venta.

—Teneis, pardiez, razon, Boyer....por mí mismo.....prefiero esto....veré á Montbrison, le hablaré. Cuales son vuestras condiciones?

—El señor vizconde comprende bien..... que debemos procurar aprovecharnos lo mas que se pueda de su generosidad.

—Y ganar sobre vuestra compra? nada mas sencillo!....veamos....el precio?

—Todo 29.0000 francos... señor vizconde.

—Esto es lindo!..... tanto mejor; porque ademas estoy satisfecho de vosotros....Y si hubiese tenido que hacer testamento, os hubiera dejado esa suma á vos y á Eduardo.

Y el vizconde salió para ir primero á casa de su acreedor, luego á casa de Mad. de Lucenay, que no sospechaba hubiese asistido á su conversacion con Badinot.

CAPITULO X.

LA ENTREVISTA

La casa de Lucenay era una de esas habitaciones reales del arrabal de San German que el terreno perdido hace tan grandiosas; una casa moderna cabria cómodamente en la caja de la escalera de uno de estos palacios, y se edificaria un barrio entero en el terreno que ocupan.

A eso de las nueve de la noche de este mismo dia, las dos hojas de la enorme puerta de este palacio se abrieron á un brillante cupé que, despues de haber descrito una curva inteligente en el inmenso patio, paró delante de unas gradas cubiertas que conducian á la primera antesala.

Mientras que las pisadas de dos caballos fogosos resonaban todavia en el sonoro pavimento, un gigantesco lacayo abrió la puertecilla blasonada; y un jóven bajó airosamente de este brillante coche y subió con no menos gallardia los cinco ó seis escalones de la graderia.

Este jóven era el vizconde de Saint-Remy.

Cuando salió de casa de su acreedor, que, satisfecho de la obligacion del padre de Florestan, habia concedido el plazo pedido y debia ir á to-

mar su dinero á las diez de la noche, á la calle de Chaillot, Mr. de Saint-Remy fué á casa de Mad. de Lucenay, para darle las gracias por el nuevo servicio que le habia hecho, pero, no habiendo encontrado á la duquesa por la mañana, llegaba triunfante, cierto de encontrarla á prima noche, hora que le reservaba habitualmente.

Por la diligencia de los dos lacayos de la antesala que corrieron á abrir la puerta de cristales asi que reconocieron el coche de Florestan, por el aire profundamente respetuoso con que el resto de los criados de librea se levantó espontaneamente al pasar el vizconde, en fin, por algunos visos casi imperceptibles, se descubria por último el segundo ó mas bien el verdadero amo de la casa.

Cuando el duque de Lucenay entraba en su casa, con el paraguas en la mano y los pies con grandes zuecos (detestaba salir de dia en coche), se repetian tan respetuosamente las mismas evoluciones domésticas; sin embargo, á los ojos de un observador, habia una gran diferencia entre el recibimiento hecho al marido y el que se reservaba al amante.

El mismo conato se manifestó en el salon de los ayudas de cámara cuando Florestan entró en él; al instante uno de ellos le precedió para ir á anunciarlo á Mad. de Lucenay.

Nunca el vizconde habia estado mas ufano, nunca se habia sentido mas dispuesto, mas seguro de sí, mas conquistador....

La victoria que habia conseguido de su padre por la mañana, la nueva prueba de afecto de Mad. de Lucenay, la alegria de haber salido tan milagrosamente de una terrible posicion, su confianza naciente en su estrella, daban á su linda cara una espresion de audacia y de buen humor

que la hacia mas seductora; nunca se habia conocido mejor....

Y tenia razon.....

Nunca su cuerpo fino y flexible se habia ostentado mas despejado; nunca habia llevado la cara y la mirada mas altiva; nunca su orgullo habia sido mas deliciosamente lisongeado con este pensamiento: "La muy grande señora, dueña de es-"te palacio, es mia, está á mis pies.... esta ma-"ñana me esperó en mi casa....»

Florestan se habia entregado á estas reflexiones singularmente vanidosas, atravesando tres ó cuatro salones que conducian á una piecesita donde la duquesa estaba habitualmente.....

Una mirada echada á un espejo completó la escelente opinion que Florestan tenia de sí mismo.

El ayuda de cámara abrió las dos hojas de la puerta del salon, y anunció:

—El señor vizconde de Saint-Remy!.....

El asombro y la indignacion de la duquesa fueron inesplicables.

Creia que el conde no habia ocultado á su hijo que ella tambien lo habia escuchado....

Ya lo hemos dicho: al saber cuan infame era Florestan, el amor de Mad. de Lucenay, estinguido súbitamente, se habia cambiado en un desden glacial.

Tambien hemos dicho que en medio de sus ligerezas, de sus desórdenes, Mad. de Lucenay habia conservado puros é intactos los sentimientos de rectitud, de honor, de honradez caballerosa, de un vigor y de una delicadeza enteramente varoniles; tenia las cualidades de sus defectos y las virtudes de sus vicios.

Debiendo Mad. de Lucenay ir aquella noche al mundo, estaba, aunque *sin diamantes*, vestida

con su gusto y magnificencia habituales ; la espléndida compostura , el hermoso colorete que llevaba franca y resueltamente , como señora de córte, hasta debajo de las pestañas , su belleza sobre todo brillante con las luces , su cuerpo de *diosa andando sobre las nubes* , hacian mas sorprendente aquel grande ademan que nadie en el mundo poseia como ella , y que lo llevaba hasta una insolencia fulminante.

Ya se conoce el caracter altivo , determinado de la duquesa : figúrese pues su cara , su mirada cuando el vizconde adelantándose , rozagante, sonriéndose y confiado, le dijo con amor:

—Mi querida Clotilde..... cuan buena sois!...., cuan.....

El vizconde no pudo acabar.

La duquesa estaba sentada y no se había movido; pero su ademan , su mirada revelaron un desprecio á la vez tan sosegado y humillante..... que Florestan se cortó.....

No pudo decir una palabra, ni dar un paso mas.

Nunca Mad. de Lucenay se habia mostrado á él bajo este aspecto. No podia creer que fuese la misma muger que siempre hábia hallado amable, cariñosa , tierna y apasionadamente sumisa ; porque nada es mas humilde, mas tímido que una muger resuelta, delante del hombre que ama y que la domina.

Pasada su primera sorpresa, Florestan se avergonzó de su debilidad ; su audacia habitual recobró su actividad. Dando un paso hácia Mad. de Lucenay para tomarle la mano, le dijo con voz cariñosa:

—Por Dios! Clotilde , que es esto?..... Nunca te he visto tan linda , y sin embargo.....

—Ah! esta es mucha impudencia! esclamó la du-

quesa retrocediendo con tanto disgusto y altaneria que Florestan quedó de nuevo sorprendido y aterrado.

Tomando no obstante un poco de seguridad, le dijo:

—Me direis al menos, Clotilde, la causa de este cambio tan repentino? Que os he hecho?....que quereis?

Sin responderle, Mad. de Lucenay lo miró, como se dice vulgarmente, de pies á cabeza, con una espresion tan insultante, que Florestan sintió que la cara le ardia de cólera, y esclamó:

—Se, señora, que atropellais habitualmente los rompimientos..... Es un rompimiento lo que quereis?

—La pretension es curiosa! dijo Mad. de Lucenay con una carcajada de risa sardónica, sabed que cuando un lacayo me roba.... no rompo con él.... lo despido....

—Señora....

—Concluyamos, dijo la duquesa con tono apresurado é insolente, vuestra presencia me repugna! Que quereis aqui? No habeis tenido vuestro dinero?

—Era pues verdad.... os penetré.... Los 25.000 francos....

—Vuestra última letra falsa está recogida, no es asi? el honor del nombre de vuestra familia se ha salvado.... Está bien.... idos....

---Ah! creed....

---Siento mucho ese dinero, hubiera podido socorrer á muchas personas honradas.... pero era menester pensar en la desbonra de vuestro padre y en la mia.

---Asi Clotilde, lo sabiais todo?.... Oh! ahora no me queda mas que morir.... esclamó Flores-

tan con un tono patético y desesperado.

Una impertinente carcajada de la duquesa acogió esta esclamacion trágica, y añadió entre arrebatos de gozo:

—Dios mio! nunca hubiera creido que la infamia pudiese ser tan ridícula.

---Señora.... esclamó Florestan, con las facciones contraidas por la rabia.

Las dos hojas de la puerta se abrieron con estruendo, y se anunció:

---El señor duque de Montbrison.

A pesar de su imperio sobre sí mismo, Florestan contuvo apenas la violencia de sus resentimientos, un hombre mas esperimentado que el duque lo hubiera notado ciertamente.

Mr. de Montbrison apenas tenía diez y ocho años.

Imagínese una graciosa cara de jóven, rubio, blanco y sonrosado cuyos labios encarnados y la barba como el raso estaban ligeramente sombreadas con una barba naciente; añádase á esto unos grandes ojos todavia un poco tímidos, que no necesitan mas que avivarse, un cuerpo tan esbelto como el de la duquesa, y quizá se formará una idea de este jóven duque.

El vizconde tuvo la debilidad ó la audacia de quedarse.

---Que amable sois, Conrado, en haber pensado en mí esta noche, dijo Mad. de Lucenay con tono afectuoso dando su bella mano al jóven duque.

Este iba á dar la mano á su prima, pero Clotilde alzó ligeramente la suya, y le dijo alegremente.

---Besadla, primo, teneis puestos los guantes.

---Perdon... prima, dijo el jóven, y arrimó

sus labios á la mano desnuda y deliciosa que se le presentaba.

---Que haceis esta noche, Conrado? le preguntó Mad. de Lucenay, sin ocuparse al parecer de Florestan.

---Nada, prima; cuando salga de aquí me iré al club.

---Nada de eso, nos acompañareis, á Mr. de Lucenay y á mí, á casa de Mad. de Senneval, hoy es su dia; me ha pedido muchas veces que os presente á ella. ...

---Prima, me tendré por muy dichoso en poneme á vuestras órdenes.

---Francamente, no quiero veros ya esas costumbres y esos gestos de club: teneis todo lo que se necesita para ser perfectamente recibido y hasta solicitado en el mundo.... Es menester ir mucho á él.

---Si, prima.

---Y como estoy con vos casi bajo el mismo pié que una abuela... mi querido Conrado, me dispongo á exigir infinitamente. Estais emancipado, es verdad, pero creo que tendreis todavia largo tiempo necesidad de tutela.... Y será menester resolveros á aceptar la mia.

—Con alegria, con felicidad, prima! dijo con viveza el jóven duque.

Es imposible pintar la rabia muda de Florestan que seguia en pié, apoyado en la chimenea.

Ni el duque, ni Clotilde ponian atencion en él. Sabiendo cuan *pronto se decidia* Mad. de Lucenay creyó que llevaba la audacia y el desprecio hasta querer ponerse delante de él en galanteria arreglada con Mr. de Montbrison.

No era nada de esto: la duquesa tenia entonces á su primo un afecto enteramente maternal ha-

biéndolo casi visto nacer. Pero el jóven duque era tan lindo, parecia tan feliz con la graciosa acogida de su prima, que los celos, ó mas bien el orgullo de Florestan, se exasperó; su corazon se doblegó bajo las crueles picadas de la envidia que le inspiraba Conrado de Montbrison, que, rico y encantador, entraba tan esplendidamente en esta vida de placeres, de desvanecimiento y de fiestas, de donde salia, él, arruinado, marchito, despreciado, deshonrado.

Mr. de Saint-Remy tenia aquel valor de cabeza, si esto puede decirse, que hace, por cólera ó por vanidad, frente á un duelo; pero, vil y corrompido, no tenia el valor del corazon que triunfa de las malas propensiones, ó que, al menos, da la energía de librarse de la infamia con una muerte voluntaria.

Furioso con el infernal desprecio de la duquesa, creyendo ver un sucesor en el jóven duque, Mr. de Saint-Remy resolvió luchar en insolencia con Mad. de Lucenay, y, si fuese menester, buscar quimera á Conrado.

La duquesa, irritada con la audacía de Florestan, no lo miraba, y Mr. de Montbrison, en medio de su solicitud al lado de su prima, olvidando un poco los buenos modales, no habia saludado ni dicho una palabra al vizconde, á quien conocia.

Este, acercándose á Conrado, que le tenia vuelta la espalda, le tocó suavemente en el brazo, y le dijo con tono seco é irónico:

—Buenas noches, caballero.... mil perdones por no haber aun reparado en vos.

Mr. de Montbrison, conociendo que en efecto habia faltado á la urbanidad, se volvió con viveza, y dijo cordialmente al vizconde:

—Caballero, estoy corrido, en verdad.... Pero me atrevo á esperar que mi prima, que ha sido la causa de mi distraccion, tendrá á bien disculparme con vos.... y....

—Conrado, dijo la duquesa, fuera de sus casillas por la impudencia de Florestan, que persistia en permanecer en su casa y en insultarla, Conrado, está bien; nada de escusas.... esto no vale la pena.

Mr. de Montbrison, creyendo que su prima le reconvenia chanceando el ser demasiado formal, dijo alegremente al vizconde, que estaba pálido de colera.

—No insistiré, caballero..... pues mi prima me lo prohibe.... Bien lo veis, comienza su tutela.

—Y esta tutela no cesará....mi querido caballero, estad cierto de ello. Me ocurre la idea de haceros una proposicion....

—A mi? dijo Conrado, empezando á ofenderse del tono sardónico de Florestan.

—A vos.... parto dentro de algunos dias para la legacion de Gerolstein, á que estoy agregado.... Quisiera deshacerme de mi casa completamente amueblada, de mi cuadra perfectamente montada; estareis muy bien en ella... Y el vizconde cargó sobre estas últimas palabras mirando á Mad. de Lucenay. Eso seria muy hechicero.... ¿no es asi señora duquesa?

—No os comprendo, caballero, dijo Mr. de Montbrison cada vez mas pasmado.

—Os diré, Conrado, porque no podeis aceptar la oferta que se os hace, dijo Clotilde.

—Y por qué el caballero no puede aceptar mi oferta, señora duquesa?

—Mi querido Conrado, eso que se os quiere vender está ya vendido á otros.... comprendeis...

tendriais el inconveniente de ser robado como en un monte.

Florestan se mordió los labios de rabia....

—Cuidado, señora! gritó.

—Vamos, Conrado, no hagais caso, dijo Mad. de Lucenay tomando una pastilla con una imperturbable sangre fria; un hombre de honor no debe ni puede ya comprometerse con este caballero. Si se obstina en ello, diré por que!

Iba sin duda á haber un terrible escándalo cuando se abrió de nuevo la puerta, y entró el duque de Lucenay estrepitosa, violenta y aturdidamente, segun su costumbre.

—Como, querida; estais ya lista? dijo á su muger; pero es pasmoso!.... es sorprendente!.... Buenas noches, Saint-Remy, buenas noches, Conrado... Ah! ved al mas desesperado de los hombres..... es decir que no duermo, que no como, que estoy atontado; no puedo habituarme á ello..... pobre Harville, que acontecimiento!

Y Mr. de Lucenay, echándose de espaldas sobre una especie de confidente de dos respaldos, tiró su sombrero lejos de si con ademan de desesperacion y cruzando la pierna izquierda sobre su rodilla derecha, tomó como para serenarse el pié con la mano, continuando en sus desconsoladas esclamaciones.

La agitacion de Conrado y de Florestan pudo calmarse sin que Mr. de Lucenay, por otra parte el hombre menos perspicaz del mundo, hubiese notado nada.

Mad. de Lucenay era muger que no se apuraba nunca, ya se sabe; pero porque la presencia de Florestan le era tan repugnante como insoportable, dijo al duque:

—Cuando quisiereis partirémos, presentó á Co-

rado á Mad. de Senneval.

—No, no, no! se puso á gritar el duque, abandonando su pié para coger uno de los cogines sobre el cual dió violentamente con sus dos puños, con grande inquietud de Clotilde, que, á los gritos inesperados de su marido, se estremeció.

---Por Dios, que teneis? le dijo, me habeis dado un horrible susto.

---No! repitió el duque, y dejando el cogin, se levantó repentinamente y se puso á pasear gesticulando, no puedo hacerme á la idea de la muerte del pobre de Harville; y vos, Saint-Remy?

---En efecto, este acontecimiento es horroroso! dijo el vizconde, que, con el odio y la rabia en el corazon, buscaba la mirada de Mr. de Montbrison; pero este, despues de las últimas palabras de su prima, no por falta de ánimo, sino por orgullo, apartaba su vista de un hombre tan cruelmente tachado.

---Por favor, dijo la duquesa á su marido, levantandose:---No sintais á Mr. de Harville de una manera tan estrepitosa, y sobre todo tan singular..... Llamad, os lo suplico, para que vengan mis criados.

---Tambien es verdad eso, dijo Mr. de Lucenay cogiendo el cordon de la campanilla:---decir que ahora tres dias gozaba de vida y de salud..... y hoy, que queda de él? Nada..... nada... nada!!!

Estas tres últimas esclamaciones fueron acompañadas de tres tirones tan violentos, que el cordon de la campanilla que el duque tenia en la mano, siempre gesticulando, se separó del resorte superior, cayó sobre un candelero con cuatro bugías encendidas, y echó abajo dos; la una, cayendo sobre la chimenea, rompió una graciosa copa antigua de Serves, la otra corrió en el suelo

sobre un tapete de armiño, que, inflamado al momento, fué casi tan pronto apagado con el pié de Conrado.

En el momento dos ayudas de cámara, llamados con aquel repique formidable, corrieron á toda prisa y hallaron á Mr. de Lucenay con el cordon en la mano, á la duquesa riéndose á carcajadas con la ridícula caida de las bugias, y á Mr. de Montbrison, participando de la alegria de su prima.

Mr. de Saint-Remy era el solo que no se reia.

Mr. de Lucenay, muy habituado á esta especie de accidentes, conservaba una perfecta seriedad; tiró el cordon de la campanilla á uno de los criados, y le dijo:

—El coche de la señora.

Clotilde, un poco calmada, repuso:

—En verdad que no hay nadie en el mundo sino vos capaz de hacer reir con motivo de un acontecimiento tan lamentable....

—Lamentable!...decid horrible.....decid espantoso. Mirad, desde ayer, estoy calculando cuantas personas hay, inclusas algunas de mi familia, que hubiera querido ver morir en lugar de ese pobre de Harville. Mi sobrino de Emberval, por ejemplo, que está tan impaciente por causa de su tartamudez; ó bien vuestra tia Merinville, que habla siempre de sus nervios, de su jaqueca, y que os engulle todos los dias, para esperar la comida, una abominable torta!!

—Vamos, estais loco! dijo la duquesa encogiéndose de hombros.

—Pero esto es verdad, prosiguió el duque, se darian veinte indiferentes por un amigo.....no es así, Saint-Remy?

—Sin duda.

---Esta es la antigua historia del sastre. Sabes Conrado, la historia antigua del sastre?

---No, primo.

---Vais á comprender inmediatamente la alegoria. Fué condenado un sastre á ser ahorcado; no habia mas sastre que él en el pueblo: que hacen los vecinos? Dicen al juez: señor juez, no tenemos mas que un sastre, y hay tres zapateros; si os fuese igual ahorcar á uno de estos tres en lugar del sastre, tendriamos bastante con dos zapateros. Comprendes la alegoria, Conrado?

---Si, primo.

---Y vos, Saint-Remy?

---Yo tambien.

---El coche de la señora duquesa! dijo un criado.

---Ah! por qué no os habeis puesto vuestro diamantes? dijo de repente Mr. de Lucenay, á ese peinado le pegarian lindamente.

Saint-Remy se estremeció.

---Para una miserable vez que vamos juntos al mundo, repuso el duque, hubierais podido honrarme con vuestros diamantes....son muy hermosos los diamantes de la duquesa.....los habeis visto....los habeis visto, Saint-Remy?

---Si, los conoce perfectamente dijo, Clotilde; despues añadió:---Vuestro brazo, Conrado...

---Mr. de Lucenay siguió á la duquesa con Saint-Remy, que no era dueño de si.

---No venis con nosotros á casa de Senneval, Saint-Remy? le dijo Mr. de Lucenay.

---No....imposible, respondió precipitadamente.

---Mirad, Saint-Remy, Mad. de Senneval, tambien es esta una persona....que es lo que digo, una?....dos...que sacrificaria voluntariamente; su marido está tambien en mi lista.

--Que lista?

--La de las personas que me hubiera sido indiferente ver morir, con tal que nos hubiese quedado de Harville.

--En el momento en que, estando en el salon de recibimiento, Mr. de Montbrison ayudaba á la duquesa á ponerse su velo, Mr. de Lucenay, dirigiendose á su primo, le dijo:

---Pues vienes con nosotros, Conrado...di que tu coche siga al nuestro...á menos que no vengais, Saint-Remy, entonces me dareis un lugar... y os contaré otra buena historia, mucho mejor que la del sastre.

--Os doy gracias, dijo secamente Saint-Remy, no puedo acompañaros.

--Entonces, hasta la vista, querido...Estais reñido con mi muger? miradla subir al coche sin decíros una palabra.

En efecto, habiendose arrimado el coche de la duquesa á las gradas subió ella con ligereza.

--Primo...dijo Conrado; esperando á Mr. de Lucenay, por deferencia.....

--Sube! sube! dijo el duque, que, parado un momento en lo alto de las gradas, consideraba el elegante tiro del coche del vizconde.

---Caballos alazanes....Saint-Remy?....

---Si.....

---Y vuestro gordo Eduardo.....que aire..... Es lo que se llama un cochero de buena casa... Ved que bien lleva sus caballos en la mano..... Es menester ser justo, no hay sino este diablo de Saint-Remy para tener lo mejor de todo.

---Mad. de Lucenay y su primo os esperan, dijo Mr. de Saint-Remy con pena.

---Es verdad....que grosero soy!....hasta la vista, Saint-Remy... Ah! se me olvidaba, dijo el du-

que parándose en medio de las gradas, si no teneis nada que hacer, venid mañana á comer con nosotros: lord Dudley me ha enviado de Escocia grosellas y gallos silvestres....Figuraos que esto es una cosa monstruosa.....Está dicho, no es así?

Y el duque se fué con su muger y Conrado, Saint-Remy, que se quedó solo en la graderia, vió salir el coche.

Se arrimó el suyo,

Subió á él lanzando una mirada de cólera, de odio y de desesperacion sobre aquella casa, en que habia entrado muchas veces como amo, y que dejaba echado ignominiosamente.

—A casa, dijo ásperamente.

—A casa, dijo el lacayo á Eduardo, cerrando la puertecilla.

Se comprende cuales serian los pensamientos amargos y tristes de Saint-Remy al volver para su casa.

En el momento que entró, Boyer que lo esperaba en el peristilo, le dijo:

—El señor conde está arriba..... esperando al señor vizconde.

—Está bien...

—Está tambien ahí un hombre á quien el señor vizconde ha citado para las diez, Mr. Petit-Jean....

—Bien, bien.

—Oh! que noche! dijo Florestan subiendo á donde estaba su padre á quien encontró en el primer piso, donde habia pasado la conversacion por la mañana.

—Mil perdones! padre, por no haber estado aquí cuando llegasteis....pero yo...

—El hombre que tiene en su poder la letra falsa, está ahí? dijo el conde interrumpiendo á su hijo....

—Sí, padre, está abajo....

—Haced que suba...

Llamó Florestan, y acudio Boyer.

---Decíd á Mr. Petit-Jean que suba...

---Sí, señor vizconde, dijo Boyer y se fué.

—Cuan bueno sois, padre, en haberos acordado de vuestra promesa....

---Siempre me acuerdo de lo que prometo.

---Cuanto reconocimiento!... Como os probaré nunca...,

---No queria que mi nombre fuese deshonrado....no lo será.....

---No lo será...no...y no lo será mas, os lo juro, padre mio...,

El conde miró á su hijo de un modo singular y repitió:

---No, no lo será mas.

Luego añadió con aire sardónico:

---Sois adivino?

---Es porque leo mi resolucion en mi corazon.

El padre de Florestan no respondió.

Se paseó á lo largo y ancho en la habitacion, con las manos metidas en las faltriquera de su largo redingote.

Estaba pálido.

—Mr. Petit-Jean, dijo Boyer introduciendo un hombre de figura ordinaria, sucia y artera.

—Donde está esa letra? dijo el conde.

—Aqui está, caballero, dijo Petit-Jean (el testa-ferrea del escribano Santiago Ferrand) presentando la letra al conde.

—Es esa? dijo este á su hijo mostrándole la letra con una mirada.

Sí, padre mio.

El conde sacó de la faltriquera del chaleco veinte y cinco billetes de mil libras, los entregó á su hijo y le dijo:

—Pagad!

Florestan pagó y tomó la letra dando un profundo suspiro de satisfaccion.

Mr. Petit-Jean metió cuidadosamente los billetes en una cartera vieja, y saludó.

Mr. de Saint-Remy salió con él del salon, mientras que Florestan rompia prudentemente la letra.

—Al menos me quedan los veinte y cinco mil francos de Clotilde. Si nada se descubre.....esto es un consuelo....Pero como me ha tratado!..... Ah! que es lo que puede mi padre tener que decir á Mr. Petit-Jean? El ruido de una llave que se echaba hizo estremecer al vizconde.

Volvió su padre....

Su palidez se habia aumentado.

—Me parece, padre, haber oido cerrar la puerta de mi gabinete.

—Sí, yo la he cerrado....

—Vos, padre?.....Y por qué? preguntó Florestan estupefacto.

—Voy á deciroslo.

Y el conde se colocó de manera que su hijo no pudiese pasar por la escalera escusada que conducia al piso bajo.

Florestan, inquieto, comenzaba á notar la fisonomia fatal de su padre, y seguia todos sus movimientos con desconfianza.

Sin poder esplicarlo, sentia un vago terror.

—Padre....que teneis?....

—Esta mañana, al verme, vuestro solo pensamiento fué este: Mi padre no dejará deshonrar su nombre, pagará.....si llego á aturdirlo con algunas palabras fingidas de arrepentimiento.

—Ah! podeis creer que.....

—No me interrumpais....No he sido burlado; no teneis ni vergüenza, ni sentimientos: estais vi-

ciado hasta el corazon, no habeis tenido nunca un sentimiento honrado; no habeis robado mientras que habeis tenido con que satisfacer vuestros caprichos, esto es lo que se llama la probidad de los ricos de vuestra especie; luego ha venido la poca delicadeza, las bajezas; despues el crimen, las falsificaciones..... Esto no es mas que el primer periodo de vuestra vida,...es bello y puro comparado con el que os espera....

—Si no cambiára de conducta, lo confieso, pero cambiaré.....padre mio....os lo he jurado.

—No cambiareis....

—Pero....

—No cambiareis.... Echado de la sociedad en que habeis vivido hasta aquí, llegareis pronto á ser criminal á la manera de los miserables entre quienes sereis arrojado, ladron inevitablemente... y si es necesario asesino....Ved aquí vuestro porvenir.

—Asesino.....yo?

—Sí, porque sois cobarde.

—He tenido desafios, y he probado....

—Os digo que sois cobarde! Habeis preferido la infamía á la muerte!...Llegaria un dia en que preferirais la impunidad de vuestros nuevos crímenes á la vida de otro. Esto no puede ser, no quiero que sea....Llego á tiempo para salvar al menos mi nombre de una deshonra pública....Es menester concluir,.....

—Como padre....concluir... Que quereis decir? esclamó Florestan, cada vez mas asustado con la espresion formidable de la cara de su padre y con su palidez que iba en aumento.

De repente llamaron violentamente á la puerta del gabinete: Florestan hizo un movimiento para ir á abrir, á fin de poner término á una escena

que le asustaba, pero el conde lo cogió fuertemente por una mano y lo detuvo.

—Quien llama? preguntó el conde.

—En nombre de la ley abrid.....abrid!.... dijo una voz.

—Esta letra falsa no era la última? esclamó el conde en voz baja, mirando á su hijo con aire terrible.

—Sí padre....os lo juro, dijo Florestan procurando en vano desembarazarse de la vigorosa sujecion de su padre.

—En nombre de la ley....abrid....repitió la voz.

—Que quereis? preguntó el conde.

—Soy el comisario de policía de este cuartel; vengo á proceder á pesquisas acerca de un robo de diamantes de que es acusado Mr. de Saint-Remy.....Mr. Baudoin, joyista, tiene las pruebas. Si no abris, caballero....me veré obligado á hacer echar abajo la puerta.

—Y ladron!...no me habia engañado..... dijo el conde en voz baja....Venia á mataros....he tardado mucho....

—Matarme!...

—Basta de deshonra á mi nombre; concluyamos: aquí tengo dos pistolas...vais á saltaros los sesos...si no, yo, os los salto, y diré que os habeis matado de desesperacion para libraros de la afrenta.

Y el conde, con una espantosa sangre fria, sacó de su faltriquera una pistola, y con la mano que tenia libre, la presentó á su hijo diciendole:

—Vamos.....concluyamos, si no sois un cobarde.....

Despues de nuevos é inutiles esfuerzos para escaparse de las manos del conde, su hijo se echó atras, lleno de espanto, y se puso lívido.

Por la mirada terrible, inexorable de su padre, vió que no tenia que esperar de él ninguna compasion.

—Padre mio!..esclamó.

—Es preciso morir.....

—Me arrepiento.....

—Es muy tarde...Escuchais?...echan la puerta abajo.....

—Espiaré mis culpas....

—Van á entrar...es menester que yo sea el que os mate?

—Perdon...

—La puerta va á ceder.....tú lo habrás querido.....

Y el conde apoyó el cañon de la pistola sobre el pecho de Florestan

El ruido esterior anunciaba que en efecto la puerta del gabinete no podia resistir mas largo tiempo.

El vizconde se vió perdido.

Una resolucion súbita y desesperada relució en su cara; no forcejeó mas contra su padre, y le dijo con tanta firmeza como resignacion:

—Teneis razon, padre mio...dadme ese arma. Basta de infamar vuestro nombre, la vida que me espera es horrorosa; no vale la pena de disputarla. Dadme ese arma. Vais á ver si soy cobarde.— Y alargó su mano á la pistola...Pero; al menos... una palabra, una sola palabra de consuelo, de piedad, de despedida, dijo Florestan.

Y sus labios trémulos, su palidez, su fisonomia desconcertada, anunciaban la conmocion terrible de este momento supremo.

—Pero si fuese mi hijo.....pensó el conde con terror titubeando en darle la pistola.—Si es mi hijo.....debo titubear menos en este sacrificio...

Un grande crujido de la puerta del gabinete anunció que acababa de ser forzada.

—Padre mio....entran....Oh! lo conozco ahora, la muerte es un beneficio...Gracias...gracias, pero al menos, vuestra mano, y perdonadme...

A pesar de su dureza, el conde no pudo dejar de estremecerse y de decir con voz conmovida:

—Os perdono....

—Padre mio...la puerta se abre...id á ellos.... que no os sospechen al menos... si entran aquí, me impedirán que concluya...Adios.....

Se oyeron pasos de muchas personas en la pieza inmediata.

Florestan se puso el cañon de la pistola sobre el corazon.

El tiro salió en el momento en que el conde, para no ver este horrible espectáculo, volviendo la vista, salia precipitadamente del salon, cuyas puertas se cerraron tras de él.

Al ruido de la esplosion, á la vista del conde pálido y aturdido, el comisario se paró súbitamente cerca del umbral de la puerta, haciendo señal á sus agentes de que no se acercasen.

Advertido por Boyer de que el vizconde estaba encerrado con su padre, el magistrado lo comprendió todo, y respetó tan grande dolor.

—Muerto!.... gritó el conde tapándose la cara con las manos.....muerto!! repitió con pesadumbre.....Era justo....mejor es la muerte que la infamia....pero esto es horroroso.

—Caballero..... dijo con tristeza el magistrado despues de algunos minutos de silencio, ahorraos un espectáculo doloroso, dejad esta casa....Ahora tengo que cumplir otro deber mas penoso aun que el que me traia aquí.

—Teneis razon, dijo Mr. de Saint-Remy.—En

cuanto á la víctima del robo, podeis decirle que se presente en casa del banquero Mr. Dupont.

---Calle de Richelieu....es muy conocido, respondió el magistrado.

---En que suma están apreciados los diamantes robados?

---En unos 30.000 francos....caballero; la persona que los compró, y por la cual se ha descubierto el robo, dió esta suma....á vuestro hijo.

---Podré aun pagar eso.....Que vaya el joyista pasado mañana á casa de mi banquero, me entenderé con él.

El comisario saludó.

Se fué el conde.

Despues de la partida de este último, el magistrado profundamente conmovido con esta inesperada escena, se dirigió lentamente hacia el salon cuyas cortinas estaban echadas.

Las abrió con emocion.

—Nadie...esclamó atónito, mirando todo el salon y no viendo en él la menor señal del acontecimiento trágico que habia debido pasar en él.

Luego, notando la puerta construida en la tapicería, corrió á ella.

Estaba cerrada por el lado de la escalera escusada.

—Este es un ardid...por aquí habrá huido, esclamó con despecho.

En efecto, el vizconde, delante de su padre, se habia puesto la pistola sobre el corazon, pero en seguida disparó muy habilmente por debajo de su brazo, y desapareció prontamente.

.....

A pesar de los mas activos registros en toda la casa, no se pudo hallar á Florestan.

Durante la conversacion de su padre y del co-

misario, habia ganado rapidamente el retrete, luego el invernáculo, despues la callejuela desierta, y en fin los Campos-Elíseos.

.....

FIN DE LA SESTA PARTE.

PARTE SEPTIMA.

CECILY.

CAPITULO I.

LAS DESPEDIDAS.

El dia siguiente á la noche en que el conde de Saint-Remy habia sido burlado tan indignamente por su hijo, pasaba en San Lázaro una escena tierna, á la hora de recreo de las detenidas.

Este dia, durante el paseo de las demas presas, Flor-celestial estaba sentada en un banco próximo al estanque del patio, y nombrado el *banco de la Guillabaora*. Por una especie de convenio tácito, las detenidas le dejaban este sitio, que ella apreciaba, porque la amable influencia de la jóven se habia aumentado mas.

La Guillabaora tenia aficion á este banco colocado cerca del estanque, porque el verdin, que aterciopelaba su brocal, le recordaba las yerbas de los campos, el agua cristalina le traia á la memoria el arroyo del pueblo de Bouqueval.

Para la vista entristecida de un preso, un manojo de yerba es un prado.....una flor un jardin.....

Confiada en las afectuosas promesas de Mad. de Harville, Flor-celestial esperaba salir de San Lázaro á los dos dias.

Aunque no tuviese razon alguna para inquietarse por la tardanza de su salida de la cárcel, la jóven, acostumbrada á la desgracia, osaba apenas esperar que estaria pronto libre....

Desde que habia vuelto á vivir entre criaturas cuyo aspecto, cuyo lenguage avivaban á cada instante en su alma la memoria incurable de su primera deshonra, la tristeza de Flor-celestial se habia aumentado, habia llegado á ser mas destructora aun.

Un nuevo motivo de perturbacion, de pena, casi de susto para ella, nacia de la exaltacion apasionada de su reconocimiento á Rodolfo.

Cosa estraña! no sondeaba la profundidad del abismo en que habia estado sumergida sino para medir la distancia que la separaba de aquel hombre cuya grandeza le parecia sobrehumana..... de aquel hombre á la vez de una bondad tan augusta.... y de un poder tan temible para los malvados.....

A pesar del respeto impreso en su adoracion á él, algunas veces, ay! Flor-celestial temia reconocer en esta adoracion los caracteres del amor.... pero de un amor tan oculto como profundo, tan casto como oculto, tan sin esperanza como casto.

La desgraciada niña no habia creido leer en su corazon esta triste revelacion hasta despues de su conversacion con Mad. de Harville enamorada de Rodolfo con una pasion que este ignoraba.

Despues de las promesas de la marquesa, Flor-celestial deberia haberse arrebatado de alegria pensando en sus amigos de Louqueval, en Rodolfo que iba á volver á ver.

No hubo nada de esto.

Su corazon se oprimió dolorosamente.....sin cesar venian á su memoria las palabras ásperas, las miradas altivas, escudriñadoras, de Mad. de Harville, cuando la pobre presa se elevó hasta el entusiasmo al hablar de su bienhechor.

Por una intuicion singular, la Guillabaora sorprendió una parte del secreto de Mad. de Harville.

"La exaltacion de mi reconocimiento á Mr. Rodolfo ha herido á esta señora jóven tan hermosa y de una clase tan elevada, pensó Flor-celestial. Ahora comprendo lo amargo de sus palabras, espresaban unos celos desdeñosos.

---«Celosa de mi? es preciso que lo ame?..... es preciso que mi amor se haya manifestado á pesar mio?

«Amarlo... yo, yo....criatura para siempre deshonrada, ingrata y miserable como soy....Oh! si fuese asi...mas valdria cien veces la muerte.....»

Apresuremonos á decirlo, la desgraciada niña, que parecia destinada á todos los martirios, se exageraba lo que ella llamaba *su amor*.

A su gratitud profunda á Rodolfo se unia una admiracion involuntaria de la gracia, la fuerza, la belleza que lo distinguian entre todos; nada mas inmaterial, nada mas puro que esta admiracion, pero existia viva y poderosa, porque la her-

mosura física es siempre atractiva.

Y luego la voz de la sangre, tan á menudo negada, muda, ignorante ó desconocida, se hace algunas veces oir; los rasgos de cariño apasionado que arrastraban á Flor-celestial hácia Rodolfo, y de los que se espantaba, porque en su ignorancia desnaturalizaba la tendencia, estos rasgos resultaban de misteriosas simpatías tan evidentes, pero tan inesplicables como la semejanza de las facciones.....

En una palabra, Flor-celestial, sabiendo que era hija de Rodolfo, se hubiera esplicado la viva atraccion que sentia hácia el; entonces completamente instruida hubiera admirado sin escrúpulo la hermosura de su padre.

Así se esplica el abatimiento de Flor-celestial, aunque debiese esperar de un momento á otro, segun la promesa de Mad. de Harville, salir de San Lázaro.

Flor-celestial, melancólica y pensativa estaba sentada en su banco junto al estanque, mirando con una especie de interes maquinal los juegos de algunos pájaros descarados que venian á folgarse en el brocal de piedra. Habia dejado de trabajar en un justillo de niño que acababa de repulgar.

¿Es preciso decir que este justillo pertenecia á la nueva canastilla tan generosamente ofrecida á Monte-de-San-Juan por las presas, gracias á la persuasiva intervencion de Flor-celestial?

La pobre y diforme protegida de la Guillabaora estaba sentada á sus pies; siempre ocupada en rehacer un gorrito, de cuando en cuando, echaba sobre su bienhechora una mirada á la vez reconocida, tímida y afectuosa.....la mirada de un perro á su amo.

La belleza, el encanto, la adorable amabilidad

de Flor-celestial, inspiraban á esta muger envilecida tanto atractivo como respeto.

Siempre hay alguna cosa de santo, de grande en las aspiraciones del corazon aunque esté degradado, que, por primera vez, se abre al reconocimiento; y hasta entonces nadie habia puesto á Monte-de-San-Juan en estado de esperimentar el religioso ardor de este sentimiento tan nuevo para ella.

Al cabo de algunos minutos, Flor-celestial se estremeció ligeramente, se enjugó una lágrima y se puso á coser con actividad.

—No quereis dejar el trabajo durante el recreo, mi buen ángel salvador? dijo Monte-de-San-Juan á la Guillabaora.

—No he dado dinero para comprar la canastilla.... debo poner mi parte en trabajo.....replicó la jóven.

—Vuestra parte!... mi buen Dios!...pues á no ser por vos, en lugar de este buen género muy blanco, de este bombasi de tanto abrigo para vestir á mi hijo, no tendria sino los harapos que arrastraban por el lodo del patio....Estoy muy reconocida á mis compañeras, han sido muy buenas conmigo....es verdad....pero vos! Oh vos!....Como os diré esto? añadió la pobre criatura titubeando y muy embarazada para espresar su pensamiento.—Mirad, repuso, ese es el sol, no es así?...ese es el sol?....

—Si, Monte-de-San-Juan...veamos, os escucho, respondió Flor-celestial inclinando su cara hácia la horrible figura de su compañera.

—Dios mio!...vais á burlaros de mí, repuso esta, tristemente quiero meterme á hablar....y no sé...

—Seguid, Monte-de-San-Juan.

—Teneis unos hermosos ojos de ángel.....dijo

la presa contemplando á Flor-celestial con una especie de éstasis, me animan...vuestros hermosos ojos..... Veamos, voy á decir lo que queria. Ese es el sol, no es así? calienta mucho, alegra la cárcel, es muy agradable verlo y sentirlo, no es verdad?

—Sin duda....

—Pero una suposicion.....ese sol....no se ha hecho por sí solo, y si se está reconocido á él con mas fuerte razon al.....

—Al que lo ha criado, no es así, Monte-de-San-Juan?.... Teneis razon tambien, á ese se le debe rogar, adorar...es Dios.

—Eso es.....esa es mi idea, gritó alegremente la presa; eso es, debo estar reconocida á mis compañeras; pero debo rogaros, adoraros, á vos, Guillabaora, porque vos sois la que las habeis hecho buenas para mí, en vez de malas que eran.

—A Dios es á quien se deben dar las gracias, Monte-de-San-Juan, y no á mí.

—Oh! sí...me habeis hecho así... á él pues es á quien se deben dar gracias.

—Sí; mi pobre Montes-de-San-Juan... implorad-le á menudo...Ese será el mejor modo de probarme que me amais.....

—Si os amo....Guillabaora, Dios mio!..No os acordais de lo que deciais á las demas presas para impedir que me pegasen? «No es solo á ella á quien pegais, sino tambien á su hijo.....Pues bien.... lo mismo me sucede al amaros; no es solamente por mí por lo que os amo, es tambien por mi hijo.

—Gracias, gracias, Monte-de-San-Juan, me dais gusto diciendo eso.

Y Flor-celestial conmovida dió la mano á su compañera.

—Que bella manita de hada!....que blanca y que chiquita! dijo Monte-de-San-Juan, retirándose como si temiese tocar aquella graciosa mano con las suyas feas y rojas.

Sin embargo, despues de titubear un momento, tocó con sus labios la punta de los dedos delicados que le presentaba Flor-celestial; luego, arrodillándose, se puso á contemplarla con atencion, con un recogimiento cuidadoso y profundo.

—Venid pues á sentaros aquí....junto á mí, le dijo la Guillabaora.

—Oh! eso....nunca....nunca....

—Por qué?

—Respeto la disciplina, como decia en otro tiempo mi valiente Monte-de-San-Juan; soldados juntos, oficiales juntos, cada uno con sus iguales.

—Estais loca....entre nosotras dos no hay ninguna diferencia.....

—Ninguna diferencia....mi buen Dios! Y decis eso, cuando os veo como os veo, tan hermosa como una reina; oh!...dejadme aquí de rodillas, veros bien, bien como ahora...Vaya... quien sabe...aunque sea yo un verdadero monstruo, mi hijo se os parecerá quizá...dicen que algunas veces con una mirada....sucede eso.

Luego, por un escrúpulo de delicadeza increible en una criatura de aquella especie, temiendo haber humillado ó lastimado á Flor-celestial con este singular deseo, Monte-de-San-Juan añadió tristemente.

—No, no, digo esto chanceando, vaya, Guillabaora,.....no me atreveré á miraros sin que me lo permitais....Mi hijo será tan feo como yo..... que me importa...no lo querré menos por eso; pobrecito infeliz, no ha pensado en nacer, como se dice.....Y si vive.....que será de él?....dijo con

un aire sombrio y abatido.—Ay!...si....que será de él, Dios mio?

La Guillabaora se estremeció al oir estas palabras.

En efecto, que llegaria á ser el hijo de esta miserable, envilecida, desgraciada, pobre y despreciada... que suerte...que porvenir...

—No penseis en eso, Monte-de-San-Juan, repuso Flor-celestial; tened esperanza de que vuestro hijo hallará personas caritativas.

—Oh! no se tiene dos veces la misma suerte, Guillabaora, dijo amargamente Monte-de-San-Juan meneando la cabeza.—Os he hallado....á vos..... esta es ya una grande casualidad...y mirad, sea dicho sin ofenderos, mejor hubiera querido que mi hijo tubiese la dicha que yo.

—Rogad, rogad, Dios os oirá.

—Vamos, rogaré si os agrada, Guillabaora, quizá eso me hará feliz; en efecto, quien me hubiera dicho cuando la Loba me pegaba, y que era el yunque de todo el mundo, que se habia de hallar aquí un buen angelito salvador que, con su dulce voz, seria mas fuerte que todo el mundo, y que la Loba, que es tan fuerte y tan malvada?....

—Si, pero la Loba ha sido muy buena para vos, cuando reflecsionó que debiais ser compadecida doblemente.

---Oh! eso es verdad....gracias á vos, y no lo olvidaré nunca...Pero decid, Guillabaora, por qué, al otro dia, pidió cambiar de cuadra....ella que, á pesar de su cólera, parecia no poder pasar sin vos?

---Como es eso?

---En vez de reñir ó de amenazar á todas, está triste, y aislada en los rincones; si se le ha-

bla, vuelve la espalda, y no responde....Al presente verla muda, á ella que gritaba siempre, es cosa que pasma! Y luego una muger me ha dicho una cosa, pero no lo creo.

—Que?

—Dice que ha visto llorar á la Loba.... Llorar la Loba, es imposible.....

—Pobre Loba....por causa mia es por lo que ha querido cambiar de cuadra.....la he entristecido sin querer, dijo la Guillabaora suspirando.

—Entristecer vos á alguien, mi buen ángel salvador.....

En este momento la inspectora, Mad. Armand, entró en el patio.

Despues de haber buscado con la vista á Flor-celestial, se fué á ella con aire satisfecho y sonriéndose.

—Buena noticia, hija mia.

—Que decis, señora? esclamó Flor-celestial levantándose.

—Vuestros amigos no os han olvidado; han obtenido que seais puesta en libertad...El señor director acaba de recibir la órden.

—Será posible, señora! Ah! que felicidad, Dios mio.....

La agitacion de Flor-celestial fue tan violenta que perdió el color, se puso la mano sobre el corazon que palpitaba con violencia, y volvió á sentarse en el banco.

—Calmaos, hija mia, le dijo Mad. Armand con bondad; afortunadamente estos estremecimientos no son peligrosos.

—Ah! señora, cuanto reconocimiento!....

—Sin duda la señora marquesa de Harville es la que ha obtenido vuestra libertad.... Ahí está una señora de edad, encargada de conduciros á casa

de las personas que se interesan por vos..... Esperadme, vuelvo por vos, tengo que hacer algunas advertencias en el taller.

Seria difícil pintar la espresion de la desesperacion triste que turbó las facciones de Monte-de-San-Juan, al saber que su buen ángel salvador como llamaba á la Guillabaora, iba á salir de San Lázaro.

El dolor de esta muger era causado menos por el temor de volver á ser el burro de la cárcel que por la pena de verse separada del solo ser que le habia manifestado interes.

Monte-de-San-Juan, sentada al pié del banco, llevó sus manos á dos pelluzgones de cabellos erizados que salian en desórden de su viejo gorro negro, como para arrancárselos; luego, esta violenta afliccion dando lugar al abatimiento, dejó caer la cabeza, y quedó muda, inmóvil, con la cara tapada con las manos, y los codos apoyados sobre las rodillas.

No obstante su alegria por salir de la cárcel, Flor-celestial no pudo dejar de temblar un momento á la memoria del Mochuelo y del Dómine, acordándose de que estos dos monstruos le habian hecho jurar no informar á sus bienhechores de su triste suerte.

Estos funestos pensamientos se borraron pronto del ánimo de Flor-celestial, ante la esperanza de volver á ver á Bouqueval, á Mad. Georges, á Rodolfo, á quien queria recomendar á la Loba y á Martial; le parecia tambien que el sentimiento exaltado que se reprendia de sentir respecto á su bienhechor no estando ya alimentado por la tristeza y por la soledad, se calmaria cuando volviese á sus ocupaciones rústicas, en que tanto queria tomar parte con los buenos y sencillos habitantes de la hacienda.

Pasmada del silencio de su compañera, silencio cuya causa no sospechaba, la Guillabaora le tocó ligeramente en el hombro, diciéndole:

---Monte-de-San-Juan, pues ya estoy libre.... podré seros útil en alguna cosa?

Al sentir la mano de la Guillabaora, la presa se estremeció, dejó caer sus brazos, y volvió su cara anegada en lágrimas hácia la jóven.

Brillaba en la cara de Monte-de-San-Juan un dolor tan amargo, que desaparecia su fealdad.

---Dios mio!... que teneis? le dijo la Guillabaora, como llorais.

---Os vais? murmuró la presa con voz interrumpida por el llanto; no habia pensado que de un memento á otro saldriais de aquí...., y que no os veré mas..,. nunca.... mas....

---Os aseguro que siempre me acordaré de vuestra amistad....

---Cuando estaba sentada ahí en el suelo á vuestros pies..... me parecia que estaba segura.....que no tenia ya nada que temer. No digo esto por los porrazos que las demas van quizá á volverme á pegar..... tengo la vida dura..... Pero me parecia que érais mi buena suerte y que hariais feliz á mi hijo, nada mas que porque os habeis compadecido de mí. Esto es verdad: cuando una está habituada á que la maltraten es mas sensible á la bondad de otras; luego, interrumpiéndose para llorar mas, esclamó:---Vamos, está concluido..... está concluido..... Esto debia suceder de un dia á otro.... es culpa mia no haber pensado nunca en ello..... Está concluido..... nada mas..... nada mas.....

---Vamos, ánimo, me acordaré de vos, como vos de mí.....

—Oh! en cuanto á eso..... primero me harian

pedazos que hacerme olvidaros; si llego á ser vieja, tan vieja como las calles, siempre tendré delante de mis ojos vuestra bella cara de ángel. La primer palabra que enseñaré á mi hijo será vuestro nombre, Guillabaora; porque os deberá no haberse muerto de frio.

—Escuchadme, Monte-de-San-Juan, dijo Florcelestial enternecida con el afecto de esta miserable; no puedo prometeros nada para vos....aunque conozco personas muy caritativas; pero para vuestro hijo.... es diferente.... está inocente de todo, y las personas de que os hablo querrán quizá encargarse de hacerlo educar cuando pudiereis separaros de él....

—Separarme de él..... nunca! oh! nunca! gritó Monte-de-San-Juan con exaltacion.—Que seria de mi ahora que cuento con él?....

—Pero..... como lo educareis? varon ó hembra es menester que sea honrado, y para eso....

—Es menester que coma el pan con honra, no es asi, Guillabaora? Lo creo, eso es lo que ambiciono, todos los dias me lo digo; en saliendo de aqui, no daré ningun mal paso.... me meteré á trapera, á barrendera de calles, pero honrada; esto se debe hacer si no por una, á lo menos por su hijo cuando se tiene el honor de tener uno, dijo con una especie de orgullo.

—Y quien cuidará de vuestro hijo mientras que estuviereis trabajando? repuso la Guillabaora; no valdria mas si es posible, como lo espero, colocarlo en el campo en casa de buena gente que hiciesen de él una buena moza de hacienda ó un buen labrador? Iriais de tiempo en tiempo á verle, y un dia hallariais quizá medio de reuniros para siempre: en el campo se vive con tan poco!

—Pero separarme de él, separarme de él.....,

Fundo todo mi contento en él, yo que no tengo á nadie que me ame.

—Es menester pensar en él mas que en vos, mi pobre Monte-de-San-Juan; dentro de dos ó tres dias, escribiré á Mad. Armand, y si la súplica que pienso hacer en favor de vuestro hijo tiene buen éxito, no tendreis ya que decir de él lo que ahora poco tanto me partió el corazon: "Ay, Dios mio! que será de él?»

La inspectora, Mad. Armand, interrumpió esta conversacion; venia por Flor-celestial.

Despues de haberse de nuevo deshecho en llanto, y bañado de lágrimas desesperadas las manos de la jóven, Monte-de-San-Juan cayó en el banco, no pensando sino en la promesa que Flor-celestial acababa de hacerle respecto á su hijo.

—Pobre criatura!.... dijo Mad. Armand saliendo del patio seguida de Flor-celestial.—Su reconocimiento me da mejor opinion de ella.

Al saber que la Guillabaora estaba agraciada, las demas presas, léjos de mostrarse celosas de este favor, manifestaron alegria; algunas rodearon á Flor-celestial y la despidieron con la mayor cordialidad, y la felicitaron francamente por su pronta salida de la cárcel.

—No le hace, dijo una de ellas, esta rubita nos hizo pasar un buen momento.... y fué cuando echamos un guante para la canastilla de Monte-de-San-Juan.

Esto no se olvidará en San Lázaro.

Asi que Flor-celestial salió del edificio de las prisiones conducida por la inspectora, le dijo esta:

—Ahora, hija, id á la roperia donde dejareis los vestidos de presa para poneros los de aldeana, que, por su sencillez rústica, os sentaban tan bien; adios... vais á ser feliz, porque vais á poneros bajo la

proteccion de personas recomendables ; y salis de esta casa para no volver á entrar en ella.—Pero... mirad..... no sé lo que me digo , añadió Mad. Armand cuyos ojos se llenaron de lágrimas , me es imposible ocultaros cuanto afecto os he cobrado, pobre niña!

Luego , viendo que los ojos de Flor-celestial se humedecian tambien , dijo la inspectora :—Quereis, entristecer vuestra partida?

—Ah! señora.... no debo á vuestra recomendacion que esa señora , á quien debo mi libertad, se haya interesado por mí?

—Sí , y me tengo por feliz por haberlo hecho; mis presentimientos no me han engañado.....

En este momento sonó la campana.

—Esta es la hora del trabajo en los talleres, me es preciso ir.... adios otra vez ; adios, mi querida hija....

Y Mad. Armand , tan conmovida como Flor-celestial , la abrazó tiernamente ; luego dijo á uno de los empleados de la casa.

—Llevad á la señorita á la roperia.

Un cuarto de hora despues, Flor-celestial , vestida de aldeana como la vimos en la hacienda de Bouqueval , entraba en la alcaidia donde la esperaba Mad. Seraphin.

El ama de gobierno del escribano Santiago Ferrad venia por esta desgraciada niña para conducirla á la isla del Mariscador.

CAPITULO II.

RECUERDOS.

Santiago Ferrand había obtenido fácil y prontamente la libertad de Flor-celestial, libertad que dependia de una simple decision administrativa.

Instruido por el Mochuelo de hallarse la Guillabaora en San Lázaro, se dirigió inmediatamente á uno de sus clientes, hombre respetable é influyente, diciéndole que una jóven en un principio estraviada pero sinceramente arrepentida y recientemente encerrada en San Lázaro, arriesgaba, por el contacto de las demas presas, que se debilitasen quizá sus buenas resoluciones. Habiéndole sido muy recomendada esta jóven por personas respetables que debian encargarse de ella cuando saliese de la cárcel, añadia Santiago Ferrand, suplicaba á su poderoso cliente, en nombre de la moral, de la religion, y de la reabilitacion futura de aquella desgraciada, que solicitase su libertad.

Finalmente, el escribano, para ponerse al abrígo de toda pesquiza ulterior, rogó encarecidamente

á su cliente que no lo nombrase en la solicitud de esta buena obra; este deseo, atribuido á la modestia filantrópica de Santiago Ferrand, hombre tan religioso como respetable, fué observado escrupulosamente; la libertad de Flor-celestial fué solicitada y obtenida solo á nombre del cliente que para colmo de cortesania, envió á Santiago Ferrand la órden para que saliese, á fin de que pudiese remitirla á los protectores de la jóven.

Mad. Seraphin, al entregar esta órden al director de la cárcel, añadió que estaba encargada de conducir á la Guilfabaora á casa de las personas que se interesaban por ella.

Vistas las escelentes noticias dadas por la inspectora á Mad. de Harville acerca de Flor-celestial, nadie dudó que esta debiese su libertad á la intercesion de la marquesa.

El arma de gobierno del escribano no podia escitar la desconfianza de su víctima.

Mad. Seraphin tenia como se dice vulgarmente, *apariencias de buena muger*; era menester mucha observacion para notar algo de insidioso, de falso, de cruel en su mirada embelesadora, en su hipócrita sonrisa.

A pesar de su profunda maldad, que la habia hecho cómplice ó confidente de los crímenes de su amo, Mad. Seraphin no pudo dejar de impresionarse de la interesante belleza de la jóven, que habia entregado cuando chica al Mochuelo, y que conducia entonces á una muerte cierta.....

—Y bien, mi querida señorita, le dijo Mad. Seraphin con voz melosa, estareis muy contenta con salir de la cárcel?

—Oh! sí, señora; y sin duda lo debo á la proteccion de Mad. de Harville, que ha sido tan buena conmigo!

—No os engañeis.... Pero venid.... nos hemos detenido un poco.... y tenemos que andar mucho.

—Vamos á la hacienda de Bouqueval á casa de Mad. Georges, no es así.... señora? esclamó Flor-celestial.

—Sí..... vamos al campo.... á casa de Mad. Georges, dijo el ama de gobierno para alejar toda sospecha del ánimo de Flor-celestial; luego añadió con un aire de maliciosa ingenuidad:—Pero hay mas, antes de ver á Mad. Georges, os espera una nueva sorpresa, venid.... nuestro coche de alquiler está á la puerta.... Que suspiro vais á dar al salir de aquí.... querida señorita.... Vamos, marchemos.... A vuestro servicio, señores.

Y Mad. Seraphin, despues de haber saludado al alcaide y á su dependiente, bajó con la Guillabaora.

Las siguió un empleado para abrir las puertas.

Acabada de cerrarse la última se hallaban debajo del pórtico que está en la calle del Arrabal de San Dionisio, cuando se encontraron con una jóven que iba sin duda á visitar á alguna presa.

Era Rigolette... Rigolette siempre guapa y coqueta. Un gorrito muy sencillo, pero nuevo y adornado con cintas color de guindas acompañaba á sus trensas de pelo negro, y guarnecia su linda carita; una garganta muy tersa lucia bajo su cuello. Traia en el brazo un canastillo de paja; gracias á su paso de gata cuidadosa y aseada, sus zapatos de suelas gruesas estaban muy limpios aunque venia, ay! de muy lejos la pobre niña.

—Rigolette! esclamó Flor-celestial al reconocer á su antigua compañera de cárcel (1) y de paseos campestres.

(1) El lector se acordará que en la relacion que hizo á Rodolfo de los primeros años de su vida en la conversa-

—Guillabaora! dijo á su vez la costurera.

Y las dos jóvenes se echaron en los brazos una de otra.

Nada mas encantador que el contraste de estas dos muchachas de 16 años afectuosamente abrazadas, ambas tan hechiceras, y sin embargo tan diferentes en fisonomía y en belleza.

La una rubia, con ojos grandes y melancólicos, perfil de una pureza ideal, un poco descolorida, un poco triste, un poco espiritualizado como las adorables aldeanas de Grenze, un colorido tan fresco y tan trasparente.... mezcla inefable de imaginacion, de candor y de gracia.

La otra morena agraciada, megillas redondas y encarnadas, lindos ojos negros, risa natural, cara alegre, tipo maravilloso de juventud, de pocos cuidados y de alegria, ejemplo raro y sencible de la felicidad en la indigencia, de la honradez en el abandono.

Despues de haberse hecho mútuas caricias, las dos jóvenes se miraron....

Rigolette estaba rebozando de alegria con este encuentro.... Flor-celestial confusa....

La vista de su amiga le recordaba los pocos dias de tranquila felicidad que habian precedido á su primera degradacion.

—Eres tú.... que dicha!.... decia la costurera...

—Dios mio, sí, que dulce sorpresa!..... hace tanto tiempo que no nos vemos!..... respondió la Guillabaora.

—Ah! ahora no me admiro de no haberte visto seis meses hace.... repuso Rigolette notando los

---

cion que tuvo con él en casa de la tia Quica, la Guillabaora habló de Rigolette, que, muchacha vagamunda como ella, habia estado encerrada hasta los diez y seis años en una casa de detencion.

vestidos rústicos de la Guillabaora, habitais en el campo?....

—Sí.... hace algun tiempo, dijo Flor-celestial bajando los ojos.

—Y vienes, como yo, á ver á alguna presa?

—Sí.... vengo.... vengo de ver á una, dijo Flor-celestial tartamudeando y sonrojándose de vergüenza.

—Y te vuelves á tu casa? léjos de Paris sin duda? querida Guillabaorita.... siempre buena, te reconozco muy bien.... Te acuerdas de aquella pobre parida á quien diste tu colchon, tus sábanas, y el poco dinero que te quedaba, y que íbamos á gastar al campo?.... porque entonces eras aficionada al campo.... señorita aldeana....

—Y tú, Rigolette, eras complaciente! pues ibas á él por mí.

—Y por mí tambien.... porque tú que estabas siempre muy seria, te ponias tan contenta, tan alegre, tan juguetona en el campo y en los bosques.... que verte allí.... era para mí un placer.... Pero déjame que te mire otra vez! Que bien te sienta ese lindo gorro redondo.... estás muy guapa.... Indubitablemente, era tu vocacion llevar un gorro de aldeana, como la mia de costurera..... Estás á tu gusto, debes estar contenta.... eso no me admira.... Cuando no te he visto, me decia á mí misma: La buena Guillabaorita no está hecha para Paris, es una verdadera flor de las selvas, como dice la cancion, y estas flores no viven en la capital, su aire no es bueno para ellas... Asi la Guillabaora se colocará en casa de gente buena en el campo: eso es lo que has hecho, no es así?

—Sí, dijo Flor-celestial poniéndose encarnada.

—Tengo que hacerte una acusacion....

—A mi?

—Debias habérmelo prevenido.... no se deja asi á las personas de hoy á mañana.... ó al menos sin darles noticias.

—Yo.... dejé á Paris.... tan pronto, dijo Flor-celestial cada vez mas confusa, que no pude....

—Oh! no te desazones por eso; estoy muy contenta con volverte á ver.... En efecto, has tenido mucha razon en dejar á Paris, vaya, es tan difícil vivir aqui tranquila, sin contar con que una pobre muchacha sola como lo somos nosotras puede hacerse mala sin quererlo..... Cuando no hay nadie que nos aconseje..... tenemos tan poca defensa.... los hombres nos hacen siempre tan bellas promesas, y luego, á veces la miseria es tan dura.....Mira, te acuerdas de Julia que era tan bonita? y de Rosina, la rubia con ojos negros?

—Si.... me acuerdo de ellas.

—Pues bien, mi pobre Guillabaora, las dos fueron engañadas, luego abandonadas, y en fin, de desgracia en desgracia, vinieron á parar en ser mugeres de mala vida de las que se encierran aqui....

—Ah! Dios mio, esclamó Flor-celestial bajando la cabeza y poniéndose encarnada.

Rigolette, engañándose acerca del sentido de la esclamacion de su amiga, repuso:

—Son culpables, despreciables.... pero, mi buena Guillabaora, porque hemos tenido la dicha de permanecer honradas, tú porque te has ido á vivir al campo con buena gente aldeana, yo porque no tenia tiempo que perder con los enamorados... que les preferia mis pájaros, y que cifraba todo mi placer en tener, gracias á mi trabajo, un lindo ajuar, es menester no ser muy severas con las demas.... Dios mio! quien sabe si la ocasion, el

engaño, la miseria, no han tenido la mayor parte en la mala conducta de Rosina y de Julia..... y si en su lugar no hubiéramos nosotras hecho lo mismo que ellas....

—Oh! dijo amargamente Flor-celestial, no las acuso..... las compadezco....

—Vamos, vamos, tenemos prisa, querida señorita, dijo Mad. Seraphin ofreciendo con impaciencia el brazo á su víctima.

—Señora, concedednos todavia algunos momentos; hace tanto tiempo que no veo á mi pobre Guillabaora, dijo Rigolette.

—Es tarde, señorita, ya son las tres, y tenemos que andar mucho, respondió Mad. Seraphin muy incómoda con este encuentro; luego añadió:

---Os doy todavia diez minutos....

---Y tú? prosigió Flor-celestial tomando las manos de su amiga; tienes tan buen carácter, estás siempre alegre? siempre contenta?

---Lo estaba hace algunos dias..... contenta y alegre, pero ahora...

---Tienes penas?

—Yo? ah! sí, me conoces.... un verdadero Rogero-Buen-tiempo.... No he cambiado.... pero por desgracia todo el mundo no es como yo.... Y como los demas tienen penas, eso hace que yo las tenga....

---Siempre buena...

---Que quieres? Figúrate que vengo aquí á ver á una pobre muchacha.... una vecina.... la cordera de Dios á quien se acusa sin razon y que es digna de compasion, vaya; se llama Luisa Morel, es hija de un honrado artesano que se ha vuelto loco por ser tan desgraciado....

Al nombre de Luisa Morel, una de las víctí-

mas del escribano, Mad. Seraphin se estremeció y miró muy atentamente á Rigolette.

La cara de esta le era absolutamente desconocida; sin embargo el ama de gobierno puso desde entonces mucha atencion en la conversacion de las dos jóvenes.

---Pobre muger! repuso la Guillabaora, que contenta debe estar de que no la olvides en su desgracia!

---Hay mas; así como me ves, vengo de muy léjos.... y tambien de una cárcel..... pero de una cárcel de hombres.

---De una cárcel de hombres, tú?

---Ah! Dios mio, si tengo allí otro pobre parroquiano muy triste.... así, ves mi canastillo (y Rigolette lo mostró), está dividido en dos, cada uno á su lado; hoy traigo á Luisa un poco de ropa blanca, y antes he llevado tambien alguna cosa al pobre Germain..... mi preso se llama Germain. Mira, no puedo pensar en lo que acaba de sucederme con él sin que me den ganas de llorar.... es una bestialidad, sé que no vale la pena pero en fin soy así.

---Y por qué tienes ganas de llorar?

---Figurate que Germain es tan desgraciado en estar confundido con la gente mala de la cárcel que está enteramente decaido, no tiene gusto para nada, no come y se pone flaco visiblemente... Yo lo noto, y me digo: no tiene hambre, voy á hacerle una golosina que le gustaba mucho cuando era vecino mio, le agradará..... Cuando digo golosina, entendamonos, es tan solo buenas papas amarillas, amasadas con un poco de leche y azúcar; lleno una linda tasa muy limpia, y luego se la llevo á su cárcel diciendole que yo misma he preparado este regalito, como otras veces, en

el buen tiempo, comprendes; creo darle así un poco de ganas de comer,... ah bien! sí....

---Como?

---Le dió gana de llorar, cuando vió la tasa en que tantas veces habia yo tomado leche delante de él; se echó á llorar á lágrima viva.... y, por remate de cuenta, concluí haciendo lo que él, aunque quise abstenerme; no tengo suerte, creia hacer bien..... consolarlo, y lo contristé mas....

---Sí, pero esas lágrimas le serian tan dulces!!...

---No le hace, hubiera querido consolarlo por otro estilo; pero te hablo de él sin decirte quien es; es un antiguo vecino mio.... el mozo mas honrado del mundo, tan amable, tan tímido como una doncella, y á quien queria yo como á un compañero, como á un hermano.

---Oh! entonces, concibo que sus penas vengan á ser tuyas.

---No es verdad? Si vieras que buen corazon tiene; cuando me iba, le pregunté, como siempre, si tenia que encargarme algo, diciéndole riéndome, á fin de alegrarlo un poco, que era su ama de gobierno y que seria muy exacta y muy activa, para hacer lo que me mandase. Entonces él, esforzándose para sonreirse, me pidió que le llevase una novela de Walter Scott que en otro tiempo me habia leido por las noches mientras yo trabajaba; la novela se titula *Ivan.....Ivanhoe...*, sí, eso es.... Me gustaba tanto este libro que me lo leyó dos veces.... Pobre Germain, era tan complaciente.

---Es que quiere recordar el feliz tiempo pasado ...

---Ciertamente, pues me suplicó fuese al mismo gabinete de lectura, no á alquilar, sino á comprar los mismos tomos que leiamos juntos...

Si, comprarlos.... y juzga tú que para él es un sacrificio, porque es tan pobre como nosotras.

—Escelente corazon! dijo la Guillabaora enteramente conmovida.

—Ya estas enternecida como yo.... cuando me hizo este encargo, mi buena Guillabaorita; pero debes saber, que mientras mas ganas tenia yo de llorar... mas procuraba reirme; porque llorar dos veces en una visita, hecha espresamente para alegrarlo, era muy duro.... para distraerlo, me puse á recordarle las gracias de la historia de un judio.... un personage de la novela que tanto nos gustaba en otro tiempo..... Pero mientras mas hablaba mas me miraba con gordas, gordas lágrimas en los ojos.... Vaya, esto me traspasó el corazon; habia podido contenerme un cuarto de hora..... y concluí por hacer lo que él: cuando lo dejé, sollozaba, y me decia, furiosa con mi tontera: Si es este el modo de consolarle y de alegrarle, es gana ir á verle; yo que me prometia hacerle reir....

Al nombre de Germain, otra victima del escribano, Mad. Seraphin habia redoblado su atencion....

—Y que ha hecho, ese jóven, para estar preso? preguntó Flor-celestial.

—El! esclamó Rigolette cuyo enternecimiento cedió á la indignacion, está perseguido por un viejo monstruo de escribano..... que es tambien el denunciador de Luisa.

—De Luisa, á quien vienes á ver aquí?

—Sin duda, era sirviente del escribano, y Germain su cajero.... Seria muy largo decirte de que acusa muy injustamente á este pobre mozo... Pero lo que hay de seguro es que este hombre malvado está como rabioso con estos dos desgracia-

dos que nunca le han hecho daño.... Pero, paciencia, á cada uno le llega su vez....

Rigolette pronunció estas palabras con una espresion que inquietó á Mad. Saraphin. Mezclándose en la conversacion en lugar de permanecer estraña á ella, dijo á Flor-celestial con aire embelezador.

---Mi querida señorita, es tarde, es preciso partir.... nos esperan; bien comprendo que lo que os dice la señorita os interesa, porque yo no conozco á la jóven ni al hombre de que habla, y me aflijo. Dios mio! es posible que haya personas tan malas... Y como se llama ese pícaro escribano de quien hablais, señorita?

Rigolette no tenia razon alguna para desconfiar de Mad. Seraphin, sin embargo, acordándose de las recomendaciones de Rodolfo, que le habia mandado guardar la mayor reserva acerca de la proteccion oculta que prestaba á Germain y á Luisa, sintió haberse dejado llevar á decir: paciencia, á cada uno le toca su vez.

---Ese hombre se llama Mr. Ferrand, repuso Rigolette, añadiendo muy habilmente, para reparar su indiscrecion:

---Y es tanto peor para él atormentar á Luisa y á Germain, cuanto que nadie se interesa por ellos.... escepto yo.... que no les sirvo para gran cosa.

---Que desgracia! replicó Mad. Seraphin, habia esperado lo contrario, cuando dijisteis: Pero paciencia.... creia que contabais con algun protector para sostener á esos desgraciados contra el malvado escribano.

---Ay! no, señora, añadió Rigolette, á fin de desvanecer completamente las sospechas de Mad. Seraphin. Quien seria tan generoso que tomase

el partido de estos dos pobres jóvenes, contra un hombre rico y poderoso, como Mr. Ferrand?

---Oh! hay corazones bastantes generosos para eso! repuso Flor-celestial despues de un momento de reflexion y con una exaltacion contenida. Si, conozco á uno que tiene por deber proteger á los que padecen y defenderlos: porque es tan benéfico con las personas honradas como temible para los malvados.

Rigolette miró á la Guillabaora con admiracion, y estuvo á punto de decirle, pensando en Rodolfo, que tambien conocia á uno que tomaba valerosamente el partido del débil contra el fuerte: pero, siempre fiel al encargo de su vecino (así llamaba ella al príncipe), le respondió á Flor-celestial:

---De veras? conoces á alguno tan bueno para ayudar á las personas pobres?

---Si!..... y aunque tengo ya que implorar su piedad y su beneficencia para otras personas, estoy segura que si supiese la desgracia no merecida de Luisa y de Mr. Germain, los salvaria y castigaria á su perseguidor.... porque su justicia y su bondad son inagotables como las de Dios.

Mad. Seraphin miró á su víctima con sorpresa.

---Esta niña seria aun mas peligrosa de lo que pensábamos? dijo para sí.—Si hubiese podido tener compasion de ella, lo que acaba de decir haria inevitable el accidente que va á librarnos de ella.

Rigolette, pensando que sus amigos no podian dejar de ganar teniendo dos defensores en vez de uno, dijo:

—Mi buena Guillabaorita, pues conoces una persona tan buena, te suplico que le recomiendes á mi Luisa y á mi Germain.

---Vive tranquila, te prometo hacer lo que pueda por tus protejidos con Mr. Rodolfo, dijo Flor-celestial.

---Mr. Rodolfo!.... esclamó Rigolette admirada en estremo.

---Sin duda.... dijo la Guillabaora.

---Mr. Rodolfo.... un comisionista viajante?

---No sé lo que es.... Pero por qué esa admiracion?

---Porque conozco tambien á un Mr. Rodolfo.

---Quizá sea el mismo.

---Veamos..... veamos: el tuyo..... como es?

---Jóven.

---Asi es.

---Una cara llena de nobleza y de bondad.....

---Tambien es así.... pero Dios mio! es todo como el mio, dijo Rigolette mas pasmada, y añadio:—Es moreno? tiene bigotes pequeños?.....

---Sí.

---Es alto y delgado, tiene cuerpo gracioso... y el porte de un comisionista viajante... Y es así tambien el tuyo?

---Sin duda, es él, respondió Flor-celestial; lo que me admira, es que tu crees que es un comisionista viajante.

---En cuanto á esto, estoy segura.... él me lo ha dicho....

---Le conoces?

---Si le conozco, es vecino mio.

---Mr. Rodolfo?

---Tiene una vivienda en el cuarto piso, al lado de la mia.

---El.... él...

---Que hay de estraño en esto? es muy sencillo.... no gana sino mil quinientos ó mil ochocientos francos al año, no puede tener mas que una

habitacion modesta, aunque parece que no es hombre muy económico..... porque ni aun sabe lo que le cuesta la ropa.... mi querido vecino.

---No, no...no es el mismo...dijo Flor-celestial reflexionando.

---Ah ya! el tuyo es un fenix?

---El de que yo hablo, Rigolette, dijo Flor-celestial con entusiasmo, es muy poderoso.... su nombre no se puede pronunciar sino con veneracion... su aspecto confunde, impone.... y dan ganas de arrodillarse ante su grandeza y su bondad.

---Entonces no sé que pensar, mi pobre Guillabaora... digo lo que tú, no es el mismo; porque el mio ni es muy poderoso, ni imponente. Es muy buen muchacho, muy alegre, y no se arrodillan delante de él, por el contrario, me prometió ayudarme á encerar mi vivienda, sin contar con que debia llevarme á paseo los Domingos... Bien ves que eso no es propio de un gran señor... Pero en qué pienso? tengo el corazon en el paseo!.... Y Luisa y mi pobre Germain! mientras estubieren presos, no habrá diversion para mí.

Durante algunos momentos Flor-celestial reflexionaba profundamente, se habia de pronto acordado que cuando habló con Rodolfo por primera vez en casa de la tia Quica, tenia el esterior y el lenguage de los parroquianos del Conejo-blanco. No podia representar el papel de comisionista viajante con Rigolette?

Pero cual era el objeto de esta nueva transformacion?

La costurera repuso, viendo el aire pensativo de Flor-celestial:

---No hay necesidad de quebrarte la cabeza por eso, mi buena Guillabaora, sabremos muy bien si conocemos al mismo Mr. Rodolfo; cuando vie-

res al tuyo, háblale de mí; en viendo yo al mio, le hablaré de ti.... de esta manera, sabremos inmediatamente á que atenernos.

—Y donde vives, Rigolette?

—Calle del Temple, número 17.

—Esta es una cosa rara y buena de saber, dijo para sí Mad. Seraphin que habia escuchado atentamente esta conversacion.—Este Mr. Rodolfo, misterioso y omnipotente personage, que se hace sin duda pasar por comisionista viajante, ocupa una habitacion inmediata á la de esta costurerita, que tiene apariencias de saber mas de lo que quiere decir, y este defensor de los oprimidos vive como ella en casa de Morel y de Bradamanti.... Bueno! bueno! si la costurera y el fingido comisionista viajante continuan mezclándose en lo que no les importa, se sabrá donde encontrarlos.

—Así que hable á Mr. Rodolfo, le escribiré, dijo la Guillabaora, y le daré mis señas, para que puedas responderme; pero repíteme las tuyas.... temo que se me olviden.

—Toma, justamente traigo un billete de los que doy á mis parroquianos, y dió á Flor-celestial un billetito en que estaba escrito con hermosa letra bastardilla.—"Señorita Rigolette, costurera, calle del Temple, número 17.» Parece impresa, no es así? añadió la costurera; el pobre Germain me escribió en aquel tiempo estos billetes; era tan bueno, tan oficioso! Mira, se diria que no he notado sus escelentes prendas hasta despues que ha sido desgraciado.... y ahora estoy siempre reconviniéndome de haber esperado tan tarde para amarle.

—Lo amas?

—Ah! sí!..... Esra menester un pretesto para

ir á verlo á la cárcel....Confiesa que soy una picarona, dijo Rigolette, ahogando un suspiro y *riéndose en sus lágrimas*, como dice el poeta.

---Eres buena y generosa como siempre, dijo Flor-celestial apretando cariñosamente las manos de su amiga.

Mad. Seraphin habia sin duda comprendido bastante por la conversacion de las jóvenes, porque dijo casi ásperamente á Flor-celestial:

---Vamos, vamos, querida señorita, marchemos; es tarde, hemos perdido un cuarto de hora.

---Parece que es regañona, esta vieja...., no me gusta su cara, dijo Rigolette á Flor-celestial. Luego prosiguió en voz alta:—Cuando vengas á Paris, mi buena Guillabaora, no me olvides; tu vista me dará tanto placer! estaré tan contenta en pasar un dia contigo, en enseñarte mi ajuar, mi vivienda, mis pájaros!.... Tengo pájaros.... es mi lujo.

---Procuraré irte á ver, pero de cierto te escribiré; vamos, adios Rigolette.... adios.... Si supieses cuan feliz soy en haberte encontrado...

---Y yo, tambien... pero no será esta la última vez, lo espero; y luego estoy tan impaciente por saber si tu Rodolfo es el mismo que el mio..... Escríbeme sobre este asunto, te lo suplico....

---Si, si.... adios, Rigolette....

—Adios, mi buena Guillabaorita.

Y las dos jóvenes se abrazaron tiernamente disimulando su conmocion.

Rigolette entró en la cárcel para ver á Luisa, gracias al permiso que le habia proporcionado Rodolfo.

Flor-celestial subió á un coche de alquiler con Mad. Seraphin, la cual mandó al cochero fuese

á Batignoles y parase en la barrera.

Un camino de travesia muy corto conducia desde este parage casi directamente á la orilla del Sena, no léjos de la isla del Marisecador.

Flor-celestial, no conociendo á Paris, no habia podido advertir que el coche no seguia el camino de la barrera de San Dionisio. Solamente cuando paró en Batignoles dijo á Mad. Seraphin, que la invitaba á bajar:

—Me parece, señora, que este no es el camino de Bouqueval..... y como hemos de ir á pié hasta la hacienda?

—Todo lo que puedo deciros, mi querida señorita, replicó cordialmente el ama de gobierno, es que ejecuto las órdenes de vuestros bienhechores.... y les dariais una gran pena si vacilaseis en seguirme.....

—Oh! señora, no lo penseis, esclamó Flor-celestial; sois enviada por ellos, no tengo ninguna pregunta que haceros..... os sigo ciegamente: decidme tan solo, Mad. Georges, sigue bien?

—Sigue muy bien.

—Y.... Mr. Rodolfo?

—Lo mismo.

—Lo conoceis, señora; pero ahora, cuando hablaba de él con Rigolette..... no dijisteis nada de él?

—No debia decir nada.... aparentemente. Tengo mis instrucciones.

—Y es él quien os las ha dado?

—Que curiosa es esta señorita, que curiosa es!... dijo sonriéndose el ama de gobierno.

—Teneis razon; perdonad mis preguntas, señora. Pues vamos á pié al parage á que me conducis, añadió Flor-celestial sonriéndose dulcemente, pronto sabré lo que deseo.

—En efecto, mi querida señorita, antes de un cuarto de hora..... habremos llegado.

El ama de gobierno, habiendo dejado atras las últimas casas de Batignoles, siguió con Flor-celestial un camino cubierto de céspedes guarnecido de nogales.

El dia estaba templado y hermoso; el cielo medio cubierto de nubes purpúreas por occidente, el sol, comenzando á declinar, despedia sus rayos oblicuos sobre las alturas de Colombe, en la otra banda del Sena.

A medida que Flor-celestial se aproximaba á las orillas del rio, sus mejillas se coloraban ligeramente y respiraba con delicias el aire puro del campo. Su interesante fisonomia espresaba una satisfaccion tan dulce que Mad. Seraphin le dijo:

—Parece que estais muy contenta, mi querida señorita?

—Oh! si, señora.... voy á ver á Mad. Georges, quizá á Mr. Rodolfo.... Tengo que recomendarle unas pobres criaturas muy desgraciadas.... espero que las consuele... como no he de estar contenta? Si estubiese triste, como no se habia de borrar mi tristeza? Y no veis... el cielo está tan alegre con sus nubes sonrosadas! y la yerba..... está verde á pesar de la estacion, y allá abajo.... allá abajo... detras de aquellos sauces, el rio.... que grande es, Dios mio, el sol brilla en él, como relumbra.... se diria que eran reflejos de oro.... asi brillaba ahora en el agua del estanque pequeño de la cárcel.... No olvida Dios á las pobres presas... Tambien les da sus rayos de sol, añadió Flor-celestial con una especie de reconocimiento religioso; luego, llevada por el recuerdo de su cautividad á apreciar mejor todavia la felicidad de ser libre, esclamó en un arrebato de alegria natural:

—Ah! señora.... y allí en medio del río, no veis aquella graciosa islita cercada de sauces y álamos con aquella casa blanca á orilla del agua; que deliciosa debe ser aquella habitacion en el verano cuando sus árboles esten cubiertos de hojas! Que silencio, que frescura debe haber allí....

—A fe mia, dijo Mad. Seraphin con una rara sonrisa, me alegro mucho que os parezca tan bien esa isla.

—Por qué?

—Porque vamos allá.

—A aquella isla?

—Sí, os sorprende esto?

—Un poco.

—Y si hallaseis allí á vuestros amigos?

—Que decis?

—A vuestros amigos reunidos para celebrar vuestra salida de la cárcel, no os sorprenderiais aun mas agradablemente?

—Seria posible?..... Mad. Gerges?..... Mr. Rodolfo?

—Mirad, mi querida señorita, soy tan sencilla como un niño..... Con vuestro airecito inocente, me hariais decir lo que no debo.

—Voy á verlos.... Oh! como me palpita el corazon....

—No andeis tan de prisa! Concibo vuestra impaciencia, pero apenas puedo seguiros....

—Perdonad, señora, tengo tanta prisa por llegar....

—Eso es muy natural.... no os lo reprehendo, por el contrario....

—El camino por donde vamos es malo, quereis mi brazo, señora?

— No es de despreciar, mi querida señorita... porque sois ágil y vivaracha, y yo vieja.

—Apoyaos bien sobre mí, no tengais miedo de incomodarme.....

---Gracias, mi querida señorita, vuestra ayuda no está de mas, esta cuesta es tan pendiente.... en fin ya estamos en un bello camino.

---Ah! es verdad, voy á ver á Mad. Georges? no puedo creerlo.

---Tened un poco mas de paciencia.... dentro de un cuarto de hora.... la vereis y entonces lo creereis!.....

---Lo que no puedo comprender, añadió Flor-celestial despues de reflexionar un momento, es que Mad. Georges me espere allí, en vez de esperarme en la hacienda.

---Siempre curiosa, esta querida señorita, siempre curiosa!....

---Que indiscreta soy, no es así? dijo Flor-celestial sonriéndose.

---Tambien, para castigaros, debo deciros que vuestros amigos os disponen una sorpresa.

---Una sorpresa?.... á mí?

---Mirad, dejadme tranquila, picarilla, me hariais todavia hablar á pesar mio.

Dejarémos á Mad. Seraphin y á su víctima en el camino que conduce al rio.

Las precederémos algunos momentos en la isla del Mariscador.

CAPITULO III.

LA BARQUILLA.

Durante la noche, el aspecto de la isla habitada por la familia Martial era siniestro, pero á la brillante claridad del sol nada mas alegre que aquella maldita morada.

Rodeada de sauces y de álamos blancos, casi enteramente cubierta de una espesa yerba, donde serpenteaban algunas veredas de arena amarilla, la isla contenia una huerta pequeña y un gran número de árboles frutales. En medio de este vergel se veia la barraca con techo de paja donde Martial queria retirarse con Francisco y Armandina. Por este lado, la isla terminaba en punta con una especie de empalizada formada de gruesas estacas con el fin de contener el hundimiento de las tierras.

Delante de la casa, tocando casi en el desembarcadero, habia una especie de emparrado, destinado á sostener en el verano las enredaderas de la dulcamara y del lúpulo, bóveda de verdor bajo la cual se ponian entonces las mesas de los bebedores.

En uno de los estremos de la casa, pintada de

blanco y cubierta con tejas, una leñera con un desvan encima formaba un pequeño costado mucho mas bajo que el cuerpo principal. Casi encima de este costado se veia una ventana con postigos forrados con planchas de hierro, sujetas en la pared con fuertes grapas.

Tres barquillas estaban amarradas en las estacas del embarcadero.

Nicolas, agachado en el fondo de una de estas barquillas, se aseguraba del buen estado de la válvula.

En pié, sobre un banco situado fuera del emparrado, Calabaza, con la mano puesta sobre los ojos á manera de pantalla, miraba á lo léjos en la direccion que Mad. Seraphin y Flor-celestial debian seguir para ir á la isla.

—Nadie parece todavia, ni vieja, ni moza, dijo Calabaza bajándose del banco y dirigiéndose á Nicolas, será como ayer. Habremos esperado para el obispo....Si estas mugeres no llegan antes de media hora.....será preciso irnos; el golpe de Brazo-rojo vale mas, nos espera....La corredora debe ir á las cinco á su casa, en los Campos Elíseos....es menester que lleguemos antes que ella. Esta mañana nos lo volvió á decir el Mochuelo...

—Tienes razon, replicó Nicolas, dejando su barquilla.—Mate un rayo á la vieja que nos hace trabajar para nada. La válvula está bien....á las mil maravillas....de los dos negocios no tendremos quizá uno.....

—Fuera de esto, Brazo-rojo y Barbillon necesitan de nosotros, los dos no pueden nada.

—Es verdad; porque mientras que se dé el golpe, será menester que Brazo-rojo esté fuera de su taberna para acechar, y Barbillon no es bastante fuerte para llevar él solo á la corredora al sótano...la vieja se resistirá.

—No nos decia el Mochuelo, riéndose, que tenia al Dómine *á pupilo* en aquel sótano?

—No en ese.....En otro que es mucho mas hondo, y que se inunda cuando sube la marea.

—Debe estar el Dómine desesperado en ese sótano...Estar allí dentro enteramente ciego.

—No veria claro aunque tubiese vista; el sótano es oscuro como boca de lobo.

—No le hace, cuando acabe de cantar todos los romances que sabe, el tiempo debe parecerle muy largo.

—El Mochuelo dice que se divierte en cazar ratas que en el sótano abundan...

—Digo, Nicolas, á propósito de los particulares que deben aburrirse y desesperarse, repuso Calabaza con una sonrisa feroz, señalando con el dedo á la ventana formada de planchas de hierro, allí está uno que debe comerse la sangre....

—Vaya...está durmiendo...desde esta mañana no da golpes...y su perro está mudo...

—Quizá lo mate para comerselo...de dos dias acá ambos deben rabiar de hambre y de sed por allí dentro.

—Allá se las hayan....Martial puede durar todavia largo tiempo asi, si eso le divierte....Cuando concluya....se dirá que ha muerto de enfermedad; esto no importa nada.

—Lo crees?

—A buen seguro. Yendo esta mañana á Asnieres, madre encontró al tio Ferot, el pescador. Como estrañaba no haber visto dos dias á su amigo Martial, madre le dijo que no se hallaba levantado de la cama, pues estaba malo, y deshauciado...El tio Ferot se tragó esto como una miel... lo dirá á otros y cuando la cosa sucediere....parecerá muy sencillito.

—Sí, pero no morirá inmediatamente, de esta manera va muy largo.

—Que quieres; no ha habido medio de hacerlo de otro modo. El desesperado Martial cuando se pone á ello, es malo como un diablo y fuerte como un toro, y no nos hubiéramos podido acercar á él sin riesgo, mientras su puerta una vez bien clavada por fuera, que es lo que podra hacer? Su ventana tiene reja.—Mira ..podia quitar los hierros... ahuecando la pared con su cuchillo, lo que hubiera hecho, si subida en la escala no le hubiese estropeado las manos á hachazos, todas las veces que queria comenzar su obra.

—Que ocurrencia! dijo el bandido burlandose; te divertirias mucho!

—Era preciso dar tiempo para que llegases con la plancha que fuiste á buscar á casa del tio Micoud.

—Debia babear de colera.....el querido hermano!

—Rechinaba los dientes como un endemoniado; dos ó tres veces quiso empujarme dandome con un palo por entre las rejas; pero entonces, no teniendo mas que una mano libre, no podia trabajar y arrancar la reja....Esto es lo que necesitaba.

—Afortunadamente no hay chimenea en su habitacion!

—Y la puerta es sólida y él tiene las manos destrozadas! á no ser así, seria capaz de horadar el techo....

—Y las vigas? Pasaria por medio de ellas? No, no, vaya, no hay cuidado que se escape; los postigos están cubiertos con planchas y asegurados con dos barras de hierro, la puerta clavada por fuera con clavos de tres pulgadas.....Su ataud es

mas sólido que si fuese de roble y de plomo.

—Y cuando la Loba, al salir de la cárcel, venga aquí á buscar á su hombre...como le llama?...

—Y bien! se le dirá....búscalo...

—A propósito, sabes que si mi madre no hubiera encerrado á los miserables niños, hubieran sido capaces de roer la puerta como ratones para librar á Martial. El ruincito Francisco es un verdadero demonio desde que sospecha que hemos enfardado al hermano mayor.

—Ah ya! pero se les va á encerrar en la habitacion de arriba, mientras que vamos á dejar la isla? En su ventana no hay reja; no tienen mas que bajar fuera....

En este momento, gritos y llantos, que salian de la casa, llamaron la atencion de Calabaza y de Nicolas. Vieron la puerta del piso bajo, hasta entonces abierta, cerrarse con violencia: un minuto despues, la figura pálida y siniestra de la madre de Martial apareció enmedio de las rejas de la ventana de la cocina.

Con su largo y descarnado brazo, la viuda del ajusticiado hizo señal á sus hijos que fuesen donde ella estaba.

—Vamos, hay una pelotera; apuesto á que es todavia Francisco que se resiste, dijo Nicolas.—Picaro Martial, á no ser por él, este muchachuelo despreciable hubiera estado del todo solo...Sigue observando, y si ves venir las dos hembras, llámame.

Mientras que Calabaza, subida en el banco acechaba la llegada de Mad. Seraphin y de la Guillabaora, entró Nicolas en la casa.

Armandina, arrodillada en medio de la cocina, lloraba y pedia perdon para su hermano.

Este, irritado, amenazante, aculado en uno de

los ángulos de la pieza, blandía la hachuela de Nicolas y parecia decidido á hacer esta vez una resistencia desesperada á la voluntad de su madre.

Siempre impasible, siempre silenciosa, mostrando á Nicolas la boca del sótano que tenia la entrada por la cocina y cuya puerta estaba entreabierta, la viuda hizo señal á su hijo de que encerrase allí á Francisco.

—No se me encerrará, gritó resueltamente el niño, cuyos ojos brillaban como los de un gato montes.—Quereis dejarme morir de hambre con Armandina, como á nuestro hermano Martial.

—Mamá...,por el amor de Dios, dejaros arriba en nuestro cuarto, como ayer, pidió la niña con tono suplicante, juntando las manos....en el sótano oscuro, tendrémos mucho miedo.....

La viuda miró á Nicolas con aire de impaciencia para reconvenirlo de no haber aun ejecutado sus órdenes; luego, con un nuevo gesto imperioso, le señaló á Francisco.

Viendo su hermano que iban hacia él, blandió su hachuela como desesperado, y gritó:

—Si se me quiere encerrar ellí, sea mi madre, mi hermano ó Calabaza, tanto peor,..doy y, cuidado que el hacha corta.

Nicolas, lo mismo que la viuda, conoció la necesidad de impedir que los dos niños fuesen á socorrer á Martial mientras la casa quedase sola, y de evitar que tuvieran conocimiento de las escenas que iban á pasar, porque desde su ventana se descubria el rio donde trataban de ahogar á Flor-celestial.

Pero Nicolas, tan feroz como cobarde, y temiendo recibir un golpe de la peligrosa hachuela con que estaba armado su hermano, vacilaba en acercarse á él.

La viuda, enfadada con la inaccion de su hijo mayor, lo empujó asperamente hácia Francisco.

Pero Nicolas, retrocediendo de nuevo, dijo.

—Si me hiere....que he de hacer, madre? Bien sabeis que voy á necesitar de mis brazos ahora, y todavia me resiento del golpe que me dió el bribon de Martial....

La viuda se encogió de hombros con desprecio, y dió un paso hacia Francisco.

—No os acerqueis, madre, gritó Francisco enfurecido, ó vais á pagarme todos los porrazos que nos habeis dado á Armandina y á mí.

—Hermano....déjate mejor encerrar....Oh! por Dios...no pegues á madre, gritó Armandina asustada.

De repente vió sobre una silla un cobertor grande de lana, que habia servido para aplanchar; lo cogió, lo dobló por medio y lo tiró diestramente sobre la cabeza de Francisco, que, no obstante sus esfuerzos, hallándose embarazado bajo sus muchos pliegues, no pudo hacer uso de su arma.

Entonces Nicolas se echó sobre él, y ayudado de su madre, lo llevó al sótano.

Armandina habia permanecido arrodillada en medio de la cocina; asi que vió la suerte de su hermano, se levantó vivamente, y, á pesar de su terror, fué por sí sola con él á la triste habitacion.

Encerraron con llave al hermano y á la hermana.

—Tambien el bribon de Martial tiene la culpa de que estos dos niños estén ahora como desencadenados con nosotros! dijo Nicolas.

—No se oye ya nada en su vivienda desde esta mañana, dijo la viuda con aire pensativo y estremeciéndose, nada.....

—Eso prueba, madre, que hiciste bien en decir al tio Ferot, el pescador de Asnieres, que Martial hacia dos dias estaba en cama, enfermo de peligro ...Así, cuando todo se dijere, no se sorprenderán...

Despues de un momento de silencio, y como si hubiese querido librarse de un pensamiento penoso, la viuda repuso ásperamente:

—Ha venido el Mochuelo mientras estaba yo en Asnieres?

—Sí, madre.

—Por qué no se quedó para acompañarnos á casa de Brazo-rojo?....desconfio de ella.

—Va!....desconfiais de todo el mundo, madre... hoy es del Mochuelo, ayer era de Brazo-rojo.

—Brazo-rojo está en libertad, mi hijo está en Tolon.....é hicieron el mismo robo.

—Siempre repetis eso.... Brazo-rojo se escapó, porque es fino como el ámbar....no hay mas..... El Mochuelo no se ha quedado aquí, porque tenia una cita á las dos cerca del Observatorio, con el gran señor vestido de luto, por cuenta del cual robó á aquella jóven aldeana con ayuda del Dómine y de Jorobeta, siendo ademas Barbillon el que gobernaba el coche de alquiler que el gran señor del luto alquiló para aquel negocio. Vamos, madre, como quereis que el Mochuelo nos denuncie, pues nos dice los golpes que da....y nosotros no le decimos los nuestros?..... porque no sabe nada de lo que vamos á hacer ahora....Estad segura, madre, los lobos no se comen unos á otros ...El dia será bueno; cuando pienso que la corredora suele tener veinte, treinta mil francos de diamantes en su saquillo, y que antes de dos horas la tendremos en el sótano de Brazo-rojo!.. Treinta mil francos en diamantes!....

---Y mientras que tuviéremos á la corredora, Brazo-rojo permanecerá fuera de la taberna? dijo la viuda como sospechosa.

---Y donde quereis que esté? Si viene alguien á su casa, es preciso que responda, y que impida que se acerquen al parage donde nosotros despachamos nuestro negocio...

—Nicolas...Nicolas...gritó de repente Calabaza desde fuera, ahi están las dos mugeres...

—Pronto, pronto, madre, vuestro pañolon, voy á conduciros á tierra, esto será muy bueno, dijo Nicolas.

La viuda habia reemplazado su marmota de luto con un gorro de tul negro. Se puso un pañolon grande de cuadros oscuros y blancos, cerró la puerta de la cocina, puso la llave detras de uno de los postigos del piso bajo, y siguió á su hijo al embarcadero.

Casi á pesar suyo, antes de dejar la isla, lanzó una larga mirada á la ventana de Martial, frunció las cejas, se mordió los labios: despues de un repentino y nuevo estremecimiento, murmuró en vos baja:—El tiene la culpa.....,él tiene la culpa.....

—Nicolas....las ves...allá abajo...en la falda del cerrillo hay una aldeana y otra muger, gritó Calabaza señalando, al otro lado del rio, á Mad. Seraphin y á Flor-celestial que bajaban una vereda que daba vuelta á un tajo bastante elevado desde donde dominaba un horno de yeso.

—Esperemos la señal, no vayamos á hacer un mal trabajo, dijo Nicolas.

—Estás ciego? No conoces á la muger gorda que vino antes de ayer?...Mira su pañolon color de naranja. Y la aldeanita, como se da prisa.... es todavia muy niña...bien se vé que no sabe lo que la espera.

—Sí, conozco á la muger gorda. Vamos, esto se anima...esto se anima. Ah! convengamos bien en el golpe, Calabaza; dijo Nicolas:—Yo meteré á la vieja y á la jóven en la barquilla de válvula..... tú me seguirás en la otra de cabo á cabo...y atencion en remar bien para que de un salto pueda echarme en la barquilla asi que hubiere alzado la válvula y se anegue la mia.

—No tengas miedo, no es la primera vez que remo, no es asi?

—No tengo miedo de ahogarme....sabes como nado....pero si no saltase á tiempo á la otra barquilla....las mugeres, bregando por no ahogarse, podrian agarrarse á mi...y gracias...no tengo ganas de beber tanta agua como ellas.

—La vieja hace señas con su pañuelo, dijo Calabaza, allí están en la orilla.

—Vamos, vamos, embarcaos madre, dijo Nicolas desamarrando, venid á la barquilla de válvula....Así, las dos mugeres no desconfiarán de nada....Y tú, Calabaza, salta á la otra, y brazos... hija mia...rema duro...Ah! mira, toma mi vichero, ponlo á tu lado, tiene una punta como una lanza....podrá servir, y vamos andando! dijo el bandido, poniendo en la barquilla de Calabaza un largo vichero armado con un hierro agudo.

En pocos instantes, las dos barquillas conducidas la una por Nicolas y la otra por Calabaza, llegaron á la orilla donde Mad. Seraphin y Flor-celestial esperaban hacia algunos minutos.

Mientras que Nicolas amarraba su barquilla á una estaca que habia en la orilla, Mad. Seraphin se acercó á él y le dijo en voz baja y muy rápidamente:—Decid que Mad. Georges nos espera; luego el ama de gobierno prosiguió en voz alta:

—Hemos tardado un poco, hijo mio?

---Sí, mi buena señora. Mad. Georges ha preguntado muchas veces por vos.

---Veis, mi querida señorita, Mad. Georges nos espera, dijo Mad. Seraphin volviéndose á Flor-celestial que, no obstante su confianza, habia sentido oprimirsele el corazon al ver las fatales figuras de la viuda, de Calabaza y de Nicolas....Pero el nombre de Mad. Georges la tranquilizó, y respondió:

---Estoy tan impaciente por ver á Mad. Georges; afortunadamente la travesia no es larga.....

—Cuanto va á alegrarse esa querida señora, dijo Mad. Seraphin.—Luego dirigiéndose á Nicolas: vamos, hijo, arrimad un poco mas vuestra barquilla para que podamos embarcarnos.—Y añadió en voz muy baja: es preciso absolutamente ahogar á la niña; si sale encima del agua, zambullidla....

—Eso está dicho, y vos, no tengais miedo; cuando os hiciere una seña, dadme la mano....Ella sola se ahogará....todo está preparado.....no teneis nada que temer, respondió muy bajo Nicolas. Despues, con una impasibilidad feroz, sin conmoverle la hermosura ni la juventud de Flor-celestial, le dió el brazo.

La jóven se apoyó en él ligeramente y entró en la barquilla.

—Aquí, mi buena señora, dijo Nicolas á Mad. Seraphin.

Y le ofreció la mano á su vez.

Fuese presentimiento, desconfianza ó solo temor de no saltar con mucha agilidad de la embarcacion en que se hallaba la Guillabaora y Nicolas cuando se fuese á fondo, el ama de gobierno de Santiago Ferrand dijo á Nicolas retirándose:

—En efecto.... iré en la barquilla de la señorita,

se colocó junto á Calabaza.

—En hora buena, dijo Nicolas trocando una mirada espresiva con su hermana.

Y con la punta de su remo dió un vigoroso impulso á su barquilla.

Su hermana lo imitó así que Mad. Seraphin estubo á su lado.

En pie, inmóvil, en la orilla, indiferente á esta escena, la viuda, pensativa y absorvida, fijaba su mirada en la ventana de Martial que se distinguia desde la playa por en medio de los álamos.

Durante este tiempo, las dos barquillas, la primera de las cuales llevaba á Flor-celestial y á Nicolas y la otra á Mad. Seraphin y á Calabaza, se alejaron lentamente de la tierra.

CAPITULO IV.

FELICIDAD DE VOLVERSE A VER.

Antes de hacer saber al lector el desenlace del drama que pasaba en la barquilla de válvula de Martial, volverémos atras.

Pocos momentos despues de haber Flor-celestial dejado á San Lázaro con Mad. Seraphin, la Loba habia tambien salido de la cárcel.

Gracias á las recomendaciones de Mad. Armand y del director, que querian premiar su buena accion con Monte-de-San-Juan, se habian perdonado á la querida de Martial algunos dias de cautividad que le quedaban que sufrir.

Ademas se habia verificado un cambio completo en el alma de esta criatura hasta entonces corrompida, envilecida, indómita.

Teniendo sin cesar presente en el pensamiento la pintura de la vida pacífica, tosca y solitaria presentada á sus ojos por Flor-celestial, la Loba habia cobrado horror á su vida pasada.

Ya libre, no pensó sino en volver á ver á su *hombre* como ella decia. Habia muchos dias que no tenia noticias de él. Con la esperanza de encontrarlo en la isla del mariscador, y decidida á

esperarlo si no lo hallaba, subió en un carrocin que pagó con largueza, y se hizo conducir rápidamente al puente de Asnieres, que atravesó como un cuarto de hora antes que Mad. Seraphin y Flor-celestial, yendo á pié desde la barrera, hubiesen llegado á la orilla junto al horno de yeso.

Cuando Martial iba á tomar á la Loba en su barquilla para llevarla á la isla, se dirigia esta á un pescador viejo llamado el tio Ferot, que habitaba cerca del puente.

A las cuatro de la tarde paró pues un carrocin en una calle pequeña del pueblo de Asnieres. La Loba dió cien sueldos al cochero, y de un brinco se puso en tierra.

Habia dejado su vestido de la cárcel y llevaba un trage de merino verde oscuro, un pañolon encarnado con palmas, y un gorro de tul negro guarnecido de cintas; sus cabellos espesos, crespos, apenas estaban peinados. Con su impaciente ardor de ver á Martial, se habia vestido con mas prisa que cuidado.

Despues de una separacion tan larga, cualquiera otra hubiera tomado tiempo para ponerse *hermosa* para la primera entrevista, pero la *Loba* se curaba poco de estas delicadezas y de estas detenciones. Antes de todo, queria ver á *su hombre* lo mas pronto posible, deseo impetuoso, no solamente causado por uno de aquellos amores apasionados que exaltan algunas veces las almas hasta el frenesí, sino tambien por la necesidad de confiar á Martial la resolucion saludable que habia tomado á consecuencia de su conversacion con Flor-celestial.

Pronto llegó la Loba á casa del pescador.

Sentado delante de su puerta, el tio Ferot, anciano de cabellos blancos, componia sus redes.

La Loba, así que lo vió desde léjos, gritó:

—Vuestra barquilla.....tio Ferot.....pronto..... pronto...

—Ah! sois vos, bien venida...Hace mucho tiempo que no os veia por acá.

—Si pero vuestra barquilla.....pronto y á la isla.

—Ah! parece cosa de la suerte, mi buena niña, es imposible por hoy.

—Como?

—Mi muchacho tomó mi barquilla para ir á San Ouen con los otros para una regata...No hay una barquilla en toda la playa desde aqui hasta el remanso....

—Voto á brios! esclamó la Loba dando una patada apretando los puños, que me suceda esto?

—En verdad! á fe de tio Ferot.....siento mucho no poder conduciros á la isla..... porque sin duda está mas malo.....

—Mas malo?...quien?

—Martial....

—Martial....gritó la Loba cogiendo al tio Ferot por el cuello, mi hombre está malo?

—Sin duda; pero vais á desgarrarme la blusa.....estaos quieta.

—Está malo! y desde cuando?

—Hace dos ó tres dias.

—Es falso! me lo hubiera escrito.

—Ah! si, pero está demasiado malo para escribir.....

—Demasiado malo para escribir? Está en la isla? estais seguro de ello?

—Voy á deciroslo.....Figuraos que esta mañana encontré á la viuda Martial....Ordinariamente cuando la veo por un lado, me voy por el otro... porque no me gusta su sociedad.....entonces.....

—Pero mi hombre.....mi hombre donde está....

—Esperad... Encontrandome con su madre manos á boca, no pude dejar de hablarle; tiene tan mala cara, que siempre me causa miedo...es mas fuerte que yo...Hace dos dias que no veo á Martial, le dije, está fuera?....—Me miró con unos ojos.....pero que ojos!! que me hubieran matado si hubiesen sido pistolas, como dijo el otro.

—Me achicharrais....que mas?....que mas?.....

El tio Ferot guardó silencio un momento, luego prosiguió:

—Sois una buena muchacha; prometedme guardar secreto, y os diré toda la cosa...como la sé...

—Acerca de mi hombre?

—Si....porque, ya veis, Martial es un buen muchacho, aunque de mala cabeza, y, si le sucediese alguna desgracia por causa de su vieja madre y de su pícaro hermano, seria lástima....

—Pero que pasa?...Que es lo que le han hecho su madre y su hermano?....donde está? eh....hablad pues!....hablad pues!....

—Vamos, bien, dale con agarrarme la blusa... dejadme.....Si seguis interrumpiéndome destruyendo mi ropa, no podré nunca concluir y no sabreis nada.

—Oh! que paciencia! gritó la Loba pateando de cólera.

—No direis á nadie lo que os voy á contar?

—No, no, no!

—Bajo palabra de honor?

—Tio Ferot, vais á causarme una sofocacion...

—Oh! que muchacha! que muchacha! tiene mala cabeza. Vamos, sigo. Desde luego es menester deciros que Martial tiene cada vez mas peloteras con su familia....y que no me admiraria le diesen un golpe....Por eso siento no tener mi bar-

quilla, porque si contais con las de la isla, para ir allá....os engañais....No será Nicolas ó la miserable Calabaza quienes os conducirán....

---Lo sé...Pero que os dijo la madre de mi hombre? Es en la isla donde ha caido malo?

---No me embrolleis, lo que hay es esto: esta mañana dije á la viuda:---Hace dos dias que no veo á Martial, su barquilla está amarrada....está fuera?---Entonces la viuda me miró con un aire maligno.—«Está malo en la isla y tan malo que «no saldrá de la enfermedad»—Dije yo para mi sayo: Como es esto? Hace tres dias que....Y bien! que? ... dijo el tio Ferot interrumpiéndose..... y bien! donde vais?....donde diablos corres ahora?...

Creyendo la vida de Martial amenazada por los habitantes de la isla, la Loba perdida de miedo, transportada de rabia, no escuchando ya al pescador, corrió á la orilla del Sena.

Son indispensables algunos pormenores *topográficos* para entender la escena siguiente.

La isla del Mariscador está mas cerca de la orilla izquierda del rio que de la derecha, donde se habian embarcado Flor-celestial y Mad. Seraphin.

La Loba se hallaba en la orilla izquierda.

Sin ser muy escarpada, la altura de las tierras ocultaba en toda su longitud la vista de una orilla á otra. Asi la querida de Martial no pudo ver embarcar á la Guillabaora, y la familia del mariscador no pudo ver á la Loba corriendo en aquel momento por la orilla opuesta.

Recordamos al lector que la casa de campo del doctor Griffon, donde habitaba temporalmente el conde de Saint-Remy, se elevaba en la mitad de la costa y cerca de la orilla donde la Loba llegaba desatinada.

Pasó sin verlas, junto á dos personas que, admiradas de su brusca apariencia, se volvieron para seguirla de léjos....Estas dos personas eran el conde de Saint-Remy y el doctor Griffon.

El primer movimiento de la Loba al saber el peligro de su amante, fué correr impetuosamente hacia el parage donde le creia en peligro. Pero á medida que se acercaba á la isla, pensaba en la dificultad de llegar. Segun lo habia dicho el viejo pescador, no debia contar con ninguna barquilla, y ninguno de la familia Martial querria ir á buscarla.

Jadeando, la cara purpurea, la vista relumbrante, se paró en frente de la punta de la isla que, formando una curba en aquel parage, se acercaba bastante á la orilla.

Por en medio de las ramas deshojadas de los sauces y de los álamos, divisó el techo de la casa en que Martial se moria quizá.....

A esta vista, dando un gemido feroz, se quitó el pañolon, el gorro, se dejó caer el trage hasta los pies, no se quedó con mas que el zagalejo, se metió intrepidamente en el rio, y anduvo á pié todo lo que pudo, luego perdiendolo, echó á nadar vigorosamente hácia la isla.....

Este fué un espectáculo de energia silvestre...

A cada brazada, la espesa y larga cabellera de la Loba, suelta por la violencia de sus movimientos, se estremecia al rededor de su cabeza como una melena oscura con reflejos bronceados.

A no ser por la fijeza de sus ojos incesantemente clavados en la casa de Martial, á no ser por la contraccion de sus facciones crispadas por terribles angustias, se hubiera creido que la querida del cazador furtivo jugaba con las ondas, tan libre, tan arrogantemente nadaba esta muger.

De repente resonó, por el otro lado de la isla, un grito de apuro....un grito de agonia terrible, desesperada.....

La Loba se estremeció y se paró ...

Luego sosteniéndose con una mano sobre el agua, echó con la otra á un lado su espesa cabellera, y escuchó.....

Se oyó un nuevo grito.....pero mas débil..... mas suplicante, convulsivo....espirante....

Y todo volvió á quedar en un profundo silencio.....

—Mi hombre! esclamó la Loba volviendo á nadar con furor.

En medio de su turbacion, creyó reconocer la voz de Martial.

El conde y el doctor, por junto á los cuales habia pasado corriendo, no pudieron seguirla bastante de cerca para oponerse á su temeridad.

Llegaron frente á la isla en el momento en que acababan de resonar los dos gritos espantosos.

Se pararon tan asustados como la Loba.....

Viendo á esta luchar intrépidamente contra la corriente esclamaron:

—La infeliz se va á ahogar!

Estos temores fueron vanos.

La querida de Martial nadaba como una nutria; con algunas brazadas, la intrépida criatura llegó á tierra.

Hizo pié, y se ayudaba, para salir del agua, con una de las estacas que formaban en la estremidad de la isla una especie de empalizada saliente, cuando de pronto, á lo largo de las estacas, llevado por la corriente.....pasó lentamente el cuerpo de una jóven vestida de aldeana.....su ropa la sostenia todavia sobre el agua.

Agarrarse con una mano á una de las estacas,

coger prontamente con la otra al paso á la muger por su ropa, tal fué el movimiento de la Loba, movimiento tan rápido como el pensamiento.

Trajo tan violentamente á sí y dentro de la estacada á la infeliz que salvaba, que desapareció un momento debajo del agua, aunque habia pié en aquel parage.

Dotada de una fuerza y de una destreza poco comunes, la Loba levantó á la Guillabaora (era ella) á quien aun no habia conocido, la tomó en sus robustos brazos como se toma á un niño, dió algunos pasos en el rio, y la puso en fin en la playa de la isla.

—Animo!...ánimo!...le gritó Mr. de Saint-Remy, testigo como el doctor Griffon de tan arriesgada accion. Vamos á pasar el puente de Asnieres y á socorreros en una barquilla.

En seguida los dos se dirigieron apresuradamente hácia el puente.

Estas palabras no fueron oidas por la Loba.

Repetimos que desde la orilla derecha del Sena donde se hallaban todavia Nicolas, Calabaza y su madre despues de su detestable crimen, no se podia absolutamente ver lo que pasaba en la otra orilla de la isla, gracias á lo escarpado de ella.

Flor-celestial, bruscamente traida dentro de la estacada, habiendose sumergido un momento, no apareció ya á sus asesinos, y debieron creer que su victima se habia ahogado.

Algunos minutos despues, la corriente llevaba otro cadáver entre dos aguas sin que la Loba lo viese....

El cuerpo del ama de gobierno del escribano.

Muerta...enteramente muerta....

Nicolas y Calabaza tenian tanto interes como Santiago Ferrand en hacer desaparecer este tes-

tigo, este cómplice de su nuevo crímen; así luego que la barquilla de válvula se hundió con Flor-celestial, Nicolas, saltando á la que conducia su hermana, y en la que se hallaba Mad. Seraphin, dió un violento sacudimiento á esta embarcacion, y se aprovechó del momento en que el ama de gobierno no se podia sostener para echarla al rio y rematarla de un yicherazo.

.....

Jadeando, cansada, la Loba arrodillada en la yerba al lado de Flor-celestial, recuperaba sus fuerzas y examinaba la cara de la que acababa de arrancar á la muerte.

Júzguese cual seria su estupor al reconocer á su compañera de cárcel.....

Su compañera, que habia tenido sobre su destino una influencia tan rápida, tan benéfica....

En medio de su pasmo, la Loba olvidó un momento á Martial.

---La Guillabaora!....esclamó.

---Y, con el cuerpo inclinado, apoyada en sus rodillas y en sus manos, la cabeza desgreñada, sus vestidos vertiendo agua, contemplaba á la infeliz niña tendida en el suelo casi espirando. Pálida, inanimada, los ojos entreabiertos y sin vista, sus hermosos cabellos rubios pegados á las sienes, sus labios morados, sus pequeñas manos ya tiesas, yertas.....la tubo por muerta.

---La Guillabaora!....repitió la Loba, que casualidad! yo que venia á decir á mi hombre el bien y el mal que me habia hecho con sus palabras y sus promesas....la resolucion que he tomado....Pobre niña! la encuentro aquí, muerta.., Pero no.....no....esclamó arrimándose mas á Flor-celestial, y sintiendo salir un aliento imperceptible de su boca:---No.....Dios mio! Dios mio! aun

respira....la he salvado de la muerte.....nunca me habia sucedido salvar á alguien....Ah!.....esto es bueno....esto anima.... Si, pero mi hombre, es menester salvarlo tambien.... Quizá estará agonizando....Su madre y su hermano son capaces de asesinarle..... No puedo dejar aqui á esta pobre niña....voy á llevarla á casa de la viuda: será preciso que la socorra y que me deje ver á Martial... ó lo destruyo todo, lo mato todo....Oh! no hay madre, ni hermana, ni hermano que valgan cuando se trata de mi hombre.

Y la Loba, levantándose al momento, cogió á Flor-colestial en sus brazos.

Cargada con este ligero peso, corrió hácia la casa, no dudando que la viuda y su hija, á pesar de su maldad, dejasen de dar los primeros sócorros á Flor-celestial.

—Cuando la querida de Martial llegó al punto mas alto de la isla desde donde podia descubrir las dos orillas del Sena, Nicolas, su madre y Calabaza se habian alejado.

Ciertos de haber ahogado á las dos iban á casa de Brazo-rojo.

En este momento un hombre que, emboscado junto al horno de yeso, habia invisiblemente asistido á tan horrible escena, se quitaba de la vista, creyendo, como los asesinos, que el crimen se habia ejecutado.....

Este hombre era Santiago Ferrand.

Una de las barquillas de Nicolas estaba amarrada en una estaca de la orilla donde se habian embarcado la Guillabaora y Mad. Seraphin.

Apenas habia Santiago Ferrand dejado el horno de yeso, Mr. de Saint-Remy y el doctor Griffon pasaban á toda prisa el puente de Asnieres, corriendo á la isla, contando con ir allá en la bar-

quilla de Nicolas que habian divisado desde léjos.

Con grande sorpresa suya, la Loba, al llegar cerca de la casa de los mariscadores, encontró la puerta cerrada.

Poniendo debajo del emparrado á Flor-celestial todavia sin sentido, se acercó á la casa....conocia la ventana de Martial....cual fué su sorpresa al ver los postigos de la ventana cubiertos con planchas de hierro, y sujetos por fuera con barras!

Penetrando una parte de la verdad, dió un grito ronco, retumbante, y se puso á llamar con todas sus fuerzas:

—Martial!.....hombre mio!.....,

Nadie respondió.

Espantada de este silencio, se puso á dar vueltas.....á dar vueltas alrededor de la casa como una bestia silvestre que husmea y busca bramando la entrada del cubil donde está encerrado su macho.

De cuando en cuando gritaba:

—Hombre mio, estas ahi? hombre mio!

Y, en medio de su rabia meneaba los hierros de la ventana de la cocina.....daba porrazos en la pared....empujaba la puerta.....

De repente un ruido sordo le respondió desde el interior de la casa.

La Loba se estremeció.....escuchó....

El ruido cesó.

—Mi hombre me ha oido.....es preciso entrar.., aunque tenga que roer la puerta con los dientes.

Y se puso á dar de nuevo su grito silvestre.

Muchos golpes dados, aunque sin vigor, en el interior de los postigos de Martial, respondieron á los aullidos de la Loba.

—Ahi está! gritó ella parándose de pronto debajo de la ventana de su amante.—Ahi está! si es menester, arrancaré la plancha con mis uñas... abriré esos postigos....,

Diciendo esto, reparó en una escalera grande medio colgada detras de una de las contra ventanas de la sala baja; tirando violentamente de ella hizo caer la llave escondida por la viuda sobre la repisa de la reja.

—Si abre, dijo la Loba metiendo la llave en la cerradura de la puerta de entrada, podré subir á su habitacion....Abre...., gritó con alegria; mi hombre se ha salvado....

Ya dentro de la cocina, le llamaron la atencion los gritos de los dos niños que, encerrados en el sótano y oyendo un ruido estraordinario, pedian socorro.

La viuda, creyendo que nadie iria á la isla ó á su casa durante su ausencia, se habia contentado con encerrar á Francisco y á Armandina, echando la llave, y dejandola puesta.

Puestos en libertad los dos hermanos salieron precipitadamente del sótano.

—Oh! Loba, sabed que quieren hacer morir á mi hermano Martial! gritó Francisco; hace dos dias que lo tienen tapiado en su cuarto.

—No le han herido?

—No, no, creo que no....

—Llego á tiempo! esclamó la Loba corriendo á la escalera: luego parandose despues de haber subido algunos escalones:

—Y olvido á la Guillabaora! dijo.—Armandina...fuego inmediatamente...tú y tu hermano....., traed y colocad junto á la chimenea á una pobre muchacha que se estaba ahogando; la he salvado... Está alli debajo del emparrado...Francisco, una palanqueta...un hacha ..una barra de hierro para echar abajo la puerta de mi hombre!

—Ahi está un instrumento que sirve para partir leña, pero es muy pesado para vos, dijo el mu-

chacho trayendo con trabajo un enorme martillo.

—Muy pesado! esclamó la Loba, y levantó sin trabajo esta mole de hierro que en cualquiera otra ocasion hubiera quizá alzado dificilmente.

Subiendo luego los escalones *cuatro á cuatro*, repitió á los dos niños:

—Corred por la jóven y arrimadla al fuego...

En dos saltos estaba la Loba en el estremo del corredor, á la puerta de Martial.

—Animo, hombre mio, aqui está tu Loba! gritó y alzando el martillo con las dos manos, de un golpe furioso hizo bambolear la puerta.

—Está clavada por fuera...Arranca los clavos, gritó Martial con voz débil.

Hincándose al momento en el corredor, con ayuda del martillo y de sus uñas que magulló y con sus dedos que destrozó, logró arrancar del suelo y de los dinteles muchos enormes clavos que condenaban la puerta.

En fin la puerta se abrió.

Martial, pálido, las manos ensangrentadas, cayó casi sin movimiento en los brazos de la Loba.

CAPITULO V.

LA LOBA Y MARTIAL.

En fin..... te poseo.... te tengo....

Gritó la Loba recibiendo y estrechando á Martial en sus brazos, con acento de gozo y de alegria de energia silvestre; luego, sosteniéndolo, casi llevándolo, le ayudó á sentarse en un banco que trajo del corredor.

Durante algunos minutos, Martial permaneció débil, esquivo, procurando reponerse de la violenta agitacion que habia agotado sus desfallecidas fuerzas.

La Loba salvaba á su amante en el momento en que, anonadado, desesperado, se sentia morir, menos aun por la falta de alimento que por la privacion de aire, imposible de renovar en una habitacion pequeña sin chimenea, sin salida y cerrada herméticamente, gracias á la atroz prevision de Calabaza, que habia tapado con trapos de lienzo hasta los menores agujeros de la puerta y de a ventana.

Palpitando de felicidad y de angustia, con los ojos bañados en lágrimas, la Loba acechaba los menores movimientos de la cara de Martial.

Este parecia renacer poco á poco respirando un aire puro y saludable.

Despues de algunos estremecimientos, alzó su pesada cabeza, dió un gran suspiro y abrió los ojos.

---Martial..... soy yo..... tu Loba..... como estas?

---Mejor, respondió con voz débil.

---Por dios,... que es lo que quieres? agua, vinagre?....

---No, no, repuso Martial, cada vez menos oprimido.... Aire.... oh..... aire..... nada mas que aire.....

La Loba, á riesgo de estropearse los puños, rompió los cuatro vidrios de una ventana que no hubiera podido abrir sin quitar una gruesa tabla.

---Ahora respiro..... respiro..... mi cabeza se descarga..... dijo Martial volviendo enteramente en sí.

Despues, como si se hubiese acordado del servicio que su querida le habia prestado, esclamó con una esplosion de inefable reconocimiento:

---A no ser por tí, hubiera muerto, mi valiente Loba...,

---Bien, bien..... como te encuentras ahora?

---Cada vez mejor....

---Tienes hambre?

---No, me siento muy débil.... Lo que me ha hecho padecer mas, era la falta de aire....Al fin.... me ahogaba..... me ahogaba..... era horroroso.

---Y ahora?

---Revivo.... salgo del sepulcro...,y salgo de él... gracias á tí!

---Pero tus manos.... tus pobres manos.... estas cortaduras..... Quien te las ha hecho, Dios mio?

—Nicolás y Calabaza, no atreviéndose á atacarme de frente por segunda vez, me encerraron en mi cuarto para dejarme morir de hambre..... Quise impedirles que clavasen mis postigos..... y mi hermana me cortó las manos á hachazos.

—Monstruos! querian hacer creer que habias muerto de enfermedad; tu madre habia ya estendido la voz que te hallabas deshauciado..... tu madre..... hombre mio.... tu madre.

—No me hables de ella.... dijo Martial con pena; luego, notando por primera vez los vestidos mojados y el estraño atavio de la Loba, dijo:—que te ha sucedido?.... tus cabellos chorrean..... estás en zagalejo.... está empapado en agua?

—Que importa.... estas salvado.... salvado.....

—Pero esplicame porque estás mojada.

—Sabia que estabas en peligro..... no hallé ninguna barquilla.....

—Y viniste á nado?

—Si..... pero tus manos.... dámelas y las besaré..... padeces..... monstruos!..... Y no estaba yo aqui.

—Oh! mi valiente Loba, esclamó Martial con entusiasmo, valiente entre todas las criaturas valientes.

—No has escrito aqui: *Muerte á los cobardes?*

Y la Loba enseñó su brazo, donde estaban escritas las palabras con caracteres indelebles.

—Intrépida..... vaya..... Pero tienes frio.....tiemblas.

—No tengo frio.

—No le hace. Entra allí..... toma la capa de Calabaza, te la pondras....

—Pero....

—Lo quiero.....

En un segundo, la Loba se envolvió en una capa de cuadros y estaba de vuelta.

---Por mi... haberte espuesto á ahogarte... repitió Martial mirándola con exaltacion.

---Por el contrario.... Una pobre jóven se estaba ahogando.... y la he salvado.... al llegar á la isla.....

---La has salvado.... tambien? donde está?

---Abajo, con los niños... tienen cuidado de ella.

---Y quien es esa jóven?

---Dios mio! si supieseis que casualidad..... Es una de mis compañeras de San Lázaro.... una jóven muy estraordinaria..... vaya.....

---Como?

---Figúrate que yo la amaba y la aborrecia, porque me infundió á la vez en el alma la muerte y la felicidad.

---Ella?

---Sí.... respecto á tí.

---A mí?

---Escucha... Martial... luego interrumpiendose, añadió:—Mira... no, no.... nunca me atreveré....

---¿A qué?

---Queria hacerte una súplica.... Venía á verte para ello.... porque cuando salí de Paris, no sabia que estuvieses en peligro.

---Pues bien!.... di.

---No me atrevo ya....

---No te atreves ya.... despues de lo que acabas de hacer por mí?

---Justamente..... tengo apariencias de pordiosear una recompensa.....

---Pordiosear una recompensa! No te la debo? No me asististe noche y dia en mi enfermedad del año pasado?

---Y no eres mi hombre?

---Debes hablarme francamente, porque soy tu hombre.... y lo seré siempre.

---Siempre..... Martial?

---Siempre.... tan cierto como me llamo Martial.... Para mi, no habrá en el mundo mas muger que tú, Loba.... Que hayas sido esto ó aquello.... no me importa... yo te amo... tu me amas... y te debo la vida... desde que has estado en la cárcel..... no soy el mismo..... Ha habido mucho de nuevo.... y tu no serás ya lo que has sido...

---Que quieres decir?

---No quiero dejarte mas... pero no quiero tampoco dejar á Francisco y Armandina...

---A tu hermanito y á tu hermanita?

---Si, desde hoy es preciso que sea para ellos como un padre... Bien ves que me impongo deberes.... estoy obligado á encargarme de ellos... quieren hacerlos ladrones consumados... para salvarlos... me los llevo.

---Donde?

---No sé... pero, para mas seguridad, léjos de Paris....

---Y yo?....

---Tu? Te llevo tambien....

---Me llevas?.... esclamó la Loba con un estupor lleno de alegria.---No podia creer en semejante dicha, no te dejaré?

---No.... mi valiente Loba, jamas!... me ayudarás á educar estos niños... Te conozco.... en diciendote: Quiero que mi pobre Armandita sea una muchacha honrada..... háblale de ello..... sé que tú serás para ellà..... una valiente madre...

---Oh! gracias, Martial... gracias....

---Vivirémos como trabajadores honrados; está segura, encontrarémos trabajo.... trabajarémos como negros... Pero al ménos estos niños no se-

rán bribones como mi padre y mi madre... no oiré llamarme hijo y hermano del guillotinado... en fin no pasaré mas por las calles... donde te conocen... Pero que es lo que tienes?... que es lo que tienes?...

---Martial temo.... volverme loca....

---Loca?

---Loca de contento.

---Por qué?

---Me lo preguntas?... oh Martial... Martial....

---Y bien?...

---Venia á pedirtelo....

---Dejar á Paris?....

---Si.... repuso precipitadamente, ir contigo á los bosques... donde tuviéramos una casita muy aseada, hijos que amaria. Oh! si, los amaria, como ama la Loba á su hombre, ó mas bien si quisiere, dijo temblando, en vez de llamarte mi hombre.... te llamaria mi marido... porque á no ser así no obtendriamos la plaza, se apresuró á añadir con viveza.

Martial miró á la Loba con admiracion, no comprendiendo estas palabras.

---De que plaza hablas?....

---De una plaza de guarda de coto....

---Que tendré yo?

---Si...

---Y quien me la ha de dar?

---Los protectores de la jóven que he salvado... «Casaos con Martial, prometedme vivir los dos honradamente, y esa plaza que tanto envidiais, me empeñaré en que le obtengas cuando salgas de la cárcel», me dijo.

---A mí, una plaza de guarda?

---Sí... á ti...

---Pero estás en ti? eso es un sueño. Si no fuera menester mas que casarme con tigo para ob-

tener esa plaza, mi valiente Loba, se haría mañana, si tenia con que; porque desde hoy, sábelo... eres mi muger.... mi verdadera muger....

---Martial.... soy tu verdadera muger?....

---Mi verdadera, mi sola, y quiero que me llames tu marido.... como si el alcalde lo hubiese autorizado.

---Oh! la Guillabaora tenia razon.... envanece el decir, mi marido, Martial..... veras á tu Loba, en la casa, en el trabajo, la veras....

---Pero esa plaza... crees?....

---Pobre Guillabaorita, si se engaña..... será por otros; porque ella creia lo que me decia.... Por otra parte, al salir de la cárcel, me dijo la inspectora que los protectores de la Guillabaora, personas muy acomodadas, la habian hecho salir hoy mismo; esto prueba que tiene bienhechores poderosos, y que podrá obtener lo que me ha prometido.

---Ah! esclamó de repente Martial levantándose, no se en que pensamos.

---Qué?

---Esa jóven..... está abajo, y está muriéndose.....y en vez de socorrerla..... estamos aqui....

---Tranquilízate, Francisco y Armandina estan con ella; hubieran subido si estuviese de mas peligro. Pero tienes razon, vamos á su lado; es menester que veas á la que quizá deberémos nuestra felicidad.

Y Martial, apoyándose en el brazo de la Loba bajó al piso inferior.

Antes de introducirlos en la cocina, diremos lo que habia pasado despues que Flor-celestial habia sido confiada al cuidado de los dos niños....

CAPITULO VI.

EL DOCTOR GRIFFON.

Acababan Francisco y Armandina de transportar á Flor-celestial junto al fuego de la cocina, cuando Mr. de Saint-Remy y el doctor Griffon, que habian venido en la barquilla de Nicolas, entraron en la casa.

Mientras que los niños reanimaban el fuego y le echaban trozos de leña, que, encendidos pronto, dieron una viva llama, el doctor Griffon cuidaba á la jóven.

---La infeliz niña apenas tiene diez y siete años! esclamó el conde profundamente enternecido. Luego, dirigiéndose al doctor:

---Y bien, amigo mio?

---Apenas se sienten los latidos del pulso; pero, cosa singular, la piel de la cara no está colorada de azul *en este individuo* como sucede ordinariamente despues de una asfixia por sumersion, respondió el doctor con una sangre fria imperturbable, considerando á Flor-celestial con un aire profundamente meditativo.

El doctor Griffon era un hombre alto, flaco, pálido y enteramente calvo, escepto dos tufos de

cabellos negros cuidadosamente traidos desde la nuca y aplanados sobre sus sienes; su fisonomia hueca, y arrugada por las fatigas del estudio, era fria, inteligente y reflexiva.

De un saber inmenso, de una esperiencia consumada, práctico hábil y afamado, médico principal de un hospital civil (donde le encontrarémos mas adelante), el doctor Griffon no tenia mas que un defecto, el de hacer, si puede decirse, completamente abstraccion del enfermo, y no ocuparse sino de la enfermedad; jóven ó anciano, muger ú hombre, rico ó pobre, poco le importaba; no pensaba mas que en el caso médico mas ó menos curioso ó interesante, en el punto de vista científico que le ofrecia el *caso*.

Para él no habia mas que *casos*.

—Que figura tan graciosa!....que bella está á pesar de esta espantosa palidez! dijo Mr. de Saint-Remy contemplando con tristeza á Flor-celestial. Habeis visto nunca facciones mas amables, mas cándidas, mi querido doctor?....Y tan jóven ..... tan jóven.....

—La edad no significa nada, lo mismo que sucede en la presencia del agua en los pulmones, que se creia en otro tiempo mortal....Se engañaban, las admirables esperiencias de Goodwin.. .... del famoso Goodwin, lo han probado.

—Pero, doctor....

—Es un hecho...replicó Mr...Griffon, absorvido por el amor de su arte.—Para reconocer la presencia de un líquido estraño en los pulmones Goodwin sumergió muchas veces gatos y perros en cubetas de tinta por espacio de algunos segundos, sacandolos vivos de allí. Pues bien! se convenció por la diseccion de que la tinta habia penetrado en los pulmones, y que la presencia del

líquido en los órganos de la respiracion no habia causado la muerte de los individuos.

El conde conocia al mèdico, escelente hombre en el fondo, pero cuya pasion por la ciencia hacia muchas veces parecer duro, casi cruel.

—Teneis al menos alguna esperanza? le preguntó Mr. de Saint-Remy con impaciencia.

—Las estremidades del individuo están muy frias, dijo el médico, queda poca esperanza.

—Ah! morir en esta edad....desgraciada niña... es horroroso....

—Pupila fija.....dilatada....prosiguió el doctor impasible levantando con la punta del dedo el párpado helado de Flor-celestial.

—Hombre raro! gritó el conde casi con indignacion, se os tendria por cruel, y os he visto velar, á la cabecera de mi cama, noches enteras... Si hubiera sido hermano vuestro, no hubierais hecho mas por mi.

El doctor Griffon, ocupándose de socorrer á Flor-celestial, respondió al conde sin mirarle y con una flema imperturbable.

—Pardiez! creeis que se encuentra todos los dias una fiebre ataxica tan maravillosamente bien complicada, tan curiosa para estudiar como la que tuvisteis. Era admirable....mi buen amigo, admirable! Estupor, delirio, brincos de los tendones, síncope; reunia los síntomas mas variados, vuestra *cara* fiebre; estuvisteis tambien, cosa rara, muy rara....y eminentemente interesante.... estuvisteis tambien afectado de un estado parcial de parálisis....Nada mas que por este hecho, vuestra enfermedad tenia derecho á todo mi cuidado, me ofreciais un magnífico estudio; porque, francamente, mi querido amigo, todo lo que deseo en el mundo, es encontrar otra vez tan bella fiebre....

pero esta dicha no se tiene dos veces.

El conde se encogió de hombros con impaciencia.

En este momento bajó Martial, apoyado en el brazo de la Loba, que se habia puesto encima de su ropa mojada una capa de Calabaza.

Llamándole la atencion la palidez del amante de la Loba, y notando sus manos cubiertas de sangre cuajada, el conde esclamó:

—Que hombre es este?....

—*Mi marido*....respondió la Loba mirando á Martial con una espresion de contento y de noble orgullo imposible de referir.

—Teneis una muger buena é intrépida dijo el conde; la he visto sacar del agua á esta desgraciada niña con un valor raro.

—Oh! sí... caballero, es buena é intrépida *mi muger*, respondió Martial cargando sobre estas últimas palabras, y contemplando á su vez á la Loba con un aire enternecido y apasionado á un mismo tiempo.—Sí, intrépida!....porque acaba de salvarme tambien la vida.....

—A vos? dijo el conde atónito.

—Ved sus manos.....sus pobres manos!....dijo la Loba enjugándose las lágrimas que suavizaban el brillo agreste de sus ojos.....

—Ah! esto es horrible, esclamó el conde, este infeliz tiene las manos destrozadas.....Miradlas, doctor.

El doctor Griffon volvió ligeramente la cabeza y miró por encima de su hombro las numerosas heridas que Calabaza habia hecho en las manos de Martial, y dijo á este último:

—Abrid y cerrad la mano.

Martial ejecutó este movimiento con bastante trabajo.

El doctor se encogió de hombros, continuó ocupandose de Flor-celestial, y dijo desdeñosamente, como con sentimiento:

—Esas heridas no tienen nada de gravedad..., no hay ningun tendon dañado; dentro de ocho dias, el individuo podrá servirse *de sus manos*.

—De veras, caballero, mi *marido* no quedará lisiado? dijo la Loba con reconocimiento.

El doctor meneó la cabeza negativamente.

—Y la Guillabaora? caballero? vivirá, no es asi? preguntó la Loba.—Oh! es menester que viva, yo y mi marido le debemos tanto...—Luego, volviendose hacia Martial:—Pobre niña...esta es de la que te he hablado...esta es la que será causa de nuestra felicidad; esta es la que me dió la idea de venir á decirte todo lo que te he dicho...Mira la casualidad que ha hecho que la salve...y aquí...

—Esta es nuestra Providencia...dijo Martial admirado de belleza de la Guillabaora.—Que cara de angel! oh! vivirá, no es asi, señor doctor?

—No sé, dijo el médico: pero desde luego puede quedar aquí? Tendrá la asistencia necesaria?

—Aquí! esclamó la Loba, pero aquí se asesina...

—Calla, calla, dijo Martial.

El conde y el doctor miraron á la Loba con sorpresa.

La casa de la isla tiene mala fama en el pais... no me admira, dijo á media voz el médico á Mr. de Saint-Remy.

—Habeis sido victima de violencias? preguntó el conde á Martial. Estas heridas, quien os las ha hecho?

—No es nada, caballero.....tuve una disputa... pasó á pendencia....y fuí herido....Pero esta jóven aldeana no puede quedar en la casa, añadió con aire triste, yo mismo no me quedo en ella.....

ni *mi muger*.....ni mi hermano, ni mi hermana que son esos....vamos á dejar la isla para no volver mas á ella.

—Oh! que dicha, gritaron los dos niños.

—Entonces que se ha de hacer? dijo el doctor mirando á Flor-celestial.—Es imposible pensar en conducir el individuo á Paris en el estado de postraccion en que se halla. Pero al efecto, mi casa está á dos pasos, mi jardinera y su hija serán escelentes enfermeras..... Puesto que está afixiada por sumersion me interesa, cuidareis que se le asista, mi querido Saint-Remy, y yo vendré á verla diariamente.

—Y la echais de hombre duro, inhumano, esclamó el conde, cuando teneis el corazon generoso, como lo prueba esta proposicion....

—Si el individuo sucumbe como es posible, tendrá lugar una autopsia interesante que me permitirá confirmar aun mas las aserciones de Goodwin.

—Lo que decis es espantoso, esclamó el conde.

—Para el que sabe leer en él, el cadáver es un libro donde se aprende á salvar la vida de los enfermos, dijo estoicamente el doctor Griffon.

—En fin, haceis el bien, dijo amargamente Mr. de Saint-Remy; esto es lo interesante. Que importa la causa, con tal que el beneficio subsista? Pobre niña, mientras mas la miro, mas me interesa.

—Y lo merece, caballero, repuso la Loba con exaltacion, acercándose.

—La conoceis?

—Si la conozco, caballero?—A ella es á quien deberé la felicidad de mi vida: salvandola, no he hecho tanto como ella ha hecho por mí.—Y miró apasionadamente á su *marido*, á quien no llamaba ya *su hombre*.

—Y quien es? preguntó el conde.

—Un ángel, todo lo que hay de mejor en el mundo. Sí, y aunque esté vestida de aldeana, no hay una señora que hable tan bien como ella, con su vocesita suave como la música. Es una arrogante muchacha, vaya, y animosa y buena.

—Por que accidente se cayó al agua?

—No lo sé.

—No es aldeana? preguntó el conde.

—Aldeana! mirad sus manitas blancas.

—Es verdad, dijo Mr. de Saint-Remy; que misterio tan singular....Pero su nombre, su familia?

—Vamos, repuso el doctor interrumpiendo la conversacion, es preciso transportar el individuo á la barquilla.

Media hora despues, Flor-celestial, que no habia aun recobrado sus sentidos, fué llevada á casa del médico, metida en una buena cama, y asistida maternalmente por la jardinera de Mr. Grifon, á la cual se agregó la Loba.

El doctor prometió á Mr. de Saint-Remy, cada vez mas interesado por la Guillabaora, volver aquella misma noche á visitarla.

Martial partió para Paris con Francisco y Armandina, no habiendo querido la Loba dejar á Flor-celestial antes de verla fuera de peligro.

La isla del Mariscador quedó desierta.

Pronto volverémos á encontrar á sus fatales habitantes en casa de Brazo-rojo, donde deben reunirse con el Mochuelo para el asesinato de la corredora de diamantes.

Entretanto, conducirémos al lector á la cita que Tom, el hermano de Sarah, habia dado á la horrible furia cómplice del Dómine.

CAPITULO VII.

EL RETRATO.

,....Mitad serpiente y mitad gato.....
Wolfrangl. II.

Tomas Seyton, hermano de la condesa Sarah Mac-Gregor, se paseaba impaciente en uno de los baluartes inmediatos al Observatorio, cuando vió llegar al Mochuelo.

La horrible vieja llevaba un gorro blanco é iba envuelto en su gran capa de cuadros encarnada; la punta de un puñal del grueso de una pluma muy afilada habia pasado el fondo de un canastillo de paja que llevaba en el brazo, y se podia ver la estremidad de esta arma homicida que habia pertenecido al Dómine.

Tomas Seyton no notó que el Mochuelo traia armas.

---Las tres dan en Luxemburgo, dijo la vieja. Llego como Marzo en cuaresma, creo?

---Venid, le respondió Tomas Seyton.

Caminando delante de ella, atravesó algunos terrenos baldios, entró en una callejuela desierta

situada cerca de la calle *Cassini*, se paró á la mitad de ella, abrió una puerta pequeña, hizo señas al Mochuelo que le siguiese, y despues de haber dado algunos pasos con ella en una calle espesa de árboles verdes, le dijo:

---Esperad aquí.

Y desapareció.

---Siempre que no me haga esperar mucho tiempo, dijo el Mochuelo; es preciso que esté en casa de Brazo-rojo á las cinco con los Martial para *rematar* á la corredora. Para eso llevo aquí mi *puñal*. Ah! el picaron asoma la nariz por la ventana, añadió la vieja viendo que salia por el fondo de su canastillo.---Esto es por no haberle puesto su vaina.....

Sacando del canastillo el puñal con cabo de madera lo colocó de modo que quedase oculto completamente.

---Pero alguien viene, prosiguió, toma....es la señorita descolorida que estaba disfrazada de hombre en el *Conejo blanco* de la tia Quica con el hombre alto de ahora, los mismos que robamos el Dómine y yo en los escombros, cerca de Nuestra Señora, añadió el Mochuelo viendo á Sarah aparecer en la calle. Habrá otro golpe que dar; debe ser por cuenta de esta señorita el robo de la Guillabaora en la hacienda. Si paga bien por otro nuevo, me tendrá cuenta.

Acercándose al Mochuelo, á quien no habia vuelto á ver desde la escena del Conejo blanco, la fisonomia de Sarah mostró el desprecio, el disgusto que sienten las personas de cierta clase, cuando se ven obligadas á entrar en contacto con los miserables que tienen por instrumentos ó por cómplices.

Tomas Seyton, que hasta entonces habia servi-

do activamente las criminales maquinaciones de su hermana, aunque las considerase casi vanas, se habia negado á continuar aquel miserable papel, consintiendo sin embargo en poner por primera y última vez á su hermana en relacion con el Mochuelo, sin querer mezclarse en los nuevos proyectos que iban á tramar.

No habiendo podido atraer á Rodolfo, rompiendo los lazos que creia le eran caros, la condesa esperaba, lo hemos dicho, hacerle juguete de una indigna trapaceria, cuyo éxito podia realizar el sueño de esta terca muger ambiciosa y cruel.

Se trataba de persuadir á Rodolfo, que la hija que habia tenido de Sarah no habia muerto, y sustituir una huérfana á aquella niña.

Se sabe que Santiago Ferrand, habiendose formalmente negado á entrar en esta trama, no obstante las amenazas de Sarah, habia resuelto hacer desaparecer á Flor-celestial, tanto por temor de las revelaciones del Mochuelo, como por miedo de las insistencias obstinadas de la condesa. Pero esta no renunciaba á su designio, casi cierta de corromper ó de intimidar al escribano, cuando se hubiese apoderado de una muchacha capaz de desempeñar el papel que queria encargarle.

Despues de un momento de silencio, Sarah dijo al Mochuelo.

—Sois habil, discreta y resuelta?

—Hábil como un mono, resuelta como un alano, muda como una tenca, esto es el Mochuelo, tal como el diablo la ha hecho, para serviros, si es capaz de ello,...respondió alegremente la vieja.—Creo que agarramos famosamente á la jóven campecina, que está ahora en San Lázaro por dos meses largos.

—No se trata ya de ella....sino de otra cosa...

—A medida de vuestro deseo, señorita! Con tal de ganar dinero al fin de lo que vais á proponerme, seremos como dos dedos de la mano...

Sarah no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

—Debeis conocer, prosiguió, personas del pueblo...personas desgraciadas?

—Hay mas de ellas que millonarios...se puede escoger, á Dios gracias; hay una rica miseria en Paris.

—Será menester buscarme una huérfana pobre y sobre todo que haya perdido á sus padres siendo muy chica. Es menester que tenga una figura agradable, un carácter suave y que no pase de diez y siete años.

El Mochuelo miró á Sarah, con admiracion.

—Semejante huérfana no debe ser difícil de encontrar, prosiguió la condesa; hay tantos niños abandonados.....

—Ah! ya, pero decidme, señorita, olvidais á la Guillabaora?.....esa os acomoda!

—Quien es la Guillabaora?

—La jóven que fuimos á robar á Bouqueval.

—No se trata ya de ella, os digo!

—Pero escuchadme, y sobre todo recompensadme un buen consejo: quereis una huérfana humilde como un cordero....hermosa como el dia, y que no tenga diez y siete años, no es así?

—Sin duda....

—Pues bien! tomad á la Guillabaora, cuando salga de San Lázaro; es vuestra como si se la hubiese hecho espresamente, pues tenia como unos seis años...cuando el bribon del escribano Santiago Ferrand (hace diez años de esto) me la hizo dar con 1.000 francos para librarse de ella.... por mas señas que Tournamine, actualmente en pre-

sidio, en Rochefort, me la trajo....diciendome que era sin duda una niña de quien se querian desembarazar ó hacerla pasar por muerta.

Sarah esclamó con una voz tan alterada que el Mochuelo retrocedió estupefacta:

—Santiago Ferrand...decis!

—El escribano Santiago Ferrand...repuso Sarah... os entregó una niña...y...

No pudo acabar.

La conmocion era muy violenta; sus dos manos, tendidas hacia el Mochuelo, temblaban convulsivamente; la sorpresa, la alegria trastornaban sus facciones.

—Pero no se lo que os enardece asi, señorita mia, replicó la vieja.—Es una cosa muy sencilla.. Hace diez años...Tournemine, un antiguo conocido mio, me dijo: Quieres encargarte de una niña que se quiere hacer desaparecer? Que muera ó viva, no le hace! hay mil francos que ganar, harás de la niña lo que quisieres....

—Hace diez años!....esclamó Sarah.

—Diez años.....

—Una niña rubia?

—Una niña rubia....

—Con ojos azules?

—Con ojos azules, azules como un cielo.

—Y es ella.....la que en la hacienda...

—Enfardamos para San Lázaro....debo decir que no esperaba hallar en el campo....á la Alondra.

—Oh! Dios mio! Dios mio! esclamó Sarah cayendo de rodillas, alzando las manos y los ojos al cielo, vuestras miras son impenetrables....me prosterno ante vuestra Providencia. Oh! si semejante felicidad fuese posible... pero no, no puedo todavia creerlo....eso seria muy hermoso....no....

Luego, levantándose de repente, dijo al Mo-

chuelo que la miraba enteramente sobrecogida:—Venid.....

Y Sarah echó á andar delante de la vieja apresuradamente.

Al fin de la calle, subió algunos escalones que conducian á la puerta de cristales de un gabinete amueblado.

En el momento en que iba á entrar el Mochuelo, Sarah le hizo seña de que se quedase fuera.

Luego la condesa llamó violentamente.

Se presentó un criado.

—No estoy en casa para nadie...y que nadie entre aquí...entendeis...nadie obsolutamente.

El criado se fué.

Sarah para mayor seguridad echó el cerrojo.

El Mochuelo habia oido el encargo hecho al criado y vió á Sarah echar el cerrojo.

La condesa volviéndose le dijo:

—Entrad pronto y cerrad la puerta.

Entró el Mochuelo.

Abriendo de priesa una gabeta, Sarah tomó un cofrecito de ébano que puso sobre un bufete que estaba en medio de la habitacion, é hizo señal al Mochuelo que fuese junto á ella.

El cofrecito contenia muchos cajoncitos unos sobre otros, encerrando mucha pedreria.

Sarah tenia priesa por llegar al fondo del cofrecito, que ponia precipitadamente sobre la mesa las cajitas llenas de collares, brazaletes y diademas, donde las esmeraldas y los diamantes cambiaban de color con sus mil fuegos...

El Mochuelo se deslumbró.

Estaba armada, se hallaba encerrada sola con la condesa, la huida le era fácil, segura....

Una idea infernal pasó por el pensamiento de este monstruo.

Pero para ejecutar este nuevo crímen, le era preciso sacar su puñal del canastillo y arrimarse á Sarah sin escitar su desconfianza.

Con la astucia del gato montes, que se arrastra y se adelanta hácia su presa, la vieja se aprovechó de la ocupacion de la condesa para dar insensiblemente vuelta al bufete que la separaba de su víctima.

El Mochuelo habia comenzado ya esta evolucion pérfida, cuando se vió obligada á pararse repentinamente.

Sarah sacó de la cajita un medallon de dos fondos, se inclinó sobre la mesa, lo dió al Mochuelo con mano trémula, y le dijo:

—Mirad este retrato.

—Es la Alondra! esclamó el Mochuelo admirada de la estremada semejanza; es la niña que me entregaron; me parece estarla viendo cuando Tournemine me la trajo....Asi estaban sus largos cabellos rizados que corté inmediatamente y vendí muy bien á fé mia!....

—La conoceis, era ella? oh! os lo pido encarecidamente, no me engañeis.....no me engañeis.

—Os digo, señorita, que esta es la Alondra, como si la viese, dijo el Mochuelo procurando acercarse mas á Sarah sin ser notada; á estas horas, se parece todavia á este retrato.....si la vieseis, os llamaria la atencion.

Sarah no dió ningun grito de dolor, de espanto, al saber que su hija habia vivido por espacio de diez años miserable, abandonada.

Ni un remordimiento tubo al pensar que ella misma la habia hecho arrancar del pacífico retiro en que Rodolfo la habia colocado.

Desde luego esta madre desnaturalizada no preguntó al Mochuelo con una ansiedad terrible acer-

ca de lo pasado de su hija...

No... en Sarah la ambicion habia hacia tiempo sofocado el cariño maternal...

No era la alegria de encontrar á su hija lo que la enagenaba, sino la esperanza cierta de ver realizar la idea orgullosa de toda su vida.

Rodolfo se habia interesado por aquella desgraciada..... la habia recogido sin conocerla; que seria pues cuando supiese que era.....su HIJA!!

Era libre....la condesa viuda.....

Sarah veia ya brillar la corona soberana.

El Mochuelo, adelantandose siempre á pasos lentos, habia ganado una de las puntas de la mesa, y puesto su puñal perpendicularmente en su canastillo, el puño junto á la tapa..... muy á su alcance....

No distaba mas que algunos pasos de la condesa.

—Sabeis escribir? le dijo esta de repente.

Y apartando con la mano el cofrecito y las alhajas, abrió una carpeta colocada delante de un tintero.

—No, señora, no sé escribir, respondió el Mochuelo á todo riesgo.....

—Voy pues á escribir lo que me dicteis...decidme todas las circunstancias del abandono de esa niña.

Y Sarah, sentandose en un sillon delante del bufete, tomó una pluma é hizo seña al Mochuelo que fuese junto á ella.

Los ojos de la vieja relucieron.

En fin... estaba en pié, al lado de la silla de Sarah.

Esta, inclinada sobre la mesa, se preparaba á escribir.....

—Voy á leer en alto, dijo la condesa, y rectificareis mis equivocaciones.

—Sí, señora, replicó el Mochuelo observando los movimientos de Sarah.

Luego metió su mano derecha en el canastillo, para poder coger su puñal sin ser vista.

La condesa comenzó á escribir.

—«Declaro que....»

Pero interrumpiendose y volviendose al Mochuelo que tocaba ya el cabo de su puñal, añadió:

—En que época os fué entregada esta niña?

—En el mes de Febrero de 1827.

—Y por quien? repuso Sarah siempre vuelta hácia el Mochuelo.

—Por Pedro Tournemine, actualmente en el presidio de Rochefort.....Mad. Seraphin, el ama de gobierno del escribano, le habia dado la nina.

La condesa se puso á escribir y leyó en alta voz:

—«Declaro que en el mes de Febrero de 1827, el nombrado.....»

El Mochuelo habia sacado su puñal.

Ya lo alzaba para herir á su victima por la espalda.....

Sarah se volvió otra vez.

El Mochuelo para no ser sorprendida puso con presteza su mano derecha armada sobre el respaldo del sillon de Sarah, y se inclinó hacia ella á fin de responder á su nueva pregunta.

—He olvidado el nombre del sujeto que os confió la niña, dijo la condesa.

Pedro Tournemine, respondió el Mochuelo.

—«Pedro Tournemine», repitió Sarah continuando escribiendo «actualmente en el presidio «de Rochefort, me entregó una niña que le ha«bia sido confiada por el ama de gobierno de....«

Sarah no pudo acabar.

El Mochuelo, despues de haberse poco á poco

desembarazado de su canastillo dejándolo caer á sus pies, se arrojó sobre la condesa con tanta rapidez como furia; con la mano izquierda le asió la nuca, y apoyandole la cabeza sobre la mesa, con su mano derecha le clavó el puñal en las espaldas.....

Este abominable asesinato fué ejecutado tan repentinamente que la condesa no dió un grito, ni se quejó....

Siempre sentada permaneció con el medio cuerpo y la cara sobre la mesa. La pluma se le cayó de la mano.

---Una puñalada como la del viejecito de la calle de Roule, dijo el monstruo.---Este es otro que no hablará.....su cuenta está hecha.

Y el Mochuelo, apoderandose á toda prisa de la pedrería que metió en su canastillo, no advirtió que su víctima respiraba aun.

Cometido el asesinato y el robo, la horrible vieja abrió la puerta de cristales, desapareció rápidamente en la calle de árboles verdes, salió por la puerta de la callejuela y llegó á los terrenos baldios.

Cerca del Observatorio, tomó un coche de alquiler que la condujo á casa de Brazo-rojo, en los Campos Eliseos.

La viuda Martial, Nicolas, Calabaza y Barbillon habian, como se sabe, citado al Mochuelo á aquella guarida para robar y matar á la corredora de diamantes.

CAPITULO VIII.

EL AGENTE DE SEGURIDAD.

El lector conoce ya la taberna situada en los campos Elíseos, inmediata á los paseos de la Reina, en uno de los vastos fosos que confinan con este paseo hace algunos años.

Los habitantes de la isla del Mariscador no habian parecido todavia.

Desde la partida de Bradamanti que habia, como se sabe, acompañado á la madrastra de Mad. de Harville á Normandia, Jorobeta habia vuelto á casa de su padre.

Puesto de centinela en lo alto de la escalera, el jorobadito debia anunciar la llegada de Martial con una voz convenida. Estaba entonces Brazorojo en conferencia secreta con un agente de seguridad llamado Narciso Borel.

Este agente, hombre de unos cuarenta años, vigoroso y rechoncho, tenia la tez colorada, el ojo fino y penetrante, y la cara afeitada, á fin de poder tomar diversos disfraces necesarios para sus arriesgadas espediciones; porque muchas veces le era preciso unir el arte de transfiguracion del cómico al valor y á la energia del soldado para

lograr apoderarse de algunos malhechores contra los cuales debia luchar en ardid y determinacion. Narciso Borel era, en una palabra, uno de los instrumentos mas útiles, mas activos de la providencia de pié chico, llamada modesta y vulgarmente *la policia*.

.....

Volvamos á la conferencia de Narciso Borel y de Brazo-rojo..... Esta conversacion parecia muy animada.

---Sí, decia el agente de seguridad, se os acusa de aprovecharos de vuestra posicion de dos caras, para tomar impunemente parte en los robos de una partida de malhechores muy peligrosos, y para dar indicaciones falsas á la policia de seguridad..... Cuidado, Brazo-rojo, si esto se descubriese seria una lástima, por vos.

---Ay! sé que se me acusa, y es doloroso, mi buen señor Narciso, respondio Brazo-rojo dando á su cara de garduña una espresion de tristeza hipócrita.—Mas espero que hoy se me hará justicia, y será reconocida mi buena fé.

---Lo verémos....

---Como se puede desconfiar de mí? no tengo dadas pruebas? Soy yo, sí ó no, el que en su tiempo os puse al corriente de coger en fragante á Ambrosio Martial, uno de los mas terribles malhechores de Paris? Porque, como se dice, al buen perro le viene de casta, y la casta de los Martial viene del infierno, donde volverá si Dios es justo.

---Todo esto es bello y bueno, pero Ambrosio estaba prevenido de que iban á prender; si yo no me hubiese adelantado á la hora que me indicasteis, se hubiera escapado.

---Me creeis capaz, señor Narciso, de haberle secretamente dado aviso de vuestra ida?

---Lo que sé es que ese bandido me tiró un pistoletazo á boca de jarro, que felizmente no hizo mas que pasarme el brazo.

---Cáspita! señor Narciso, que en vuestro ejercicio se está muy espuesto á esas equivocaciones...

---Ah! llamais á eso equivocaciones?

---Ciertamente, porque querria, sin duda, el malvado alojaros la bala en el cuerpo.

---En el brazo, en el cuerpo ó en la cabeza, poco importa, no me quejo de eso; todos los oficios tienen sus quiebras.

---Y tambien sus placeres, señor Narciso, y sus placeres! Por ejemplo, cuando un hombre tan fino, tan hábil, tan valeroso como vos.... está á la pista de una camada de bandidos, que los sigue de barrio en barrio, de chiribitil en chiribitil, con un buen sabueso como vuestro servidor Brazo-rojo, y que concluye por cercarlos y encerrarlos en una ratonera de donde ninguno puede escapar..... Confesad, señor Narciso, que hay en esto un gran placer..... una alegria de cazador..... Sin contar el servicio que se presta á la justicia, añadió gravemente el tabernero.

---Seria de vuestro parecer, si el sabueso fuese fiel; pero temo que no lo sea.

---Ah! señor Narciso, creeis....

---Creo que en lugar de ponernos en el camino, os divertis en estraviarnos, y que abusais de la confianza que se tiene en vos. Todos los dias prometeis ayudarnos para poner la mano sobre la cuadrilla.... y este dia no llega nunca.

---Y si este dia hubiese llegado hoy, señor Narciso, como estoy seguro de ello; y si os junto á Barbillon, á Nicolas Martial, á la viuda, á su hija y al Mochuelo, será, si ó no, una buena redada? Desconfiareis todavia de mi?

---No, y prestareis un verdadero servicio; porque hay contra esa cuadrilla fuerte presunciones, sospechas casi ciertas, pero por desgracia ninguna prueba.

---Asi un poco de delito fragante, permitiendo pellizcarlos, ayudará furiosamente á desembrollar sus cartas, señor Narciso?

---Sin duda.... y me asegurais que no ha habido provocacion por parte vuestra para el golpe que van á aventurar?

—No, por mi honor!.... el Mochuelo es quien vino á proponerme hacer venir á la corredora á mi casa, asi que esta tuerta infernal supo por mi hijo que Morel, el lapidario, que vive en la calle del Temple, trabajaba en piedras finas en vez de en falsas, y la tia Mathieu tenia á menudo valores considerables..... Acepté el negocio, proponiendo al Mochuelo agregarnos los Martial y á Barbillon, á fin de poneros en la mano toda la pandilla.

---Y el Dómine, ese hombre tan peligroso, tan fuerte y tan feroz que siempre estaba con el Mochuelo? ..... uno de los parroquianos del Conejo-blanco?

—El Dómine?....dijo Brazo-rojo fingiendo admirarse.

---Si, un forzado escapado del presidio de Rochefort llamado Anselmo Duresnel, condenado por vida. Se sabe que se ha desfigurado para que no le conozcan..... Teneis noticias de él?

—No...respondió intrépidamente Brazo-rojo que tenia sus razones para decir esta mentira, porque el Dómine estaba entonces encerrado en uno de los sótanos de la taberna.

---Hay motivos para creer que el Dómine es el autor de los nuevos asesinatos. Seria una prision importante....

---Hace seis semanas que no se sabe que se ha hecho de él.....

---Tambien os reconvengo por haber perdido sus huellas....

---Siempre reconvenciones.... señor Narciso..., siempre....

---No faltan razones.... Y el contrabando?

---No es preciso que conozca un poco á toda clase de personas, tanto á los contrabandistas como á otros para poneros en el camino.... Os he denunciado el conducto para introducir los líquidos, establecido en la parte esterior de la barrera del Trono y que viene á parar á una casa.., de la calle.....

---Lo sé todo, dijo Narciso interrumpiendo á Brazo-rojo, pero para una cosa que denunciais, dejais de decir diez, y continuais impunemente vuestro tráfico..... Estoy seguro de que comeis á dos carrillos, como se dice.

---Ah! señor Narciso..... soy incapaz de tener una hambre tan indecente....

---Hay mas; en la calle del Temple, número 17, vive una muger llamada Burette, que empeña prendas, se le acusa de ser encubridora particular vuestra.

---Que quereis que haga? señor Narciso, se dicen tantas cosas, el mundo es tan malo.... Lo repito, es menester rozarme con el mayor número de pícaros posible, y que parezca ser como ellos... peor que ellos, para no darles sospechas; pero esto me lastima el corazon.... imitarlos...me lastima... Es preciso estar muy dedicado á vuestro servicio, vaya.... para conformarme con este oficio.....

---Pobre hombre..... os compadezco con toda mi alma.

---Os reis, señor Narciso...Pero si creis eso, por qué no haceis una visita á la casa de la tia Burete y á la mia?

---Bien lo sabeis.... por no ahuyentar á los bandidos que nos prometeis entregar hace mucho tiempo.

---Y voy á entregaros, señor Narciso; antes de una hora estarán atados... y sin mucho trabajo porque hay tres mugeres. En cuanto á Barbillon y á Nicolas Martial, son feroces como tigres, pero cobardes como gallinas.

---Tigres ó gallinas, dijo Narciso entreabriendo su largo redingote y mostrando la culata de dos pistolas que salian de los bolsillos de su pantalon, tengo aqui con que servirlos.

---Siempre hareis bien en llevar dos hombres, señor Narciso; cuando se ven estrechados, los mas collones se tornan en desesperados.

---Colocaré dos de los mios en la salita baja, junto á la cual hareis entrar á la corredora.... al primer grito, me presentaré en una puerta, mis dos hombres en la otra.

---Es menester que os deis priesa, porque la cuadrilla vá á venir de un momento á otro, señor Narciso.

---Bien está, voy á colocar mis dos hombres..... aunque no sirva para nada..... esta vez...

La conversacion fué interrumpida por un silbido particular que servia de seña.

Brazo-rojo se acercó á la ventana á ver que persona anunciaba Jorobeta.

—Mirad...ahi está ya el Mochuelo. Ahora bien! me creeis al presente, señor Narciso?

—Esto es ya alguna cosa, pero no todo; en fin, veremos; corro á colocar mis hombres.

Y el agente de seguridad se fué por una puerta lateral.

CAPITULO IX.

EL MOCHUELO.

La precipitacion de la marcha del Mochuelo, los ardores feroces de la fiebre de rapiña y asesinato que la poseian todavia, habian purpurado su horrible cara; su ojo verde centelleaba con alegria silvestre.

Jorobeta la seguia andando á brinquitos y cojeando.

En el momento en que subia los últimos escalones, el hijo de Brazo-rojo, por una maligna travesura, pisó el estremo del trage del Mochuelo.

Esto hizo hocicar á la vieja. No pudiendo agarrarse al pasamano, cayó de rodillas, con las dos manos tendidas hácia delante y abandonó su rico canastillo, de donde saljó un brazalete de oro guarnecido de esmeraldas y de perlas finas....

Habiéndose el Mochuelo desollado un poco los dedos, cogió el brazalete que no se habia escapado á la penetrante vista de Jorobeta, se levantó y se arrojó furiosa sobre el jorobadito que se acercaba á ella con aire hipócrita diciéndole:

---Ah! Dios mio! se os ha torcido el pié?

Sin responderle, el Mochuelo asió á Jorobeta por los cabellos, y bajándose al nivel de su mejilla, le mordió con rabia y le hizo sangre con los dientes.

Cosa estraña, Jorobeta, á pesar de su malignidad, á pesar de sentir un dolor agudo, no dió ni un quejido, ni un grito...

Se limpió su cara ensangrentada, y dijo riéndose como á la fuerza:

---No quiero que me abraceis tan fuerte....., Mochuelo,...

---Malvado, por qué me pisaste espresamente la ropa.... para hacerme caer?

---Yo? Ah!..., os juro que no lo he hecho espresamente, mi buen Mochuelo,... No ha querido vuestro jorobadito haceros mal.... os ama demasiado para eso; le habeis pegado, insultado, mordi lo, él se ha arrimado á vos como un pobre perro á su amo, dijo el niño con voz embelezadora y amable.

Engañada por la hipocrecia de Jorobeta, el Mochuelo lo creyó y le respondió:

---En hora buena! si te he mordido sin razon vaya por otras veces que lo has merecido, picaro.... Vamos, viva la alegria.... hoy no tengo rencor.... Donde está el ratero de tu padre?

---En casa,... Quereis que vaya á llamarle?....

---No. Han venido los Martial?

---Todavia no....

---Entonces tengo tiempo de ir al sótano; quiero hablar con el viejo ciego....

---Vais á la cueva del Dómine? dijo Jorobeta disimulando apenas una alegria diabólica.

---Qué te importa?

---A mí?

---Si, me lo has preguntado con aire de burla?

---Porque pienso en alguna cosa de burla....

---Qué?

---Que debierais llevarle una baraja para desenojarle, repuso Jorobeta con aire picaresco, porque lo cambiaría un poco.... No juega sino á ser mordido por las ratas; á ese juego gana siempre y al fin cansa.

El Mochuelo se rió á carcajadas y dijo al jorobadito:

---Que mono de su mamá!.... no he visto uno que tenga tanta gracia como este bribon....Vé por una luz, me alumbrarás para bajar al sótano.... y me ayudarás á abrir la puerta.... bien sabes que yo sola no puedo empujarla.

---Ah! está muy oscuro el sótano, dijo Jorobeta meneando la cabeza.

---Como? como? tú que eres malo como el demonio, serás collon?.... quisiera ver eso.... vamos, anda pronto, y di á tu padre que vuelvo ahora..... que estoy con el Dómine..... que hablamos de las amonestaciones para nuestro casamiento... hola! hola! hola! añadió el monstruo sonriéndose burlonamente, vamos, despacha, servirás en la boda, y si estás galan me llevarás la cola....

Jorobeta fué por una luz con aire áspero.

Entretanto, el Mochuelo, enteramente alborozada con el buen éxito de su robo, metió la mano derecha en su canastillo para manosear las alhajas preciosas que encerraba.

Para ocultar momentáneamente este tesoro queria bajar al sótano del Dómine, y no para gozar, segun su costumbre, de los tormentos de su nueva víctima.

Dirémos ahora porque con consentimiento de

Brazo-rojo, el Mochuelo habia desterrado al Dómine al mismo cuarto subterráneo donde este bandido habia en otro tiempo arrojado á Rodolfo.

Jorobeta se presentó con una luz en la puerta de la taberna.

El Mochuelo le siguió á la sala baja, donde estaba el ancho escotillon de puertas dobles que ya conoce el lector.

El hijo de Brazo-rojo, tapando la luz con su mano hueca, y precediendo á la vieja, bajó lentamente una escalera de piedra que conducia á una cuesta rápida al fin de la cual estaba la puerta gruesa de la cueva subterránea, que debia haber sido la tumba de Rodolfo.

—Y bien!.... picaro remolon..... adelante, dijo el Mochuelo volviéndose.

—Cáspita! está tan oscuro... y andais tan apriesa, Mochuelo.... Pero al caso, mirad.., mejor quiero volverme,.. y dejaros la luz.

—Y la puerta del sótano, mentecato?... Puedo abrirla yo sola? Adelantarás.

—No.... tengo mucho miedo.

—Si voy á ti.... cuidado....

—Pues me amenazais vuelvo á subir...,

Y Jorobeta dió algunos pasos atras.

—Pues bien! escucha.... soy galante, repuso el Mochuelo conteniendo su cólera, te daré alguna cosa....

—En hora buena, dijo Jorobeta acercándose, hablad me así, y hareis de mi todo lo que quisiéreis, tia Mochuelo.

—Adelántate, adelántate, tengo priesa....

—Si, pero prometeis dejarme mortificar un poco al Dómine?

—Otra vez.... Te digo que tengo que subir inmediatamente.

—Por qué quereis abrir la puerta de su habitacion?

—Eso no te importa. Vamos, acabarás? Los Martial quizá esten ya arriba, me es preciso hablarles... Sé bueno, y no te pesará.... llega...

—Es menester que os quiera mucho, vamos, Mochuelo..,. haceis de mí lo que quereis, dijo Jorobeta adelantando lentamente.

La claridad pálida, vacilante, de la luz, alumbrando vagamente aquel oscuro pasillo, delineaba el negro perfil del horrible niño en las paredes verdosas, desconchadas, y húmedas.

En el estremo de este pasillo se veia la entrada del sótano, con puerta gruesa asegurada con barras de hierro, y desprendiéndose de la sombra, el pañolon encarnado y el gorro blanco del Mochuelo.

Gracias á sus esfuerzos y á los de Jorobeta, la puerta se abrió, rechinando sus goznes.

Una bocanada de vapor húmedo salió de la cueva, oscura como la noche.

La luz, colocada en tierra, daba alguna claridad á los primeros escalones de la escalera de piedra, perdiendose completamente los últimos en las tinieblas.

Un grito, ó mas bien un bramido, salió de las profundidades del sótano.

—Ah! es el niño que da los buenos dias á su mamá, dijo irónicamente el Mochuelo.

Y bajó algunos escalones para esconder su canastillo en un agujero.

—Tengo hambre! grito el Dómine con voz temblona de rabia; se quiere hacerme morir como á una bestia rabiosa....

—Tienes hambre, michito, dijo el Mochuelo riéndose á carcajadas, pues bien..... chúpate el dedo....

Se oyó el ruido de una cadena sacudida con violencia.

Luego un suspiro de rabia muda contenida.

—Cuidado.... cuidado.... te vas á hacer alguna llaga en la pierna, como en la hacienda de Bouqueval. Pobre papá.... dijo Jorobeta.

—Tiene razon este niño; estate quieto, bribon, repuso la vieja, la argolla y la cadena son sólidas, viejo ciego, son de casa del tio Micou, que no vende cosas malas. Eso es culpa tuya tambien; porque te has dejado atar mientras dormias, no tuvieron mas que pasarte la argolla y la cadena, y bajarte aqui... al fresco... para conservarte.... viejo presumido.

—Es una lástima, se va á morir, dijo Jorobeta.

Se oyó un nuevo ruido de cadenas.

—Hola! hola!... El picaron, que acude á saltitos como un abejorro amarrado por la pata, dijo la vieja.—Me parece que lo veo....

—Abejorro, vuela, vuela, vuela.... Tu marido es el Dómine..... cantó Jorobeta.

Esta variante aumentó el buen humor del Mochuelo.

Habiendo puesto su canastillo en un agujero formado por la degradacion de la pared de la escalera, dijo levantándose:

—Ves, picaro?....

—No vé, dijo Jorobeta....

—Tiene razon este niño.... Y bien.... oyes, bribon? no era preciso, cuando volviamos de la hacienda, ser tan bonachon..... impidiéndome desfigurar á la Alondra con mi vitriolo.... Ademas, me hablaste de la conciencia, que se ponia gazmoña. Vi que tu pasta de perfecto pordiosero se agriaba, que se volvia á la honradez..... como quien dice á ser soplon.... que de un dia

á otro podrías denunciarnos, viejo ciego, y entonces....

—Entonces el viejo ciego va á comerte, Mochuelo, porque tiene hambre..... gritó Jorobeta empujando violentamente y con todas sus fuerzas á la vieja por la espalda....

El Mochuelo cayó de cara, lanzando una terrible maldicion.

—Se le oyó rodar por la escalera de piedra.....

—Kis.... kis.... kis.... es tuyo el Mochuelo, tuyo.....salta encima.....viejo, añadió Jorobeta.....

Luego cogiendo el canastillo de debajo de la piedra donde habia visto que lo puso la vieja, subió precipitadamente la escalera gritando con una alegria feroz:

—Este es un ministril que vale mas que el otro; que tal, Mochuelo? Ahora no me morderás hasta hacerme sangre..... Ah! creias que no guardaba rencor... gracias.... todavia me corre la sangre.

—La tengo... oh!.... la tengo... gritó el Dómine desde el fondo de la cueva.

—Si la tienes, viejo, hazla dos, dijo Jorobeta burlándose.

Y se paró en el último escalon.

—Socorro! gritó el Mochuelo con voz ahogada.

—Gracias, Jorobeta, repuso el Dómine, gracias, y se le oyó dar una aspiracion de alegria espantosa.

—Oh! te perdono el mal que me has hecho.... y para recompensarte..... vas á oir cantar al Mochuelo! escúchala bien..... al pájaro de mal agüero...

—Bravo..... aquí estoy en los primeros palcos, dijo Jorobeta sentándose en lo alto de la escalera.

CAPITULO X.

LA CUEVA.

Jorobeta, sentado en el primer escalon, alzó su luz para iluminar la espantosa escena que iba á pasar en las profundidades de la cueva; pero las tinieblas eran tan densas.... que una claridad tan débil no podia disiparlas.

El hijo de Brazo-rojo no distinguió nada.

La lucha del Dómine y del Mochuelo era sorda, encarnizada, sin una palabra, sin un grito.

Tan solo de cuando en cuando se oia la aspiracion ruidosa y el soplo fuerte que acompaña siempre á los esfuerzos violentos y contenidos.

Jorobeta, sentado en el escalon de piedra, se puso á dar con los pies con la cadencia particular á los espectadores impacientes porque empieze el espectáculo: luego dió el grito familiar á los concurrentes del paraiso de los teatros del baluarte.

—Eh! el telon.... la pieza.... la música!

—Oh! te tendré como quiero, murmuró el Dómine en el fondo de la cueva, y vas....

Un movimiento desesperado del Mochuelo lo interrumpió. Bregaba con la energia que da el temor de la muerte.

—Mas alto... no se oye... gritó Jorobeta.

—Procuras deborarme la mano, te sujetaré á mi gusto, repuso el Dómine.

Despues, habiendo sin duda logrado sujetar al Mochuelo, añadió: Ya está..... Ahora, escucha...

—Jorobeta, llama á tu padre! gritó el Mochuelo con voz fatigada, cansada.—Socorro!..... socorro!....

—A otra puerta.... vieja!.... no se puede oir, dijo el jorobadito riéndose á carcajadas....

Los gritos del Mochuelo no podian penetrar los dos pisos subterráneos.

La miserable, viendo que no tenia que esperar ninguna ayuda del hijo de Brazo-rojo, quiso intentar un último esfuerzo.

—Jorobeta, ve á buscar auxilio y te doy mi canastillo; está lleno de alhajas..... está allí debajo de una piedra.

—Que generosidad! Gracias, señora... tengo ya tu canastillo. Mira, oyes como suenan por dentro.... dijo Jorobeta meneándolo.—Pero, dame inmediatamente para dos sueldos de galleta caliente y voy á llamar á papá.

—Ten compasion de mí, y yo...

El Mochuelo no pudo continuar.

Reinó de nuevo un profundo silencio.

El jorobadito volvió á dar á compas sobre la piedra de la escalera, donde estaba sentado acompañando el ruido de sus pies con estas voces repetidas.

—No se empieza? Vamos! el telon.... ó silbo! la pieza!..... la música....

—De esta manera, Mochuelo, no podras aturdirme mas con tus gritos, dijo el Dómine, despues de algunos minutos durante los cuales lo-

gró sin duda tapar la boca á la vieja.---Bien conoces, repuso con voz lenta y hueca, que no quiero concluir inmediatamente... Tormento por tormento..... Tu me has hecho padecer bastante... Es preciso que te hable largamente antes de matarte.... si... largamente... esto va hacer horroroso para tí... que agonia, eh?

---Vaya, nada de barbaridades, viejo, gritó Jorobeta, medio levantándose; corrígela, pero no le hagas mucho mal.... Hablas de matarla.... eso es amedrentarla, no es así? Yo tengo á mi Mochuelo... te la he prestado; pero me la volverás... no me la aniquiles... no quiero que me destruyan á mi Mochuelo, ó si no, voy á llamar á papá.

---Tranquilizate, no llevará mas que lo que merece... una leccion provechosa.... dijo el Dómine para asegurar á Jorobeta, temiendo que fuese á buscar auxilio.

—En hora buena, bravo! va á comenzar la pieza.... dijo el hijo de Brazo-rojo, que no creia que el Dómine amenazase seriamente los dias de la horrible vieja.

—Hablemos pues, Mochuelo, repuso el Dómine con voz tranquila.—En primer lugar, mira, desde el sueño de la hacienda de Bouqueval, que me puso á la vista todos nuestros crímenes, desde aquel sueño que poco faltó para volverme loco.... que me volverá loco.... porque en la soledad, en el aislamiento profundo en que vivo, todos mis pensamientos vienen á pesar mio á parar en aquel sueño.... se ha verificado en mi un cambio estraño.

Si.... me horrorizo de mi pasada ferocidad.....

Desde luego no te dejé martirizar á la Guillabaora, esto no era todavia nada.

Encadenándome aquí en una cueva, haciéndo-

me sufrir el frio y la hambre.... pero librándome de tu obsesion.... me dejastes enteramente al espanto de mis reflexiones.

Oh! no sabes lo que es estar solo.... siempre solo.... con un velo negro sobre los ojos, como me dijo el hombre implacable que me castigó....

Esto es espantoso.... y lo ves!

En esta cueva lo arrojé yo para matarle... y esta cueva es el lugar de mi suplicio.... será quizá mi tumba....

Te repito que esto es espantoso.

Todo lo que aquel hombre me predijo se ha realizado.

Me dijo: Separado de aqui en adelante del mundo esterior, cara á cara con la eterna memoria de tus crimenes, un dia te arrepentirás de ellos...

Y este dia ha llegado.... el aislamiento me ha purificado....

No lo hubiera creido posible.....

Otra prueba..... que soy quizá menos malvado que en otro tiempo.... que esperimento una alegria infinita en tenerte aqui.... monstruo.... no para vengarme.... sino vengar á nuestras victimas. Si, habré cumplido un deber cuando, con mi propia mano, haya castigado á mi cómplice.

Pero solo, pero ciego, pero atormentado por los remordimientos que se ven, en que pensar?

En nueve crimenes!

Como cometerlos?

En una evasion?

Como evadirme?

Y si me evadiese.... donde iria?..... que haria de mi libertad?

No, me es preciso vivir en lo sucesivo en una noche eterna, entre las angustias del arrepentimiento y el espanto de las apariciones formidables que me persiguen....

Algunas veces.... un débil rayo de esperanza... viene á luchar en medio de mis tinieblas..... un momento de calma sucede á mis tormentos.... si... porque algunas veces logro conjurar los espectros que me cercan, oponiéndole las memorias de mi pasado honrado y pacífico; subiendo con el pensamiento hasta los primeros tiempos de mi juventud, de mi infancia.

Afortunadamente, lo ves, los mayores malvados tienen al menos algunos años de paz y de inocencia.... que oponer á sus años criminales y crueles.

No se nace malvado....

Los mas perversos han tenido el candor amable de la infancia.... han conocido los dulces contentos de esta edad deliciosa.... Y lo repito, á veces siento un consuelo amargo, diciéndome: Estoy ahora sacrificado á la execracion de todos, pero hubo un tiempo en que se me amaba, en que se me protegia, porque era inofensivo y bueno.....

Ay!.... me es preciso refugiarme en lo pasado... cuando puedo.... allí tan solo hallo alguna calma...

Al pronunciar estas últimas palabras, el acento del Dómine habia perdido su aspereza, este hombre indómito parecia estar conmovido profundamente, y añadió:

—Mira, la saludable influencia de estos pensamientos es tal que mi furor se apaciegua.... el valor.... la fuerza.... la voluntad me faltan para castigarte.... no.... no puedo verter tu sangre.....

—Bravo, viejo! Ves tu, Mochuelo, que era una amenaza, gritó Jorobeta aplaudiendo.

—No puedo verter tu sangre, repuso el Dómine, esto seria un asesinato.... escusable quizá, pero siempre seria un asesinato.... y tengo bastante con los tres espectros.... y luego, quien sa-

be?.... te arrepentirás quizá un dia.... tú?

Hablando así el Dómine habia maquinalmente dado al Mochuelo alguna libertad para moverse.

Esta se aprovechó de ello para coger un puñal que tenia metido debajo del jubon despues del asesinato de Sarah.... y para dar un violento golpe con este arma al bandido, á fin de desembarazarse enteramente de él.

El Dómine dió un grito penetrante de dolor.

Los ardores feroces de su odio, de su venganza, de su rabia, sus instintos sanguinarios, repentinamente despertados y exasperados por este ataque, hicieron una esplocion repentina, terrible, donde se abismó su razon, ya fuertemente conmovida con tantos sacudimientos.

---Ah! víbora.... he sentido tu diente! gritó él con voz trémula de furor, apretando con fuerza, al Mochuelo, que habia debido escapársele..... Estarás como yo.... SIN OJOS...

Aquí hizo una pausa el Dómine.

El Mochuelo dió un grito tan horrible, que Jorobeta espantado se levantó del escalon de piedra, y se puso en pié.

Los gritos horrorosos del Mochuelo parece que calmaron el vértigo furioso del Dómine.

---Canta.... decia en voz baja, canta..... Mochuelo.... canta.... tu canto de muerte..... Eres feliz? no ves ya las tres fantasmas.... de nuestros asesinados, el viejecito de la calle de Roule...la muger ahogada.... el tratante en ganado? Yo, los veo... se acercan... me tocan... Oh! que frios están.

La última luz de la inteligencia de este miserable se apagó en este grito de espanto, en este grito de condenado....

Desde entonces el Dómine no discurrió mas, no habló mas; obró y rugió como una bestia feroz,

no obedeció mas que el instinto salvage de destruccion por destruccion.

Pasó algo de espantoso en las tinieblas de la cueva.

Se oyó un pataleo precipitado, interrumpido por un ruido sordo, retumbante como el de una caja de huesos que diese en una piedra contra la cual se quisiese romper.

Quejidos agudos, convulsivos, y una carcajada de risa infernal acompañaban cada golpe.

Luego un exterior.... de agonía.

Despues no se oyó nada....

Nada mas que el furioso pataleo.... nada mas que golpes sordos y de rebote que continuaron siempre.....

Llegó hasta las profundidades de la cueva un ruido lejano de pasos y de voces.... Vivas luces brillaron en la estremidad del pasillo subterráneo.

Jorobeta, helado de terror por la escena tenebrosa á que acababa de asistir sin verla, divisó algunas personas con luces que bajaban rápidamente la escalera.... En un momento la cueva fué invadida por muchos agentes de seguridad, á cuya cabeza estaba Narciso Borel.... guardias municipales cerraban la marcha.

Jorobeta fué cogido en los primeros escalones de la cueva, teniendo todavia en la mano el canastillo del Mochuelo.

Narciso Borel, seguido de algunos de los suyos, bajó á la cueva del Dómine.

Todos se pararon, á la vista de un espectáculo horrible.

Encadenado por la pierna á una piedra enorme colocada en medio de su calabozo, el Dómine, horrible, monstruoso, con las greñas erizadas, la

barba larga, la boca espumosa, vestida con harapos ensangrentados, daba vueltas como un animal montes por su calabozo, llevando tras si, por los dos pies, el cadáver del Mochuelo, cuya cabeza estaba horriblemente mutilada, rota, aplastada.

Fué menester una lucha violenta para arrancarle los restos ensangrentados de su cómplice y poder amarrarle.

Despues de una vigorosa resistencia, se logró trasportarlo á la sala baja de la taberna de Brazo rojo, sala oscura alumbrada por una ventana.

Allí se hallaban, con esposas en las manos y centinelas ¡de vista, Barbillon, Nicolas Martial, su madre y su hermana.

Acababan de ser presos en el momento en que se llevaban á la corredora para degollarla.

Esta recobraba sus sentidos en otra habitacion.

El Dómine, tendido en el suelo y sujeto trabajosamente por dos agentes, herido en el brazo por el Mochuelo, pero completamente loco, resoplaba, bramaba como un toro. A veces se levantaba casi por un brinco convulsivo.

Barbillon, con la cabeza baja, el color lívido, aplomado, los labios descoloridos, el ojo fijo y feroz, largos cabellos negros y lisos que caian sobre el cuello de su blusa azul, desgarrada en la lucha. Barbillon estaba sentado en un banco; sus puños esposados, descansaban sobre sus piernas.

La apariencia juvenil de este miserable (apenas tenia diez y ocho años), la regularidad de su cara imberbe, ya marchita, degradada, hacia mas deplorable todavia la horrible marca con que los escesos y el crimen habian señalado aquella fisonomia.

Impasible no decia una palabra.

No se podia conocer si esta insensibilidad aparente era debida al estupor ó á una fria energia; su respiracion era continua; de cuando en cuando, con sus dos manos amarradas limpiaba el sudor que bañaba su cálida cara.

Al lado de él se veia á Calabaza; su gorro habia sido arrancado; su cabellera amarillosa, sujeta en la nuca con un cordon, colgaba detras de su cabeza en muchos mechones claros y deshilados. Mas encolerizada que abatida, con sus mejillas flacas y biliosas aunque un poco coloradas, contemplaba con desden el aniquilamiento de su hermano Nicolas, sentado en una silla enfrente de ella.

Proveyendo la suerte que le esperaba, este bandido, postrado con la cabeza agachada, las rodillas temblando y dando una con otra, estaba perdido de terror; sus dientes castañeteaban, daba gemido sordos.

Sola entre todos la tia Martial, la viuda del ajusticiado, en piê y arrimada de espaldas á la pared, no habia perdido nada de su audacia. Con la cabeza erguida, echaba en torno suyo una mirada firme: en aquella máscara de bronce no se manifestaba la menor agitacion.

Sin embargo, al ver á Brazo-rojo que lo traian á la sala baja, despues de haberlo hecho asistir á la minuciosa pesquiza que el comisario y su escribano acababan de hacer en toda la casa, al ver á Brazo-rojo, decimos, las facciones de la viuda se contrageron á pesar suyo; sus ojos chicos, y ordinariamente empañados, se iluminaron como los de una víbora enfurecida, sus labios cerrados se pusieron pálidos, torció sus brazos amarrados..... Luego, como si hubiese sentido esta muda manifestacion de cólera y de odio impotente, domó su agitacion y recobró su fria calma.

Mientras que el comisario formaba la sumaria asistido de su escribano, Narciso Borel, frotándose las manos, echaba una mirada complaciente sobre la importante captura que acababa de hacer y que libraba á Paris de una cuadrilla ds criminales peligrosos; pero confesándose de cuanta utilidad le habia sido Brazo-rojo en esta espedicion, no pudo dejar de dirigirle una mirada espresiva de reconocimiento.

El padre de Jorobeta debia participar hasta despues de su sentencia de la prision y suerte de los que habia denunciado; como ellos tenía esposas; mas que ellos temblaba al parecer, estaba consternado, haciendo visages con todas sus fuerzas con su cara de garduña para darle una espresion desesperada, lanzando suspiros lamentables. Abrazaba á Jorobeta, como si buscase algunos consuelos en aquellas caricias paternales.

El jorobadito se mostraba poco sensible á estas pruebas de cariño; acababa de saber que seria hasta nueva orden llevado á la cárcel de los jóvenes detenidos.

---Que desgracia dejar á mi querido hijo! esclamaba Brázo-rojo fingiendo enternecimiento.— Nosotros dos somos los mas desgraciados, tia Martial..... porque se nos separa de nuestros hijos.

La viuda no pudo conservar mas largo tiempo su sangre fria; no dudando ya de la traicion de Brazo-rojo, que ella habia presentido, gritó:

---Estaba bien segura, de que vendiste á mi hijo de Tolon.... Toma, Judas!.... y le escupió en la cara.---Vendes nuestras cabezas..... en hora buena..... se verán muertes bellas..... muertes de verdaderos Martial.

---Si..... no torcerán el hocico á la vista de la guillotina, añadió Calabaza con voz bestial.

La viuda mostrando á Nicolas con una mirada de desprecio humillante, dijo á su hija.

---Este cobarde nos deshonrará en el patíbulo!

Algunos momentos despues la viuda y Calabaza acompañadas de dos agentes subian á un coche para ir á San Lázaro.

Barbillon, Nicolas y Brózo-rojo eran conducidos á la Fuerza.

Se transportaba al Dómine al depósito de la Consergeria, donde hay cuartos destinados para recibir temporalmente á los locos.

CAPITULO XI.

PRESENTACION.

....El mal que hacen los malvados sin saberlo, es muchas veves mas cruel que el que querian hacer....
(SHILLER, Wallestein, acto II)

ALGUNOS dias despues del asesinato de Mad. Seraphin, la muerte del Mochuelo y la prision de la cuadrilla de malhechores sorprendidos en casa de Brazo-rojo, Rodolfo fué á la calle del Temple.

Lo hemos dicho, queriendo luchar en astucia con Santiago Ferrand, descubrir sus crímenes ocultos, obligadlo á que los reparase, y castigarle de una manera terrible en el caso en que, á fuerza de habilidad y de hipocresia, este miserable consiguiese escaparse de la venganza de las leyes, Rodolfo habia hecho venir de una prision de Alemania á la criolla mestiza, muger indigna del negro David.

Llegada el dia antes, esta criatura, tan bella como perversa, tan encantadora como peligrosa, habia recibido instrucciones circunstanciadas del baron de Graün.

Se ha visto en la última conversacion de Rodolfo con Mad. Pipelet que esta, habiendo muy hábilmente propuesto á Cecily á Mad. Seraphin para reemplazar á Luisa Morel como criada del escribano, el ama de gobierno habia acogido perfectamente sus insinuaciones, y prometido hablar de ellas á Santiago Ferrand, lo que habia hecho en los términos mas favorables á Cecily, la mañana misma del dia en que ella (Mad. Seraphin) habia sido ahogada en la isla del Mariscador.

Rodolfo iba á saber el resultado de la *presentacion* de Cecily.

—Y Cecily? dijo Rodolfo con viveza; venia á saber....

—Mirad, mi rey de los inquilinos, no me confundais; tengo tantas.....tantas cosas que deciros... me perderá si me cortais el hilo.

—Veamos...os escucho.....

—En primer lugar, por lo que toca á la casa, figuraos que ayer vinieron á prender á la tia Burette.

—La empeñadora de prendas del segundo piso?

—Dios mio! si, parece que tenia malos oficios, ademas del de usurera era encubridora, fundidora, ladrona, engaitadora, chalana, en fin todo lo malo por este estilo; lo peor es que su viejo querido, Mr. Brazo-rojo, nuestro inquilino principal, está tambien preso....

—Tambien preso....Brazo-rojo?

—Si, en su taberna de los Campos-Eliseos; han enjaulado hasta á su hijo Jorobeta, el malvado chiquito....Se dice que en su casa se han cometido un monton de asesinatos, que habia allí una cuadrilla de malvados, que el Mochuelo, una de las amigas de la tia Burette, ha sido ahogada, y que si no se hubiera llegado á tiempo, asesinaban

á la tia Mathieu, la corredora en pedreria, que daba trabajo al pobre Morel....Estas son las noticias!

—Brazo-rojo preso! el Mochuelo muerto! dijo para sí Rodolfo con admiracion, la horrible vieja tenia merecida su suerte; la pobre Flor-celestial está al menos vengada.

—Pero el escribano? el escribano?

—Allá voy, señor Rodolfo. Eran cerca de las siete de la noche cuando llegamos á casa de Mr. Ferrand; dije al portero que advirtiese á su amo que estaba allí Mad. Pipelet con la criada de que le habia hablado Mad. Seraphin. A esto, el portero suspira y me pregunta si sé lo que ha sucedido á Mad. Seraphin; le digo que no.....Ah! señor Rodolfo, he aquí otro horror!!

—Que cosa pues?

—La Seraphin se ha ahogado en una partida de campo á que habia ido con una parienta suya.

—Ahogada!.....Una partida de campo en invierno!....dijo Rodolfo sorprendido.

—Por Dios, que sí, señor Rodolfo, ahogada... En cuanto á mí, eso me asombra mas que me entristece; porque desde la desgracia de la pobre Luisa, que ella denunció, destestaba á la Seraphin. Tambien, me digo: se ha ahogado, y bien! se ha ahogado.....no me he de morir por eso....Este es mi carácter.

—Y Mr. Ferrand?

—El portero me dijo que no creia que pudiese ver á su amo, y me suplicó que esperase en su cuarto; pero al cabo de un momento volvió por mí; atravesamos el patio, y entramos en una habitacion en el piso bajo.

No habia mas que una luz. El escribano estaba sentado al fuego donde humeaba un resto de

tizon....Que barraca!.... Nunca habia yo visto á Mr. Santiago Ferrand.....Dios mio! que feo..... Ese es uno que podia muy bien ofrecerme el trono de Arabia para jugar una mala pasada á Alfredo....

—Y al escribano le llamó al parecer la atencion la hermosura de Cecily?

—Se puede saber eso con sus gafas verdes?.... Sin embargo, cuando entramos pegó como un respingo en su silla; era sin duda la admiracion de ver el trage de Alsacia de Cecily, porque tenia (cien mil veces mas) el aire de una vendedora de bastoncitos, con sus zagalejos cortos y sus lindas piernas con medias azules bordadas de encarnado; cáspita.....que pantorrilla....y el tobillo tan delgado....y el pié tan chico.....finalmente el escribano pareció aturdido al verla.

—Seria sin duda lo raro del vestido de Cecily lo que le llamaba la atencion?

—Es menester creerlo; pero el momento critico se acerca. Afortunadamente me acordé de la máxima que me dijisteis, señor Rodolfo; eso me salvó.

—Que máxima?

—Esta: «Basta que el uno quiera para que el otro no quiera, ó que el uno no quiera para que el otro quiera.» Entonces me dije á mi misma: es menester que desembaraze de su alemana á mi rey de los inquilinos, colocandola con el amo de Luisa: atrevimiento! hago un gesto y digo al escribano sin darle tiempo de respirar:

—«Perdonad, caballero, si mi sobrina viene vestida al uso del pais; pero acaba de llegar, no «tiene mas que esos vestidos, y no tengo con que «hacerle otros, tanto mas que esto no valdrá la pena, porque solamente venimos á daros las gracias

«por haber dicho á Mad. Seraphin que consen-«tiais en ver á Cecily, de resultas de las buenas no-«ticias que os habia dado de ella, pero no creo que «os pueda convenir.»

—Muy bien, Mad. Pipelet.

—«Por qué no me ha de convenir vuestra so-«brina? dijo el escribano mirandonos por encima «de sus gafas.

—«Porque Cecily comienza á tener el mal del «pais; caballero. No hace tres dias que está aqui, «y ya quiere volverse, aunque tenga que mendi-«gar en el camino vendiendo escobas como sus pai-«sanas.

—«Y vos que sois su parienta, me dijo Mr. «Ferrand, sufririais eso?

—«Vaya, soy su parienta, es verdad, pero es huérfana, tiene veinte años, y es dueña de sus ac-ciones.

—«Vaya! vaya! dueña de sus acciones, en esa «edad debe obedecer á sus parientes, repuso aspe-«ramente.

—«Ademas de esto he aquí que Cecily se pone «á lloriquear y á temblar arrimandose á mí; el «escribano le causaba miedo, á buen seguro.....

—Y Santiago Ferrand?

—«Refunfuñaba siempre gruñendo.

—«Abandonar á una muchacha de esa edad, es «querer perderla....Volverse á Alemania mendigan-«do; bello recurso! Y vos, su tia, sufrireis seme-«jante conducta?.....

—«Bien, bien, dije para mí, vas enteramente «solo, tacaño, te colocaré á Cecily ó perderé mi «nombre.

—Soy su tia, es verdad, respondo gruñendo, «y es un parentezco desgraciado para mí, tengo «bastantes cargas; por tanto mejor, querria que

«mi sobrina se fuese que tenerla á cuestas. Lle-
«vese el diablo á los parientes que os envian una
«muchacha grande como esta de buenas á primeras!
---Por esta vez, he aquí que Cecily, que pa-
«recia entenderlo todo, se echa á llorar.....En-
«tonces el escribano toma el tono de predicador,
«y se pone á decirme:
---«Debeis cuenta á Dios del depósito que la
«Providencia ha puesto en vuestras manos; seria
«un crímen esponer á esta jóven á la perdicion.
«Consiento en ayudaros para una obra de cari-
«dad, si vuestra sobrina me promete ser laborio-
«sa, honrada y religiosa, sobre todo no salir nun-
«ca de mi casa, tendré piedad de ella y la toma-
«ré á mi servicio.
---«No, no, mejor quiero volverme á mi tier-
«ra, dijo Cecily sin dejar de llorar.
---Su peligrosa falsedad le sirve....pensó Rodol-
fo; la diabólica criatura, segun veo, ha comprendido perfectamente las órdenes del baron de Graün. Luego el príncipe prosiguió en voz alta:
--Mr. Ferrand se incomodó al parecer con la resistencia de Cecily?
--Si, señor Rodolfo; gruñia entre dientes, y le dijo ásperamente:
--«No se trata de lo que querriais mejor, se-
«ñorita, sino de lo que es conveniente y decen-
«te; el cielo no os abandonará, si teneis buena
«conducta y si cumplis vuestros deberes religio-
«sos. Estareis aquí en una casa tan severa co-
«mo santa: si vuestra tia os ama realmente, se
«aprovechará de mi oferta; tendreis salario corto
«en un principio, pero si por vuestra discrecion
«y vuestro celo mereceis mas, quizá mas adelan-
«te lo aumentaré.»
—Bueno! dije para mi, clavado el escribano!

ya está Cecily colocada en tu casa, viejo avaro, viejo sin corazon! La Seraphin te ha servido muchos años, y parece que no te acuerdas de ella habiéndose ahogado antes de ayer.... Y repuse en alto:

—«Sin duda, el acomodo es ventajoso, pero «si esta jóven tiene el mal del pais....

—«Ese mal pasará, me responde el escribano; «vamos, decidios.... si ó no?.... Si consentis, traed«me á vuestra sobrina mañana á la noche y en«trará inmediatamente á mi servicio.... mi por«tero la pondrá al corriente.... En cuanto al sa«lario, doy desde el principio veinte francos al «mes y la comida.

—«Ah! no dareis cinco francos mas?

—«No, mas adelante.... si estoy contento, ve«rémos.... Pero debo preveniros que vuestra so«brina no saldrá nunca, y que nadie vendrá á «verla.

—«Ah! por Dios, quien quereis que venga á «verla? no conoce en Paris mas que á mí, y yo «tengo que guardar mi puerta; me ha perjudica«do el verme obligada á acompañarla aquí; no «me vereis mas, me será tan estraña como si nun«ca hubiese venido de su pais. En cuanto á que «ella no salga, hay un medio muy sencillo; de«jadle el trage de su pais, y no se atreverá á ir «vestida así á la calle.

—«Teneis razon, me dijo el escribano; por «otra parte es respetable tener vestido de su «pais..... Quedará vestida como las mugeres de «Alsacia.

—«Vamos, dijo á Cecily, que, con la cabeza «baja, seguia lloriqueando, es menester que te «decidas, hija mia; un buen acomodo en una «casa honrada, no se encuentra todos los dias;

«y si lo rehusas, arréglate como quisieres, no «me mezclo mas en ello.

—«Entonces Cecily responde suspirando y ape- «sadumbrada qué consentia en quedarse, pero «con la condicion de que si en quince dias la «atormentase mucho el mal del pais, podria irse.

—«No quiero teneros á la fuerza, dijo el es- «cribano, y no es dificultoso el encontrar criadas. «He aquí vuestra señal; vuestra tia no tendrá «mas que traeros mañana á la noche.

—«Cecily no habia dejado de gimotear. Acep- «té por ella la señal de cuarenta sueldos del vie- «jo avaro, volvimos aquí.»

—Muy bien, Mad. Pipelet, no olvido mi pro- mesa; tomad lo que os prometí si lográbais co- locar á la pobre muchacha que me estorbaba....

—Esperad á mañana, mi rey de los inquilinos dijo Mad. Pipelet rehusando tomar el dinero de Rodolfo; porque en fin Mr. Ferrand puede mu- dar de parecer cuando le lleve á Cecily esta noche...

—No creo que mude de parecer; pero donde está ella?

—En el gabinete de la habitacion del coman- dante; no se mueve, segun vuestras órdenes: parece resignada como un cordero, aunque tiene unos ojos... ah! que ojos!.... Pero á propósito del comandante, que intrigante es! Cuando vino el mismo á ver embalar sus muebles, me dijo que si venian aquí cartas dirigidas á una Madama Vin- cout, eran para él, y se las enviase á la calle Mondovi, número 5. Hace que le escriban ba- jo un nombre de muger, el bueno del pájaro! que maligno es.... hay mas, tuvo la desvergüen- za de preguntarme qué se habia hecho de su le- ña..... He quemado vuestra leña, le dije, para pre- servar vuestros muebles de la humedad; á no ser

por eso, hubieran nacido hongos en vuestro gorro bordado y en vuestra bata lustrosa, que os pusisteis muchas veces para el obispo.... esperando á la señora chiquita que se burlaba de vos.

Rigolette apareció en la entrada del cuarto.

—No entreis, señorita, gritó Mr. Pipelet, fiel á sus costumbres de casta susceptibilidad.—Estoy en la cama y en paños menores.

Diciendo esto, tiró de la manta hasta la barba; Rigolete se paró discretamente en el humbral de la puerta.

—Justamente, vecina, venia á veros, dijo Rodolfo. Tened la bondad de esperarme un momento. Luego dirigiéndose á Anastasia:—No olvideis llevar esta noche á Cecily á casa de Mr. Ferrand.

—Descuidad, mi rey de los inquilinos, á las siete será instalada. Ahora que la Morél puede andar le suplicaré guarde mi cuarto, porque Alfredo no querrá, por un imperio, quedar solo.

CAPITULO XVI.

VECINO Y VECINA.

Lo sonrosado de la tez de Rigolette perdia cada vez mas; su cara graciosa, hasta entonces tan llena, tan redonda, comenzaba á alargarse un poco; su fisonomia picante, de ordinario tan animada, tan viva, se habia puesto seria y mas triste aun que lo estaba cuando la última conversacion de la costurera y Flor-celestial en la puerta de la cárcel de San Lázaro.

---Cuanto celebro encontraros, vecino, dijo á Rodolfo, cuando salió del cuarto de Mad. Pipelet. Tengo muchas cosas que deciros, vamos...

---Primero, vecina, como estais? Veamos, esa linda cara.... está siempre sonrosada y alegre? Ay! no; os encuentro pálida..... Estoy seguro de que trabajais mucho.....

---Oh! no, señor Rodolfo, os aseguro que estoy hecha á este pequeño aumento de trabajo... Lo que me cambia es la pena. Por Dios que siempre que veo al pobre Germain me contristo mas y mas.

---Sigue muy abatido?

---Mas que nunca, señor Rodolfo, y lo doloroso es que todo lo que hago para consolarle se

vuelve contra mí..... y una lágrima empañó los ojos negros de Rigolette.

---Esplicadme eso, vecina.

---Ayer, fui á verle y á llevarle un libro que me suplicó le proporcionase, porque era una novela que leiamos en nuestro buen tiempo de vecindad. Al ver el libro se deshizo en lágrimas; esto no me admira, era muy natural.... Vaya!... este recuerdo de nuestras noches tan tranquilas, tan bellas al lado de mi estufa, en mi linda habitacion, comparar esto con su horrorosa vida de cárcel, pobre Germain, es muy cruel.

---Sosegaos, dijo Rodolfo á la jóven; cuando Germain esté fuera de la cárcel, y que sea reconocida su inocencia, encontrará madre, amigos, y olvidará bien pronto á su lado y al vuestro estos duros momentos de prueba.

---Sí, pero hasta entonces, señor Rodolfo, tiene que atormentarse mucho. Y no es esto todo...

---Que mas hay?

---Como es el solo hombre honrado que hay entre aquellos malhechores, le tienen tirria porque no puede hacer buenas migas con ellos. El guarda del locutorio, que es buen hombre, me ha dicho que aconseje á Germain, por su interes, que sea menos orgulloso.... que procure familiarizarse con aquella mala gente..... pero no puede, y tiemblo que un dia ú otro le hagan daño..... Luego interrumpiéndose de repente, y enjugándose las lágrimas, prosiguió:---Pero, bien veis que no pienso sino en mí, y me olvido de hablaros de la Guillabaora.

---De la Guillabaora? dijo Rodolfo con sorpresa.

---Si, señor Rodolfo.

---En San Lázaro?

---Salia de allí con una señora vieja.

---Es imposible!.... esclamó Rodolfo pasmado.

---Os aseguro que era ella, vecino.

---Os habreis engañado.

---No, no; aunque estaba vestida de aldeana, la conocí inmediatamente; está siempre linda aunque pálida, y tiene el mismo semblante amable y triste que en otro tiempo.

---Está en Paris...., sin que yo lo sepa! No puedo creerlo. Y que iba á hacer en San Lazaro?

---Como yo, sin duda á ver á alguna presa; no tuve tiempo de preguntarle mas: la señora vieja que la acompañaba parecia tan regañona y tenia tanta priesa.... conoceis tambien á la Guillabaora, señor Rodolfo?

---Ciertamente.

---Entonces no hay duda, de vos es de quien me habló.

---De mí?

---Sí, vecino. Figuraos que le conté la desgracia de Luisa y de Germain, ambos tan buenos, tan honrados y tan perseguidos por el ruin Santiago Ferrand, guardándome bien de decirle, como me lo habeis prohibido, que os interesabais por ellos; la Guillabaora me dijo que si una persona generosa que ella conocia estubiese enterada de la suerte infeliz y poco merecida de los dos pobres presos, acudiria seguramente á socorrerlos; le pregunté el nombre de esa persona y os nombró, señor Rodolfo.

---Ella es, ella es ciertamente.....

---Pensad cuanto nos sorprenderiamos las dos con este descubrimiento ó esta semejanza de nombre; nos prometimos escribirnos si nuestro Rodolfo era el mismo.... Y parece que sois el mismo, vecino.

---Sí, me he interesado tambien por esa pobre niña.... Pero lo que me decis de estar en París me sorprende de tal modo, que si no me diéseis tantos pormenores de vuestra conversacion, me mantendria firme en creer que os engañabais. Adios..... vecina, lo que acabais de decirme acerca de la Guillabaora me obliga á dejaros.... Seguid siendo siempre tan reservada. Este secreto es ahora mas necesario que nunca. A proposito, como sigue la familia Morel?

---Cada vez mejor, señor Rodolfo. La madre está levantada; los hijos se reponen visiblemente. Toda la familia os debe la vida, la felicidad..... Sois tan generoso..... Y el pobre Morel, como sigue?

---Mejor.... Ayer supe de él; parece que tiene de cuando en cuando algunos momentos lucidos; hay buenas esperanzas de curarlo de su locura.... Vamos, ánimo, y hasta luego, vecina... No necesitais nada? Os basta el producto de vuestro trabajo?

---Oh! sí, señor Rodolfo, tomo un poco de mis noches, y esto no es un gran daño, vaya, porque no duermo.

---Ay! pobre vecinita mia, temo mucho que *papá Cretú y Ramonette* no canten si os esperan para comenzar.

---No os engañais, señor Rodolfo, mis pájaros y yo no cantamos ya, por Dios que no; pero, mirad, os vais á burlar, no le hace! me parece que comprenden que estoy triste; en vez de cantar alegremente cuando vengo, hacen un gorgeito tan dulce, tan lastimero, que parece quieren consolarme. Soy una loca, no es verdad, en creer esto, señor Rodolfo?

---Nada de eso; estoy seguro de que vuestros

buenos amigos los pájaros os aman demasiado para no advertir vuestra tristeza.

---En efecto, estos pobres animalitos tienen tanta inteligencia, dijo sencillamante Rigolette, muy contenta de estar asegurada acerca de la sagacidad de sus compañeros de soledad.

---Sin duda, nada mas inteligente que el reconocimiento..... Vamos, adios..... pronto, vecina, dentro de poco, lo espero, vuestros ojos volverán á estar vivos, vuestras mejillas muy sonrosadas, y vuestros cantos tan alegres, tan alegres..... que papá Cretú y Ramonette apenas podrán seguiros.

---Ojalá digais verdad, señor Rodolfo! repuso Rigolette dando un gran suspiro.—Adios, vecino,...

---Adios, vecina, y hasta luego.

.....

Rodolfo, no pudiendo comprender como Mad. Georges habia, sin prevenirle, llevado ó enviado á Flor-celestial á Paris, se fué á su casa para enviar un propio á la hacienda de Bouqueval.

En el momento en que entraba en la calle de Plumet, vió una silla de posta pararse delante de la puerta de su casa: era Murph que volvia de Normandía.

El caballero habia ido, lo hemos dicho, para descubrir los fatales proyectos de la madrastra de Mad. de Harville y de su cómplice Bradamanti.

CAPITULO XIII.

MURPH Y POLIDORI.

La cara de sir Walter Murph estaba refulgente.

Cuando bajó del coche, entregó á uno de los criados del príncipe un par de pistolas, se quitó su largo redingote de viage, y, sin tomar tiempo para mudarse de ropa, siguió á Rodolfo, que, impaciente, le habia precedido á su habitacion.

---Buenas noticias, Monseñor, buenas noticias! dijo el caballero cuando se halló solo con Rodolfo, los miserables han sido descubiertos; Mr. de Orbigny se ha salvado.... me hicisteis marchar á tiempo..... una hora de atraso y se hubiera cometido un nuevo crímen!

---Y Mad. de Harville?

---Entregada á la alegria que le causa la reconciliacion de su padre, y á la dicha de haber llegado, gracias á vuestros consejos, á tiempo para librar á su padre de una muerte cierta.

---Asi Polidori....

---Era tambien esta vez el digno cómplice de la madrastra de Mad. de Harville. Pero que mons-

truo es la madrastra..... que sangre fria, que audacia!..... y Polidori! Ah! monseñor..., habeis hecho muy bien en agradecerme lo que llamais mis pruebas de rendimiento.....

---Siempre he dicho pruebas de amistad, mi buen Murph....

---Pues bien! monseñor, nunca, no, nunca esta amistad se ha puesto á una prueba mas dura que esta vez, dijo el caballero medio serio, medio festivo.

---Como?

---Los disfraces de carbonero, las peregrinaciones en la ciudad, y *tutti quanti*, no ha sido nada, monseñor, nada absolutamente, comparado con el viage que acabo de hacer con el infernal Polidori.

---Que dices? Polidori.....

---Lo he traido.....

---Contigo?

---Conmigo.... Juzgad..... que compañia....por espacio de doce horas mano á mano con el hombre que desprecio y odio mas en el mundo..... Tanto vale viajar con una serpiente..... animal á que tengo antipatia.

—Y donde está Polidori, ahora?

—En la casa del Paseo de las Viudas..... bajo buena y segura custodia.....

—Hizo alguna resistencia para seguirte?

—Ninguna.... Le dejé la eleccion de ser preso en el acto por las autoridades francesas, ó ser mi prisionero en el Paseo de las Viudas: no titubeó.

---Tuviste razon, mas vale tenerlo bajo la mano. Eres un hombre de oro, mi viejo Murph; pero cuéntame tu viage..... Estoy impaciente por saber como aquella indigna muger y su indigno cómplice han sido desmascarados.

—Nada mas sencillo: no tuve mas que seguir vuestras instrucciones para aterrorizar y anonadar á aquellos infames. En esta ocasion, monseñor, habeis salvado, como siempre, personas de bien y castigado á los malvados. Que noble Providencia sois!....

—Sir Walter, sir Walter, acordaos de las adulaciones del baron de Graün.... dijo Rodolfo sonriéndose.

—Vamos, sea, monseñor. Comenzaré, pero tened á bien leer esta carta de la marquesa de Harville que os instruirá de todo lo que pasó antes que mi llegada hubiese confundido á Polidori.

—Una carta?.... venga pronto.

Murph, dando á Rodolfo la carta de la marquesa, añadió:

—Conforme estaba convenido, en vez de acompañar á Mad. de Harville á casa de su padre, me apeé en una posada que servia de meson, á dos pasos del castillo, donde debia esperar que la señora marquesa me mandase llamar.

Rodolfo leyó lo que sigue con una tierna é impaciente solicitud.

«Monseñor:

„Despues de todo lo que os debia ya, os de„beré la vida de mi padre.

„Dejo hablar á los hechos: estos os dirán me„jor que yo que nuevos tesoros de gratitud para „con vos acabo de amontonar en mi corazon.

„Comprendiendo toda la importancia de los „consejos que me habeis hecho dar por sir Wal„ter Murph, que se me reunió en el camino de „Normandia casi al salir de Paris, llegué á to„do correr al castillo de Aubiers.

„No se porque la fisonomia de las personas

„que me recibieron me pareció siniestra; no vi „entre ellos ninguno de los criados antiguos de „nuestra casa: nadie me conocia. Me vi óbliga„da á dar mi nombre; supe que habia algunos „dias que mi padre estaba muy malo, y que mi „madrastra acababa de traer un médico de Paris.

„Nada de dudas, era el doctor Polidori.

„Queriendo hacerme conducir al instante junto á „mi padre, pregunté donde estaba su antiguo ayu„da de cámara, á quien tenia mucho afecto. Ha„bia algun tiempo que este hombre no estaba „en el castillo; estas noticias me fueron dadas „por un mayordomo que me condujo á mi ha„bitacion, diciendo que haria que avisasen mi lle„gada á mi madrastra.

„Era esto ilusion, eran prevenciones? me pa„reció que mi venida era hasta importuna á los „criados de mi padre. Todo el castillo me pare„cia triste, siniestro. En la disposicion de ánи„mo en que me hallaba, se procura sacar ins„trucciones de las menores circunstancias. No„taba en todas partes señales de desórden, de in„curia, como si se hubiese creido inútil cuidar „una habitacion que debia ser abandonada pronto.

„Mis inquietudes, mis angustias se aumenta„ban á cada instante. Despues de haber acomo„dado á mi hija y á su aya en mi habitacion, „iba á dirigirme donde estaba mi padre, cuan„do entró mi madrastra.

„A pesar de su falsedad, á pesar del impe„rio que tenia ordinariamente sobre sí misma, „parecia aterrada con mi repentina llegada.

---„Mr. de Orbigny no esperaba vuestra visi„ta, señora, me dijo.—Está tan malo, que se„mejante sorpresa le seria funesta. Creo pues con„veniente dejarle ignorar vuestra presencia; no

„podria de ninguna manera esplicársela, y....

„No la dejé acabar.

—„Ha acaecido una gran desgracia, señora, „le dije. Mr. de Harville ha muerto.... víctima „de una funesta imprudencia. Despues de tan de„plorable acontecimiento, no podia estar en Pa„ris en mi casa, y vengo á pasar al lado de mi „padre los primeros tiempos de mi luto.

—„Estais viuda!.... ah! es una felicidad inso„lente! esclamó mi madrastra con rabia.

„Segun lo que sabeis del desgraciado casamien„to que esta muger tramó para vengarse de mí, „comprendereis, monseñor, la atrocidad de su „esclamacion.

—„Porque temo que no querais ser *tan inso„lentemente feliz* como yo, señora, es por lo que „vengo aquí, le dije:—Quiero ver á mi padre.

---„Es imposible en este momento, me dijo „ella perdiendo el color; vuestra vista le cau„saria una revolucion peligrosa.

---„Pues mi padre está malo de tanta grave„dad, por qué no se me ha hecho saber?

---„Tal ha sido la voluntad de Mr. de Orbig„ny, me respondió mi madrastra.

---„No os creo, señora, y voy á asegurarme „de la verdad, le dije dando un paso para salir „de mi habitacion.

---„Os repito que vuestra vista inesperada pue„de hacer un daño horrible á vuestro padre, gri„tó poniéndose delante de mí para estorbarme „el paso.---No sufriré que entreis en su habi„tacion sin prevenirle de vuestra llegada con los „miramientos que reclama su posicion.

„Estaba en una cruel perplejidad, monseñor. „Una repentina sorpresa podia, en efecto, dar „un golpe peligroso á mi padre; pero esta mu-

„ger, ordinariamente tan fria, tan dueña de sí „misma, me parecia asustada de tal modo con „mi presencia, tenia tantas razones para dudar „de la sinceridad de su solicitud por la sa„lud de aquel con quien se habia casado por „codicia, en fin, la presencia del doctor Po„lidori, el asesino de mi madre, me cau„saba un terror tan grande que, creyendo ame„nazada la vida de mi padre, no vacilé entre la „esperanza de salvarle y el temor de causarle una „agitacion.

---„Veré á mi padre al instante, dije á mi ma„drastra.

„Y aunque me cogió por el brazo, pasé ade„lante.....

„Perdiendo completamente la cabeza, esta mu„ger quiso segunda vez, casi por fuerza, impe„dirme salir de mi habitacion.... Esta increible „resistencia redobló mi espanto.... me desasí de „sus manos..... Sabiendo cual era la habitacion „de mi padre, corrí á ella rápidamente: entré... „en ella monseñor! en mi vida olvidaré la escena „y el cuadro que se ofreció á mi vista.....

„Mi padre, casi desconocido, pálido, flaco, „pintado el padecimiento en todas las facciones, „con la cabeza echada en una almohada, estaba „tendido en un gran sillon.....

„Junto á la chimenea, en pié á su lado, el „doctor Polidori se preparaba á echar en una ta„za que le presentaba una criada algunas gotas „de un licor contenido en un frasquito de cris„tal que tenia en la mano.....

„Su larga barba roja daba una espresion mas „siniestra aun á su fisonomía. Entré con tanta „precipitacion que hizo un gesto de sorpresa, „cambió una mirada de inteligencia con mi ma-

„drastra que me seguia apresuradamente, y en „vez de hacer tomar á mi padre la bebida que „le habia preparado, puso de repente el frasqui„to sobre la chimenea.

„Guiada por un instinto de que me es toda„via imposible darme cuenta, mi primer impul„so fue apoderarme del frasquito.

„Notando tambien la sorpresa y el terror de „mi madrastra y de Polidori, me felicité de mi „accion. Mi padre, pasmado, parecia irritado „de verme, lo esperaba. Polidori me lanzó una „mirada feroz; no obstante la presencia de mi „padre y de la criada, temia que este misera„ble, viendo su crímen casi descubierto, come„tiese conmigo alguna tropelia.

„Conocí la necesidad de un apoyo en este mo„mento decisivo, tiré de la campanilla; acudió „un criado de mi padre; le pedí dijese á mi „criado (estaba prevenido) que fuese por algunos „efectos que habia dejado en el meson: sir Wal„ter Murph sabia que para no despertar las sos„pechas de mi madrastra, en el caso en que „me viese obligada á dar mis órdenes delante de „ella, emplearia este medio para mandarlo lla„mase.

„La sorpresa de mi padre y de mi madrastra „era tal, que el criado salió antes que hubiese „podido decir una palabra; me tranquilizé; al „cabo de algunos instantes, sir Walter Murph „estaba á mi lado.....

—„Que significa esto? me dijo mi padre con „voz débil, pero imperiosa é irritada.—Vos aquí „Clemencia.... sin que os haya llamado?.... Ape„nas llegais os apoderais del frasco que contie„ne la bebida que el doctor iba á darme.... me „esplicareis esta locura?

—„Idos, dijo mi madrastra á la criada.

„Esta obedeció.

—„Calmaos, amigo mio, repuso mi madras-
„tra dirigiéndose á mi padre; lo sabeis, la me-
„nor agitacion podria seros dañosa. Puesto que
„vuestra hija viene aquí á pesar vuestro, y que
„su presencia os es desagradable, dadme el bra-
„zo, os llevaré al salon chico; durante este tiem-
„po, nuestro buen doctor hará comprender á Mad.
„de Harville lo imprudente, por no decir mas,
„de su conducta.....

„Y echó una mirada significativa á su cóm-
„plice.

„Comprendí el designio de mi madrastra. Que-
„ria llevarse á mi padre y dejarme sola con Po-
„lidori, que, en un caso estremo, hubiera em-
„pleado la violencia para quitarme el frasco que
„podia dar una prueba evidente de sus crimi-
„nales proyectos.

—„Teneis razon, dijo mi padre á mi madras-
„tra.—Pues viene á perseguirme hasta en mi
„casa, sin respetar mi voluntad, dejaré el lugar
„libre á los importunos....

„Y levantándose con trabajo, aceptó el bra-
„zo que le ofrecia mi madrastra, y dió algunos
„pasos hácia el salon chico.

„En este momento, Polidori se adelantó hácia
„mí; pero acercándome prontamente á mi padre
„le dije:

—„Voy á esplicaros lo que hay de imprevisto en
„mi llegada y de estraño en mi conducta.....
„desde ayer estoy viuda..... desde ayer sé que
„vuestros dias estan amenazados, padre mio.

„Andaba encorbado, con mucho trabajo. A es-
„tas palabras, se paró, se erguió vivamente, y
„mirándome con un espanto profundo, gritó.

—„Estais viuda..... mis dias están amenazados!... „Que significa esto?

—„Y quien se atreve á amenazar los dias de „Mr. de Orbigny, señora? me preguntó osada- „mente mi madrastra.

—„Si, quien los amenaza?.... añadió Polidori.

—„Vos, caballero; vos, señora, respondí.

—„Que horror!.... esclamó mi madrastra dan- „do un paso hácia atras.

—„Lo que digo, lo probaré, señora..... le res- „pondí.

—„Pero semejante acusacion es horrorosa..... „gritó mi padre.

—„Dejo al instante esta casa, pues estoy aquí „espuesto á tan atroces calumnias!..... dijo el doc- „dor Polidori con la indignacion aparente de un „hombre ultrajado en su honor. Comenzando á sen- „tir el peligro de su posicion, queria sin duda „huir.

„En el momento en que habria la puerta, se „halló cara á cara con Walter Murph....»

Rodolfo interrumpiendo la lectura, tendió la mano al caballero, y le dijo:

—Muy bien mi antiguo amigo, tu presencia debió aterrar á aquel miserable.

—Eso es, monseñor.... se puso lívido.... y dió dos pasos atras, mirándome con asombro; pare- cia confundido.... Hallarme en el interior de Nor- mandia, en semejante momento!.... creia tener una pesadilla.... Pero, continuad, monseñor, vais á ver que á la infernal condesa de Orbigny le tocó tambien su turno de abatimiento, gracias á lo que me habiais dicho de su visita al saltimbanco Bra- damanti-Polidori en la casa calle del Temple..... porque, yo no era sino el instrumento de vues- tro pensamiento.... nunca, os lo juro, habeis si-

do sustituido mas feliz y mas justamente por la indolente Providencia que en esta ocasion.

Rodolfo se sonrió y continuó la lectura de la carta de Mad. de Harville.

„Al ver á sir Walter Murph, Polidori se que-„dó petrificado; mi madrastra caia de sorpresa en sor-„presa; mi padre agitado por esta escena, debilitado „por la enfermedad, se vió obligado á sentarse en un „sillon. Sir Walter echó la llave á la puerta por „donde habia entrado, y poniendose delante de „la que conducia á otra habitacion, á fin de que „el doctor Polidori no pudiese escaparse, dijo á „mi pobre padre con el acento del mas profun-„do respeto:

—„Mil perdones, señor conde, por la licen-„cia que me tomo: pero una imperiosa necesi-„dad, dictada por vuestro interes (y vais pron-„to á reconocerlo) me obliga á obrar asi.... Me „llamo sir Walter Murph, como os lo puede a-„firmar este miserable que, al verme, le tiem-„blan todos sus miembros; soy consejero intimo „de S. A. R. monseñor el gran duque reinante „de Gerolstein.

—„Es verdad, dijo el doctor Polidori tarta-„mudeando, perdido de espanto.

—„Pero, caballero..... qué venis á hacer aqui? „que quereis?

—„Sir Walter Murph, repuse dirigiendome á „mi padre, viene á unirse á mi para desenmas-„carar á los miserables de quienes ibais á ser „victima.

„Luego, entregando á sir Walter el frasquito „de cristal, añadí:—He sido bastante bien ins-„pirada para apoderarme de este frasco en el mo-„mento en que el doctor Polidori iba á echar al-„gunas gotas del licor que contiene en una be-

„bída que ofrecia á mi padre.

—„Un práctico de la ciudad inmediata anali-
„zará delante de vos el contenido del frasco que
„voy á depositar en vuestras manos, señor con-
„de, y si se prueba que contiene un veneno len-
„to y seguro, dijo Walter á mi padre, no po-
„drá ya quedaros duda acerca de los peligros que
„corriais, y que el cariño de vuestra hija ha evi-
„tado afortunadamente.

„Mi pobre padre miraba alternativamente á su
„muger, al doctor Polidori, á mi y á sir Wal-
„ter como espantado; sus facciones espresaban
„una angustia indefinible. Leia yo en su cara la
„lucha violenta que destrozaba su corazon. Sin
„duda resistia con todo su poder á las crecien-
„tes y terribles sospechas, temiendo verse obli-
„gado á reconocer la maldad de mi madrastra;
„en fin, tapándose la cara con las manos, es-
„clamó:

—„Oh! Dios mio, Dios mio!.... todo esto es
„horroroso... imposible. Estoy soñando?

—„No, esto no es un sueño, gritó audazmente mi
„madrastra, nada mas real que esta atroz calum-
„nia concertada de antemano para perder á una
„infeliz muger cuyo solo crimen ha sido consa-
„graros su vida. Venid, venid, amigo mio, no
„estemos un segundo mas aquí, añadió dirigién-
„dose á mi padre, quizá vuestra hija no tendrá
„la insolencia de deteneros á pesar vuestro.....

—„Si, si, salgamos, dijo mi padre fuera de
„si: todo esto no es verdad, no quiero oir mas...
„espantosas desconfianzas se elevarian en mi cora-
„zon, emponzoñarian los pocos dias que me que-
„dan que vivir, y nada podria consolarme de
„un descubrimiento tan abominable.

„Mi padre parecia padecer tanto, estar tan

„desesperado, que á todo precio hubiera yo que„rido poner fin á una escena tan cruel para él. „Sir Walter adivinó mi pensamiento; pero que„riendo hacer plena y entera justicia, respondió „á mi padre:

—„Algunas palabras mas, señor conde; vais á „tener una desazon, sin duda muy penosa, al „saber que una muger, que creeis os quiere por „reconocimiento, ha sido siempre un monstruo de „hipocresia; pero hallareis consuelos veraces en „el afecto de vuestra hija que nunca os ha fal„tado.

—„Esto pasa todos los límites! esclamó mi ma„drastra con rabia; y con que derecho, caballe„ro, y sobre que pruebas osais fundar tan hor„rorosas calumnias? Decis que ese frasco contie„ne veneno?.... Lo niego, caballero, y lo ne„garé hasta que se pruebe lo contrario, y dado „caso que el doctor Polidori hubiese, por equi„vocacion, *confundido un medicamento con otro*, „es esto una razon para atreverse á acusarme de „haber querido..... de complicidad con el.... Oh! „no, no, no acabaré..... una idea tan horrible „es ya un crimen; lo repito, caballero, os atre„veis á apoyar esta horible calumnia.... dijo mi „madrastra con una audacia increible.

—„Si, sobre que pruebas? gritó mi desgracia„do padre.—Es menester que el tormento que se „me está dando tenga un término.

—„No he venido aqui sin pruebas, señor con„de, dijo sir Walter —Y estas pruebas os las „darán ahora las respuestas de este miserable. „—Despues sir Walter dirigió la palabra en ale„man al doctor Polidori, que parecia haber re„cobrado un poco de ánimo, pero que perdió „pronto.»

—Que le dijiste? preguntó Rodolfo al caballero interrumpiendo la lectura.

—Algunas palabras significativas, monseñor, estas con corta diferencia.—Te has librado por la fuga de la sentencia que habia pronunciado contra tí la justicia del gran ducado; vives calle del Temple, bajo el nombre fingido de Bradamanti; se sabe el abominable oficio que ejerces; envenenaste á la primera muger del conde; ahora tres dias, fué Mad. de Orbigny á buscarte para traerte aqui á envenenar á su marido; S. A. R. está en Paris, tiene las pruebas de todo lo que digo. Si confiesas la verdad, á fin de confundir á esta miserable muger, puedes esperar, no tu perdon, sino que se suavize el castigo que mereces; me seguirás á Paris, donde te depositaré en un lugar seguro hasta que S. A. decida de tí. Si no, una de dos, ó S. A. R. hace pedir y obtiene tu entrega, ó al instante mismo envio por el magistrado á la ciudad inmediata; este frasco que contiene veneno le será entregado, te se arrestará al momento, se harán indagaciones en tu casa calle del Temple; sabes cuanto te comprometerán, y la justicia francesa seguirá sus trámites... Elige....

Estas revelaciones, estas acusaciones, estas amenazas que él sabia eran fundadas, sucediéndose una tras otra, aterraron á aquel infame, que no contaba con verme tan bien instruido. Con la esperanza de suavizar el castigo, que le esperaba, no vaciló en sacrificar á su cómplice, y me respondió: Preguntadme, diré la verdad en lo que concierne á esta muger.

—Bien, bien, mi digno Murph, no esperaba menos de tí.

—Durante mi conversacion con Polidori, las

facciones de la madrastra de Mad. de Harville se descomponian de una manera espantosa, aunque no comprendia el aleman. Veia por el abatimiento de su cómplice, por su actitud suplicante que yo lo dominaba. Con una ansiedad terrible, procuraba encontrar los ojos de Polidori, á fin de animarlo ó de implorar su discrecion, pero él evitaba constantemente sus miradas.

—Y el conde?

—Su conmocion era inesplicable: con sus dedos contraidos apretaba convulsivamente los brazos de su silla, el sudor bañaba su frente, apenas respiraba, sus ojos encendidos, fijos, no dejaban los mios, sus congojas igualaban á las de su muger. La continuacion de la carta de Mad. de Harville os dirá, monseñor, el fin de esta penosa escena.

CAPITULO XIV.

CASTIGO.

Rodolfo continuó la lectura de la carta de Mad. de Harville.

«Despues de una conversacion en aleman, que duró algunos minutos, entre sir Walter Murph y Polidori, sir Walter dijo á este último:

—«Ahora, responded. No es verdad, que la señora, y designó á mi madrastra, cuando la enfermedad de la primera muger del señor conde, os introdujo en su casa como médico?

—«Si, respondió Polidori.

—«A fin de servir los horrorosos proyectos de... la señora.....no fuisteis tan criminal que hicisteis mortal con vuestras prescripciones homicidas la enfermedad leve, en un principio, de la señora condesa de Orbigny?

—«Si, dijo Polidori.

—«Mi padre dió un quejido doloroso, alzó sus manos al cielo, y las dejó caer con descaecimiento.

—«Mentiras é infamia! gritó mi madrastra.—Todo eso es falso, se entienden para perderme!

—«Silencio, señora! dijo sir Walter Murph con voz imponente.—Luego continuando dirigiendose á Polidori:

—«Es verdad que ahora tres dias la señora os fué á buscar á la calle del Temple, número 17, donde habitais, oculto bajo el nombre falso de Bradamanti?

—«Es verdad.

—«La señora no os propuso venir aquí...á asesinar al conde de Orbigny, como habiais asesinado á su muger?

—«Ay! no lo puedo negar, dijo Polidori.

«A esta agravante revelacion mi padre se puso en pié, y con un ademan fulminante mostró la puerta á mi madrastra; luego tendiéndome los brazos, gritó con voz cortada:

—«En nombre de tu desgraciada madre, perdon! perdon!....la hice padecer mucho....pero, te lo juro....fui estraño al crimen que la condujo al sepulcro.

«Antes que hubiese yo podido impedirlo, mi padre se arrodilló delante de mí.

«Cuando sir Walter y yo lo levantamos, estaba desmayado.

«Llamé á los criados; sir Walter cogió al doctor Polidori por el brazo y salió con él diciendo á mi madrastra:

—«Creedme, señora, dejad esta casa antes de una hora, si no os entrego á la justicia.

«La miserable salió de la habitacion en un estado de temor y de rabia que fácilmente concebireis, monseñor.

«Cuando mi padre recobró sus sentidos, todo lo que acababa de pasar le pareció un sueño horrible. Me ví en la triste necesidad de contarle mis primeras sospechas acerca de la muerte prematura de mi madre, sospechas que vuestro conocimiento de los primeros crímenes del doctor Polidori, monseñor, habia cambiado en certidumbre.

«Debí decir tambien á mi padre como mi madrastra me habia perseguido con su odio hasta en mi casamiento, y cual habia sido su objeto haciendome desposar con Mr. de Harville.....

«Tan débil, ciego, como se habia mostrado respecto á aquella muger, tan cruel queria ser ahora con ella; se acusaba con desesperacion de haber sido casi cómplice de este monstruo dándole su mano despues de muerta mi madre; queria entregar á Mad. de Orbigny á los tribunales; le hice presente el escándalo odioso de semejante proceso cuyo estrépito seria muy incómodo para él; lo empeñé á echar para siempre á mi madrastra de su casa, asegurándole lo que fuese necesario para vivir pues llevaba su nombre.

«Me costó mucho trabajo obtener de mi padre estas moderadas resoluciones; quiso que me encargase de echarla de casa. Esta comision me era doblemente penosa, pensé que sir Walter querria quizá encargarse de ella....Consintió en ello.»

—Y por Dios que consentí de muy buena gana, monseñor, dijo Murph á Rodolfo:—nada me agrada tanto como dar á los malvados esta especie de extremauncion.....

—Y que dijo aquella muger?

—Mad. de Harville llevó en efecto la bondad hasta pedir á su padre una pension de cien luises para aquella infame; esto no me pareció bondad, sino debilidad, ya era malo quitar á la justicia una criatura tan peligrosa. Fuí á ver al conde, adoptó mis observaciones; se convino que se daria en todo y por todo veinte y cinco luises á la infame para ponerla en estado de esperar un acomodo ó trabajo.—Y á que acomodo, á que trabajo, yo, condesa de Orbigny, podré dedicarme? me preguntó con insolencia.—A fé mia,

eso es asunto vuestro; sereis cualquier cosa como enfermera ó aya; pero, creedme, buscad el oficio mas humilde, el mas oscuro; porque si teneis la audacia de decir vuestro nombre, el nombre que debeis á un crímen, se espantarian de ver á la condesa de Orbigny reducida á semejante condicion; se informarian, y juzgad de las consecuencias, si fuèseis tan insensata que propaláseis lo pasado. Ocultaos léjos; haceos olvidar; llegad á ser Mad. Petra ó Mad. Jacoba, y arrepentios..... si podeis.

—Y creeis, caballero, me dijo, que no reclamaré las ventajas que me asegura mi contrato de casamiento?—De que manera señora! nada mas justo: seria indigno de Mr. de Orbigny no cumplir sus promesas, y olvidar todo lo que habeis hecho y principalmente lo que queriais hacer por él... Pleitead.....pleitead, dirigios á la justicia, no dudo que dé la razon contra vuestro marido.—Un cuarto de hora despues de nuestra conversacion, estaba caminando para la ciudad inmediata.

—Tienes razon, es sensible dejar impune á una furia tan detestable; pero el escándalo de un proceso.....para ese anciano tan endeble.....no hay que pensar en ello.

—«Decidí fácilmente á mi padre á dejar á Aubiers hoy mismo, prosiguió Rodolfo continuando la lectura de la carta de Mad. de Harville; muy tristes recuerdos le perseguirian aquí, aunque su salud esté vacilante. Las distracciones de un viage de algunas horas, y el cambio de aire, no pueden menos de serle favorables, dijo el médico que ha reemplazado al doctor Polidori, y que hice al instante traer de la ciudad inmediata; mi padre quiso que analizase el contenido del frasco, sin decirle nada de lo que habia pasado; el médico

respondió que no podia ocuparse de esta operacion sino en su casa, y que antes de dos horas sabríamos el resultado de la esperiencia. Fué que muchas dósis de aquel licor, compuesto con un arte infernal, podian en su tiempo causar la muerte sin dejar sin embargo otras trazas que la de una enfermedad comun que el médico nombró.

«Dentro de algunas horas, monseñor, parto con mi padre para Fontainebleau; estarémos allí algun tiempo, luego volverémos á Paris, pero no á mi casa, me será imposible habitar en ella despues del deplorable accidente que ha pasado.

«Como os dije, monseñor, al principio de esta carta, los hechos os prueban todo lo que debo á vuestra inagotable solicitud.....Prevenida por vos, ayudada con vuestros consejos, fuerte con el apoyo de vuestro escelente y valeroso sir Walter, he podido arrancar á mi padre de un peligro cierto y estoy segura de haber conquistado su cariño...

"Adios, monseñor, me es imposible deciros mas, mi corazon se halla ocupado, muchas conmociones lo agitan, os espresaria mal todo lo que siento.

«Abro esta carta de priesa, monseñor para reparar un olvido que me tiene confusa: buscando, siguiendo vuestras nobles inspiraciones, algun bien que hacer, fuí á la cárcel de San Lázaro á visitar á las pobres presas: encontré en ella una desgraciada niña por la que os habeis interesado.... Su amabilidad angelical, su religiosa resignacion admiran á las respetables mugeres que vigilan á las detenidas....Haceros saber donde está la *Guillabaora* (este era su nombre), es poneros en disposicion de obtener al instante su libertad; esta desgraciada os referirá porque reunion de circunstancias fatales, robada del asilo donde la habiais colocado, fué llevada á aquella cárcel don-

de al menos ha sabido hacer apreciar el candor de su carácter....

«Permitidme tambien os recuerde mis dos futuras protegidas, monseñor, la desgraciada madre é hija....despojadas por el escribano Ferrand. Donde están? Habeis tenido algunas noticias suyas? Oh! por favor, procurad hallar sus huellas, y que cuando vuelva yo á Paris pueda pagarles la deuda que he contraido con todos los desgraciados....

—La Guillabaora ha dejado la hacienda de Bouqueval, monseñor? dijo Murph tan sorprendido como Rodolfo con esta nueva revelacion.

—Ahora poco se me dijo que la habian visto salir de San Lázaro, respondio Rodolfo.—Mi cabeza se desvanece; el silencio de Mad. Georges (1) me confunde y me inquieta...,Pobre Flor-celestial....que nuevas desgracias le han ocurrido? Haz que un hombre monte á caballo y que vaya corriendo á la hacienda, y escribe á Mad. Georges que le suplico venga inmediatamente á Paris. Di tambien á Mr. de Graün que me obtenga un permiso para entrar en San Lázaro.., Segun lo que me dice Mad. de Harville, Flor-celestial estaria detenida allí; pero no, repuso Rodolfo reflexionando.....no estaba ya presa; porque Rigolette la vió salir de la cárcel con una muger de edad. Seria Mad. Georges? si no, quien es esta muger? donde ha ido la Guillabaora?

—Paciencia, monseñor; antes de la noche sabreis á que ateneros; mañana os será preciso interrogar al miserable Polidori; tiene, dice, impor-

(1) El lector se acordará que Mad. Georges, engañada por el emisario de Sarah, que le habia dicho que Flor-celestial habia dejado á Bouqueval por órden del príncipe, no estaba inquieta por su protegida á quien esperaba cada dia.

tantes revelaciones que haceros, pero á vos solo...

—Esta conferencia me será odiosa, dijo tristemente Rodolfo; porque no he vuelto á ver á ese hombre desde.....el dia fatal.....en que..... yo.....

Rodolfo no pudo acabar; se tapó la cara con las manos.

—Vaya! monseñor, por qué consentir á lo que pide Polidori? Amenazadle con la justicia de Francia ó con una entrega inmediata; se resignará á revelarme lo que no quiere revelar mas que á vos.

—Tienes razon, pobre amigo mio; porque la presencia de ese miserable haria aun mas crueles estas memorias terribles.....á las cuales se unen tantos dolores desde la muerte de mi padre..... hasta la de mi pobre hija.....No sé, pero mientras mas adelanto en la vida, mas fatal me la hace esa niña.....Cuanto la hubiera adorado! cuan caro y precioso me hubiese sido este fruto delicioso de mi primer amor, de mis primeras y puras creencias, ó mas bien de mis jóvenes ilusiones!....Hubiera vertido sobre esa inocente criatura los tesoros de afecto de que es indigna su odiosa madre; me parece que, tal como me habia yo ideado aquella niña por la hermosura de su alma, por el encanto de sus cualidades, hubiera dulcificado, calmado todas las penas....todos los remordimientos que se refieren, ay! á su funesto nacimiento.

—Monseñor, veo con pena el imperio siempre creciente que toman sobre vuestro ánimo esos sentimientos tan estériles como crueles.

Despues de algunos momentos de silencio, Rodolfo dijo á Murph:

—Puedo ahora manifestarte una cosa, mi viejo amigo: Amo.....sí! amo profundamente á una mu-

ger digna del afecto mas noble.....desde que mi corazon se ha abierto de nuevo á todas las dulzuras del amor, desde que estoy predispuesto á las conmociones tiernas es cuando siento mas vivamente la pérdida de una hija.....Habré por decirlo asi podido temer que una adhesion de corazon debilitase la amargura de mis penas.....nada de eso, mis facultades amantes se han aumentado.....me siento mejor, mas caritativo, y mas que nunca me es cruel no tener mi hija para adorarla....

—Nada mas sencillo, monseñor, y perdonadme la comparacion; pero lo mismo que ciertos hombres tienen la embriaguez alegre y benéfica, teneis el amor bueno y generoso.....

—A medida que mi odio á los malvados ha llegado á ser tan vivaz, mi aversion á Sarah se aumenta sin duda en razon de la pena que me causa la muerte de mi hija. Me imagino que esta mala madre la ha despreciado, y que una vez arruinadas sus ambiciosas esperanzas con mi casamiento, la condesa, con su cruel egoismo, abandonaria nuestra hija á manos mercenarias, y habrá quizá muerto por falta de asistencia..... Es culpa mia tambien.....no conocí entonces la estension de los sagrados deberes que la paternidad me imponia....Luego que el verdadero carácter de Saraph me fué de pronto revelado, hubiera debido robarle mi hija, velar sobre ella con amor y solicitud. Debia preveer que la condesa, no seria nunca mas que una madre desnaturalizada... Es culpa mia, bien lo ves....es culpa mia...

—Monseñor el dolor os estravia.....Podiais.... despues del acontecimiento tan funesto que sabeis... diferir por un dia el largo viage que os estaba impuesto...como.....

—Como una espiacion... Tienes razon, amigo mio, dijo Rodolfo con decaecimiento.

—No habéis oido hablar de la condesa Sarah despues de mi partida, monseñor?

—No, despues de sus infames delaciones que, por dos veces, por poco pierden á Mad. de Harville, no he tenido ninguna noticia de ella....Su presencia aqui me pesa, me asedia: me parece que mi ángel malo está á mi lado, que me amenaza alguna nueva desgracia.

—Paciencia, monseñor, paciencia.....afortunadamente Alemania le está cerrada, y Alemania nos espera.

—Si.....pronto partiremos. Al menos, durante mi corta permanencia en Paris, habré cumplido una promesa sagrada, habré dado algunos pasos mas en el camino meritorio que una augusta y misericordiosa voluntad me ha trazado para mi redencion.....despues que el hijo de Mad. Georges haya sido devuelto su cariño, inocente y libre, despues que Santiago Ferran quede convencido y castigado de sus crímenes, despues que haya asegurado el porvenir de todas las honradas y laboriosas criaturas que, por su resignacion, su valor y su probidad, han merecido mi interes, nos volveremos á Alemania, mi viage á lo menos no habrá sido esteril.

—Principalmente si lograis quitar la máscara á ese abominable Santiago Ferrand, monseñor, la piedra angular, el origen de tantos crímenes.

—Aunque el fin justifique los medios.....y aunque los escrúpulos sean de poca monta contra ese malvado, á veces siento hacer intervenir á Cecily en esta reparacion justa y vengadora.

—Deberá llegar de un momento á otro?

—Ha llegado ya.

—Cecily?

—Si...no he querido verla; á Graün le he dado instrucciones muy detalladas, ha prometido conformarse con ellas.

—Cumplirá esta promesa?

—Todo la obliga á ello, la esperanza de suavizar su suerte en adelante, y el temor de ser inmediatamente vuelta á enviar á su prision de Alemania, porque de Graün no la perderá de vista; á la menor pasada obtendrá su entrega.

—Es justo, ha llegado aqui como escapada, cuando se supiere que crímenes han motivado su detencion perpetua, se concederá al instante su entrega.

—Y aun cuando su interes no la obligase á servir nuestros proyectos, la tarea que se ha impuesto no pudiendo realizarse sino á fuerza de astucia, de perfidia y de seducciones diabolicas, Cecily que debe estar prendada (y lo está me lo ha dicho el baron) de esta ocasion de emplear las detestables ventajas con que tan liberalmente ha sido dotada.

—Y está siempre tan linda Monseñor?

—De Graün la halla mas atractiva que nunca; dice que le sorprendió su belleza, á la cual da mucho realce el vestido de Alsacia que ha tomado. La mirada de ese diablo, segun dice él, tiene la misma espresion verdaderamente mágica.

—Monseñor, nunca he sido lo que se llama un hombre con los cascos á la gineta, y sin costumbres; pues bien! si á los veinte años, hubiera encontrado á Cecily, aunque hubiese sabido que era tan peligrosa, tan pervertida como lo es ahora, no hubiera respondido de mi razon si hubiese estado largo tiempo bajo el fuego de sus grandes ojos negros y abrasadores que brillan en me-

dio de su cara pálida y ardiente..... Si, no me atrevo á pensar donde hubiera podido arrastrarme un amor tan funesto.

—Eso no me admira, mi digno Murph; porque conozco á esa muger. Ademas, el baron casi se espantó de la sagacidad con que Cecily comprendió ó mas bien adivinó el papel á la vez *provocativo* y *platónico* que debe representar con el escribano.

—Pero se introducirá en su casa tan facilmente como lo esperais, monseñor, gracias á la intervencion de Mad. Pipelet? Las personas de la especie de ese Santiago Ferrand son tan sospechosas.....

---Habia contado con la vida de Cecily para combatir y vencer la desconfianza del escribano.

---La ha visto ya?

---Ayer. Segun la revelacion de Mad. Pipelet no dudo que haya sido fascinado por la criolla, porque la ha tomado al instante á su servicio.

---Vamos, monseñor, nuestra partida está ganada.

---Lo espero; una codicia feroz, una lujuria bestial han conducido al verdugo de Luisa Morel á los crimenes mas odiosos.... en su lujuria, en su codicia es donde hallará el terrible castigo de ellos.... Castigo que sobre todo no será esteril para sus víctimas.... porque tu sabes á que fin deben dirigirse los esfuerzos de la criolla.

---Cecily! Cecily!.... Nunca maldad mayor, nunca corrupcion mas peligrosa, nunca alma mas negra habrá servido para efectuar un proyecto de moralidad mas elevada, y de un fin mas justo... Y David, monseñor?

---Lo aprueba todo.... En el punto de desprecio y de horror á que ha llegado contra esa cria-

tura, no ve en ella sino el instrumento de una justa venganza. „Si esa maldita pudiese merecer „alguna conmiseracion despues de todo el mal que „me ha hecho, me dijo, seria sacrificándose al „cruel castigo de ese malvado, de quien es me„nester sea el ángel esterminador.»

Habiendo un ugier llamado ligeramente á la puerta, Murph salió, y volvió trayendo dos cartas, solo una de las cuales era para Rodolfo.

---Es una esquela de Mad. Georges.... dijo este último.

---Y bien, monseñor.... la Guillabaora.

---No hay duda, esclamó Rodolfo despues de haber leido, se trata de alguna trama tenebrosa. La noche del dia en que esta pobre niña desapareció de la hacienda, y en el momento en que Mad. Georges iba á instruirme de este acontecimiento, un hombre que no conocia, enviado espresamente y á caballo, fué de mi parte á tranquilizarla, diciéndole que yo sabia la repentina desaparicion de Flor-celestial, y que dentro de algunas horas la volveria á la hacienda. No obstante este aviso, Mad. Georges, inquieta por mi silencio acerca de su protegida, no pudo, me dice, resistir el deseo de saber de su hija querida, como llama á la pobre niña.

—Eso es estraño monseñor.

---Con que fin robar á Flor-celestial?

---Monseñor, dijo de repente Murph, la condesa Sarah no es estraña á ese robo.....

---Sarah... Y que te hace creer?....

---Unid este acontecimiento con sus denuncias contra Mad. de Harville.....

---Tienes razon..... dijo Rodolfo, herido de una claridad súbita, es evidente.... comprendo ahora.... sí, siempre el mismo cálculo.... la condesa se obs-

tina en creer que, logrando romper todos los afectos que me supone, me hará sentir la necesidad de acercarme á ella. Esto es tan odioso como insensato.... Es preciso sin embargo que una persecucion tan indigna tenga término..... No solamente á mí, sino á todo lo que merece respeto, interés, compasion.... es á lo que esa muger se atreve.... Enviarás sobre la marcha á Mr. de Graün oficialmente á casa de la condesa, le declarará que tengo certidumbre de la parte que ha tomado en el robo de Flor-celestial, y que, si no da las noticias necesarias para encontrar á esta desgraciada niña, no tendré compasion, y Mr. de Graün acudirá á la justicia.

---Segun la carta de Mad. de Harville, la Guillabaora estaba detenida en San Lázaro.

---Sí, pero Rigolette afirma haberla visto salir de aquella cárcel.... Aqui hay un misterio que es preciso aclarar.

---Voy al instante á dar vuestras órdenes al baron de Graün, monseñor; pero permitidme que abra esta carta; es de mi corresponsal de Marsella, á quien recomendé el Choro; debia facilitar el pasage á aquel pobre diablo para Argel.

---Y bien, marchó?

---Monseñor, he aquí una cosa singular!

---Que hay?

---Despues de haber esperado en Marsella mucho tiempo un buque que saliese para Argel, el Choro, que parecia cada vez mas triste y mas inquieto, declaró súbitamente, el mismo dia fijado para su embarque, que preferia volver á Paris....

---Que rareza!

---Aunque mi corresponsal puso, como estaba convenido, una cantidad bastante fuerte á dis-

posicion del Choro, este no tomó de ella mas que lo que necesitaba rigorosamente para volver á Paris, donde no puede tardar en llegar, me dicen.

---Entonces nos esplicará él mismo su cambio de resolucion; pero enviad al instante á de Graün á casa de la condesa Mac-Gregor.... y vé tu mismo á San Lázaro á informarte de Flor-celestial.

.....

Al cabo de una hora, de Graün volvió de casa de la condesa Mac-Gregor.

A pesar de su sangre fria habitual y oficial, el diplomático parecia trastornado; apenas el ugier lo introdujo, Rodolfo notó su palidez.

---Y bien de Graün....qué teneis?..... Habeis visto á la condesa?

---Ah! monseñor!....

---Que hay?

---Que V. A. R. se prepare á saber una cosa muy sensible.

---Pero qué?....

---La señora condesa de Mac-Gregor.....

---Y bien....

---Perdóneme V. A. R. le diga pronto un acontecimiento tan funesto, tan imprevisto, tan....

---La condesa ha muerto?

---No, monseñor.... pero se pierde la esperanza de que viva.... ha sido herida de una puñalada.

---Ah! eso es horroroso, esclamó Rodolfo conmovido no obstante su aversion á Sarah.---Y quien ha cometido ese crímen?

---Se ignora, monseñor; el asesinato ha sido acompañado de robo; se han introducido en la habitacion de la señora condesa y le han robado una gran cantidad de pedreria.....

---Ahora, como sigue?

---Su estado casi no da esperanza, monseñor.... su hermano está consternado.

---Será menester que vayais todos los dias á informaros de la salud de la condesa, mi querido de Graün. ...

En este momento, Murph volvia de san Lázaro....

---Sabed una triste noticia, le dijo Rodolfo, la condesa Sarah acaba de ser asesinada..... su vida está en el mayor peligro....

---Ah!..... monseñor.... aunque sea muy culpable no se puede dejar de compadecerla.....

---Si...., semejante fin seria espantoso!.... Y la Guillabaora?

---Puesta en libertad desde ayer, monseñor, y se supone, que por la proteccion de Mad. de Harville.....

---Eso es imposible!.... Mad. de Harville me suplica, por el contrario, que dé los pasos necesarios para hacer salir de la cárcel á esa desgraciada niña!....

---Así será, monseñor.... y sin embargo una muger de edad y de figura respetable fué á San Lázaro, llevando la órden de poner en libertad á Flor-celestial..... Las dos salieron de la cárcel.

---Eso es lo que me dijo Rigolette; pero esa muger de edad, que fué por Flor-celestial, quien es? donde fueron las dos? que nuevo misterio es este? La condesa Sarah podria quizá saberlo, y no se halla en estado de dar noticia alguna. Siempre que no se lleve á la tumba mas que ese secreto!

---Pero su hermano, Tomas Seyton, daria alguna luz. En todos tiempos ha sido el consejero de la condesa.

---Su hermana está muriéndose; se trata de una

nueva trama, él no hablará; pero, dijo Rodolfo reflexionando, es preciso saber el nombre de la persona que se interesó por Flor-celestial para hacerla salir de San Lázaro; así se sabrá necesariamente alguna cosa.

---Cierto, monseñor.

---Tratad pues de conocer y de ver á esa persona lo mas pronto posible, mi querido de Graün; si no lo lograis, poned en campaña á vuestro Mr. Badinot.... no omitais nada para descubrir las huellas de esa pobre niña.

---V. A. R. puede contar con mi celo.

---A fé mia, monseñor, dijo Murph, es quizá bueno que el Choro venga; sus servicios podrán seros útiles.....para estas investigaciones.

---Tienes razon, estoy impaciente por ver llegar á Paris á mi valiente salvador, porque no olvidaré nunca que le debo la vida.

FIN DEL TOMO CUARTO.

Julio de 1895
BELLEZA. Pm

INDICE

DEL TOMO CUARTO.

PARTE SESTA

LA MARQUESA DE LUCENAY.

PAGINAS

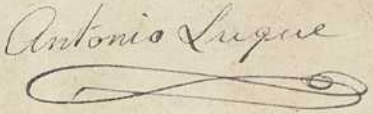
CAPIT. I—La isla de los mariscadores . . . 5
II—El pirata de agua dulce 16
III—La madre y el hijo 38
IV—Francisco y Armandina 58
V—Una casa de huéspedes 70
VI—Las víctimas de un abuso de confianza. 81
VII—La calle de Chaillot 104
VIII—El conde de Saint-Remy 115
IX—La conversacion 131
X—La entrevista 152

PARTE SEPTIMA.

CECILY.

PAGINAS.

CAPIT. I—Las despedidas 175
II—Recuerdos. 189
III—La barquilla 209
IV—Felicidad de volverse á ver . . . 221
V—La Loba y Martial 234
VI—El doctor Griffon 241
VII—El retrato 248
VIII—El agente de seguridad 258
IX—El Mochuelo 264
X—La cueva 271
XI—Presentacion 282
XII—Vecino y vecina 291
XIII—Murph y Polidori. 296
XIV—Castigo. 310


Antonio Luque

OSTERIO

DE

PARIS